



Monika Zgustova  
**Las rosas de Stalin**



«Mi nombre es Svetlana Allilúyeva. Nací el 28 de febrero de 1926. Mi padre murió en 1953. Se llamaba Yósif Stalin».

Svetlana Allilúyeva fue la hija única del dictador soviético. Y su destino pareció reunir las peores catástrofes. Su madre se suicidó cuando Svetlana tenía seis años, harta de la convivencia con su esposo. A los dieciséis Svetlana se enamoró de un cineasta judío, a quien su padre envió al gulag. Más tarde, en 1963, se enamoró de nuevo, en esta ocasión de un intelectual de izquierdas hindú, y cuando él murió Svetlana quiso llevar sus cenizas a la India. Una vez allí, solicitó asilo político a través de la embajada de Estados Unidos. Al llegar a Nueva York pensaba haber alcanzado por fin la libertad. Pero era el momento álgido de la guerra fría, y Svetlana se convirtió en uno de los principales objetivos para los servicios secretos norteamericanos y soviéticos. ¿Era una traidora al sueño comunista? ¿O una espía enviada por Moscú bajo la apariencia de una mujer desquiciada? ¿Cómo iba la CIA a dejar pasar un testimonio tan abrumador de denuncia del régimen soviético sin utilizarlo a su conveniencia? En vez de la libertad, Svetlana es sometida a nuevas formas de vigilancia. A pesar de todo, en Estados Unidos se hizo rica con su famoso libro «Veinte cartas a un amigo». Pero cada vez que lograba la estabilidad algo venía a perturbarla cuando no era ella misma. Su vida fue siempre una lucha para huir de la sombra de su padre y de los fantasmas del pasado hasta su muerte en 2011 en Wisconsin.

Monika Zgustová nos presenta aquí una novela original, emocionante y llena de giros inesperados.



Monika Zgustová

# Las rosas de Stalin

**ePub r1.1**

**Titivillus** 28.02.2018

Título original: *Las rosas de Stalin*  
Monika Zgustová, 2016  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



## **PRÓLOGO**

### **La dama de la cáscara de nuez**

Después de la puesta de sol, anochece deprisa. Pronto llegará el otoño. Una anciana camina por la hierba hacia el lago. Se sienta en un banco y saca algo del bolsillo. Enciende una pequeña vela y la fija con unas gotas de cera en el fondo de una cáscara de nuez. Se descalza, deja los zapatos sobre el banco. Toma entre los dedos, con cuidado, la cáscara con la vela encendida y sus pies desnudos pisan el fondo arenoso del lago. El agua le llega a las rodillas. Se ha mojado el borde de la falda, pero no le importa. Posa la nuez con la vela en la superficie del agua y la suelta: la nuez iluminada baila sobre las olas. La dama la contempla y recuerda.

# **PRIMERA PARTE**

# I

## Moscú, Sochi (1963-1966)

### 1

**E**n el comedor del hospital, una mañana se dio cuenta de que en la mesa de al lado habían destinado a un extranjero. Era un hombre entrecano, italiano o quizá judío europeo, de unos cincuenta años, en cualquier caso mucho mayor que ella y sobre todo mucho más vivo y alegre que la mayoría de los pacientes rusos, ella incluida. A partir de entonces, lo observaba de reojo durante las comidas y las cenas: le resultaba atractivo, pero no era capaz de determinar en qué residía exactamente su encanto. La mayoría de mujeres estarían de acuerdo con ella en que solo el atractivo que no se puede describir fácilmente es el verdadero.

Como ella prácticamente no comía nada, lo examinaba durante largo rato. No podía tragar y apenas hablaba: le habían extirpado las amígdalas. La operación, generalmente sin importancia, se complicó, la convalecencia se prolongaba y le dolía horriblemente la garganta. Había adelgazado, toda su pequeña figura parecía haberse alargado. Era lo único bueno que tenía su estancia en el hospital: tras haber tenido dos hijos había tendido a engordar. Lo peor eran esas largas horas que pasaba en la cama y en esas sillas colocadas en los pasillos por donde paseaban los enfermos con sus pijamas a rayas. «Como presidiarios», pensaba.

Evitaba a los demás y ocupaba el tiempo leyendo. Últimamente estaba estudiando historia y literatura indias. Había traído la biografía de Mahatma

Gandhi, cuya personalidad y trabajo admiraba desde siempre, sobre todo sus ideas sobre la necesidad de la igualdad social y su método de resistencia pasiva; *Gitanjali* y los cuentos de Rabindranath Tagore. Había muchos aspectos culturales de la vida india que no entendía: ¿cómo podía alguien aceptar tan tranquilamente la idea de la muerte, fuera la propia o la de los seres queridos? ¿De dónde sacaba uno esa paz con la que recibía las tragedias de la vida sin quejarse?

En este hospital para extranjeros y para la elite rusa —actores famosos y otras celebridades aceptadas por el gobierno soviético, pero sobre todo altos cargos del Partido y sus familias—, había oído a su vecino canoso del comedor hablar inglés y francés, no sabía ruso; y se fijó en que tanto en la mesa como conversando con los demás pacientes extranjeros tenía distinguidas maneras europeas. ¿Quién era? ¿Cómo había llegado precisamente al hospital de Kuznetsovo, en las afueras de Moscú? Era cierto que, en la época de Jrushchov, en toda Rusia había más extranjeros y que les estaba permitido establecer y mantener el contacto con los rusos.

Un día, después del desayuno, oyó a un holandés hablar con él en alemán en el pasillo. Observó a ambos hombres y el del pelo entrecano se debió de dar cuenta porque miró en su dirección, pero sus ojos no se detuvieron en ella ni un instante; no la vio, como si fuera transparente. A ella no la sorprendió: estaba pálida, tenía el rostro desencajado por el dolor y su cuerpo estaba deformado por el pijama y la bata del hospital; su espesa melena rojiza, de ondulado natural, estaba enmarañada tras largas horas de cama. No, no había nada que mirar. Svetlana se revolvió el pelo y escuchó la conversación en alemán: leía y hablaba alemán desde que tenía cuatro años —su madre había insistido en que debía tener una niñera alemana—. Los dos hombres ya se estaban alejando, pero aún pudo oír que el holandés le decía a su acompañante:

—En nuestro país no es costumbre tener una vida familiar tan intensa como en el suyo, en la India.

Se quedó atónita, incluso se atragantó. No se lo esperaba: ella estudiaba literatura, historia y filosofía hindú y su vecino de mesa resultaba que era indio.



Se armó de valor. Le diría: «Disculpe, dígame, ¿qué piensa de Gandhi? ¿Y de su biografía? ¿Conoce a su autor?». Varias veces había estado a punto de empezar. Se había preparado las preguntas en inglés, pero cada vez que tenía la oportunidad de hacérselas a su vecino, bien en ese momento le parecían ridículas e inocentes, o bien precisamente uno de los extranjeros del lugar se había acercado al indio y se había puesto a conversar con él.

El indio tenía unos ojos en forma de almendras, que en la poesía sánscrita se llaman «ojos de loto» (Svetlana esbozó una sonrisa al imaginarse dos lotos que brotaban de los ojos), una nariz aguileña, un rostro delicadamente bronceado. «¿No estaré construyendo otra vez castillos en el aire?». Porque Svetlana, de treinta y cuatro años, conocía bien su tendencia a embellecer lo desconocido. Una vez revelado el secreto, la persona se desmontaba. Pero por ahora el indio le resultaba desconocido y Svetlana lo pintaba a su gusto como si se tratara de una figura de un libro para colorear: los ojos con un lápiz negro añadiendo un poco de amarillo para que parecieran apasionados, el marrón mezclado con el rosa para los labios, luego estiraría la piel en las mejillas... ¡Eso es!

En una ocasión, el indio iba por el pasillo hacia ella; entonces se vio con ánimos y estuvo a punto de hablarle; él, sin embargo, se hizo a un lado y con una sonrisa cortés la dejó pasar. Y ella no dijo nada. Pero una vez, durante el almuerzo, él le pidió la sal y la pimienta, y mientras ella se los acercaba le preguntó a qué colectivo pertenecía.

—¿A qué se refiere con «a qué colectivo»? —no entendía.

—Es que aquí cada ruso pertenece a algún colectivo. Nadie está aquí por su cuenta, sino como miembro de una organización —sonrió sutilmente, con una modesta dosis de sarcasmo.

—Estoy aquí sola, por mi cuenta.

—¿En serio que no pertenece a ningún colectivo? En este hospital todavía no había encontrado a ningún ruso que fuera por libre... Incluso en Moscú es raro.

—Mi colectivo son mis dos hijos adolescentes. Y quizá mis conocidos y

mis amigos, aunque tal vez ni siquiera ellos. Soy una solitaria.

Él se sintió visiblemente aliviado.

«Por fin una persona normal», se dijo a sí mismo.

Con coraje, ella le hizo las preguntas que tenía preparadas. El indio la invitó a un paseo; por el pasillo del hospital, por supuesto.

—Me llamo Brayesh Singh.

—Svetlana Allilúyeva, mucho gusto —le dio la mano.

Él se fijó en que la mirada de su recién conocida era de un gris verdoso; una mirada algo turbulenta, como el agua del Ganges en la temporada del monzón, cuando se mezcla con barro; y se lo dijo. Ella proyectó en el rostro de Brayesh Singh la sabiduría y la amabilidad de los escritores indios que estaba leyendo. Pero sabía que si le decía lo que estaba pensando parecería una ingenua o exagerada y, por tanto, se lo calló.

Caminaron juntos por el pasillo. Svetlana le confesó que desde hacía mucho apreciaba a Mahatma Gandhi.

—¿Qué piensa de la biografía de Gandhi?

—¿De cuál? Se han escrito tantas.

—En Moscú han publicado la que escribió un tal Nambudripad.

—Ajá, Nambudripad —se encogió de hombros con desprecio—. Bueno, es uno de nuestros comunistas.

—¿Así que la biografía no es de fiar?

—El problema es que al autor le interesa más su propia ideología que la verdad sobre Mahatma.

Discutieron durante horas sobre la historia contemporánea de la India. Se sentaban en las pequeñas butacas del hospital, luego se ponían de nuevo de pie y caminaban. Se miraron en la puerta de cristal de la cocina, que brillaba como un espejo: Svetlana gargajeaba con un pañuelo en la boca, de tanto que le dolía la garganta; a Brayesh Singh le salía algodón de los oídos, porque hacía poco que lo habían operado de unos pólipos nasales. Se echaron a reír: Svetlana, según la costumbre soviética, aguantó la risa y habló en voz baja, mientras que Singh rio a mandíbula batiente e inmediatamente después empezó a conversar ruidosamente en inglés.

—Usted es joven, seguramente es su primera vez en un hospital.

—¿La primera vez? ¡En absoluto! Cuando era pequeña, siempre estaba

enferma. A menudo cogía bronquitis, y una vez tuve un soplo en el corazón muy problemático. Además, era irascible, melancólica y me venían depresiones y estados de ansiedad. De hecho, sigo arrastrando todo eso. Tengo miedo a las habitaciones oscuras y la ansiedad me mata... No puedo estar en un cuarto con mucha gente.

—¿Y cómo empezó? ¿Algo de la infancia?

—Creo que sí —dijo en voz baja—. Mi padre solía humillarme sin venir a cuento delante de los demás niños: por ejemplo, en la fiesta de mi cumpleaños empezaba a gritar y a decir que yo no valía gran cosa y que no tenía nada que hacer en el mundo.

El hombre la miraba compasivamente y callaba. Svetlana dijo:

—Pero no soy la única. En nuestro país se cometieron tantas injusticias, sabe, que mucha gente sufre de lo mismo que yo.

—¿Cómo es la vida ahora en la Unión Soviética, tras la muerte de Stalin? —preguntó con vivo interés.

Svetlana pensó: «Está claro que no sabe quién soy. ¿Debo decírselo?».

Relató durante largo rato que el país ahora podía respirar un poco, pero que todavía no gozaba de toda la libertad que ella y la mayoría de la gente desearían. Habló con ganas, pero no acababa de sentirse cómoda. «¿He de decírselo? ¿Cómo reaccionará?», se preguntaba a sí misma una y otra vez.

Singh preguntó si en el país ya había dejado de correr la sangre:

—Ahora que Stalin ya no está —añadió.

—Stalin era mi padre.

No se asustó. Ni siquiera parecía sorprendido. Ni empezó a disculparse hipócritamente por su descortesía o su falta de tacto. Solo dijo, a la inglesa:

—Oh.

Y Svetlana le estuvo muy agradecida por ello.

La sombra de su padre se cernía sobre ella, siguiéndola, fuera adonde fuera. Por ello se repitió, agradecida, ese lacónico y ambiguo «oh».

Durante la cena quisieron sentarse juntos en una mesa, pero los encargados del comedor no se lo permitieron. Así que charlaron de una mesa a la otra y les dio absolutamente igual que muchos pacientes los miraran de soslayo.

Cuando Brayesh se dispuso a acompañar a Svetlana a su habitación, no pudo más y le preguntó:

—¿No le parece que los comensales en el comedor nos miraban hasta la impertinencia?

—Yo también me he dado cuenta. Pero solo los rusos. Los pacientes rusos y el personal.

—Pero ¿qué tenemos de extraño? —dijo estupefacto el indio.

—En la Unión Soviética hay una ley no escrita según la cual los rusos deben evitar a los extranjeros.

—¿Acaso somos la peste?

—Durante décadas a los rusos nos han metido en la cabeza que extranjero equivale a espía. Eso caló en la gente. Y quien trata con un extranjero debe ser un espía él mismo; así lo entiende la mayoría de los rusos.

Brayesh se quedó atónito durante largo rato.

Luego le propuso sentarse en las butacas del pasillo. Al agacharse, se le cayó del bolsillo del pijama una hoja de papel escrita.

—Hoy he recibido una carta de mi hermano —dijo como explicación. Svetlana vio que la carta estaba escrita en un alfabeto que desconocía.

—¿Es hindi?

—Sí, se escribe en devanagari.

—¿Y cómo se llama su hermano?

—Suresh. De apellido Singh, como yo. ¿Y usted, tiene hermanos?

Svetlana no pudo evitar una sonrisa: constantemente se preguntaban el uno al otro por asuntos sin importancia, pero con auténtico interés.

—Tengo, mejor dicho tuve, dos hermanos. Yákov, el mayor, murió en la Segunda Guerra Mundial. Cayó prisionero. Cuando los alemanes se dieron cuenta de quién era, ofrecieron a mi padre intercambiar a su hijo por un alto oficial militar alemán que había caído prisionero cerca de Stalingrado.

Svetlana se quedó en silencio, reflexionando.

—Y su padre se negó.

—¿Cómo lo sabe?

—Es lógico. Es decir, para él, para su padre. Un hombre y político, orgulloso de su fortaleza, no puede mostrar debilidad frente a toda la nación. Además, seguramente ningún político debería aprovechar su posición para hacer una excepción, para recuperar a su hijo de los alemanes, mientras otros millones de rusos siguen prisioneros. Aunque es verdad que desde un punto de vista humano es una decisión muy cruel, no lo niego.

—Precisamente eso es lo que jamás pude perdonarle.

—Es natural, era su hermano. Usted lo ve como padre, no como político. Para usted es algo drástico, así que cree que su padre es culpable de la muerte de su hermano, no los nazis. Y disculpe que hable así de su familia, no quiero parecer indiscreto.

—Gracias —dijo casi en un susurro, con emoción.

—Tal vez sea algo precipitado que le pregunte eso, pero ¿y su hermano menor? —preguntó él, también en voz baja.

—¿Vasili? Murió el año pasado de manera misteriosa. Debería hacer exhumar sus restos para que averigüen científicamente la causa de su muerte, que a todos los miembros de la familia nos resulta sospechosa. Pero ahora no es el momento.

—¿Lo quería?

—Sí, a Vasili también lo quería. Mucho.

—¿Y en cuanto a la muerte misteriosa...?

Svetlana bajó aún más el volumen de su voz y se acercó al indio.

—Las paredes tienen oídos. Sabe, mi hermano era un general de éxito. Tras la muerte de mi padre, en 1953, o sea hace diez años, afirmó que a Stalin lo había matado el Politburó. Así que lo destituyeron y lo encarcelaron. Luego, Jrushchov le concedió la amnistía, pero fue como salir de la sartén para caer en el fuego: en lugar de a casa, lo enviaron a un sanatorio psiquiátrico en Kazán. Hicieron que lo acompañara una enfermera, Masha, que tenía que ocuparse de él. Se trataba de una agente a sueldo del KGB. Lo sedujo y se casó con él, aunque Vasili estaba ya casado y no se había divorciado. Es lo que solía hacer el KGB cuando convenía.

—¿En serio? Parece increíble que el KGB lo planeara así.

—¿No conoce el caso del compositor Prokófiev y de su mujer? ¿No? Pues lo dejaremos para otra ocasión. Ningún médico podía acercarse a Vasili, solo se «ocupaba» de él esa tal Masha del KGB. Evidentemente, le proporcionaba alcohol y drogas, quizás incluso veneno, y progresivamente, a petición del KGB, lo borró de la faz de la tierra: el 19 de marzo de 1962 Vasili murió en circunstancias misteriosas. No se realizó ningún análisis médico ni se redactó informe alguno. Y nosotros, su familia, ignoramos de qué murió mi hermano. Se cuentan muchas cosas acerca de su muerte, muchas historias improbables, pero no conocemos la verdad. Masha aprovechó el derecho de esposa legítima y enterró a mi hermano rápidamente y de manera secreta en Kazán, aunque le correspondía ser enterrado en el cementerio de Novodévichi, en la tumba de mi madre.

En voz baja, con un tono que transmitía compasión por el dolor ajeno y tal vez porque entreoyó un temblor apenas perceptible en la voz de su interlocutora al pronunciar las palabras sobre la tumba de su madre, el indio dijo:

—Es una verdadera tragedia. Lo siento mucho. Si no la incomoda, cuénteme si es verdad que Stalin no murió de muerte natural.

—Sucedió así: en enero-febrero de 1953, unos dos o tres meses antes de su muerte, mi padre hizo encarcelar a sus colaboradores más cercanos: al general de la seguridad Vlasik y a su secretario personal Poskrébyshv, llamado el perro de Stalin. Su médico personal, el académico Vinográdov, ya estaba en la cárcel, y aparte de él Stalin no permitía que se le acercara ningún otro médico. Por eso, cuando la tarde del 1 de marzo de 1953, el personal de la dacha de Kúntsevo encontró a mi padre inconsciente, nadie se atrevió a llamar a un médico.

—Qué raro.

—Mucho. Pero escuche esto. Luego todo el gobierno se desplazó a la dacha. La que entonces era su camarera, Motia Butuzova, fue quien dio con el diagnóstico: había tenido una apoplejía. El personal y la seguridad de Stalin anunciaron que era necesario llamar inmediatamente al médico. Pero los miembros del gobierno que se encontraban ante el cuerpo exánime de Stalin declararon: «Es mejor que cunda el pánico». Beria aseguró que a Stalin no le había pasado nada, que solo estaba durmiendo.

—Perdone si la interrumpo y disculpe mi ignorancia: Beria era ministro de Interior, ¿verdad?

—Sí, y por ello también director del KGB.

—Continúe, por favor...

—Entonces, el gobierno se permitió algo inadmisibile desde el punto de vista médico: los propios ministros trasladaron al enfermo a la habitación contigua, allí lo desvistieron y lo metieron en la cama. Aún sin médicos. Sé que es impropcedente mover a los enfermos, sin embargo lo hicieron. No fue hasta el día siguiente, el 2 de marzo, cuando vinieron varios miembros de la Academia de Medicina. Buscaron el historial médico de Stalin para saber cómo tratarlo, pero no lo encontraron: estaba cerrado a cal y canto en la caja fuerte del Kremlin, donde lo había guardado el doctor Vinográdov por orden de mi padre. Pero Vinográdov estaba en la cárcel... Cuando la noche del 5 de marzo murió mi padre y se lo llevaron para luego exponerlo de cuerpo presente, Beria ordenó la evacuación total de la villa de Stalin en Kúntsevo...

»En la evacuación de la dacha de Kúntsevo, Beria ordenó que se quitaran todos los muebles, que se despidiera a toda la gente de servicio y que se sellaran las habitaciones. El personal y los demás, que estábamos presentes durante la muerte de mi padre, recibimos una orden amenazadora: “¡silencio!”. Como si la dacha no hubiera existido jamás. El anuncio oficial del gobierno presentó una mentira a la nación: “Stalin murió en su piso del Kremlin”. La administradora de la dacha de Kúntsevo me lo contó todo hace poco. Había muchas cosas que yo ignoraba. Mi hermano Vasili sabía más que yo de esto, y el día de la muerte de mi padre parece que se reunió con un grupo de periodistas extranjeros para informarlos de cómo el gobierno dirigido por Beria había ayudado a morir a Stalin. A Vasili se lo llevaron y lo encarcelaron. Luego lo ayudaron a morir también a él, tal como le acabo de contar.

—¿Cómo fue la muerte de su padre?

—Difícil. Terrible. Se ahogaba y buscaba aire. No se puede describir. Y no le aliviaron esa muerte ni con inyecciones ni con pastillas. Y sabe qué pienso... —dijo casi inaudiblemente—, la intuición me dice que Beria mandó envenenar a mi padre. Que era un complot contra él.

—¿Por qué?

—En aquella época mi padre había hecho venir a un joven de provincias y creo que todos estaban convencidos de que ese chico sería el que lo reemplazaría en el puesto del presidente del Sóviet Supremo. Y claro, Beria ansiaba ese puesto.

—¿Usted también lo creía?

—Sí —dijo Svetlana bajito.

Entró una trabajadora de la limpieza con un cubo y una escoba envuelta en un trapo mojado y se puso a fregar el suelo. Estaba musitando la canción *Qué grande es mi patria*. La pareja se quedó en silencio.

—Una muerte difícil, terrible: eso es lo que pensaba —dijo el indio bajito, más bien para sí mismo.

Se quedaron otra vez en silencio. Al salir la limpiadora, Svetlana no se aguantó y preguntó:

—¿Por qué lo pensaba?

El indio se mostró intranquilo unos momentos, no quería contestar, pero Svetlana insistió.

—Discúlpeme por la absoluta falta de tacto con la que he soltado ese comentario: ¡se trata de su padre! Lo he dicho porque los hinduistas creemos que la muerte de un buen hombre es fácil; su alma abandona el cuerpo sin encontrar barreras.

—Sí, entiendo. No, no se disculpe, por favor, ¡no me ha ofendido de ningún modo! La fe hinduista tiene razón: mi padre estaba lejos de ser un buen hombre. Aunque debo admitir que conmigo fue amable, pero solo cuando era pequeña y ya entonces no era siempre así. Aún hoy, diez años después de su muerte, en Rusia lo odian con toda el alma decenas de millones de personas. ¡Envió a la prisión y a la muerte incluso a miembros de nuestro círculo familiar más íntimo! Así que ya ve que no tiene por qué disculparse.

—Y... ¿Usted? ¿Cómo...? —No acabó la frase.

—Bueno, para mí es duro, no lo niego. Era mi padre, a veces se mostraba hasta tierno y cariñoso conmigo: me llamaba pequeño rruiseñor, gorrioncito, me regalaba rosas. Después de la muerte de su esposa, o sea de mi madre, yo era la única a quien quería. Y la única que seguía a su lado. Aunque cada vez lo evitaba más, porque en su presencia me sentía angustiada.

Durante unos momentos se quedaron en silencio. Luego fueron hacia la



habitación de ella.

## 4

Se detuvieron ante la puerta. Ninguno sabía qué decir.

—Svetlana...

—¿Sí?

—Nada, solo...

Dejaba pasar los minutos, como si no pudiera decidirse. Por el pasillo volvían los pacientes rusos de la cena y los miraban con indignación y hasta desprecio.

Los extranjeros saludaban a Brayesh y con la cabeza, amistosamente, también a ella.

Ambos de nuevo callaron. «¿Nos volveremos a ver?», se preguntaba Svetlana.

—Bueno, que descansa. —Por fin Svetlana acabó con el silencio que la abrumaba. Pero siguió quieta en el pasillo. Al igual que él. Luego dio un paso hacia atrás, en dirección a su cuarto. Él seguía en su sitio y de vez en cuando saludaba a alguien. Cuando Svetlana ya estaba en el umbral de la puerta de su habitación, Brayesh dijo:

—Mañana salgo de excursión. ¿Vendrá conmigo?

Ella suspiró aliviada. En ese momento se dio cuenta de la necesidad que sentía de volver a ver a ese hombre tranquilo y risueño, mayor que ella, pero atractivo y amistoso. Se rio a pequeñas carcajadas felices.

—¿De excursión? —preguntó, con los ojos desorbitados—. ¿Adónde?

—Por los pasillos. Nos deleitaremos con el paisaje: desde cada ventana hay una vista diferente del paisaje yermo y gris, preparado para las nevadas, donde se posan los cuervos, caen las últimas hojas marrones y de vez en cuando algún copo de las primeras nieves. Y quizá vayamos incluso a la cocina donde la invitaré a un banquete, como si fuera la terraza de un restaurante.

Acordaron que al día siguiente después de comer saldrían de excursión

para contemplar el paisaje de octubre. Se desearon las buenas noches.

## 5

Pero al día siguiente Brayesh Singh no apareció a la hora del desayuno ni del almuerzo. Tampoco se presentó para cenar. Svetlana no lo vio en el pasillo.

—El señor Singh ha sido trasladado a otro hospital —la informaron en la oficina, cuando al día siguiente preguntó por el paciente indio.

El hospital le parecía oscuro ahora que el paciente indio no le hacía compañía; sin embargo, Svetlana iba curándose deprisa. Unos días más tarde volvió a casa, asistía a las competiciones de gimnasia rítmica en las que participaba su hija Katia y seguía los progresos de su hijo Yósif, estudiante de medicina. Iba al cine, descubrió a un joven cineasta checo, Miloš Forman. Leía el *Bhagavad-gita* una y otra vez porque no acababa de entender bien las ideas que contenía ese poema filosófico. En su amplia casa con vistas al Moscova recibía a viejos amigos, conocía a personas nuevas. Pero nunca la abandonaba una vaga sensación de vacío.

## 6

Allí había rosas, jazmines y malvaviscos en flor, los pájaros y los grillos cantaban, mientras que en Moscú había nevado y en las calles se formaba una mezcla de barro y nieve. En noviembre, un mes después de que le dieran el alta en el hospital moscovita, los médicos enviaron a Svetlana a un balneario de Sochi en el mar Negro para que se recuperara gracias al cálido aire y al sol meridional.

En el comedor le designaron un lugar en una larga mesa entre rusos. La mesa de los extranjeros estaba situada junto a la pared, en una esquina. Con solo mirar a los comensales, quedaba claro que se encontraba en un balneario

para la elite del Partido: a su alrededor únicamente veía las aburridas caras de funcionarios comunistas.

Al salir, después de comer, Svetlana repasó el feo edificio construido al estilo del realismo socialista, con un rótulo sobre la entrada principal: Casa de Reposo. Svetlana se sentó en un banco. Entonces alguien se le acercó por detrás y le puso las manos en los ojos, aullando con la voz deformada, en inglés:

—¿Quién soy?

—Katia —dijo Svetlana, de forma completamente ilógica, porque la voz no era de mujer y Katia, su hija de catorce años, de la que se había despedido por la mañana en Moscú, no podía estar en Sochi.

Las manos del desconocido se despegaron de sus ojos y Svetlana vio como le sonreía la cara bronceada y saludable de Brayesh Singh.

Svetlana estaba consternada. ¿Cómo era posible? ¡Menuda casualidad! Sin embargo, si hubiera reflexionado un poco más, se habría dado cuenta de que el hospital de Kuznetsovo, a las afueras de Moscú, donde estaba ingresado Brayesh, enviaba a sus pacientes a reposar a su centro de recuperación del sur de Rusia, es decir, que no se podía hablar de casualidad.

Inmediatamente salieron a pasear al mar, como si no hubieran estado semanas sin verse. Svetlana le hizo saber que la manera en que la había querido sorprender le había parecido demasiado íntima.

—Shveta, eso es porque tiene los ojos del color del Ganges. Antes estaba convencido que era el de la época de lluvias, pero ahora veo que no, es el río en un día soleado. Y el Ganges pasa por la ciudad donde yo nací, así que usted me recuerda a mi casa.

Svetlana pensó que un europeo difícilmente habría dicho algo parecido, lo habría considerado demasiado exagerado, sentimental y hasta un poco cursi.

—¿Cómo se llama su ciudad?

—Kalakankar —aclaró radiante.

—¿Y qué es eso de Shveta? Yo me llamo Svetlana. Aunque mis amigos más íntimos me llaman Sveta.

—En sánscrito *shveta* significa clara, pura, luminosa. Y es más corto. Así que la he bautizado como Shveta, un hermoso nombre hindú. Su nombre ruso se deriva del sánscrito. Así la llamaba para mis adentros mientras estuvo

alejada.

Ella no pudo evitar reírse del «mientras estuvo alejada».

—En ruso Svetlana proviene de la palabra *svet*, que significa luz.

Brayesh le explicó que muchas palabras de las lenguas indoeuropeas venían del sánscrito: el ruso *tri*, el inglés *three* y el italiano *tre*, eran otro ejemplo. Pero este debate lingüístico pronto dejó de interesarla, al menos de momento.

—Le enseñaré el Arboretum, un jardín botánico precioso con una glorieta y muchos bancos, ¿quiere?

—¡De acuerdo! Pero ahora, antes que nada, nos sentaremos en la terraza de un café junto al mar.

Svetlana recordaba a Brayesh como un hombre mayor enfundado en pijamas y bata; en cambio ahora estaba bronceado y llevaba ropa elegante, informal: unos pantalones de color café con leche, una camisa blanca a estrechas rayas del mismo color y una chaqueta de ante. Lucía un aspecto saludable y juvenil. Svetlana pensó que en el hospital moscovita no se había fijado en los delicados rasgos de su cara y esa expresión calmada y noble, ni en su achocolatada piel que parecía irradiar luz. Eso sí, se acordaba de sus manos alargadas y menudas. Aunque no era muy alto, su figura fuerte y musculosa, en combinación con el resto, hacía que la mayoría de la gente que lo veía por primera vez pensara que se trataba de un hombre de apariencia y trato agradables. Y es que sus correctos modales, su cortesía y amabilidad hacían pensar en un diplomático en una recepción de gala. El indio la había saludado con bastante familiaridad porque la sentía cercana. Y concluyó que le daba la sensación de que los indios eran personas más cálidas que los nórdicos, tan calculadores, tan distantes.

Bebieron el café espeso y sabroso del sur y miraron al mar, sobre el que muy rápidamente cayó un sol naranja que derramó su color en las aguas y tiñó también los rostros del hombre y la mujer en la terraza de la cafetería.

—El sol tiene el color de la papaya.

—No sé cómo es una papaya. Así que para mí su color es el del albaricoque.

—Y ahora el cielo se ha vuelto como un grano de granada.

—Tampoco sé cómo es. Para mí es del color de un melocotón maduro.

—¡Ahora ya se pone! ¡Puede pedir un deseo! ¡Pídalo antes de que se ponga por completo!

—¿Y usted qué anhela?

—Si se lo dijera mi deseo no se cumpliría. Así que usted también guárdese el suyo.

Svetlana deseó que esta vez no se llevaran de la Casa de Reposo a ese simpático, alegre acompañante, a ese hombre que conocía el mundo, al contrario que ella. Encadenó ese anhelo con el de que en aquel preciso momento se detuviera el tiempo. Luego quiso retirar ambos deseos, porque le parecían superficiales, y anheló que sus hijos estuvieran siempre igual de sanos y fueran tan buenos como hasta entonces. Y también deseó con fuerza que por fin dejara de perseguirla la sombra de su padre. Así que en realidad no sabía qué desear. Se lo dijo malhumorada a Brayesh, que se rio:

—Todos tenemos tantos deseos que no es nada fácil escoger el más importante.

Pidieron otro café y escucharon las cigarras, que tras la puesta del sol arrancaron un verdadero concierto. Se quedaron sentados, en silencio, hechizados, como si ya se lo hubieran dicho todo en su vida.

—¿A qué hora sirven el desayuno en la Casa de Reposo? Espero que no a las siete —preguntó Svetlana.

—A las nueve y media.

—¡Entonces no hay prisa para ir a dormir y podemos tomar algo más!

Pidieron un moscatel georgiano, y luego otra copa más. Cuando cerraron el café, lentamente pasearon hasta la Casa de Reposo, aunque no tenían ganas de irse a dormir.

Al día siguiente, durante la cena en la Casa de Reposo, se saludaron con guiños llenos de complicidad a través de la distancia que separaba sus mesas y, mientras duró la comida, se comunicaron con gestos. Los compañeros de mesa de Svetlana se mostraron indignados. Una mujer que le recordaba a un

pavo le reprochó que el día anterior, después de la comida, ese extranjero se hubiera acercado a ella «de forma grosera», según las palabras de la mujer-pavo. Svetlana agitó la mano para quitarle importancia al asunto: ese gesto se lo había visto hacer a Brayesh. Era como si quisiera dejar atrás todo lo desagradable para concentrarse en lo bueno y hermoso.

Después de cenar, Svetlana se sinceró a su amigo sobre el sermón de la mujer-pavo.

—*Ullu ka patta* —dijo Singh riendo para sí.

—¿Qué significa esto?

—Esta expresión se refiere a los tontos —explicó Brayesh—. *Ullu*, con doble ele, en hindi, es lechuga. Para nosotros, las lechugas no son sabias y clarividentes como lo son en la cultura occidental, sino todo lo contrario: son el símbolo de lo estúpido. *Patta* es su pequeño.

Luego se giró hacia el hombre que estaba sentado junto a él y se lo presentó:

—Somnath Lahiri, de Bengala, es político. Somnath, le presento a Svetlana Allilúyeva, traductora e historiadora de la literatura, de Moscú.

Lahiri le apretó la mano con fuerza y Svetlana pensó, que a juzgar por estos dos que tenía delante, todos los indios no hacían nada más que reír.

—¿Vamos al Arboretum? Ayer lo olvidamos —dijo Brayesh implorante, al despedirse de Somnath, y fingiendo sentirse culpable como un niño.

El sol ya se había puesto y anochecía, el jardín botánico estaba cerrado, pero pasaron a lo largo de su muro, luego se sentaron en un banco y observaron el cielo rojo sobre las palmeras del jardín. Llegó la oscuridad y el alboroto de los grillos y ya no hubo nada que mirar. Sin embargo, ninguno de ellos, cuyos hombros estaban pegados el uno al otro, tenía ganas de levantarse y hasta bien entrada la noche no se pusieron de pie.

De madrugada, Svetlana y los dos indios salieron de excursión por las colinas donde empezaba el Cáucaso. Volvieron de un humor excelente, risueños, y no tenían ganas de cenar en la Casa de Reposo. Se sentaron en un restaurante junto al mar, saborearon un pescado a la plancha y lo acompañaron con vino blanco. Luego pasearon junto al mar. Somnath, como político, preguntó a Svetlana muchos detalles sobre la vida en el Kremlin y comentó vivamente sus respuestas. Muy pronto, sin embargo, se despidió y

Singh y Svetlana continuaron paseando hasta pasada la medianoche.

Al día siguiente por la mañana, Svetlana se llevó a los dos indios al mercado. Ambos se esforzaron por entablar conversación con la gente, especialmente con los vendedores de las paradas del mercado, Svetlana les hacía de intérprete. Compraron fruta y verdura, Brayesh iba de parada en parada buscando mangos, o por lo menos melocotones. Los vendedores se burlaron de él: «¿Melocotones frescos en noviembre? ¡Vaya broma!». Y le ofrecieron melocotón en almíbar. Casi saltaba de alegría después de lograr encontrar todas las especias que necesitaba en las paradas de los georgianos.

—Me gustaría preparar un mango lasi de postre en la pequeña cocina del apartamento —explicó.

—Yogur líquido con sabor a mango, una especialidad de la India, ¿sabe, Svetlana? —explicó Somnath.

—Mango... mango... —repetía Svetlana como si el nombre pronunciado en voz alta tuviera que revelarles el aspecto y el gusto de la fruta—. He veraneado muchas veces en Georgia —y en Sochi, cerca de la frontera con Georgia—, pero jamás he comido un mango aquí. No creo que lo encontremos. ¿A qué sabe?

—Tiene el sabor del sol. El mango es dulce con un regusto ácido, y de textura satinada como la seda.

—Ha descrito una naranja. O una pera no muy madura.

—De modo que compraremos naranjas y peras, manzanas y uvas —decidió Brayesh.

Más tarde, Brayesh, en su habitación, preparó una ensalada de verduras con fruta: en una fuente dispuso hojas de lechuga lavadas, secadas y cortadas y encima de ellas colocó trozos de melocotón. Aliñó la ensalada con unas gotas de aceite de oliva y zumo de limón, esparció encima de la fruta la piel del limón rayada, hojas de menta cortadas, y una mezcla de comino en polvo y de pimienta blanca, negra y roja. Para acompañar la ensalada sofrió en una sartén unos riñones de cordero con tomate y una mezcla de especias parecida a la que había usado en la ensalada. Somnath había traído dos botellas de vino tinto georgiano de Abjazia: el Lykhny. Y mientras Brayesh cocinaba, Somnath abrió una botella y le ofreció a Svetlana este vino ligero pero de gusto destacado. Svetlana explicó a los indios —con orgullo de georgiana—

que la región vinícola de Georgia era la productora de caldos más antigua del mundo: databa de la era del Neolítico, o sea que tenía más de ocho mil años. Aunque Brayesh estaba plenamente entregado a su trabajo culinario, intervino en la conversación contando que, en la India, la viticultura databa desde la civilización del valle del Indo, o sea de la Edad de Bronce. «Algo más joven que la georgiana, es cierto —sonrió—. Y las órdenes de nuestro gobierno han interrumpido la tradición en más de una ocasión».

Mientras tanto Svetlana observaba como Brayesh servía el plato en tostadas en las que esparcía hojas de cilantro. Mientras degustaban esas delicias, Svetlana recomendó a Brayesh que abriera en Moscú un restaurante indio, algo inaudito en la capital rusa. Ella trabajaría de camarera.

—Se le haría pesado estar siempre conmigo, Shveta.

—Los hombres ingeniosos con sentido del humor nunca me llegan a aburrir —le devolvió la pelota Svetlana, radiante. Y mientras Somnath abría la segunda botella, Brayesh le tocó la mano con una larga, lenta caricia.

La cena a tres resultó animada y divertida, y la alargaron tanto como pudieron. Después de haber bebido las dos botellas de vino, hasta muy entrada la noche saboreaban el fuerte café, cortado y azucarado, que Brayesh preparó a la manera india.

Cuando Somnath se despidió y se fue a su habitación a descansar, Brayesh y Svetlana se sentaron el uno junto a la otra en el balcón, abrazados, a contemplar la salida del sol. Nadie habló.

Varias horas más tarde, en un estado parecido a la fiebre, fueron a pasear por el Arboretum. El guardia del parque se fijó en que la mujer que ya por la mañana parecía cansada, se sentaba en los bancos y arrastraba al hombre a sentarse junto a ella; allí descansaba la cabeza sobre el hombro o el pecho del hombre. Luego se levantaban y se miraban largo rato a los ojos, cosa que el guardia encontraba ridícula.

## 8

Una noche, la vecina de Svetlana en la Casa de Reposo se dio cuenta de que



Brayesh Singh, después de cenar, había llamado a la puerta de la habitación de Svetlana. Le había traído una fruta exótica, quizá granada, la vecina no habría podido jurarlo y, además, un plato que «olía como si le hubieran echado todas las especias del mundo, y las más salvajes». Pero sabía a ciencia cierta que esa noche el indio no había abandonado el cuarto y que, cuando salió a la mañana siguiente, tenía el pelo húmedo y lucía una amplia sonrisa.

Tras la comida, ambos indios invitaron a Svetlana a tomar un café a su mesa, pero inmediatamente se acercó la camarera y anunció que estaba prohibido, que los pacientes no podían sentarse a otra mesa que la que les tenían asignada. Y por la noche trasladaron la mesa de los extranjeros a otra sala y la cerraron con llave. Desde entonces, durante las comidas los indios y Svetlana no podían comunicarse con los ojos, las muecas y las sonrisas.

A pesar de que pasaba la mayor parte del tiempo con los dos indios, no podía dejar de ver que los demás huéspedes de la Casa de Reposo la miraban y que sin ninguna duda hablaban de ella. Jrushchov, que en esa época estaba en el poder, había echado del Partido Comunista a muchos *apparatchiks* de la época de Stalin y luego no sabía qué hacer con ellos, así que les había dejado sus sueldos y todas sus ventajas. Ahora no tenían ningún trabajo, pero podían seguir utilizando todas las instalaciones destinadas a la elite del Partido y pasaban en la Casa de Reposo unas vacaciones indefinidas. Y puesto que no hacían nada, ocupaban el tiempo observando a los demás, juzgándolos, criticándolos, condenándolos y quejándose de ellos a las autoridades. Ahora se volvían en contra de Svetlana.

El consejo de administración de la Casa de Reposo empezó a prestar oído a las quejas y a seguir con atención a ambos indios. Coordinaron para ellos una visita al principal arquitecto local; éste les presentó el plan veinteñal de construcción de la ciudad de Sochi y luego les ofreció una minuciosa charla sobre el tema. Cuando acabó, los indios le dieron las gracias y se rieron.

—¿De qué se ríen? No sabía que les había contado cosas tan graciosas — les preguntó algo irritado el arquitecto, mortalmente serio.

—Solo que dentro de veinte años ya ninguno de nosotros estará en este mundo —siguió riéndose Singh.

Al día siguiente se los llevaron lejos, a las colinas y las laderas donde empezaba el Cáucaso, para enseñarles las plantaciones de té. Los miembros

del consejo de administración creían que les interesaría, porque toda Rusia bebía té traído de la India. Pero, ya en el coche, los dos indios reconocieron que ninguno de ellos había visto crecer el té, porque en su región de la India no se cultivaba. Primero les mostraron las plantaciones de té, luego los llevaron a una escuela cercana, donde unos pioneros les ataron alrededor del cuello el pañuelo rojo de las Juventudes Comunistas. Finalmente, cuando ambos ya estaban agotados, los honraron con una larga disertación sobre el cultivo del té. Lahiri pasó el viaje de vuelta durmiendo de tan cansado que estaba. No así Singh: en la plantación había arrancado una ramita de té en flor destinada a Svetlana; si se hubiera quedado dormido, no habría podido vigilar su regalo floral.

Cuando se vieron por la noche, colocaron la pequeña rama en un vaso con agua y, paulatinamente, las flores se fueron recuperando. Brayesh le contó las aventuras vividas y ella se avergonzó de su país y sus burócratas. Él estuvo de acuerdo, pero despachó el asunto con su «*Ullu ka patta*» y su risa contagiosa; no era capaz de enfadarse. Una y otra vez, Svetlana se daba cuenta de lo equilibrado que era su amigo. Cuando no le gustaba algo, se reía. Estaba por encima de lo trivial. En su comportamiento había algo majestuoso. Svetlana se propuso intentar guardar esa calma y equilibrio. Tenía que apartar de sí las pequeñas molestias cotidianas, siempre que no fuera imprescindible ocuparse de ellas de inmediato. El desasosiego, la irritación y el miedo la habían acompañado fielmente toda la vida y no iba a ser fácil echarlos fuera de un escobazo.

Después de que Brayesh se hubo ido de su habitación, Svetlana se inclinó encima de las flores del té. Entonces entró la limpiadora para cambiar la toalla. Svetlana no le hizo ni caso y respiraba sobre los brotes para que florecieran más deprisa.

## 9

Al día siguiente, a Svetlana le asignaron una compañera de habitación. Ella prefería estar sola y fue a la dirección para protestar, pero no hubo nada que

hacer. Así que pasaba la mayor parte de su tiempo en el cuarto de Brayesh. La administración de la Casa de Reposo no se atrevía a entrometerse en la vida de los extranjeros para evitar que se quejaran a sus embajadas.

Sin embargo, desde entonces comenzó para ella el infierno. Tan pronto se acomodaba en la habitación de Brayesh, alguien llamaba a la puerta: una camarera venía a limpiar el polvo a los muebles, otra traía fruta, luego agua fresca; luego, muy tarde, mientras ellos se hallaban encima de la cama desnudos, entró de repente una camarera para cambiar las sábanas, en otra ocasión alguien trajo una invitación totalmente innecesaria para asistir a una fiesta absurda de la Casa de Reposo. Svetlana trataba de aprender de Brayesh el arte de hacer caso omiso a lo indeseable y desagradable, pero sin éxito. Cuando estaba sola, la ansiedad llegaba sin avisar y se adueñaba de ella sin pedir permiso. Necesitaba tener a Brayesh siempre a su lado; solo él le traía la tranquilidad anímica necesaria para seguir adelante. Pensó en los hombres que había conocido antes que el indio: Alekséi, Grisha, Yuri, Ivan Svanidze y otros... ¿los había soñado? Tal vez nunca había amado a los hombres reales sino a la idea que tenía de ellos. Y luego obligaba a los hombres reales a que se parecieran al fruto de su imaginación.

—La sombra de mi padre siempre está conmigo, no me abandona —se quejó en una ocasión a Brayesh—. Es por su culpa que nos persiguen de esta manera.

—No te lo tomes así, es el pasado. El presente es otro, tu padre no está en él. No pienses en él.

Esa ecuanimidad india a veces le resultaba irritante.

—¿Cómo no voy a pensar en él? La gente me conoce: cuando me invitan en algún programa de televisión, estoy obligada a aceptar. Y tú mismo has visto cómo en la calle y en el comedor la gente se me acerca para fotografiarse conmigo y decirme con una gran sonrisa lo extraordinario que era mi padre. A veces me apetece contestarles: «¡Mi padre era un genocida!». Pero al final no lo hago.

Brayesh le acarició el pelo:

—Para ti no era un dictador, era tu padre, Shveta. Es como con los nazis: aunque en el trabajo fueran unos salvajes, se sabe que muchos de ellos eran buenos padres de familia. ¿O me equivoco?

—Llevo toda la vida huyendo de él.

—¿Cómo?

—Desde que tenía catorce años empecé a evitarlo.

—Evitarlo cuando estaba vivo es una cosa. Pero no puedes huir de tu padre muerto, forma parte de ti.

—Pues huyo. Me cambié el apellido, antes me llamaba Stalin, ahora Allilúyeva. Como mi madre —susurró e hizo una pausa antes de seguir—. Pero no me basta. Todo el país conoce mi nuevo apellido y sabe quién soy, porque me han visto en fotos y en la televisión. Tengo la sensación de que siempre hay alguien siguiéndome.

—Te entiendo. Todos tenemos un pasado que no nos abandona.

Y Brayesh Singh empezó a relatar.

Su primera mujer, una hinduista practicante y arraigada en la tradición, llevaba ya veinte años viviendo lejos de él con sus dos hijas. Sus padres habían acordado el matrimonio, los novios casi ni se conocían antes de la boda. Al cabo de pocos años, Brayesh se separó de la familia. Durante la ocupación alemana, conoció en Viena a una mujer judía que quería huir de Austria. Se fueron a la India, donde vivieron durante dieciséis años. Luego se mudaron a Londres, donde la mujer quería dar a su hijo una buena educación inglesa. Pero Singh no pudo encontrar empleo adecuado en la capital británica, así que volvió a la India y nunca dejó de echar de menos a su hijo, que se había convertido en un fotógrafo con talento.

—Es mi pasado, que siempre está conmigo. A menudo me duele, me hace sufrir. Pero nuestro pasado, y la familia es parte de él, sigue viviendo con nosotros, fluye en nuestras venas. Es inútil intentar deshacernos de él; por más esfuerzo que desplegásemos no lo conseguiríamos.

Svetlana confió a su amigo que también ella había tenido dos maridos:

—En ambos casos me casé para poder alejarme del Kremlin y de mi padre, para ganar cierta privacidad, aunque seguían vigilándome. Mi primer marido fue Grisha Morozov, con el que me casé a los diecinueve años, cuando yo era aún estudiante. Con el segundo, Yuri Zhdánov, hijo de un estrecho colaborador de mi padre, me casé a los veintitrés años. En esa época mi padre y yo ya nos odiábamos abiertamente. Cada uno de los matrimonios duró apenas tres años. Del primero tengo un hijo, Yósif, al que llamo Osia;

del otro una hija, Yekaterina, o simplemente Katia.

—¿No te gusta hablar de tu tercer marido?

—¿Cómo lo sabes? Pero tienes razón, nunca menciono a mi tercer marido. Ivan Svanidze, con el que había jugado justo aquí, en la playa de Sochi, cuando éramos niños. Es el hijo de mi tío Aleksei Semyonovich Svanidze que mi padre hizo ejecutar. Mi tía Marusia murió de pena poco después. Nadie de la familia quiso acoger al pequeño Ivan, el miedo era más fuerte que la compasión. Al final el pequeño creció con su niñera. Más tarde tuvo problemas con la policía y acabó en la cárcel por un tiempo. Un día nos encontramos por la calle, justo el día en que Ivan iba a defender su tesis doctoral. Me fijé en que llevaba un traje viejo y gastado, pero aun así me pareció atractivo; además nos unía la infancia en Sochi. Poco después nos casamos y vivimos juntos un año y medio. Bueno, vivir juntos no sería la expresión más apropiada: Ivan se negaba a vivir conmigo en mi bonito piso moscovita que, según repetía insistentemente, me habían asignado las autoridades comunistas. No era verdad: en una carta pedí a las autoridades que me dejaran vivir en un piso de mi propia elección cuyo alquiler pagaría yo misma con los honorarios que recibía por mis traducciones. No quería disfrutar de ninguna de las ventajas que en nuestro país suele tener la nomenklatura comunista. Pero Ivan no se lo creyó. Estaba tan marcado por sus experiencias anteriores que la vida con él se me hizo insoportable.

—Ya veo que te casaste con una víctima de la represión de tu padre. Como si hubieras querido honrar a la víctima y limpiar el pecado de tu padre.

—Y en cambio con la separación hice tanto daño a Ivan que mi buena voluntad tampoco sirvió de nada.

—¿Tú no sufriste por la separación?

—Yo suelo pasar página con las separaciones muy deprisa —dijo Svetlana, nerviosa. Y añadió sin vacilar—: Será que aún no he encontrado al hombre adecuado.

—Me cuesta comprenderte, Shveta. Eres ligera como una pluma y al mismo tiempo pesas más que una piedra; deseas la soledad pero no sabes estar sola; eres buena, pero tengo la impresión que puedes llegar a ser bastante cruel —dijo Brayesh y sonriendo la amenazó con un dedo como a una niña pequeña.

Luego fueron a pasear por el muelle, callados. Svetlana pensaba en la historia que le había contado su amigo y también en la suya propia. Cuando llegaron al final del paseo marítimo, Svetlana se apoyó en la barandilla de piedra encima del mar. Se giró levemente y vislumbró a Brayesh detrás de ella. La miraba con unos ojos más amplios, relucientes y oscuros que de costumbre. Svetlana sabía por intuición que su amigo pensaba en todo lo que había vivido con ella, y que con su mirada, dirigida más hacia su interior que hacia fuera, la veía como una mujer extraordinariamente bella, seductora y única. Sabía que esa mujer no se le parecía y bajó la cabeza hacia la playa.

Pensó en cómo, hacía unas tres semanas, estaba sentado entre las flores otoñales del jardín botánico de Sochi, la abrazaba con delicadeza y, en ese momento, ella lo deseó con ímpetu. Su deseo de entonces se proyectó en el momento presente, allí encima del mar. Se volvió a girar para ver a su amigo que seguía con ese extraño resplandor en los ojos. Se acercó a ella, le acarició las caderas y la estrechó hacia él.

En ese instante los saludó un extraño y se dirigió a Svetlana:

—Su padre era un gran líder. Sin él nuestro país jamás volverá a ser tan fuerte e importante como antes. Pero le daré un consejo —le susurró al oído—: ¡Deshágase lo antes posible de este indio y búsquese un marido ruso!

—Pero ¿por qué? ¿Por qué te tienes que deshacer de mí? —preguntó Brayesh Singh, de nuevo sorprendido, después de que el hombre se hubiera marchado y Svetlana se lo tradujera.

No tenía ganas de hablar; le hubiera gustado volver a ese estado de ánimo en el que se encontraban antes de que el extraño interviniera. Pero se vio obligada a explicarle la escena a Brayesh, de modo que contó contra su voluntad, deprisa e impacientemente, como un autómatas:

—Jrushchov, que ahora está en el poder, apoya las relaciones de los rusos con el extranjero, porque las considera útiles. En cambio, la gente como este hombre es de la vieja guardia, está acostumbrada al completo aislamiento de los soviéticos. ¡Otro *apparatchik* de vacaciones forzadas! —dijo esbozando

una sonrisa para ocultar su desasosiego. Estaba irritada sobre todo porque notó que había desaparecido esa mirada con la que Brayesh la admiraba.

Y su risa no era feliz. No podía dejar de pensar que Brayesh Singh al día siguiente partiría para la India. Se había acabado su estancia en el balneario, y aunque intentó quedarse más días, no le habían alargado ni la estancia en Sochi ni el visado soviético. Svetlana lo tomó de la mano para llevarlo a la habitación de él donde, según esperaba, nadie les estropearía con molestas intervenciones la última noche que les quedaba por pasar juntos. Brayesh le abrazó la cintura, luego su mano resbaló sobre su cadera. Ambos escuchaban el tenue sonido que a cada paso producía el vaporoso vestido de Svetlana. Los transeúntes observaban a la pareja y se giraban para seguirla con la mirada. Svetlana y Brayesh no podían pasar desapercibidos; toda la ciudad balnearia de Sochi hablaba de ellos, se habían convertido en un espectáculo. Pero ellos lo ignoraban; se movían en su propio mundo.

Al día siguiente, Svetlana quiso acompañar a su amigo en tren al aeropuerto, pero enviaron a por él un Volga negro, oficial, con conductor y no le permitieron subir. Se cogieron de la mano hasta que el chófer cerró la puerta. Entonces Brayesh bajó la ventanilla y volvió a acariciar las manos de su amiga hasta que el movimiento del coche se las arrancó. En ese momento sacó la cabeza de la ventanilla y le preguntó a Svetlana con un alegre y tierno guiño:

—¿No has pensado en tener un cuarto marido?

## 11

Una semana después de la partida de Singh, Svetlana cogió el avión de vuelta a Moscú pensando que se había acabado otro romance de balneario, agradable y refrescante pero pasajero. Tenía ganas de ver a sus hijos y a sus amigos, pasear por las avenidas, que en esa época ya estarían nevadas, ir al cine, al teatro y a conciertos, a dedicarse a su trabajo de traductora. Pero se había apoderado de ella una vaga inquietud, no sabía por qué.

Su hijo Yósif de dieciocho años la recogió en el aeropuerto.

En casa, Svetlana cenó con sus hijos pollo empanado con ensaladilla de patatas y pepinillos y de postre saborearon el bizcocho que había horneado su hija. Svetlana se sirvió dos veces para que Katia estuviera contenta. Pero no tenía hambre y su cabeza estaba en otra parte.

Antes de acostarse colocó en un florero la ramita del té que le había traído Brayesh de la excursión. Casi todas las flores habían caído y, tras el viaje, las hojas se habían marchitado. Svetlana dispuso el florero encima del marco de la ventana. Durante la noche, las hojas se enderezaron y por la mañana la rama estaba fresca como antes.

Svetlana retomó su actividad habitual: traducía libros, iba a conciertos, al teatro, quedaba con sus amigos en los cafés. En resumen, vivía como siempre; pero algo había cambiado. Ahora, ya no disfrutaba tanto las cosas y no sentía la misma ilusión por ellas como antes de partir para Sochi. A menudo hablaba con la gente y sonreía perdida en ensoñaciones, no escuchaba, su mente estaba en otra parte. Y si en algún sitio divisaba a un hombre no muy alto con el pelo oscuro algo encanecido y bien peinado, estaba a punto de dirigirsele con alegría y se le ocurrían palabras en inglés.

Para recuperar el equilibrio se obligó a escribir unas memorias de su infancia. Redactaba capítulos acerca de su padre y sus colaboradores y plasmaba sobre el papel las turbulencias que durante años la habían desasosegado. Cuando hablaba de su madre, cuya imagen mental veía nítidamente mientras escribía, Svetlana se serenaba y sentía una profunda paz interior que, poco a poco, cedía a un incontrolable temblor y a la pregunta «¿Cómo pudo hacerme eso?».

## 12

Tras cuatro meses sin recibir ni una línea de Brayesh Singh se esforzó por acostumbrarse a la idea de que su historia de amor se había acabado. Sin embargo, le volvía a la cabeza un pensamiento recurrente. Svetlana estaba cada vez más persuadida de que cuando estaba con él en Sochi, no tenía que haber regresado a Moscú sino que tenía que haberse marchado con su amigo



a la India. Abandonarlo todo y empezar con él de cero. Se daba cuenta de que tal vez nadie hasta ese momento le había resultado tan cercano y que por una relación así había que sacrificarlo todo. Pero era consciente de que no podía salir de la Unión Soviética e intentaba olvidar a Brayesh.

Y entonces, un día, le llegó un sobre de la embajada de la India. Lo rasgó, dentro había un sobre más pequeño. En el sobre pequeño le sonreían sellos de colores con flores exóticas, un matasellos de Nueva Delhi y la letra redonda y pulcra de Singh, con la dirección de Kaul, el embajador de la India en Moscú. Abrió impaciente el sobre.

Delhi, 7 de febrero de 1964

Querida Shveta:

¿Recibiste mis cartas? Supongo que no, porque me habrías respondido. Te escribo por medio del embajador para que por fin recibas noticias mías. Haz lo mismo, aunque sea pesado, inseguro y lento.

Shveta, hace meses que no tengo noticias tuyas y cuanto menos sé de ti más te necesito. Durante estos meses de separación lo he estado pensando todo con detenimiento y me he dado cuenta de que quiero pasar contigo el final de mi vida (tengo asma y éstos son mis últimos años, no hace falta hacerse ilusiones). Quiero vivir contigo, cerca de ti. Quiero casarme contigo, si tú quieres. Desde que volví a la India, cuando voy por la calle, te veo en todas las jóvenes europeas y, cuando necesito un consejo, oigo tu voz y enseguida sé lo que he de hacer. No quiero aplazar otro encuentro contigo, porque quizá ya no me quede mucho tiempo. Quiero estar contigo cuanto antes y me gustaría invitarte a venir a la India, para que la conozcas y decidas si después de la boda quieres vivir conmigo aquí o en Moscú. Yo me adaptaré a lo que decidas, cariño mío, no hay nada que me importe tanto como tu felicidad.

Escríbeme cuanto antes, dime si deseas nuestra alianza tanto como yo.

Esperaré impaciente tu respuesta, Shveta, mi amor.

Besos de tu BRAYESH

Svetlana leyó la carta otra vez. Solo tras la tercera lectura se aseguró de que efectivamente fuera Brayesh quien la había escrito de modo tan afectivo. Durante el tiempo que pasaron juntos, él prefería las caricias para expresar sus sentimientos. Sí, las caricias... A Svetlana la inundó una ola de recuerdos muy vivos.

Al día siguiente, cuando caminaba por la acera nevada y la nieve le entraba con violencia en los ojos, se imaginó el calor, las palmeras y las frutas y flores exóticas de la India, mentalmente se imaginó trenes y aviones, amplias avenidas y cálidos y perfumados cafés en distintas capitales

europas, y las ansias de ver el mundo por primera vez, guiada por Brayesh, y todas esas imágenes la dejaron tan ebria que ni se daba cuenta de que la nieve en las aceras se iba transformando en charcos y barro. Se imaginó lo contentos que se pondrían sus hijos y Yelena, la novia de Yósif, al verla acompañada por ese hombre que a todos les parecería maravilloso. Con sentimientos encontrados —por una parte, la dicha que ardía en ella como una antorcha, pero también el miedo de que las autoridades soviéticas fueran a echar a perder su frágil felicidad y con ella su equilibrio mental— se adentró en las entrañas del Ministerio de Asuntos Interiores. Por la tarde mandó a Brayesh una postal diciendo que ya había puesto en marcha el asunto de su visado. Cuando al cabo de casi tres semanas supo algo más definitivo, decidió enviarle su respuesta a Brayesh a través de la embajada de la India, como había hecho él.

Moscú, 27 de febrero de 1964

Querido Brayesh:

Estuve en el Ministerio del Interior y pedí un permiso de estancia en la India. Me lo denegaron rotundamente. Ya sabes, tenemos un nuevo gobierno. La última vez que estuviste en nuestro país fue con Jrushchov, lo que implica libertad en comparación con lo que ha instaurado ahora Brézhnev, con Kosygin, Suslov y toda la camarilla de comunistas conservadores. Así que pedí una breve visita turística a la India, pero tampoco conseguí el permiso. Pregunté si podía conseguir un visado para un viaje a algún otro país, preferiblemente de Europa. Brayesh, te costará creerlo, pero me lo denegaron todo.

Recuerdo cuando me decías que nosotros los rusos somos unos topos metidos en nuestro agujero casero, del que no salimos, y que tú me enseñarías la India y Europa, que recorreríamos todos los países porque tenías amigos en todas partes. En ese momento no quería estropearle a ti la ilusión por mi país ni a mí misma el humor, así que no me metí en explicaciones que hubieran resultado largas y complejas. Pero ahora ya ves que lo de nuestra vida de topos es de verdad, ¿eh?

Intenta venir tú a verme, es nuestra única posibilidad. Y dime cómo puedo ayudarte desde aquí.

Yo también quisiera tenerte siempre a mi lado, haga lo que haga. Creo que contigo me convertiría en una persona menos susceptible a todo lo absurdo que hay en nuestro país.

Besos cariñosos.

Tuya, SHVETA

No solo Svetlana y Brayesh empezaron a cartearse de modo febril; también Yósif, el hijo de Svetlana, sentía la necesidad de compartir sus vivencias con su novia que se encontraba en un viaje de estudios fuera de Moscú, y de escuchar los consejos de ella. Al cabo de algo más de un año después de la primera carta de Svetlana a Brayesh, Yósif escribía a su novia:

7 de abril de 1965

Querida Yelena:

Te saludo desde Moscú. Hoy ha hecho un frío día de primavera, al mediodía la nieve ha empezado a derretirse en las calles, pero por la tarde ha vuelto a helar.

He acompañado a mi madre al aeropuerto de Sheremétievo para recoger a su amigo indio, a quien después de año y medio por fin nuestras autoridades le han dado permiso para venir: durante un año y medio Brayesh Singh iba topando, una y otra vez, con problemas administrativos creados por la burocracia soviética. Las cartas llegaban solo raramente, aunque Singh escribía varias veces por semana. Durante ese tiempo, sin embargo, ha conseguido, en una editorial de aquí, un trabajo de traductor del hindi.

Mamá y yo subimos a la terraza para ver desde lejos a los pasajeros de Delhi cuando llegaran. El avión aún no había aterrizado. En el balcón del aeropuerto había una sola persona, una mujer aún joven, que miraba al cielo con las mejillas surcadas por las lágrimas. Mamá le dio un pañuelo y los dos nos dimos cuenta de que la mujer, diría que de la generación de mi madre, o sea de unos treinta y cinco años, era sorprendentemente hermosa, aunque sus ojos estuvieran anegados en lágrimas. Se nos presentó como Valentina Grigórievna y nos dijo, o más bien le dijo a mi madre, que se acababa de despedir de un americano, su primer amor y el padre de su hija. A causa de su relación con él fue acusada de espionaje y condenada, durante el mandato de Stalin, a diez años en un campo de trabajos forzados en Siberia. Cuando la soltaron, su amigo por lo visto la encontró, vino a verla a Moscú y ahora había tenido que irse. Valentina sabía que no volvería a verla.

Mi madre agitó la cabeza, sin intentar dar a la señora Valentina, o Valia, como la llamaba, esperanzas que ella sabía estériles. Luego cayó del cielo a sus pies una pluma, creo que sería de una grajilla, se agachó a cogerla y se apartó para estar sola. Se olvidó de devolverle el pañuelo a mi madre. Pero creo que mi madre se alegró de haber podido hacer algo por Valia. Y también, en lo más recóndito del alma, creo que se sintió personalmente culpable porque su padre hubiera echado a perder la vida de aquella mujer. Esa culpa persigue siempre a mi madre. Luego llegó el avión de Delhi y bajamos a dar la bienvenida a los pasajeros, es decir, al amigo de mi madre. Y dejamos a Valia ahí sola, con su pluma. No quisimos interrumpir su dolor.

De la aduana salían mujeres en sari y hombres con elegantes vestidos oscuros y claros como los que había llevado Nehru. ¡De repente me sentí como si estuviera en la India! A ti también te habría gustado, Yelena. Alguna vez iremos juntos al aeropuerto cuando aterrice un avión de Delhi. ¡Ya verás! Bueno, y todos los pasajeros ya habían salido y no había ni rastro del señor Singh. Sentí los nervios de mi madre y yo mismo también empecé a temblar. Al fin me di cuenta de que mi madre saludaba con la mano a un señor mayor, un indio que arrastraba una pesada maleta. Desde el primer momento, el amigo de mi madre me resultó simpático. Os presentaré cuando vuelvas de trabajar de Kazajistán: tiene los ojos

grandes y bonachones escondidos tras los cristales de sus gafas y una amplia sonrisa, sincera y honrada. Y es educadísimo, ¡y culto!, ¡toda una enciclopedia andante!

Al señor Singh también lo esperaban en el aeropuerto sus futuros jefes moscovitas, los editores y redactores de la editorial Progress, para quienes deberá traducir del inglés al hindi y viceversa. Enseguida se lo llevaron al piso que habían alquilado para él. Pero yo le dije a mi madre: «¿Qué sentido tiene que ahora se vaya a vivir quién sabe dónde si pasará los días con nosotros? ¡Que venga a casa enseguida!». Ella me miró, como si no esperara algo así de mí, y me abrazó. Luego nos llevamos al señor Singh a casa.

Empezó a deshacer las maletas y lo primero que hizo fue ajustar a mi madre un pequeño reloj de diamantes en la muñeca. A mí este tipo de cosas no me dicen nada, pero este reloj, más bien una pulsera, una joya, es realmente bonito. El señor Singh le dijo: «Cuando yo no esté, el reloj seguirá vivo, seguirá cantando su tictac». A mí me regaló una camisa blanca de seda con el cuello indio, se llama *kurta* y se parece bastante a nuestra *rubashka*. A Katia le trajo un vestido de seda, cosido a mano. También hay algo aquí para mi Yelena, el señor Singh tampoco se olvidó de ti.

Luego oí lo que le dijo el señor Singh a mi madre. No es que espiera, pero la puerta estaba abierta.

«Shveta —dijo, y es que él llama así a mi madre; por lo visto viene del sánscrito—, como ves, no me encuentro bien. En la India ha empeorado mi enfermedad, la incertidumbre de nuestra situación me estaba matando. Necesitaré estar dos o tres semanas en el hospital. Y no sé cuánto tiempo seguiré vivo. Aún no he firmado el contrato de trabajo, así que piénsatelo bien todo. ¿No será un peso demasiado grande para ti tenerme aquí? Tengo amigos en Yugoslavia, podría vivir y trabajar en su país y venir a verte de vez en cuando, otras veces tú viajarías para verme a mí. ¿Qué te parece?».

Y mi madre estalló. ¡Pobre señor Singh! Aún no conocía sus explosiones de ira. No es que sea culpa de mi madre, tiene los nervios desgarrados desde su infancia. Su padre no era precisamente un corderito y toda la familia estaba marcada por sus arrebatos furibundos. Así que le gritó al señor Singh que llevaba años enteros esperándolo y que ahora él quería irse a Yugoslavia, y que todo ese tiempo se había burlado de ella. Lo dijo en ruso, de modo que el señor Singh por suerte no lo entendió, porque después de un insulto así habría vuelto a hacer las maletas y se habría ido. Pero no, el señor Singh debe de ser un santo. Solo la abrazó para que se calmara, la sostuvo durante mucho rato entre sus brazos, hasta que mi madre dejó de temblar de rabia, y luego dijo en voz baja:

«De acuerdo, cariño, claro que no me voy a ningún lado si me aguantas aquí. Eres un cielo. Solamente es que no estoy bien y no quisiera ser un peso para ti».

Luego ya hubo paz. Por la noche mi madre preparó la mesa del comedor como para una fiesta y dispuso sobre ella toda clase de *pirozski*, ensaladas, ensaladillas, caviar negro y rojo, *blini* con crema fresca, patés y pescados ahumados, pepinillos y aceitunas. No sé de dónde sacó todo eso. No tenemos una mesa tan rica ni para la Nochevieja. Y de postre Katia volvió a hornear su bizcocho. El señor Singh y mi madre se miraban todo el rato y debajo de la mesa se cogían de la mano. Creo que efectivamente mi madre necesita a un hombre mayor que ella, pero con el espíritu joven, alguien como el señor Singh. Me parece que ha escogido a ese marido algo paternal, porque en toda su vida había echado en falta a un padre. Para ella, Singh es un refugio, y ella es consciente de ello. Además de todo eso, Singh es muy alegre y divertido, ¡y tan inteligente! Es miembro del Partido Comunista de la India, pero no por querer hacer una brillante carrera como pasa aquí, sino por su convicción de que hay que cambiar muchas cosas en el mundo, sobre todo erradicar la pobreza y la injusticia. Es un comunista bienpensante, una persona magnífica. Ya verás lo bien que te vas a llevar con él. Estábamos sentados a la mesa como si fuéramos una familia. Solo faltabas tú, Yelena. Nunca había sentido tan intensamente que tenía una familia unida como esa noche. Cuando vengas a vivir con nosotros, esa sensación será completa.

Mi madre tiene la intención de casarse con el señor Singh. Y el señor Singh también con ella, claro. Hablaron de eso durante la cena. He pensado, Yelena, que podrían celebrarse dos bodas a la vez: la suya y la nuestra, ¿qué te parece, cariño mío?

Besos de tu YÓSIF

3 de mayo de 1965

Querida Yelena:

A mi madre le gusta mucho la idea de celebrar las dos bodas a la vez. El señor Singh, a quien suelo llamar Brayesh, fue quien me lo propuso. Él creía que antes debería divorciarse de su primera mujer. Pero mi madre hizo lo que pudo para disuadirlo de ello. Singh no entendía cómo podía estar casado legalmente y casarse de nuevo sin haberse divorciado antes. «¡Pero si es ilegal! ¡Iré a la cárcel, y con razón!», decía, rechazando esa idea. Para convencerlo, mi madre le contó el conocido caso del compositor Prokófiev y su mujer. Los Prokófiev tuvieron una boda católica y romana en el extranjero, donde vivía el compositor en su exilio político. Su mujer, Lina, por lo visto era española. Cuando se mudaron a la Unión Soviética, el régimen de mi abuelo envió a la señora Lina Prokófiev a diez años a un campo de trabajos forzados. El compositor, entretanto, se casó con otra mujer —uno de esos matrimonios preparados por el KGB— y poco después él murió. Lo interesante es que murió el mismo día que mi abuelo: el 5 de marzo de 1953. Prokófiev no necesitó divorciarse para casarse. Y cuando soltaron a Lina Prokófiev del campo de trabajo, ella no pudo convertirse en la viuda legal del compositor, porque el matrimonio válido había sido el segundo, el de la boda civil, aunque no hubiera tenido hijos y tuviera dos del primer matrimonio. Por eso la segunda mujer, una espía del KGB, se convirtió en la única heredera legal de Prokófiev.

A pesar de esas explicaciones mi madre no pudo convencer a Singh. «Evidentemente, el gobierno soviético tenía mucho interés en que Prokófiev se volviera a casar —le dijo a mi madre, dándole la vuelta a su argumento—. Y ése no es nuestro caso. Parece que para las autoridades soviéticas soy una espina en la planta del pie».

Al día siguiente, mi madre fue a preguntar al Ministerio del Interior y al de Asuntos Exteriores, a la sección de matrimonios con extranjeros. Se trajo de allí una montaña de formularios para rellenar, y ahora hacemos lo que podemos para orientarnos en todo ese papeleo.

Eso fue ayer. Esta tarde han llamado a mi madre de la oficina del Presidente del Consejo de Ministros, Kosyguin, para que pase mañana por la mañana para una audiencia. Veremos cómo acaba.

Besos de tu YÓSIF

## 14

Desde la mañana estaba intranquila. Para el encuentro con Kosyguin se puso un traje chaqueta gris y sobre él una gabardina. Unos zapatos sin tacón para no destacar y que no se le pudiera reprochar nada. Aparcó el coche junto a la estación de metro Ojotni Riad. Era el 4 de mayo, un día frío, nublado, ventoso. Entró en el Kremlin por la Torre Spasskaia. Se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo sin haber vuelto a su antigua casa. Se apoderó de ella

un fuerte desasosiego. El día era oscuro, tenebroso, a pesar de la hora matutina, y parecía que en cualquier momento empezaría a nevar. El Kremlin, donde había pasado su infancia, la llenaba de angustia.

«¡Date la vuelta y vete!», se dijo a sí misma, y se detuvo. «No entres nunca jamás, ¡nunca vuelvas! Pero ¿qué pasaría entonces con Brayesh?». Observaba el Senado: allí vivieron, en la primera planta, durante veinte años. En la segunda planta estaban las oficinas. Allí la hizo llamar Jrushchov dos veces, a la sala cuyas ventanas dan a la Plaza Vieja. Pero Kosyguin había vuelto a ocupar el despacho de su padre, según tenía entendido. Empezó a temblar y sintió que sudaba. «¡Sobre todo no tener un ataque de ansiedad delante de Kosyguin!». Por la mañana había tomado un tranquilizante, pero parecía que no surtía efecto. Estas frías paredes, esos largos pasillos. Por ningún lado nada hermoso, ni rastro de originalidad. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo iba a acercarse a ese burócrata si lo ignoraba todo sobre él? Con Brézhnev podría empezar a romper el hielo hablando del hockey; su Osia solía verlo en el palco presidencial cada vez que acudía al estadio. Svetlana se sentó y observó un reloj feo y primitivo en la pared, que cada cinco minutos emitía un sonido opaco, cuando la manilla saltaba hacia delante..., cuando era niña, en su casa, en todas las habitaciones de la planta de abajo tenían un reloj como ése. Ya había olvidado los tristes muros y pasillos del Kremlin. No sentía ninguna nostalgia; solo asco. Se levantó para irse, pero en ese justo momento se abrió la puerta y la llamaron al despacho de Kosyguin, a las antiguas dependencias de su padre.

Kosyguin se levantó y le dio la mano: una mano sudada, sin vida. Se esforzó por sonreír, pero le salió una mueca. El presidente del Gobierno no sabía cómo empezar y Svetlana no quería ayudarlo.

—¡Vaya!, ¿cómo está, Svetlana Yósifovna? —soltó al fin, como contra su voluntad—. ¿Cómo está materialmente?

—Gracias, tengo todo lo que necesito.

—¿Tiene trabajo?

—Traduzco, pero en casa.

—¿Por qué en casa? ¿Qué tiene contra el colectivo?

—Tengo familia que me necesita.

—¿Dejó su trabajo?

—Sí, estuve enferma y no tenía a nadie para ayudarme en casa. Tengo dos hijos, así que trabajo desde casa.

—Eso se podía hacer durante la presidencia de Jrushchov, él toleraba esa clase de cosas —dijo Kosyguin con un desprecio ilimitado—. Pero nosotros no lo vamos a tolerar. Vuelva a incorporarse al colectivo como todo trabajador.

Se dio cuenta de que no tenía ningún sentido explicarle nada a ese burócrata. Para superar su animadversión, intentó despertar en sí misma un poco de lástima: a Kosyguin, el Politburó no le había permitido llevar a cabo sus reformas agrarias en las que había basado gran parte de su carrera política. No es de extrañar que estuviera amargado. Y tanto él como los otros dos de la troika, Leonid Brézhnev y Nikolai Podgorny, tenían unas esposas que eran lo más alejado a la dignidad de una primera dama. Mientras tanto se limitó a decir:

—En el trabajo no tenía problemas, todos eran muy amables. Pero últimamente he dejado de ir a la oficina: en casa no doy abasto con el trabajo y mi marido está muy enfermo.

Con las palabras «mi marido», a Kosyguin pareció atravesarle una corriente eléctrica. Por poco dio un brinco. Y luego dijo indignado:

—¿Qué es esta bobada? Usted, una mujer joven y sana, ¡una deportista! ¿No podía estar con alguno de los nuestros, joven y sano? ¿Qué le ve a ese viejo indio que siempre está enfermo?

Svetlana se dio cuenta de que lo sabían todo sobre ella; era evidente que habían espiado cada uno de sus pasos. Sin dejarla hablar, Kosyguin prosiguió con una voz que no admitía réplica:

—Aquí en el Kremlin estamos, por principios, firmemente en contra de este enlace.

Svetlana se quedó perpleja hasta tal punto que no supo qué contestar. Repasó con la mirada la oficina que había sido el despacho oficial de su padre. Por la ventana vio el edificio blanco y amarillo del Arsenal, que contemplaba de pequeña desde su cuarto. Pero el Arsenal, ahora, parecía querer devorarla.

—¿Qué quiere decir con que están en contra? Sé positivamente que mis planes no han despertado ningún rechazo. («Por Dios, si eso era en la época

de Jrushchov. ¡Entonces la línea oficial era completamente distinta! Se me habían cruzado los cables. ¡En una buena me he metido!», se dijo).

Pero continuó con la voz firme, mirando a Kosyguin directamente a los ojos, a pesar de que él evitaba su mirada:

—Ese hombre enfermo vino a Moscú por mí. ¿Qué debo hacer, enviarlo de vuelta a su país?

—Claro que no, eso sería poco delicado. Pero no la aconsejamos de ninguna manera que se case con él. Y no solo no se lo aconsejamos, ni siquiera se lo permitiremos. Entonces tendría el derecho legal de llevársela a usted a la India, a ese país miserable y atrasado. Lo digo porque conozco la India, la he visitado.

Se esforzó en convencerlo con argumentos lógicos:

—No tenemos la intención de instalarnos en la India. Mi marido — Svetlana lo llamaba obstinadamente «marido»— vino a Moscú para trabajar aquí. Por supuesto que nos gustaría visitar la India, igual que otros países...

—Olvídese de eso. Vuelva al colectivo de su trabajo como cualquier mujer trabajadora; ¡y olvídense de este indio!

—Para estos consejos ya es demasiado tarde. Este hombre ha venido aquí por mí, vive con nosotros y seguirá así. No lo abandonaré. Mi responsabilidad es ocuparme de él.

—Eso es asunto suyo. Pero en ningún caso vamos a autorizar su boda. ¿Me explico? No permitiremos que se case legalmente con él.

Se levantó y le dio la mano.

Ella dijo fríamente:

—Muy bien. Gracias. Adiós.

Y de nuevo, aquellos infinitos pasillos cubiertos por la larga alfombra, las paredes y la bóveda parecían quererla estrangular. ¡Fuera de aquí! Svetlana casi echó a correr. ¡Fuera del maldito Kremlin! De pequeña era su calabozo, y ahora intentaba recluirla otra vez. ¡Fuera!

Corrió a casa, y no pudo más que pensar: «Allá me espera gente normal, mis hijos y un pobre hombre, amable e inocente».

Luego aminoró la marcha, aunque siguió a mayor velocidad de lo habitual. Pensaba qué hacer, cómo calmarse, recuperar el equilibrio y el pensamiento lógico. Deseó sentir la presencia de su familia en su entorno,



pero antes de hablar con ellos, quería atrincherarse en su despacho y serenarse mientras escribiría un nuevo capítulo de sus memorias. Hacía tiempo que se dedicaba a redactarlas; al principio no sabía muy bien por qué lo hacía, hasta que un día se dio cuenta de que se trataba de un acto de higiene: escribiendo se quitaba ciertas cosas de dentro. Redactar los recuerdos sobre su padre y sobre su madre le resultaba muy doloroso pero era imprescindible hacerlo. Sin embargo, esa noche no podía dedicarse a la escritura porque tenía que organizar una celebración. Ese día era el cumpleaños tanto de su hija Katia como de Brayesh. No había comprado ningún regalo, pero recordó que a los dos les encantaban los dulces. Antes de subir a su coche se detuvo en una gran pastelería céntrica donde solo podía comprar la elite soviética, destinataria de toda clase de privilegios. Se esforzó en concentrarse en el surtido de postres. Compró una caja de bombones, un pastel de chocolate y varios pasteles coronados con nata.

Cuando se lo contó todo a Brayesh Singh, él apenas podía creérselo.

—¿Por qué? ¿Por qué? —preguntaba sin parar.

Ella se lo explicó como pudo, pero él no podía entenderlo, ni mucho menos resignarse. Svetlana reconoció la fuerza de ese hombre menudo y enfermo en el momento en que dijo, tranquilo pero decidido:

—La vida aquí no me gusta. Es como en un cuartel militar o en una cárcel. No soy soldado ni criminal. Pensaba que el comunismo significa igualdad y por eso yo mismo me incliné ideológicamente hacia él. Deberé explicárselo todo al Partido Comunista de la India, y también a las sedes del Partido en los distintos países europeos. Pero ahora primero de todo voy a escribir una carta muy sincera a Kosyguin, para que sepa por qué estoy aquí y no tema ningún contratiempo de mi parte.

Redactaron juntos una carta para Kosyguin. Día tras día esperaba Singh la respuesta. Pero ésta no llegó al cabo de un día ni al cabo de una semana, tampoco al cabo de un mes. Kosyguin no respondió nunca a Singh.

—¿Siete años de prisión por escribir libros? —Brayesh volvía a mostrar su perplejidad cuando, en septiembre de 1965, fueron encarcelados los escritores Andréi Siniavsky y Yuli Daniel; su detención marcó el principio de una nueva gran ola de represión soviética contra los intelectuales y otros colectivos comprometidos.

Svetlana le contó que en una reunión especial de su gremio, en el Instituto de Literatura Universal, habían condenado el caso por unanimidad.

Svetlana y Brayesh pasaban días enteros en casa: él traducía del inglés al hindi, ella escribía un libro de memorias sobre su infancia y su juventud en el Kremlin. A Brayesh le gustaba cocinar y la cena siempre la preparaba él. Svetlana, su hijo y su hija degustaban toda clase de platos de verdura —a veces con pollo, si lograban comprarlo— y salsas picantes a las que añadía arroz y unas tortas redondas de pan. ¡Pero la verdura costaba tanto de conseguir! Svetlana a menudo tenía que hacer una larga cola para comprar solo lo más necesario. Brayesh le prometía que en la India cocinaría para ella especialidades de cordero que en el mercado moscovita no había. Conseguía las especias necesarias de su amigo Kaul, embajador indio en la Unión Soviética, igual que el incienso. Por la noche Brayesh preparaba la cena, ponía la mesa, encendía el incienso y las velas.

—Una cena debe ser una celebración familiar. Paz, buen humor, descanso, alegría, belleza. Así lo creemos en la India.

Y les explicó que se sentaban en un colchón en el suelo con las piernas cruzadas; con su madre al frente se servían la comida de cuencos comunes cada uno a su plato, en el que con la mano o con pan mezclaban la salsa con la verdura y el arroz.

A medida que continuaba la persecución de los intelectuales rusos, Svetlana temía por el manuscrito de sus memorias. Cierto que solo sus amigos más cercanos conocían su existencia y únicamente unos pocos lo habían leído, pero se daba cuenta de que el trío que gobernaba en el Kremlin, con Brézhnev a la cabeza, había vuelto a los métodos de su padre. Eso significaba que en cualquier momento podían irrumpir en casa de cualquiera, poner todo el piso patas arriba y confiscar los manuscritos o cualquier otra

cosa.

—Sé de buena mano que eso se produjo no hace mucho con los archivos de Aleksandr Solzhenitsyn y su novela *El primer círculo*, y con la novela de Vasili Grossman, *Vida y destino*, ¿sabes, Brayesh? Y a Grossman le quitaron hasta las cintas de la máquina de escribir y se las incautaron para que el libro no viera la luz, pero sobre todo para que no pudiera introducirse clandestinamente en Occidente, como pasó con *El doctor Zhivago* de Pasternak.

—No puedes exponerte a un riesgo así, Shveta. Debes poner tu libro a salvo cueste lo que cueste, es tu obligación también para con los demás y las futuras generaciones de lectores, y de ciudadanos en general.

—Pero ¿cómo? No puedo enviarlo al extranjero por correo, lo confiscaría la censura. Y en casa de mis conocidos el libro no está seguro, igual que es arriesgado guardarlo en casa.

Brayesh exclamó:

—¡Kaul! ¡Cómo no se me ocurrió antes!

Y la noche siguiente llevaron en una cartera el manuscrito de las memorias de Svetlana a la Embajada de la India. Cenaron con el embajador Kaul y su hija Preeti. Después de haber degustado diez platos aromáticos servidos, a la manera india, en boles minúsculos, ordenados en un círculo sobre un plato de cobre, le propusieron al embajador dar un paseo y Kaul ya sabía lo que eso significaba: que algo les decía que en las salas de su casa podía ser escuchado por la policía secreta soviética.

Durante el paseo por el tranquilo barrio les prometió que en su próximo viaje a la India se llevaría personalmente el manuscrito de Svetlana y lo encerraría en la caja fuerte de su casa de Delhi.

## 16

Para comer, Brayesh Singh frío unas *samosas*, y para acompañar esas empanadillas de verduras preparó una salsa de menta y una ensalada. Después del almuerzo bebieron té y Singh leyó a Svetlana una carta de su

hermano Suresh que vivía en su pequeña ciudad natal de Kalakankar, junto al río Ganges. Una parte de la carta estaba escrita en inglés para que la pudiera leer también la mujer de su hermano. Svetlana intentó imaginarse el Ganges y deseó visitarlo, pero sabía que era un deseo irrealizable.

Últimamente estaba preocupada porque Brayesh cada día trabajaba hasta acabar exhausto y se acostaba tarde. Era evidente que un enfermo necesitaría un horario laboral más sensato. Pávlov, redactor jefe de la editorial Progress, para la que trabajaba Brayesh, constantemente le reprochaba a Singh que no cumpliera la norma y que su hindi fuera deficiente. Svetlana sabía que la norma que Pávlov le exigía a Brayesh no se podía cumplir ni trabajando día y noche. Y también sabía que como traductor al hindi Brayesh tenía una amplia experiencia y que sus demás colaboradores apreciaban su trabajo. Tenía claro que Pávlov procedía según órdenes de esferas superiores, que intentaban deshacerse de Singh. Además, Pávlov había sido colaborador del padre de Svetlana; como intérprete personal, lo acompañó a las conferencias de Teherán, Yalta y Potsdam. No podía admitir que la pareja de la hija de su admirado jefe fuera un simple traductor, y encima no ruso sino indio.

Cuando se acabaron el té, Brayesh se sentó de nuevo a traducir.

—Shveta, ¿por qué este Pávlov siempre me critica tanto? No conoce bien el hindi, pero finge reconocer cada matiz en los tiempos verbales, en la elección de sinónimos. ¿Es su lengua materna, o la mía?

—No entiendes nada, cariño. No comprendes nuestro sistema, que persigue a su víctima hasta acorralarla —susurró, solo para sí misma.

—¿Qué dices, Shveta?

—Nada, cariño mío. No he dicho nada.

Cuanto más dura resultaba la vida de Brayesh en Moscú, con más solicitud se ocupaba Svetlana de él. Se sentía responsable de su felicidad y bienestar; entendía que una persona enferma era frágil como un niño pequeño.

Svetlana se puso a reflexionar: las autoridades soviéticas de la era Brézhnev se han propuesto, y muy en serio, deshacerse de Singh. Conocía perfectamente su lógica y sus procedimientos: al fin y al cabo, ¿salían de las filas de soldados que habían estado formados por su padre! Su táctica era la siguiente, esbozaba Svetlana en su cabeza: Singh no resistiría su presión y

por voluntad propia volvería a la India. Y si no quisiera irse bajo ningún concepto, las autoridades lo arreglarían de tal manera que él, un hombre enfermo, no pudiera cumplir la norma y por ello fuera despedido; y puesto que sin trabajo no podría seguir en Moscú, tendría que marcharse, aunque fuera en contra de su voluntad. O... aún había una tercera posibilidad: que su salud, bajo esa carga laboral excesiva, no lo aguantara y sucumbiera a esa batalla desigual. Ésa también sería una victoria para ellos, porque de igual forma se desharían de él.

Svetlana no tuvo que reflexionar mucho, sabía que la primera opción estaba descartada: Singh no se iría por voluntad propia, estaba demasiado vinculado a ella, igual que ella a él. Así que quedaba solo la segunda, que fuera despedido y sin contrato laboral perdiera el derecho a permanecer en la Unión Soviética. Y... también entraba en disputa la tercera posibilidad. Y sin reconocérselo conscientemente, en lo más profundo de su alma se daba cuenta de que para el poder soviético el camino más cómodo era precisamente el tercero y que los discípulos de su padre se convertirían de ese modo en los verdugos de Brayesh.

## 17

Estaba agotado a causa del trabajo, trabajaba hasta bien entrada la noche. Sabía que era la única manera de poder seguir viviendo con Svetlana. Pero Pávlov seguía cantando su canción:

—Señor Singh, de nuevo ha incumplido la norma y su hindi está lleno de errores. Perdone, pero si quiere mantener su puesto, tendrá que merecérselo.

Antes, frente a él, Pávlov solo agitaba la cabeza. Ahora se iba sin despedirse y cada vez cerraba dando un portazo.

Brayesh tenía ataques de tos por los cuales lo tuvieron que ingresar en el hospital de Kuznetsovo. Se llevaba consigo las traducciones. También allá, a pesar de la prohibición más rigurosa de los médicos, trabajaba días enteros hasta muy tarde.

El 9 de octubre médicos y enfermeras, a pesar del riesgo que corrían,

decoraron el hospital con flores y felicitaron a la pareja: se acordaban de que aquel día hacía tres años se habían conocido allí.

Cada día, al amanecer, Svetlana iba en coche al hospital para pasar el día con Brayesh, vigilar que lo atendieran tal como necesitaba y que le dieran los medicamentos correctos. Una vez él le dijo:

—Shveta, estas pastillas me dan ganas de vomitar y me suelen provocan estados de ansiedad, son demasiado fuertes para mi organismo. Me agotan. Necesitaría otro médico para que me recetara lo que tomaba hace tres años.

Svetlana le explicó que en el sistema soviético de salud nadie podía escoger el médico. Al paciente se le asignaba un doctor concreto y no tenía derecho a solicitar un cambio. Como mucho podía sobornar a su médico con bienes extranjeros si necesitaba una intervención urgente o deseaba unos cuidados mejores. Los sobornos eran la forma de pago en la llamada sanidad gratuita y lo hacían todos los pacientes, de otra manera los médicos y las enfermeras no los trataban como debían.

—Brayesh, no quería que se te derrumbaran tus últimos ideales sobre el sistema de salud soviético. ¿Crees que los médicos hacen todo esto por ti gratis? ¿Todos los indios son tan inocentes y crédulos como tú? Cada semana compro en unas tiendas de elite llamadas *beriozkas* cigarrillos americanos, whisky escocés y coñac francés para repartirlos entre tus médicos como soborno. Aquí no se puede de otra manera.

Fue a ver al médico de Singh, que no era el que lo atendía hacía tres años. Le dio un diagnóstico completamente distinto al del anterior. Incluso el hijo de Svetlana, estudiante de medicina, que seguía el estado de Brayesh y estudiaba los síntomas en sus libros de texto, declaró que el nuevo diagnóstico no era correcto, que el paciente tomaba demasiados medicamentos fuertes que en su organismo producían el efecto de un veneno lento.

Un día, con una gran dosis de abnegación, Svetlana le ofreció a Brayesh que se fuera a la India y que volviera cuando se encontrara mejor del asma. Estaba tan nerviosa cuando se lo decía que no paraba de apartar un mechón de su frente y sin querer arrugaba su pequeña y fina nariz: deseaba que Brayesh mejorara y al mismo tiempo temía que no lo volvería a ver nunca más.

—Prefiero vivir en el rincón más infernal del mundo, pero contigo, Shveta. Tú me das vida. Estar sin ti en cualquier sitio, por maravilloso que sea, equivaldría a la muerte. Tú me has dado vida, y eso no se olvida —le dijo Brayesh esbozando muecas de risa para que sus palabras no sonaran tan grandilocuentes.

El hospital tenía nuevas órdenes: los extranjeros ocupaban las habitaciones del piso superior, totalmente aislados de los rusos. Singh, una vez, le dijo a Svetlana que quería morir en la India, volver a ver a sus buenos amigos, su hermano Suresh y toda su familia. Sentía que pronto moriría.

Svetlana fue a ver al médico para pedirle consejo: ¿no podía recetarle a su paciente algo menos fuerte? Pero el médico se mostró obstinado y se tomó la visita de Svetlana como una intromisión en sus conocimientos.

Desesperada, Svetlana escribió una carta a Brézhnev para pedirle que le permitiera viajar con Singh, gravemente enfermo, a la India. Le explicó que se trataría de una estancia breve, porque Singh ya no viviría mucho tiempo.

## 18

En lugar de respuesta recibió una invitación para presentarse en el Kremlin, para ver no a Brézhnev sino a Suslov, el tercero de la troika, uno de los comunistas más conservadores, un hombre incoloro que había visto varias veces aún en vida de su padre.

Suslov era un hombre flaco y espigado con cara de fanático. Empezó igual que Kosyguin, con la misma mueca en lugar de una sonrisa:

—¿Cómo está usted, Svetlana Yósifovna? ¿Cómo está materialmente? ¿Por qué no va al trabajo?

Svetlana se fijó en su acento de la región de las orillas del Volga, y esas sílabas alargadas, que en mucha gente le parecían cómicas pero en él resultaban más bien provincianas, incultas y zafias.

—Estoy bien. Y trabajo desde mi casa.

—La aconsejo encarecidamente que no se aisle en un círculo reducido de gente, que no se quede al margen de la sociedad. Entre en contacto con la

vida, eche un vistazo a todo lo maravilloso que está sucediendo a su alrededor, mire todo lo fabuloso que está logrando el pueblo ruso. Mire lo que se está llevando a cabo en Volgogrado: la construcción y la cosecha este año deben ser sin precedentes. Es allí donde debería llevar a sus hijos de vacaciones.

Para disimular su irritación, y para acortar la entrevista al máximo, Svetlana fue directamente al grano:

—¿Ha leído mi carta, camarada consejero? ¿Puedo esperar que se me conceda lo que pido?

La miró con una aversión que ni las gruesas gafas lograron atenuar:

—Su padre estaba muy en contra de los matrimonios con extranjeros. ¡Incluso teníamos una ley para eso!

Ella se esforzó en dominar la ira:

—Mi padre se equivocaba. Ahora los matrimonios con extranjeros están permitidos para todos menos para mí.

Eso no se lo esperaba. Pero no explotó: agarró el lápiz con tanta fuerza que lo partió. Luego dijo despacio y con voz clara:

—Si la dejáramos ir al extranjero, ni el Partido ni el pueblo nos lo perdonarían. Usted, camarada, es un emblema más que una persona. Así que no, no la dejaremos ir al extranjero. Todos hemos leído su carta. Aquí la tengo, ¿la ve? Hemos discutido sobre ella. Y por lo que a Singh concierne, que vaya adonde le plazca; nadie lo retiene en la Unión Soviética.

—Es un enfermo. Pronto morirá. Tendremos su muerte en la conciencia. No he de permitir que se muera aquí en Moscú, por culpa nuestra. Sería una gran vergüenza para todos nosotros.

—¿Qué vergüenza? Está en el hospital con nuestro dinero. Eso es suficiente. Nadie nos puede reprochar que no nos hayamos ocupado de él. Y si se ha de morir, que se vaya con Dios, ya no es asunto mío.

—¿No le importa en absoluto que por su culpa un hombre se muera fuera de su país?

—A él no lo retengo. Que vuelva a la India y que a usted la deje libre. Después de cuarenta y cinco años de existencia victoriosa de poder soviético, después de la derrota del fascismo, después de que un tercio de la humanidad se haya unido a nuestra bandera, ¿qué sentido tiene que usted se vaya de



nuestro Estado victorioso y ejemplar a un país atrasado y pobre como la India, además con un extranjero viejo y enfermo, en vez de empezar una nueva vida con un ruso joven y deportivo?

—Ustedes han violado el principio de la libertad, de mi libertad.

—Sí, así es, si entiende la libertad en el sentido burgués. Pero nosotros tenemos otra noción de libertad. No entendemos la libertad del mismo modo que los capitalistas, como el derecho a hacer todo lo que a uno le venga en gana sin tener en cuenta los intereses de la sociedad. Esa libertad solo es necesaria para los imperialistas.

—¿No puede concederle a un hombre ni su último deseo?

—A él sí, pero a usted no.

—¿Por qué no?

—Si usted se va a la India, encontrará ahí la provocación.

—¿Qué provocación?

—Usted sabe tan bien como nosotros qué elevada es en la actualidad la tensión internacional, la lucha que se está librando entre los dos sistemas políticos del mundo. La esperarán allí los periodistas, me lo sé. Poco después de la guerra estuve en Londres y lo viví en propia piel. Justo en el aeropuerto nos esperaba un grupo de personas con pancartas que nos gritaban: «¡Devuélvanos a nuestras mujeres!»». Nuestra gente debería llevar a cabo solo lo que el pueblo soviético necesita, lo que es útil a la sociedad. Y que la hija del gran líder Stalin viaje a la India con un intelectual contestatario no resultará útil a la sociedad soviética de ninguna manera.

—Soy adulta y sé contestar a las preguntas cuando hace falta.

—La esperará una provocación política. Y debemos protegerla de ello. Además, estamos llamados a consolidar el Estado y a defender a nuestro pueblo de cualquier provocación o burla. ¿Para qué deberíamos dejarla viajar? Su partida de la Unión Soviética sería políticamente nociva.

Svetlana vio que prolongar esa conversación sería inútil: cada uno se refería a algo distinto y desde otro punto de vista. Se fue.

Durmió mal, porque sabía que cuando se lo contara a Brayesh la mañana siguiente en el hospital, su amigo estaría profundamente decepcionado.

Pero él solo sonrió y agitó la mano para restarle importancia a «ese fósil».

—¿Sabes qué, Shveta? Nos iremos a casa. Ya estoy harto de estas paredes

blancas y de las batas blancas, las horas de visita y los permisos. Quiero estar siempre contigo. Prefiero vivir un par de días menos, pero disfrutar de la vida. ¡Y contigo! Aquí no hago más que traducir para que el chulo de Pávlov y su cuadrilla no me echen y, así, no me priven de ti. La vida en el hospital no vale nada: ¡hasta la comida es horrible! He pasado las noches leyendo libros de cocina (pues no había otros libros en inglés) y hoy para comer quiero preparar para ti la mejor tortilla con queso que nadie haya probado jamás. ¡Ven, vámonos!

## 19

Cuando no cocinaba ni traducía, Singh se quedaba sentado en la sala de estar espaciosa y bien caldeada y escuchaba música; por encima de todos los demás compositores adoraba a Schumann y a Mahler. Muchos indios venían a verlo. Entonces ponía discos con música clásica india, distintas melodías para la mañana o la tarde, que él llamaba ragas de día o de noche para *sitar* y *tabla*, ofrecía a los visitantes *samosas* de carne o pollo y *pakorás* de verdura que había preparado para ellos, y pequeños cuadrados de *barfi* dulce. Lo acompañaban con té aromático con leche y azúcar, que llamaban *chai masala*.

Brayesh, Svetlana y los dos hijos de ella siempre esperaban con ilusión el fin de semana para pasarlo en su dacha en los bosques cerca de Moscú.

## 20

Otra vez había llegado el otoño. En el jardín de la villa en Zubalovo, donde Svetlana había pasado gran parte de su infancia, los arces, robles y hayas se encendían de amarillo, rojo y ocre cuando caían sobre ellos los rayos oblicuos del helado sol otoñal. Hacía tres años, cuando Svetlana conoció a Brayesh en el hospital, había hecho mucho frío y las hojas ya se habían caído para estas

fechas, recordó. En esos momentos Brayesh paseaba bajo los árboles, le gustaba oír el crujido de las hojas caídas a cada paso. Trajo un ramo de hojas naranjas, ocres y color púrpura y buscó un jarrón. Tikki Kaul —así lo llamaban Brayesh y Svetlana, mientras el embajador de la India se llamaba Triloki Nath Kaul, pero quién tiene paciencia para un nombre así—, que había traído al menos diez bolsas de especias de los colores más diversos, ahora echaba su contenido en una olla con pollo y verduras.

—Esto lo deben oler hasta en Moscú —se rio Berta, la más moderna de las amigas de Svetlana. Llevaba unos vaqueros descoloridos, por supuesto sin marca, pero que igualmente eran admirados por todos los jóvenes moscovitas que no tenían acceso a la última moda occidental. Berta casi siempre estaba sonriendo si no reía a carcajadas. Svetlana tenía la sensación de que llevaba puesta la sonrisa en el rostro como si fuera una máscara, debajo de la cual ocultaba una cara completamente distinta. Pero su buen humor resultaba agradable especialmente a Svetlana, que a menudo lo echaba de menos en sus conciudadanos.

Observando a sus amigos, Svetlana se trasladó mentalmente a la época en que era pequeña, su madre aún vivía y organizaba, aquí, comidas para toda su gran familia, no solo para la suya sino también para los hermanos y hermanas de la primera esposa de su marido, Yekaterina Svanidze. Recordaba todos los chistes, las bromas, la alegría. Todos jugaban con Svetlana, se contaban historias y debatían, a menudo discutían con el padre de ella, que los escuchaba, aunque muchas veces se enfadaba. Todos olían a vino, a sol y a cigarrillos. Svetlana siempre deseaba ver a sus tíos y tías, Aleksandr, Pável, Fiódor, Anna, Aleksandra llamada Sashiko, Maria llamada Mariko. Desde esa época, el gran anhelo de Svetlana era tener una familia y el «calor de un hogar», según se reía de sí misma, pero en el fondo lo decía en serio. La familia: ése era el ideal número uno en su escala de valores. La pequeña Svetlana adoraba al tío Aleksandr y a la tía Maria, porque desde la muerte de su madre nunca se habían olvidado de ella y eran quienes más jugaban y bailaban con ella, le acariciaban el pelo y le enseñaban palabras en inglés. La tía Maria le enseñó a cantar; aún hoy Svetlana se acordaba del aria de *Otelo*. Los tíos siempre estaban juntos, y Svetlana pensaba que, cuando creciera y se casara, querría que todo en su matrimonio fuera como en el de ellos. Y

luego... Svetlana quiso ahuyentar ese recuerdo, miró hacia sus invitados, vio al risueño Brayesh, a sus hijos que estaban poniendo los discos que les había traído Tikki Kaul..., pero no lo consiguió. El recuerdo estaba aquí: en 1937, cuando Svetlana tenía once años, en la ola de represiones masivas detuvieron y encerraron también a sus tíos. Svetlana se enteró por su niñera e intentó interceder por ellos ante su padre, que, al oírla, no hacía más que gritar y dar portazos. El hijo de los tíos fue enviado a un internado. Ni a él pudo salvar Svetlana llevándolo a casa. Estaba conmocionada. En esa época todavía ignoraba las circunstancias de la muerte de su madre. Más adelante se enteró de que habían inculpado falsamente a su tío y lo habían torturado para que confesara algo que no había hecho. A pesar de las palizas, no confesó nada. Fue sentenciado a diez años en el campo de trabajo de Ujta, en el círculo polar. A la tía Maria también la condenaron a diez años en un campo de trabajo en el extremo opuesto de la Unión Soviética, en Kazajistán. En 1942, al tío Aleksandr, de sesenta años, lo fusilaron sin motivo. Cuando a la tía Maria le leyeron la sentencia del tío y le comunicaron que ya había sido ejecutada, le dio una apoplejía y murió.

Svetlana se estremeció, pero con su fuerza de voluntad se obligó a recuperarse y a dedicarse a sus invitados.

En ese momento Kaul empezó a gritar:

—Y le echamos algo más de especias, ¡así, y que empiecen a chuparse los dedos hasta en Leningrado!

Y se reía y vertía en la olla otro puñado de especias rojas.

Katia se atragantó y Yósif le dio un golpe en la espalda. Los dos se echaron a reír.

—¡Vaya, esto será un kalashnikov gastronómico! —dijo, tras oler la olla, Marina, una mujer esbelta hasta la fragilidad, con el pelo lacio, algo canoso, que le caía hasta los hombros. A diferencia de Berta era más bien introvertida, reflexiva. Una falda negra plisada por encima de las rodillas y un jersey rojo con el cuello blanco añadían a su aspecto algo de escolar aññada y aplicada.

—¡A la mesa, a la mesa! *Lunch is ready!* —llamó Svetlana.

—¿Dónde ha dejado a su mujer, señor Kaul? —preguntó Berta cuando se sentaron a la mesa a degustar esas delicias. Y de repente todo le pareció

motivo de risa—: ¡Uf, cómo pica! ¿Dónde está el agua?

—¡Agua para Berta! Brayesh, ¿vas a buscarla? ¡Tenemos vino blanco y tinto y no tenemos agua! —exclamaba Svetlana.

Yósif se levantó y trajo a Berta un vaso de agua del grifo.

—En la mesa solo hay lo que se bebe. El agua es para apagar incendios —dijo Kaul muy serio.

—Y para limpiar la vajilla y los coches, ¡para nada más! —agregó Yósif—. ¿Qué son estos platos que huelen a mil maravillas, señor Kaul?

—Esto rojo, o naranja, es *malai kofta*, o sea unas croquetas hechas de queso fresco y verduras en una salsa de tomate con crema de leche... aliñada con las especias que acabo de verter en ella, claro. Esa combinación de especias se llama *garam masala*, que significa algo así como mezcla picante. Lo acompaña un arroz con especias llamado *khichra*; la base es arroz basmati. Y también vamos a degustar unos panes llamados *paratha* y un *chatni* de mango, que prepara mi mujer en la India y luego me lo manda para que me caliente por dentro en los hielos de Rusia.

—¿Y qué le pasa a su mujer? Venga, no cambie de tema —atacó Berta.

—Por Dios, Berta, deja que el señor embajador saboree su plato. Te lanzas contra él como una furia —dijo Svetlana tirándole una puya—. Además, Tikki Kaul no cambia de tema, todo lo contrario, lo realza como alguien que prepara un buen *chatni*.

—Mi esposa es una mujer tradicional hinduista que no sale de su casa ni mucho menos de la India —dijo Kaul muy despacio, a medida que iba tragando sus *delicatessen*.

—¡No es que rebose de una ironía sutil, señor embajador! —dijo Berta en un intento de devolver la puya, aunque a otra persona.

—¡Ese tema ya me lo conozco! —suspiró Brayesh teatralmente—. Mi primera mujer, que escogieron mis padres, también era así. Y mi matrimonio funcionó tan bien que enseguida nos separamos.

Mientras todos saboreaban las delicias indias, Svetlana sirvió vino a los comensales.

—¿Cuál es el mayor mal del mundo? —preguntó Kaul como para sí mismo, mientras se limpiaba una mancha de salsa roja en la camisa blanca con la servilleta mojada en agua.

—Goethe decía que la ignorancia —pronunció lentamente Brayesh, y saboreó el vino.

—Estoy de acuerdo con Goethe. La ignorancia, la incultura y la falta de interés por los demás son el mayor mal —añadió Svetlana.

—¿Y por qué precisamente la ignorancia y la incultura? —preguntó Marina—. ¿Por qué no, por ejemplo, la malicia, la envidia, los celos, el egocentrismo, la codicia, el egoísmo, la brutalidad?

—La ignorancia, la incultura y la falta de compasión están en la raíz de todo lo maligno, Marina —insistió Svetlana.

—Pero muchos nazis eran hombres cultos —dijo Kaul mirando interrogativamente a Svetlana.

—La falta de compasión es un mal radical. Y los nazis, aunque cultos, no sentían ninguna compasión por sus víctimas. Aunque conocieran el pensamiento de Schopenhauer, eran incultos de otra manera. Igual que... —añadió en voz baja sin acabar la frase.

—Sé algo de este tema, he pensado en ello —dijo de nuevo Marina, igualmente ensimismada—. Estuve diez años encerrada en un campo de trabajos forzados. Los que sobrevivían eran únicamente aquellos conscientes de su inocencia, mayoritariamente los intelectuales, pero no solo ellos. Y la gente realmente malvada solían ser aquellos incapaces de sentir compasión alguna hacia los demás.

—Una vez Marina consiguió un permiso de diez días para alejarse del campo. Se marchó a la otra punta de Siberia y trajo a su hija, ¿sabéis? —Svetlana subrayó el valor de Marina ante los dos indios, mientras miraba a su amiga con admiración.

—¿Y cómo lo logró, Marina, y en tan poco tiempo? —preguntó Brayesh.

—Fue durante la guerra. Casi no había trenes y, sin embargo, tuve suerte y pude coger algunos. Aparte, la gente me llevaba en tractor, en camión o como podían. Lo superé todo solo gracias a personas entregadas que se identificaban con mi situación, se compadecía de mí y me ayudaban.

—Las personas... sí, las personas mismas pueden aportarte consuelo y al mismo tiempo meterte en una situación durísima, en el mismo infierno —suspiró Berta.

—La situación más dura llega con tus seres más queridos —susurró

Marina—. Como cuando mi hija no me reconoció y no quería irse conmigo. Cuando me detuvieron era muy pequeña, ¿saben? Me encerraron y la metieron en un internado, así que no se acordaba de mí. Al ir a buscarla, la directora del internado tuvo que obligarla a irse conmigo.

—¿Y en el campo de concentración? ¿Su hija se acostumbró?

—Ella no estaba obligada a bajar con nosotras a la mina. Mis compañeras de campo le cosieron cuadernos en los que le escribieron cuentos que ilustraron. También le enseñamos a cantar, una mujer sabía incluso solfeo, otra le enseñó a escribir y a calcular, otra a dibujar.

—Tal vez si en la vida tuviéramos un enemigo común, nos ayudaríamos más y el mundo sería otro... —dijo Kaul, parecía que para sí mismo o para su pipa.

—En mi grupo de mujeres todas nos ayudábamos mutuamente: algunas, sin duda, eran chicas sencillas, pero todas eran inteligentes.

—Cuando la ignorancia llega al poder —dijo Svetlana lentamente— da la razón solo a la ignorancia, y descansa sobre ella.

—Svetlana sabe algo de eso —dijo Berta, lentamente, mirando a un invitado tras otro.

Yósif miró al suelo. Se dio cuenta de que se referían a su abuelo y suponía que tenían razón. Pero no quería aceptarlo. Casi no lo había conocido, pero se acordaba bien de que una vez, cuando era pequeño, el abuelo lo elogió. Desde entonces le dolía que hablaran mal de él, aunque sentía que su actitud era irracional y quizás incluso absurda. Yelena lo cogió de la mano bajo la mesa.

—Creo que Svetlana tiene razón —se adhirió Marina—. Pero seguramente no del todo. No me acaba de convencer. Tendría que reflexionar sobre ello.

—El pintor Goya —dijo Brayesh pensativo— lo dijo de otra manera: «El sueño de la razón produce monstruos».

—O sea que cuando la razón duerme nacen los horrores. Eso es así —asintió Marina con la cabeza.

—Entiendo a Goya —dijo Kaul, que se había echado una servilleta limpia sobre la camisa mojada y llevaba rato intentando encender la pipa. Todos esperaron atentos a ver qué más decía, pero tras unos largos segundos añadió

únicamente—: Goya quería decir lo mismo que Svetlana.

Kaul sopló de la pipa, Singh hizo rodar en sus dedos la copa de vino. Los jóvenes volvieron al tocadiscos para poner la curiosa melodía india que cantaba una tal Lata Mangeshkar. Berta y Marina salieron fuera para recoger, ellas también, hojas de colores para su casa. Svetlana las miraba por la ventana y en la hierba, delante de casa, le parecía ver a su madre, que la esperaba con su canasta de mimbre para ir juntas a buscar setas al bosque. Como en un sueño, Svetlana se puso de pie y salió.

—Me recordáis a mi madre. Buscábamos setas cada una con una cesta en la mano. Mi madre me enseñaba cómo distinguir las buenas de las venenosas. También recogíamos hojas multicolores para ponerlas en los floreros, como vosotras hacéis ahora —gritaba alegremente a distancia mientras se dirigía al bosque.

Berta miró a Marina y le dijo en voz baja:

—Svetlana tiene casi cuarenta años, y aún no ha aprendido a vivir en el mundo real. Está en las nubes, construye castillos en el aire.

—Sí, posee el arte de transformar agua en vino.

—Ésta es su defensa, Berta —opinó Marina y susurró—: No me gustaría ser la hija de Stalin. Para nada.

Marina bajó aún más la voz:

—Lo más terrible de la vida de Svetlana fue haber perdido a su madre de pequeña y luego, a los dieciséis años, aprender que, con su retirada voluntaria, su madre, de hecho, la había abandonado. Tal vez no se da cuenta del todo, pero Svetlana tiene la sensación de que con su suicidio, su madre la traicionó. Desde entonces la vida de Svetlana no es nada más que la búsqueda de la lealtad, el cariño, el amor y el calor de una familia; y al mismo tiempo no es sino una larga cuerda de pequeñas y grandes cosas hechas para fastidiar al otro, pequeñas y grandes traiciones.

—Que comete contra sus seres más cercanos y así se demuestra a sí misma que lo que le hizo su madre es normal —añadió Berta en voz baja.

—Es su manera de rendir cuentas con su madre —susurró Marina, pensativa.

Mientras tanto Svetlana entró en el bosque, siguiendo las huellas invisibles de su madre.



Era 30 de octubre. Estaban junto a la ventana, en el salón. Contemplaban el río Moscova y en la distancia, tras las casas, el paisaje desnudo y gris, listo para la nieve, que parecía estar a punto de caer de las nubes plomizas. Intuían que en la ocredad de los campos se posarían los cuervos y el aire se llenaría de hojas amarillas y les pareció ver los copos de la primera nieve cayendo silenciosos sobre el río.

¿Te acuerdas cuando planeábamos excursiones por los pasillos blancos del hospital y las visitas de las ventanas? Esas fueron nuestras primeras excursiones —suspiró Svetlana.

—Lo recuerdo bien. Y tengo que decirte algo, Shveta: hoy me moriré. Antes de veinticuatro horas —le dijo en voz baja, sin ningún énfasis especial.

—Tienes el mismo aspecto que otras veces, no pareces especialmente cansado. Ni siquiera hoy has tenido ataques de tos. ¡Así que no digas tonterías! —se rio ella, y le acarició la mano. No lo creyó.

Llegó una visita: Naresh Vedi, compatriota de Singh que también trabajaba para la editorial Progress. Le trajo una carta de su hermano Suresh que había llegado a la embajada de la India. Cuando se iba, en la puerta le dijo a Svetlana:

—¿Le ha pasado algo a Brayesh? Tiene mal aspecto.

Singh se sentó en el sillón y leyó la carta de su hermano. Luego la volvió a leer, de principio a fin. Svetlana se sentó a su lado y lo cogió de la mano.

Él apartó la carta.

—Te voy a contar algo, Shveta. ¿Sabes cómo murió el dios Krishna? Después de la batalla en Kurukshetra, de la que hablan la epopeya *Mahabharata* y el tratado *Bhagavad-gita*, bien, después de esa batalla, en la que murió mucha gente, Krishna se fue al bosque. Se fue allí porque ya estaba harto del mundo y de la gente y prefería dedicarse a reflexionar en soledad y meditar bajo un árbol. El árbol lo cubría enteramente y solo se le veía el pie izquierdo. Entonces llegó al bosque el cazador Dyara, que confundió el pie de Krishna con un ciervo. Disparó al ciervo con una flecha e

hirió de muerte a Krishna. Luego el alma de Krishna subió al cielo, mientras su cuerpo muerto era quemado por su mejor amigo Aryuna.

Como de costumbre, mientras Brayesh relataba, Svetlana estaba sentada en la alfombra y Singh tenía la mano puesta en su cabeza.

—Brayesh, ¿qué significa la palabra *Upanishad*? —Era el libro que Brayesh leía una y otra vez y que solía tener en la mesilla de noche.

—*Sadh* significa sentarse, de la misma raíz viene el ruso *saditsia*, en inglés *sit*. *Upa* significa debajo y *ni* es abajo, de la misma raíz que en inglés *beneath* en ruso *nizko*. ¿Ves adónde voy?

—¿Tiene alguna relación con el hecho de estar aquí sentada en el suelo, aunque por suerte haya una alfombra?

—¡Bravo, lo has adivinado! Son lecciones a los estudiantes, que se sientan bajo el pensador. Debajo de Buda. O como los apóstoles se sentaban alrededor de Jesús.

—Y yo soy tu apóstol.

—Así es. Yo no llego ni a Buda ni a Jesús, ¡pero quizás aún esté a tiempo! —dijo bromeando hasta que le entró la tos.

Tras la ventana, la lluvia se convirtió poco a poco en pesados copos de nieve.

—¡La primera nieve del año! —se alegraron ambos.

No hablaron, solo observaban los copos caer junto a las farolas: salidos del negro anonimato de la noche, cuando los iluminaba el resplandor se convertían por una fracción de segundo en seres vivos, que volvían a desaparecer inmediatamente en la oscuridad.

—Como la vida humana —dijo Brayesh.

Y tras unos momentos de silencio añadió:

—¿No te olvidarás de mí cuando me muera? ¿Me recordarás al menos un tiempo?

Ella pensó que realmente podía olvidarle, igual que había olvidado a tanta gente. ¿Qué otra cosa es la esencia humana si no olvido?, pensó. Pero enseguida se asustó de la idea y añadió rápidamente, en voz alta:

—Nunca te olvidaré. Esta noche es el momento más hermoso que jamás he vivido.

—Shveta, te quiero. Te esperaré en algún lugar, allá. Disfruta aún un

poco del mundo y luego ven a reunirse conmigo.

—No podría vivir sin ti —dijo. Pero no estaba completamente segura de si lo decía convencida, solo le parecía que efectivamente esa noche era la más hermosa. Pero eso no significaba nada. Quién podía asegurarle que no viviría todavía muchas noches como aquella, quizás incluso mejores.

Acompañó a Brayesh a la cama y se tumbó a su lado. ¿Durmieron mucho? Tal vez unas cuatro o cinco horas, no lo sabía. En su sueño oyó la voz de él:

—Tal vez alguna vez nos encarnemos en oseznos. En verano correremos juntos por los bosques, buscaremos arándanos y moras, y en invierno cavaremos un hoyo en la tierra y allí hibernaremos bajo la nieve. Y durante todo el invierno nos cogeremos de la pata.

—O... —dijo despacio, perezosa, soñolienta— nos encarnaremos en mirlos, yo seré la señora mirla y tú el señor mirlo, volaremos juntos por los árboles y por las chimeneas, nos alimentaremos de gusanos y nos cantaremos el uno al otro.

—O... —empezó él, pero no acabó la frase; tuvo un ataque de tos que no pudo calmar.

Svetlana vertió unas gotas de jarabe en una cucharita y se lo ofreció. Le preparó un té caliente con miel. Cuando vio que la tos no cesaba, no supo qué más hacer y llamó a urgencias. Mientras, el enfermo se quedó en la cama tan exhausto que no podía ni hablar.

Al cabo de un par de horas se presentó un médico. Eran las siete de la mañana pero aún parecía de noche. Svetlana dejó pasar al doctor al dormitorio y lo miró con interrogación. Sin decir nada el médico se puso a preparar una inyección. A Svetlana le parecía que tenía prisa por irse a casa.

—Doctor, ¿qué le va a inyectar?

—Estrofantina.

Svetlana recordó que Brayesh rechazaba la estrofantina porque le causaba reacciones adversas, sobre todo fuertes palpitaciones.

—¿Podría darle otra cosa? La estrofantina es muy fuerte. Le afectará el corazón, puede tener un infarto. En el hospital lo suplían con algo más suave.

—Llevo ya treinta años haciendo mi trabajo —dijo el médico con cara de pocos amigos— y en estos casos hay que inyectar estrofantina. Se

recomienda en casos de debilidad coronaria o angina de pecho leves.

Y al cabo de un momento añadió, más bien para sí mismo:

—¿Y si empeorara o le pasara algo? ¡Entonces la culpa sería mía! Además es extranjero, ¡podría traerme disgustos con la embajada de su país y con toda clase de autoridades!

Y volvió a levantar la voz:

—Señora, le daré lo que se aconseja en estos casos.

El médico administró la inyección al paciente y se quedó unos instantes para ver cómo reaccionaba.

—Eso le proporcionará alivio. Ya está más tranquilo, ¿no se da cuenta? Buenas noches —se despidió y se fue.

Al cabo de cinco minutos Brayesh se sintió mejor.

—Shveta, mira, ya ha amanecido. Ha dejado de nevar y el cielo está de un azul verdoso. Al mediodía iremos a dar un paseo por la primera nieve, ¿qué te parece?

—Saldremos, claro, pero ahora duerme, amor —dijo ella, y puso su palma sobre la débil mano de él.

Brayesh susurró:

—El Espíritu Eterno vive en el castillo de las once puertas, el castillo del cuerpo.

Ella pensó que desvariaba. Entonces se dio cuenta de que en la mesilla seguía estando abierto el *Upanishad*, que él leía por la noche, cuando holgazaneaba en la cama o se sentaba en la butaca.

—El Espíritu Eterno... —repitió Brayesh. Luego se quejó de que el corazón se le había acelerado de repente—. ¡Aquí, aquí! —Se señalaba el corazón—. ¡Y ahora aquí! —Puso la mano sobre su cuello. Entonces su cabeza cayó en la almohada.

Svetlana llamó a su hijo:

—¡Yósif!

—Su corazón ha dejado de latir —pronunció Yósif a modo de diagnóstico y besó la frente de Brayesh.

Llamaron al médico. Esta vez se presentó enseguida.

—Ha muerto de un infarto —se limitó a constatar.

## 22

Al quedarse sola con Brayesh, se metió en la cama y colocó los brazos de él encima de su cuerpo. Ese contacto, le trajo la paz, como tantas veces lo había hecho y Svetlana se durmió en los brazos de su amigo. Al despertarse al cabo de unos minutos, en el primer momento se sintió fortalecida y feliz. Pero al moverse y sentir el cuerpo inerte de su amado, la conciencia de su muerte la atravesó como una cuchilla. Svetlana experimentó un vacío que le quitaba la respiración. Sabía que nunca sería capaz de llenarlo del todo. Pensó que le gustaría volver atrás en su vida y llevarla por otro camino, uno en el que encontraría a un Brayesh joven y sano, ella lo cuidaría para que nunca enfermara y él ahora estaría vivo y bromeando con ella. ¿Por qué en la vida no puede darse marcha atrás como en un despertador? ¿Por qué no se puede pulsar el botón de «reset» para que sea distinta? ¿Por qué nuestras emociones y nuestro carácter nos acompañan siempre, estemos donde estemos, independientemente de nuestra edad? Svetlana acarició el rostro amado. Era el rostro de Brayesh y ya no lo era.

## 23

Los rayos dorados aclararon el cielo verde oscuro. Apenas habían pasado un par de horas desde que se fuera el médico. Se avecinaba un día soleado.

«Los hindús creen que los hombres honrados mueren por la mañana, cuando sale el sol, y que su alma abandona el cuerpo de forma suave, fácil, a menudo mientras duermen», recordó Svetlana.

No podía dejar de pensar en la muerte de su padre hacía trece años: había sido una muerte difícil, terrible, dolorosa. Su padre estaba tumbado en la cama con los ojos cerrados, su cara primero enrojecida y luego negra, ahogándose.

«El alma no podía salir del cuerpo», pensó. La noche en que su padre se acercaba a su final abrió de repente los ojos y la escrutó con una mirada

escalofriante, a ella, Svetlana, así como al ministro Beria, a Jrushchov y a todos los demás presentes. Esa mirada malvada estaba llena de miedo a la muerte. Luego pasó algo extraño: su padre levantó la mano izquierda, como si maldijera a todos los presentes. Sí, sin duda era un gesto de amenaza, y todos se quedaron perplejos. Un segundo después, murió.

Svetlana desvió sus pensamientos y recordó algo que hasta ahora estaba olvidado dentro de ella.

Hacia tres años había leído en el cuaderno de notas de Brayesh: «Si muero, quiero ser incinerado y que mis cenizas las echen al río. No hace falta un rito religioso».

Entonces Svetlana le preguntó qué río debía ser:

—¿El Ganges?

—Sí, el Ganges —sonrió—. Pero quizá no sea posible, puedo morir en el extranjero. Todos los ríos son iguales, todas las aguas confluyen en el mismo mar.

Miró hacia el *Upanishad*, que seguía abierto en la mesilla: le parecía como si Brayesh hubiera de volver a tomarlo en las manos de un momento a otro. Caían sobre él los rayos del sol matutino. A juzgar por la luz, la mañana era gélida, el último día de octubre. Svetlana pensó que en pocas horas, cuando la temperatura subiera un poco, Brayesh y ella irían a dar un paseo.

Entonces recordó que se habían conocido en octubre y que también se habían despedido en octubre. Y que Brayesh en esos tres años había cambiado mucho: cada vez regresaba más a sus raíces indias, a la filosofía hindú, a la antigua sabiduría de la India. Todas estas ideas pasaban por la cabeza de Svetlana como nubes en un cielo de verano, y de repente se decidió.

Se sentó en el escritorio y empezó a escribir una carta a Brézhnev, el Secretario General del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética:

Muy estimado Leonid Ilich:

El 31 de octubre, tras una larga enfermedad, ha muerto mi marido, Brayesh Singh, miembro del Partido Comunista de la India. Le ruego que me permita cumplir mi última obligación para con el fallecido: llevarme sus cenizas a la India para entregárselas a su familia, según exige la tradición de su país. Recalco que estaba aquí por mí; si se hubiera quedado en la India, aún estaría vivo. Por eso he asumido este compromiso con respecto a su familia.

Luego informó de su decisión en voz alta a Yósif, Yelena y Katia:

—Brayesh es indio, en los últimos meses no hablaba de nada más que de su cultura, de su pueblo natal. De modo que ahora volverá a la India. Yo verteré sus cenizas en el Ganges.

## II

### Delhi, Kalakankar (1966-1967)

#### 1

**E**staba sentada en la terraza sobre el Ganges. Todos se habían ido ya a dormir: el hermano de Brayesh, Suresh, su mujer Prakashvati, su hijo y los demás parientes. Svetlana necesitaba este momento de calma para sí misma, para recuperarse del ajetreo de los múltiples permisos y el visado de entrada a la India que tuvo que conseguir en Moscú, del avión para Nueva Delhi que no quería despegar, y del largo y tumultuoso viaje hasta este pueblo a la orilla del Ganges. Le costaba creer que efectivamente se encontraba allí: en la orilla del mítico río.

Ahora miraba sus aguas oscuras y tranquilas, su curso ancho como un amplio lago, donde se reflejaban cientos de grandes estrellas. Los grillos cantaban a lo largo del río. Como aquella vez en Sochi, a orillas del mar Negro junto a Brayesh, recordó Svetlana. ¿Hacía mucho? ¿Cuánto hacía? Tres años y un mes. De hecho había pasado poco tiempo, y sin embargo aquello le parecía muy lejano.

Escuchando el fluir del Ganges se acordó de cómo Brayesh puso su mano en su cabeza mientras hablaba del *Upanishad* y de cómo se divirtieron cuando Svetlana dijo que ella era los doce apóstoles escuchando a Jesús. Sí, fue la noche más hermosa de su vida, ahora con tres semanas de perspectiva lo sabía con certeza.

La embajada de la India en Moscú se ocupó de todo. Organizó una



incineración, un acto sobrio. A Svetlana la acompañó su hijo Yósif; Katia y Yelena no fueron al crematorio. Por la noche, el embajador Kaul le entregó la urna con las cenizas. En ese momento Svetlana se quedó petrificada:

—Así que esto es lo que queda de una persona..., unos cuantos puñados de ceniza impersonales y sin forma alguna que caben en un pequeño recipiente...

Temía que esta vez tampoco le permitirían el viaje. En un principio, Kosyguin intentó disuadirla de sus planes. Le describió con todo lujo de detalles que en la India se practica la ancestral costumbre del *sati*: las viudas deben arrojarse a la pira funeraria en la que se quema el cuerpo del difunto marido y, por tanto, en el pueblo de Singh sin duda la quemarían viva. Svetlana argumentó que esta costumbre había desaparecido en gran parte de la India, salvo tal vez en algunos pueblos remotos, e hizo caso omiso de los reparos de Kosyguin. De modo que esta vez la troika la dejó partir. Pero ¿por qué?, se preguntó Svetlana. ¿Por qué ahora sí le habían permitido salir del país y con Brayesh no? ¿Cuál era la diferencia? La diferencia era que Brayesh ya no estaba, se contestó Svetlana. Mientras ella prefería a un hombre de fuera del Estado soviético, o sea a un intelectual con visión europea que a un ruso con visión soviética, le tenían la guerra declarada. En cambio, tras la muerte de Brayesh, la troika se alegró de la ausencia de ese molesto forastero y le otorgaron su benevolente consentimiento a la petición de Svetlana de visitar la India.

## 2

Svetlana escuchaba el murmullo del Ganges mientras pensaba en las cenizas de Brayesh y en todo ese tormentoso viaje hasta su pueblo natal, Kalakankar. Durante todo el vuelo de Moscú a Delhi, estuvo sujetando la urna en el regazo. Sonrió al recordar cómo le había susurrado al recipiente negro: «Brayesh, algo hemos conseguido. Vuelves a casa, y conmigo, como siempre deseaste».

En el aeropuerto de Delhi la esperaban la hija de Kaul, Preeti, y Nílima,

llamada Naggu, la esposa de Dinesh Singh, sobrino de Brayesh y ministro de Asuntos Exteriores del estado de Uttar Pradesh. Aún en Moscú acordaron que Svetlana, una vez en Delhi, se alojaría en casa de Dinesh y Naggu Singh, porque ellos la habían invitado oficialmente a la India. Luego la acompañarían a la ciudad natal de los Singh, Kalakankar, para entregar a los demás miembros de la familia de Brayesh la urna con las cenizas y estar presente en el sepelio hindú que consistía en echar las cenizas al río Ganges.

Pero antes de que Svetlana pudiera encontrarse con ambas mujeres, la recogieron los empleados de la embajada soviética. Ellos la llevaron hasta el coche que la trasladaría a la residencia del embajador, junto a la embajada, donde la alojaron casi a la fuerza. Inmediatamente la obligaron a mantener una entrevista con el embajador soviético en la India: Ivan Alexándrovich Benedíktov, que no le permitía viajar al río Ganges. Svetlana apenas pudo reprimir su célebre ira. Pero lo hizo y su moderación le salió a cuenta: tras un debate largo y tenso, el embajador, exhausto, acabó autorizando su viaje, aunque muy a pesar suyo.

Entonces Svetlana salió a la calle con ganas de descubrir Nueva Delhi. Empezó caminando por una amplia avenida con la inscripción Shantipath, y se alegró al comprobar que sabía lo que significaba: camino de la paz. Luego giró hacia la izquierda por una estrecha callejuela y llegó hasta el final de ésta, donde un tumulto de personas observaba a un flautista que tocaba su instrumento mientras una cobra se erguía ante él con movimientos ondulantes. «Qué tópico, como una postal turística», pensó. Al lado del flautista, el perfume de unos buñuelos fritos inundaba la calle. El humo oloroso salía de la parada de un vendedor ambulante que gritaba a pleno pulmón: *Murgui ke pakore! Murgui ke pakore!* Svetlana contempló las *pakoras* que le recordaron a Brayesh, que solía prepararlas, y entristeció. Desvió su atención hacia la gente que compraba los buñuelos: una mujer mayor con el rostro surcado por arrugas finas que llevaba unos pantalones rojos con un estampado floral y encima una falda de color azul eléctrico; una chica joven con un sari amarillo canario y un círculo del mismo color entre los ojos, que iba con un joven de camisa blanca de corte occidental, seguramente un estudiante.

—*Chicken fritters, madam!* —se dirigió a ella el vendedor—: Deguste

mis *pakor*s de pollo, es una especialidad del Punjab. ¡Y yo nací en el Punjab! —añadió con orgullo.

Svetlana compró una ración de *pakor*s. El vendedor colocó en su bandejita la mitad de un limón, bien cubierta de especias, que parecían pimienta roja, y una cucharada de compota de fruta: «Mango chutney!», gritó como explicación. Tenía la sensación de que si hablaba muy alto, su cliente lo entendería mejor. En la otra mano le puso una taza de té indio. Svetlana se sentó en una mesita improvisada al lado de la parada. Al saborear la comida, en su mente apareció Brayesh en la cocina de su piso moscovita ofreciéndole esas *pakor*s con chutney de mango y té dulce. Cuando se levantó, dispuesta a irse, vislumbró a su alrededor a una muchedumbre que la observaba en silencio. Se dio cuenta de que para los indios, ella suponía una atracción mayor que el flautista con su cobra, porque tenía un aspecto diferente al de ellos. Se alejó deprisa y algo contrariada.

Al otro lado de la calle había un edificio blanco, casi un palacio, con amplias escaleras. En la puerta de entrada se leía la inscripción: THE EMBASSY OF THE UNITED STATES OF AMERICA. Frente al palacio se erguía un gran árbol de Navidad decorado con luces y bolas. Svetlana sintió una especie de lejana nostalgia y pensó con un anhelo algo infantil: «¡Claro, si es Navidad!». Siempre le gustaba la idea de esas fiestas que en la Unión Soviética no se podían celebrar porque tenían raíz religiosa. Y la inundó el deseo de celebrar la Navidad.

Después se dirigió a la residencia de la embajada soviética. Regresó por el mismo camino, para no perderse. No entendía por qué, en su primer paseo por suelo indio, sus pasos la habían llevado, de entre todos los lugares, precisamente a la embajada americana.

De visita a la familia de Dinesh, donde se reunieron a tomar el té los invitados más variados, pudo presenciar cómo se comportaban los rajás y sus esposas, las *ranis*, con las personas que no pertenecían a la casta india más elevada de los brahmanes: las ignoraban de manera elegante, airosa, como si fueran transparentes. A Svetlana la trataban sin mucha deferencia, aunque sí con cierta atención: seguramente porque, siendo extranjera, estaba fuera del sistema de castas.

El Ganges murmuraba... No, no era ésa la palabra: esa noche en que todo estaba en calma, todo dormido, el río rugía sordamente como un gong. Solo a veces se escuchaba un chapoteo al saltar algún pez. ¿Qué peces debían de nadar por allí? Las estrellas se reflejaban en el río, resplandecían por un instante para volver a desaparecer. Y en su lugar aparecían siempre nuevas estrellas, grandes y resplandecientes.

Y Svetlana pensó que después de la vida venía la muerte y tras ella un nuevo nacimiento; como cuando un mes después de la muerte de Brayesh su hijo Yósif se casó con su novia y al cabo de unos meses habría allí una nueva vida que ahora estaba creciendo dentro de Yelena.

El día después de su llegada a la India decidieron que, al día siguiente, Svetlana, en compañía de Dinesh, cogería el avión hacia Kalakankar, donde entregaría las cenizas. Ese día Svetlana lo dedicó a pasear por Delhi, pero antes Preeti la llevó a su modista:

—Estarás más a gusto llevando la ropa suelta que usamos nosotros aquí. Además, eso te permitirá adentrarte mejor en nuestras costumbres. Y lucirás unos modelitos de la última moda india —recomendó la joven con firmeza.

Escogieron tela para varias camisas largas indias de abigarrados colores —fucsia, naranja, rojo fuego, turquesa—, unos pantalones estrechos y otros amplios a juego con las camisas, y varios fulares de seda que se echaban por encima de los hombros de manera que, mientras la mujer caminaba, los dos extremos del fular ondeaban detrás de ella. Así se vestían las jóvenes. A sus cuarenta años, a Svetlana le habría convenido más un sari, pero no se atrevía: ¿qué aspecto tendría? ¿Sabría enredar su cuerpo en los ocho metros de tela y conseguir una elegancia desenfadada? ¿No se le desmontaría el sari a los primeros pasos? ¿Y si pasaba por una calle bulliciosa y el sari empezaba a desatarse? Por todo ello prefirió una juvenil *kurta* bordada que le llegaba hasta las rodillas y que según la última moda se llevaba con pantalones anchos, ajustados en los tobillos. *Panch shalvár kurté*, Preeti pidió directamente a la vendedora cinco conjuntos indios para Svetlana. En un par

de horas sus nuevos trajes estaban listos. La única preocupación de Svetlana era el precio, porque había podido traer solo una cantidad limitada de dinero con la que pensaba comprar regalos para sus hijos. Sin embargo, Preeti sonrió y agitó la mano para darle a entender a Svetlana que no había que preocuparse de tales pequeñeces como es el dinero, y por su cuenta añadió a sus trajes dos pares de sandalias, unas negras, las otras blancas, ambas pintadas a mano con oro y colores, con la punta vuelta hacia arriba. En casa de la modista, Svetlana se cambió su ropa moscovita. Cuando se miró al espejo, la entristeció que Brayesh no pudiera verla con esa ropa elegante y de colores brillantes que tanto la favorecía.

Luego admiró a Preeti, que, con el Mercedes deportivo rojo de su padre que conducía ya en Moscú, atravesó ágilmente las tortuosas callejuelas de Vieja Delhi y las anchas avenidas de Nueva Delhi, llenas de gente, *rikshaws*, autobuses y carros. A Svetlana este mundo le parecía un sueño de los palacios y los jardines de Samarkanda.

Los vendedores ambulantes de té que, gracias a la influencia inglesa, se servía con leche, aunque con muchas especias, exclamaban:

—*Chai, chai, chai garam, garam chai!*

Los niños corrían tras ella y gritaban:

—*Memsahib, bakshish, bakshish!*

Tenía ganas de obsequiar a esos niños pobres, pero Preeti le explicó que las consecuencias de tal gesto serían imprevisibles y probablemente a partir de ese momento, miles de niños, además de los mendigos adultos, la seguirían a cada paso.

A su alrededor veía mucha miseria, pero también una gran variedad de colores y perfumes, rabia y pereza, risas, entusiasmo y regocijo. Esa mezcla le daba sensación de libertad. Se dio cuenta de que envidiaba la alegría de los indios. Y al mismo tiempo deseaba sentarse cuanto antes en el avión con la urna en las rodillas y disfrutar de la sensación de haber cumplido su misión, que ya estaba llegando a su fin.

Al día siguiente, Dinesh no la esperaba en el aeropuerto. Tampoco estaba su altiva aunque sonriente esposa Naggu, ni nadie más de su familia. En cambio vio a Surov, de la embajada soviética, que intentó convencerla de que no cogiera el avión a Kalakankar.

—Nosotros le entregaremos la urna a la familia Singh, no tema, Svetlana. ¡Las cenizas estarán en las mejores manos! Y usted, en lugar de eso puede disfrutar haciendo una vuelta turística, hoy nuestro chófer de la embajada la conducirá al Taj Mahal. ¡Una belleza, una de las grandes maravillas del mundo! ¡El Taj Mahal! —gritó—. Y no me diga que prefiere desplazarse a una pequeña ciudad polvorienta, a un pueblo donde no hay ni teléfono ni agua corriente.

Svetlana entendió que la embajada soviética quería controlarla en todo momento y a Surov no le hizo mucho caso. Lapidariamente le comunicó que quería que la llevara a casa de Dinesh: allá se explicaría por qué no la esperaba en el aeropuerto.

—Es demasiado temprano, Svetlana. Solo son las siete. No estarán despiertos.

—En la India las siete de la mañana no es temprano.

—¿Y cómo lo sabe con tanta seguridad? Si llegó ayer.

—Olvida que mi marido era indio.

Surov la llevó resignado a la dirección indicada. Cuando ella se bajó del coche, él no dijo ni una palabra. Había cedido y pensaba en si sería capaz de explicar todo aquello al embajador sin enfurecerlo.

Dinesh la recibió en su ropa de mañana: llevaba una bata europea de seda y unas elegantes zapatillas.

—¿Desayunará conmigo, Shveta?

Tras unos momentos volvió, vestido con un traje claro; la chaqueta lucía el cuello alto de Nehru; Dinesh olía discretamente a colonia francesa. Entonces les ofrecieron a cada uno dos huevos servidos en un cuenco de cristal, tostadas con mantequilla y mermelada de naranjas y té.

—¿Prefiere English Breakfast o Earl Grey? —preguntó Dinesh.

No había podido esperarla en el aeropuerto, explicó, porque le había surgido un imprevisto: debía reunirse con Indira Gandhi. Había llamado a la embajada soviética, pero nadie contestaba al teléfono tan temprano. Además,

en la residencia del embajador, donde Svetlana estaba alojada, no había teléfono.

—¿No quiere venir conmigo a ver a Indira Gandhi, Shveta? La llamaré y le diré que usted me acompaña. Estará encantada de conocerla.

—Dinesh, olvida que he venido aquí con las cenizas de mi marido —dijo, y señaló la gran bolsa de viaje donde guardaba la urna—. No estoy aquí como una turista que va a ver el Taj Mahal y hace las visitas de rigor a los principales políticos del país.

—Claro, claro, no lo he olvidado. Traiga la urna. A Indira Gandhi se lo explicaremos, le gustará tanta devoción. Ella misma es viuda, por eso muchas veces lleva un sari blanco. El blanco en la India es el color del luto, ¿sabe? Después de la audiencia la llevaré directamente al aeropuerto, donde ya la esperará Naggu.

Svetlana miró al hombre, que no podía tener más de cuarenta años, como ella. Tenía grandes ojos negros, como Brayesh. Los ojos profundos y a la vez alegres y brillantes de los indios. Y si...

—No, no iré con usted. Pero, Dinesh, pregúntele a Indira Gandhi... si podría quedarme indefinidamente aquí, en la India.

«¿Qué he dicho? —pensó—. ¿Por qué he expresado algo que no anhelo? Si no quiero vivir en la India, mucho menos sin Brayesh. O quizá...».

—Hágale usted misma esa pregunta, Shveta. Hoy, dentro de un rato. Se lo propongo como amigo.

—No, en otra ocasión. Hoy debo ir al aeropuerto y coger el avión para Kalakankar con la urna.

Temía que si no iba ese mismo día a Kalakankar, la embajada soviética le impediría el viaje. Y ella deseaba llegar cuanto antes al Ganges con la urna para que la familia se ocupara de Brayesh y su alma finalmente encontrara el reposo.

Unos días más tarde, ya en su destino, sentada mientras contemplaba el río Ganges que se confundía con el cielo nocturno, se reprochaba que quizá ya no volviera a presentarse la oportunidad de hablar con Indira Gandhi y que nadie más tendría competencias para otorgarle un permiso de residencia permanente en la India. «Uno debe tomar las cosas según vienen —pensaba con amargura—, no intentar moverse según un plan preestablecido».

El coche se detuvo frente al gran palacio blanco que era, de hecho, más bien una especie de gran fuerte antiguo. «¡Cuánta gente! —pensó—. Brayesh, todos ellos han venido a despedirse de ti, ¡mira cuántas personas te apreciaban!».

Un hombre de blanco y de figura menuda la saludó con las manos apretadas:

—*Namasté*.

Era Suresh, hermano de Brayesh, de piel mucho más oscura que el hermano muerto. A su lado había una mujer en sari blanco, su esposa Prakashvati, con la cara sonriente, redonda como la luna, y su hijo adolescente, Sirish, bastante entrado en carnes, con *kurta* blanca. *Namasté, namasté*. Suresh recogió la urna de las manos de Svetlana.

«Brayesh, te entrego a tu hermano, con él también estarás en buenas manos. Estás en casa, Brayesh, lo hemos conseguido, ¡y yo por fin tengo paz en el alma!», pensó para sí misma.

Naggu, la mujer de Dinesh, también llegó al funeral, con sus seis hijas. Dinesh se presentó más tarde. Acompañaban a Svetlana los miembros de la familia, en la gran terraza frente al palacio blanco, que todos llamaban *raj bhavan*, el palacio del rajá.

Desde la calle se oyó el llanto y los plañidos de decenas de personas. Al cabo de un rato, Svetlana distinguió que gritaban: «*Hamare kya hoga! Hamare kya hoga!*». Suresh le explicó que los vecinos del pueblo querían mucho a Brayesh por su generosidad: enviaba dinero a muchas personas necesitadas, sobre todo para la atención médica en alguna de las grandes ciudades cerca de Kalakankar que no poseía hospital ni clínica; en Allahabad o en Lucknow.

—¿Y qué quiere decir *Hamare kya hoga*? —quiso saber Svetlana.

—Sus gritos y lamentaciones significan: «¡Qué será de nosotros!». Se refieren a qué pasará con ellos sin la ayuda de Brayesh —aclaró Suresh con una voz entrecortada por la profunda tristeza.



Varios hombres, vestidos con *kurtas* blancas de lino con cuello alto y pantalones amplios y también blancos, se sentaron en barcas y balsas. Anocheceía, el amplio río brillaba y las barcas se dibujaban pequeñas y oscuras en la superficie plateada. Suresh sostenía la urna. Svetlana quería subir en una barca para unirse a ellos, pero no se lo permitieron: según la tradición, las mujeres contemplaban la ceremonia desde la orilla arenosa. Cuando las negras siluetas de las barcas alcanzaron el centro del majestuoso río, los hombres vertieron en él las cenizas. «Adiós, Brayesh, adiós, amor mío, nunca he conocido a nadie tan sensible y profundo como tú, nunca con nadie fui tan feliz. Y mientras viva no olvidaré nuestra última noche. ¡Adiós!».

Se echó a llorar, temblando. Sintió sobre ella la mano de alguien y bajo ese contacto protector se echó a sollozar aún más; se sintió aliviada. Cuando se frotó los ojos, vio que la mujer que la abrazaba era Prakashvati. Los hombres de blanco, que habían llevado a cabo la ceremonia funeraria, ahora estaban de pie en sus barcas y en las balsas en medio del río con la cabeza inclinada. Se mantuvieron en esa posición largo rato, igual que la multitud en la orilla arenosa del Ganges.

—Tiran flores al río —le explicaba Prakashvati sin dejar de acariciarla. Svetlana se dio cuenta de que su recién conocida intentaba como podía que se le pasara el dolor. No estaba acostumbrada a tales caricias, no estaba segura de si le gustaban o le resultaban embarazosas; ambos sentimientos se mezclaban en ella—. Las flores, ahora, flotarán en el río, se irán lejos. Mire, Shveta, los niños y los jóvenes corren a lo largo del Ganges y las siguen. Es la costumbre.

Al anoecer, Svetlana, con los demás, envió río abajo un platito flotante con una pequeña vela pegada al fondo. El Ganges se cubrió de luces menudas y, lenta y majestuosamente, se las llevó hacia el mar.

La gente abandonó luego las terrazas sobre el río y las playas arenosas y entraba en el *raj bhavan*. Svetlana no podía apartarse del río, que la fascinaba y por el que ahora flotaban las flores y las velas, como si fueran el alma alegre de Brayesh. Y no quería alejarse de la dulce Prakashvati de movimientos lánguidos, que le ofrecía consuelo.

—Venga, entremos en casa. Hay mucha gente de Kalakankar que

apreciaba a Brayesh y que ha venido a despedirse de él. Les dan miedo Naggu y su palacio, pero con gusto vendrán a nuestra casa, esa pequeña de aquí al lado.

## 6

Svetlana recordó que Brayesh le había hablado del *raj bhavan*, que pertenecía al rajá Dinesh y a la *rani* Nílma llamada Naggu, y sobre la casa labriega de al lado, donde vivían Suresh y Prakashvati. Esa casa había pertenecido una vez a Brayesh, que se la regaló a su hermano, aunque se quedara sin nada. Un extenso jardín de mangos rodeaba la casa. Entre el *raj bhavan* y la casa de Prakashvati y Suresh, había un viejo templo hindú cubierto de pequeñas estatuas de dioses y diosas; especialmente Krishna, a quien estaba consagrado el templo, estaba representado muchas veces en sus muros. Svetlana reconoció también al dios elefante Ganesh y al dios mono Hanuman. Les sonrió como si fueran viejos amigos.

La ágil Prakashvati encendió unas barritas aromáticas frente a la fotografía enmarcada de Brayesh, que colocó encima de una mesa baja y decoró con flores frescas. Luego le ofreció a Svetlana que se sentara en la cama de Brayesh:

—Ésta será su habitación, Shveta. Puede quedarse en nuestra casa tanto tiempo como quiera y volver cada vez que lo desee. Nos alegraremos de tenerla con nosotros.

Svetlana se sentó en la cama baja y se sintió en conexión con Brayesh. Los vecinos del pueblo entraban descalzos, se sentaban sobre la alfombra con las piernas cruzadas, otros directamente en el suelo, Prakashvati les servía té caliente con leche y especias, les ofrecía el dulce *barfi* preparado con leche condensada y láminas de oro comestibles, sutiles e incorpóreas, y *khir*, arroz con leche, pistachos y cardamomo. Cada invitado tenía una historia que contar a la viuda de Brayesh. Hablaban en hindi y siempre había alguien que traducía al inglés. Los temas de las historias se parecían mucho entre sí: Brayesh ayudaba a los habitantes del pueblo en la agricultura, en la

escolarización, en la medicina, pero también con buenos consejos sobre el matrimonio. «Las personas no se mueren mientras vivan en la memoria de los demás», pensó Svetlana; en las pausas entre un relato y otro escuchó cómo en su muñeca hacía tictac el reloj que le había regalado Brayesh.

Todos le preguntaban por la última enfermedad de su marido.

—¿Murió del corazón? Cómo es posible, si se fue de aquí en plena forma, fuerte y sano, solo tosía de vez en cuando —gritó una mujer, y todos se sumaron a ella en señal de acuerdo.

Otra mujer se dirigió a Svetlana y le contó lo que Brayesh le había confiado un par de años atrás: que una rusa, o sea Svetlana, con su presencia en la vida de él le había alargado la vida y la había iluminado. Suresh y Prakashvati se unieron a esa narración: Brayesh les había dicho lo mismo.

Después de cenar, cuando todos los invitados partieron y los miembros de la familia se retiraron a sus habitaciones, Svetlana se acomodó en la terraza a mirar las aguas del Ganges. Después del difícil viaje —multitudes apretujadas en el aeropuerto, el vuelo con trasbordo, luego tres horas de coche por un camino polvoriento sin asfaltar—, tras días llenos de adversidades en Nueva Delhi y, al fin y al cabo, después de tres años llenos de tensión en Moscú, Svetlana por fin respiraba y se dedicaba a reposar.

Y entonces recordó su conversación con Dinesh antes de la ceremonia funeraria. Los dos estaban sentados frente al Ganges. Svetlana contemplaba el río, Dinesh paseaba la mirada por la muchedumbre que había acudido al funeral.

—No le entendí bien, Svetlana. ¿A usted le haría ilusión quedarse en la India? ¿Y por qué? ¿No está contenta con su vida en Moscú?

—Seguramente le costará imaginárselo, Dinesh, el desasosiego en el que he vivido todos los años de mi vida, cuarenta años. No se puede imaginar la tensión que eso significa para el sistema nervioso. Estoy exhausta de llevar una doble vida.

—Aún no lo he entendido. Perdone el atrevimiento, pero ¿no estará exagerando? Todos vivimos muchos momentos de desasosiego, de tensión. Cada día, diría yo. Además, seguro que este viaje le habrá resultado cansado. Debe estar rendida, eso sí. Sin embargo, como hija de un importantísimo estadista...

Svetlana agitó la cabeza nerviosamente y le interrumpió:

—Los unos me piden que me comporte como hija de un gran estadista, los otros ven en mí la hija odiada de un asesino de masas. Pero yo no soy nada más que una mujer normal y corriente que quiere vivir su vida. ¡Vivir y nada más! ¡Olvidarme de quién fue mi padre!

—También Indira Gandhi es hija de un gran estadista, Jawaharlal Nehru. Y ya ve, hoy es ella la jefa del Estado. Usted también encontraría un camino fácil si quiere hacer carrera política.

—¡No quiero dedicarme a la política por nada del mundo! —exclamó Svetlana y en su turbación entrecerró los ojos. Para disimular su nerviosismo ante Dinesh, añadió—: Llevo cuarenta años simulando y fingiendo. Lo único que me interesa es llevar una vida verdadera, sin mentiras ni falsedades, poder ser yo misma y vivir una vida normal y corriente, lejos de las cámaras de televisión.

Entonces los participantes del funeral los separaron.

En la casa de Brayesh, Svetlana se sentía como en casa, en el seno de una familia que la trataba como a una hermana. Todo estaba en calma, solo los grillos y las cigarras interpretaban su *raga* nocturna a orillas del Ganges. La hojarasca de los viejos y altos eucaliptos y los amplios mangos, que el Ganges había humedecido con su velo nocturno tejido de minúsculas gotas, murmuraba en la brisa tan claramente que parecía como si alguien tocara suavemente el violonchelo. Entonces Svetlana supo una cosa con certeza: que al cabo de una semana no volvería a Delhi, tal como se lo exigía la embajada soviética. Tenía visado para un mes. Durante ese mes viviría aquí, impregnándose de calor, de sol y de la cultura local y aprendiendo el idioma de la gente del lugar. Sentía que junto al río no le podía pasar nada.

Se quedó dormida junto a la ventana abierta y la fresca brisa nocturna introdujo en su sueño la lenta melodía de una flauta india, que alguien tocaba en la lejanía.

Cada mañana, se sumergía en la vida india como en un baño caliente y aromático, degustando cada momento de su estancia en el campo. Durante el amanecer paseaba por el huerto de verduras, el oasis verde en la polvorienta tierra, que el agua del pozo regaba desde la mañana hasta la noche. Luego iba al jardín de las plantas, donde arrancaba todo tipo de flores exóticas de llamativos colores, cuyos nombres desconocía y con las que decoraba la fotografía de Brayesh y llenaba jarrones por toda la casa. A continuación desayunaba en el porche y contemplaba el cielo, que la salida del sol sobre el Ganges teñía de albaricoque. El desayuno era la única comida que servían a la inglesa, *angrezi khana*, según decía la sirvienta que lo traía: zumo de naranja recién exprimido, huevos, jamón, tostadas con mantequilla y mermelada, té o café. Después del desayuno, Svetlana se sentaba en la terraza y charlaba con Dadu, la sobrina de Brayesh, o con Prakashvati, que le exponía un nuevo punto de vista sobre los muchos asuntos y aspectos de la vida.

Con frecuencia Svetlana reflexionaba en voz alta en presencia de Prakashvati sobre su deseo de ser absolutamente independiente; esta cuestión la perturbaba porque, sin llegar a ser una feminista, hubiera deseado más autonomía para las mujeres rusas a las que consideraba esclavas de sus familias.

—En Occidente las mujeres quieren ser independientes —protestó una vez Prakashvati—. Pero ¿por qué? Yo reconozco con gusto que dependo de mi marido y mi dependencia no me molesta en absoluto.

Lo decía con una gran sonrisa, algo habitual en los indios. Prakashvati le decía abiertamente lo que pensaba. A Svetlana la sorprendió tanto su franqueza como su punto de vista.

—¿Cómo se puede escoger la dependencia? —se extrañó.

—Porque quiero a mi marido y sé que lo que él decida será lo mejor para mí.

—Reflexionaré sobre ello —le prometió Svetlana que empezó a intuir abismos culturales tal vez insuperables.

Cuando las mujeres se iban a su trabajo, Svetlana paseaba, preferiblemente descalza o en sandalias y en un sencillo sari de algodón

blanco —había aprendido a atárselos de maravilla—, por la orilla arenosa del Ganges. Empezaba a conocer a algunos campesinos y los saludaba con las manos juntas, *namasté!* Las campesinas le contestaban *Namashkár!*, haciendo brillar sus dientes en los rostros oscuros, a cuyos lados colgaban largos pendientes. Ella admiraba lo bien que les quedaban los saris de los colores más salvajes combinados con bisutería barata que colgaba de todos los sitios posibles o imposibles de sus cuerpos. Le encantaba ponerse a conversar con las campesinas, a veces con gestos, otras veces en su hindi muy básico; su tema predilecto eran las cantantes de las canciones indias.

—¿Con qué cantante se queda, Shveta? ¿Con Asha Bhosle o Lata Mangeshkar?

—¡Con Asha Bhosle, naturalmente!

Las campesinas esbozaban sonrisas de desacuerdo y con la cabeza hacían gestos que recordaban el movimiento del péndulo al revés; Svetlana nunca supo distinguir si decían sí o no.

—Lata Mangeshkar es la nuestra, no tiene color...

Cuando se acababan las cantantes, hablaban de las actrices: ¿Hema Malini, Waheeda Rehman, Meena Kumari o Mumtaz?

Svetlana no conocía las películas indias y repetía convencida el nombre que le resultaba más fácil:

—¡Mumtaz!

El péndulo al revés se volvía a poner en movimiento:

—Hema Malini es la mejor...

A veces ella misma iba al mercado a escoger la coliflor más maravillosa de todas las coliflores frescas y blancas que allí se ofrecían, y los limones más amarillos, los tomates del rojo más vivo y las berenjenas del lila más hermoso: aprendió a usarlas para preparar el *baba ganush*, un plato vegetariano que se parecía a una especialidad de Georgia. Le fascinaban las paradas con decenas de especias de colores inimaginables.

Después del almuerzo, todos los días iba a verla durante dos horas un profesor de hindi y sánscrito de la escuela local. Primero aprendió a leer y escribir en devanagari, mientras se habituaba a las palabras y frases básicas del trato diario con los indios. En los términos sánscritos reconocía raíces de palabras rusas, inglesas y alemanas y evocaba aquello que le explicaba

Brayesh hacía tan poco. El joven profesor charlaba con ella también sobre filosofía del hinduismo.

Se acordó de la frase que Brayesh susurró antes de morir: «El Espíritu Eterno vive en el castillo de las once puertas, el castillo del cuerpo».

—¿Qué puede significar eso? —preguntó al maestro, y le repitió la misteriosa frase.

Él se quedó pensativo:

—El Espíritu Eterno vive en un castillo de once puertas, el castillo del cuerpo —repitió. Luego añadió—: Cuando uno consigue reinar en ese castillo, es liberado del dolor y la pena, es liberado también de la dependencia y con ello alcanza la libertad total.

—¿Es una cita?

—Es un pasaje conocido de los *Upanishad*.

Svetlana veía ante sus ojos el piso de Moscú, en él el dormitorio y en éste, a su vez, sobre la mesilla de noche de Brayesh, el ejemplar de los *Upanishad*: en devanagari y en inglés. ¿Por qué una edición bilingüe? El pobre Brayesh sin duda deseaba que lo leyeran juntos. Svetlana anheló con fuerza poder remediarlo. ¡Concédeme esto, solo esto!, ¡solo esta vez quisiera retroceder en el tiempo y darle a Brayesh la alegría de leer los *Upanishad* con él, en inglés! ¡Concédemelo, por favor!, le rezaba para sus adentros al rollizo dios cuya cabeza de elefante le sonreía desde el cercano templo situado a orillas del Ganges.

El resto del día, mirando al Ganges, pensaba en la liberación y en la libertad. Se daba cuenta de lo mucho que necesitaba el mundo en el que ahora vivía: el río y la familia, que le aportaban la paz. La libertad de decir lo que uno quiere, la libertad de movimiento. Fue gracias a ese mundo que se empezó a cuestionar todas esas cosas en las que antes ni siquiera habría pensado. ¿Cómo seguir viviendo ahora que había conocido a Brayesh y su naturaleza libre, ahora que conocía esta vida para ella tan extraordinaria en el campo indio? Sí, aquí se sentía realmente liberada. Pero ¿cuánto podía durar su libertad? ¿Qué hacer para poder seguir viviendo libremente? ¿Y por qué hacía varios días había soltado una frase que ella misma no entendía?: «Dinesh, pregúntele a Indira Gandhi si podría quedarme indefinidamente aquí en la India».

En Kalakankar no se celebraba el Año Nuevo: en la parte rural de la India, se contaban los meses y los años de acuerdo con el calendario hindú, según el cual el nuevo año empezaba más adelante. Svetlana se fue esa noche a dormir temprano, como los demás, pero deseaba con fuerza celebrar de alguna manera el final de 1966, el año de la muerte de Brayesh, que le había traído nuevos conocimientos, nuevos puntos de vista, un nuevo hogar y una nueva visión del mundo. Se sentó junto a la ventana abierta a través de la cual entraba una noche fría y silenciosa; la luna se reflejaba luminosa en la superficie inmóvil del río. Se oía solo el suave tamborileo de las cigarras. Pensó en el mito del Ganges que una vez le había contado Brayesh: la serpiente Vritra había enclaustrado las aguas de la tierra en el cielo y no las quería soltar. Entonces las aguas se convirtieron en divinas, pero sin el agua, la tierra se secaba y la gente se moría de sed. Aun así la serpiente insistía en no soltar el agua para que regara la tierra. En ese momento el dios Indra se puso a luchar contra ella, tras un combate feroz logró la victoria sobre la serpiente y soltó las aguas para que la tierra se volviera fértil de nuevo y la gente dejara de morir. Al caer el agua del cielo —que fue el río Ganges—, muchos héroes guerreros muertos renacieron; sesenta mil de ellos. Así recordaba Svetlana el mito del Ganges y cada vez sentía más curiosidad por los milagros de los que supuestamente era capaz ese río.

En ese momento, en la orilla apareció Pandit Chakra, el viejo *pujari* del templo hindú adornado con escenas de la vida del dios Krishna y del rechoncho Ganesh, con su cabeza de elefante, y Hanumán, el rey de los monos danzante. En la oscuridad de la noche Svetlana solo podía adivinar el color naranja de su traje. Pandit Chakra se apoyaba en un bastón mientras se dirigía al río iluminado por la luna; en la otra mano llevaba vasijas de bronce para llenarlas con agua del río. Parecía que sobre el fondo de la noche esos recipientes brillaban con luz propia. Con esa imagen ante sus ojos, se tumbó para dormir y durante largo rato escuchó el silencioso ruido del río, que constantemente le recordaba el eco lejano de un *gong*.



Tras unas pocas horas, se despertó y pensó que había quedado con Dadu en la orilla del río para bañarse juntas.

Era de noche, aún no había empezado a amanecer. Dadu ya estaba junto al agua, su redondeado cuerpo envuelto en un sari; a su lado había un muchacho que debía llevar a ambas mujeres en balsa hasta una cercana isla en el Ganges. Según la había aconsejado Prakashvati, Svetlana también se puso un sari sobre el que se echó un abrigo: aunque la temperatura diurna sobrepasaba los 26 grados centígrados, por la noche y durante la madrugada solo llegaba a 15. Ya hacía días que Svetlana llevaba un sari blanco de algodón que le parecía muy cómodo. También se peinaba el pelo como las indias, hacia los lados y con raya en medio, sujetándose en la nuca con una cinta blanca.

Primero ambas mujeres vaciaron una cesta de flores en el río, luego hicieron cuencos con las manos y se las llenaron de agua: se humedecieron los labios y la frente. Solo entonces entraron en el río: Dadu, recitando una oración; Svetlana, con las manos juntas cantando lenta y largamente *om, om, om*.

Una vez en el agua, Svetlana tembló de frío y pensó que no lo aguantaría; el agua estaba helada. Pero pronto le pareció como si el río se hubiera calentado. Se lo contó a Dadu. Ella le explicó que en efecto su sensación era acertada y que se trataba de un fenómeno natural: el agua del Ganges era curativa, contenía sales y minerales especiales que calentaban el cuerpo. Svetlana observó a Dadu echándose encima agua del río sagrado de manera ritual, y pensó en que la familia de Dinesh había apartado a esta joven agradable y alegre porque se había casado por amor y había rechazado al hombre que su familia le había escogido. Según le explicó Brayesh, y luego también Prakashvati, Dadu vivía con su familia muy humildemente en la periferia de Allahabad. Brayesh la quería, a menudo la defendía ante Dinesh, pero no consiguió doblegarlo; Svetlana recordaba que Brayesh le enviaba dinero a su pobre sobrina desde Moscú.

Cuando volvieron en la balsa a la orilla, el cielo se encendió de rojo y el agua se tiñó del mismo color. La brisa fresca anunciaba el alba. Ambas mujeres se sintieron refrescadas, rejuvenecidas, se sonreían la una a la otra y se prometieron que se bañarían en el Ganges más a menudo.

Cuando se quedó sola, Svetlana se dirigió al pequeño templo hindú, perfumado con incienso. La embargó una calma profunda y empezó a entender a Brayesh, que tenía como costumbre sonreír ante los contratiempos de la vida. Ahora Svetlana se daba cuenta de que la calma y la paz eran un don supremo que no le llegaba a cualquiera: ella misma, a sus cuarenta años, estaba en paz por primera vez en su vida. Una persona sensata debería buscar más la paz que la felicidad, pensó, porque la felicidad es en su esencia voluble; en cambio, la paz dura para siempre si uno sabe mantenerla. Y se prometió que, allí donde estuviera, buscaría momentos de calma para estar consigo misma.

## 9

Dos días después de aquel baño iniciático estaba sentada con Dadu. Ambas mujeres acababan de bañarse otra vez en el Ganges, visitar el templo hindú y desayunar en la terraza del *raj bhavan*. Ahora descansaban y disfrutaban contemplando la isla en el río y el curso levemente ondulado del majestuoso Ganges con sus meandros y sus blancas orillas de arena. En un momento dado, Svetlana se dio cuenta del alboroto que llegaba desde el patio interior del palacio. Se levantó y fue a ver qué ocurría. No podía creérselo cuando vio el coche diplomático ante la puerta del castillo y en el patio distinguió a Surov de la embajada soviética, mirándola. Llevaba unos pantalones claros y una camisa naranja, las mechas rubias le caían sobre la frente; tenía el aspecto de un turista que está gozando de unas vacaciones junto al mar.

Él también estaba sorprendido:

—¡Caramba, Svetlana! ¡Pero si está usted completamente cambiada! Parece una india rubia, ¡si hubiera indias rubias! El sari, las pulseras tintineantes en las muñecas, la trenza india, el punto rojo en la frente, la línea roja en la raya del pelo, la piel tostada por el sol... Ni la reconocería si no supiera que vive aquí y que solo puede tratarse de usted.

Naggu y sus seis hijas no tardaron en aparecer en el patio. Le enseñaron a Surov el palacio y sus vistas; él lo observó todo detenidamente,

entusiasmado. Naggu, evidentemente feliz por la inesperada visita, invitó a Surov a almorzar. Antes de comer le dejó que explicara a Svetlana por qué había venido. Surov fue al grano:

—Hemos cambiado su billete de avión. En lugar del 4 de enero puede estar en la India hasta el 11. El avión vuela una vez por semana. ¿Se alegra? Como ve, hacemos por usted lo que podemos.

—Tengo un visado hasta el 20 de enero y hasta entonces no pienso irme —dijo Svetlana.

—Lo notificaré a la embajada. Aunque no la entiendo, lo reconozco. Ya entregó las cenizas, ha disfrutado del campo, ha descansado, tiene un aspecto inmejorable. Ahora puede volver conmigo a Nueva Delhi: esta noche llegaremos a Allahabad, dormiremos allí, que es donde he dormido yo esta noche, y mañana estaremos todo el día de viaje hacia Delhi. Y por el camino le puedo enseñar toda clase de maravillas, como la vieja fortaleza Fatehpur Sikri, o Agra y el Taj Mahal.

—Es muy amable por su parte, pero yo por el momento no tengo ninguna intención de marcharme de aquí; estoy muy a gusto.

—Como quiera. Entonces tendré que volver yo solo.

—Le daré una carta para mis hijos, para que la envíe de Nueva Delhi a Moscú.

Los demás los esperaban con la comida. Se sirvieron platos vegetarianos al curry, como siempre para comer y para cenar. Las hijas de Naggu intercambiaron entre ellas miradas significativas: ¿qué pasaría? La embajada había enviado un coche para llevarse a Svetlana de vuelta. Se les presentaba una situación intrigante. Surov comía sin muchas ganas; se veía que no estaba acostumbrado a la comida india y no ocultaba su disgusto. Al final se despidió, se acomodó en el coche y se marchó. Entonces todos se agolparon alrededor de Svetlana:

—Shveta, Shveta, ¡ya pensábamos que había venido para raptarte!

Le agradaba oír el sonido del nombre Shveta, porque le recordaba el tono de voz calmado y tierno de Brayesh.

Pero con la visita de Surov le pareció como si de repente alguien se hubiera metido en su vida privada, lo toqueteara todo y rompiera lo más delicado. Dejó de percibir la armonía de la vida a su alrededor, perdió la

concentración en la belleza natural de los alrededores del Ganges. Sus pensamientos volvieron a Moscú y Svetlana tuvo un ataque de ansiedad. Por la tarde, anuló la clase de hindi y se quedó en su cuarto, porque tenía temblores y sudaba de miedo. No quería pensar en Moscú, en las desagradables audiencias en el Kremlin. Lo único que la unía a aquel lugar eran sus hijos. Sí, los añoraba intensamente. Pero aborrecía la idea de volver a Moscú.

## 10

Durante su estancia en Kalakankar había empezado a temer por su manuscrito *Veinte cartas a un amigo* que, aún en Moscú, dejó a Kaul, entonces embajador de la India en la Unión Soviética pero que ahora trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores de la India, para que lo guardara. Se sentó y le escribió a Kaul:

¿Aún tiene mi manuscrito, querido Kaul? ¿Aún no lo ha entregado a la embajada soviética? Discúlpeme, lo digo en broma, aunque para mí es un tema realmente importante. Si sigue teniéndolo, envíemelo aquí a Kalakankar por correo urgente, o mejor aún por medio de alguien que tenga que venir, se lo ruego.

Inmediatamente, Kaul le envió un telegrama:

¡Vaya! Todo este tiempo cuidé del manuscrito como si me fuera la vida. Si eso es lo que opina de mí, ya podemos dejar de ser amigos. Se lo envió a Kalakankar por medio de Dinesh.

Y, efectivamente, Dinesh le hizo llegar el manuscrito. Svetlana lo releyó durante las largas tardes en Kalakankar y descubrió que había partes que algunos podían considerar poco literarias; sin embargo, a pesar de la tragedia que el texto describía, el libro resultaba vivo y había conseguido comunicar lo que Svetlana se había propuesto: la vida en el Kremlin tal y como la había conocido. No cambió en él ni una coma.

Finalmente, llegó la fecha tan esperada por todos, el 16 de enero. Ese día, en el marco de su campaña electoral, la primera ministra, Indira Gandhi, hacía una parada en Kalakankar.

Primero llegó Dinesh Singh de Nueva Delhi. No estaba solo, lo acompañaba todo un séquito de secretarios, trabajadores de la campaña y miembros de la seguridad. Svetlana apenas lo reconoció: en lugar del Dinesh juvenil y vestido a la manera occidental, apareció un hombre serio con su traje tradicional indio, aunque no menos elegante: los pantalones blancos de lana, los *churidars*, y una chaqueta azul, *ashkan*, con el cuello Nehru. También se había esfumado su comportamiento democrático occidental: Dinesh se hacía llamar maharajá y recibía trato de aristócrata. Se sentó con las piernas cruzadas, a lo indio, en la otomana tapizada bajo el retrato en el que estaba pintado su padre con todos los atributos de maharajá. Dinesh estaba constantemente rodeado de gente; cuando se quedó unos minutos solo, con expresión preocupada le dijo a Svetlana que debía irse cuanto antes a Delhi: «Preferiblemente de forma inmediata. La embajada soviética teme por usted».

Svetlana entendió que Dinesh, de acuerdo con la embajada soviética, intentaba evitar su encuentro con Indira Gandhi. La enviaba a Delhi para que no pudiera participar en la recepción solemne en honor de la primera ministra de la India.

—Me quedo. Me apetece cenar con Indira.

Un resplandor de furia atravesó los ojos de Dinesh, pero enseguida disfrazó su ira con una sonrisa pícaro y un gesto paternal como si amenazara a su hija desobediente. Svetlana sonrió y fingió seguirle el juego, pero se asustó un poco. «Acabo de descubrirle mi secreto —pensó— y él se esforzará en evitar mi entrevista con Indira, de la que tanto espero».

—Dinesh, tengo un visado válido aún para varias semanas, la embajada me lo ha alargado y quiero aprovecharlo. No pienso irme de aquí antes de que

caduque.

Dinesh suspiró, como si considerara a Svetlana un caso perdido; conocía su deseo de permanecer en la India tan bien como todo Kalakankar. «La *memsahib* quiere vivir aquí», cuchicheaban los del lugar. La interrogaban acerca de sus intenciones: «¿Le gusta esto? ¿Quiere quedarse? ¿Sí, de verdad?». Y Svetlana, que aquí se había desacostumbrado a mentir y ocultarlo todo, como era habitual en su país, respondía con toda la franqueza: «Me encantaría quedarme en la India para siempre». El maestro de hindi y sánscrito seguía frecuentando su casa a diario para practicar conversación. Svetlana ya entendía mucho y hablaba un poco, especialmente con los lugareños, que desconocían el inglés. Se esforzaba por atrapar frases de las canciones indias que escuchaba por la radio, como las cantaba Lata Mangeshkar, musa de la India entera, en tonos increíblemente agudos y con la melodía y el ritmo muy marcados.

## 12

En una nube de polvo, finalmente, llegó a la plaza principal una limusina negra. Bajó de ella, de un salto, una mujer guapa, ágil, con un sari oscuro, saludando a los hombres con un toque de coquetería. Con las manos juntas y el *namasté* en los labios se desplazó hacia el corrillo de autoridades locales, con Dinesh en primera línea. El sari la envolvía de tal forma que hacía resaltar el dinamismo de sus ligeros movimientos. «Se mueve como un zorro o una serpiente», pensó Svetlana. Y entonces Indira se hallaba delante de ella. Tenía nueve años más que Svetlana; la primera mecha de pelo cano se la peinaba para que se convirtiera en un ornamento de plata en su pelo negro; esa joya hecha de pelo daba resplandor a su rostro. Indira recorrió con los ojos el sari blanco de viuda india; Svetlana se lo había puesto porque sabía que Indira Gandhi también era viuda y esperaba que eso las acercaría. Pero no sospechaba que Dinesh había avisado a Indira de la presencia de la hija de Stalin en Kalakankar y ahora la *premier* india intentaba adivinar si la infancia de Svetlana en el Kremlin había sido tan solitaria como la suya en el palacio

presidencial de Delhi, y si a Svetlana la habían mantenido tan aislada del resto de los niños como a ella. Svetlana ignoraba sus pensamientos porque ni siquiera había pensado en el hecho de tener delante suyo a la hija del primer ministro Jawaharlal Nehru, que había sido el primer político de la India independiente. Y también ignoraba el hecho de que Indira se había fijado en que, a diferencia de Naggu, Prakashvati y otras mujeres en las que hoy tintineaban las joyas más hermosas, el único ornamento de Svetlana era su pelo, que la puesta del sol teñía del color del maíz maduro y con el que había elaborado una gruesa trenza.

Indira se alejó del grupo de autoridades que había saludado y con un paso ágil y vivaz —que Svetlana admiraba continuamente— se colocó ante el micrófono. Como oradora experta que era habló ahora con claridad y autoconfianza, bajaba el volumen hasta llegar a susurrar íntimamente, para luego volver a levantar la voz; de vez en cuando marcaba una pausa dramática. *Bharat... garibi hatao*. Esas palabras se repetían en su discurso. «*Bharat* significa India —explicó Prakashvati al oído de Svetlana—, y *garibi hatao* quiere decir “erradicar la pobreza”; éste es el eslogan electoral de Indira».

Tras el discurso en la terraza del colegio, la gente se adentró en el *raj bhavan*. Durante la recepción festiva en la sala de estar, Indira le preguntó a Svetlana si le gustaba Kalakankar.

Svetlana la miró directamente a los ojos y dijo de forma firme, con énfasis:

—Me gustaría quedarme aquí todo el tiempo que me permitan.

Su respuesta le pareció a Indira algo ingenua, sobre todo en boca de la hija de un político.

—¿Acaso no le quieren dar el permiso? —preguntó Indira, y ahora fue a Svetlana a quien su pregunta le pareció tan simple que rayaba la candidez. Y en ese momento se dio cuenta de que Dinesh no le había dicho a Indira ni una palabra sobre su deseo de permanecer en la India.

Fue entonces cuando intervino Prakashvati y le contó algo a Indira en voz baja. Svetlana sabía ya suficiente hindi como para entender que le describía su situación y que indirectamente le pedía ayuda a Indira. Ésta se puso a conversar con ambas mujeres, mientras alrededor de ellas esperaban

impacientes los miembros de las castas más altas que habían llegado a Kalakankar desde diversos lugares para hablar con la primera ministra.

Naggu anunció la cena. La audiencia de Svetlana había llegado a su fin. Naggu acompañó a Indira y a un grupo de invitados selectos —los príncipes y sus amigos bien situados— a un salón más pequeño; los demás comensales cenaron en el gran comedor decorado con frescos que representaban escenas de la vida de Krishna.

Svetlana se sentó a la gran mesa junto a Dadu; ni siquiera a ella la invitaron a cenar en el círculo de Indira, pese a ser de la familia más directa. Svetlana degustó los platos —curry de las más diversas verduras, arroces, *nans* y *parathas*, o sea tortas de pan rellenas de verdura picante y queso, frutas y dulces indios de los colores más variados—, mientras miraba a Dadu que, con tristeza, mojaba el pan en las salsas picantes. Pensó que Dinesh había hecho todo lo posible para que ella, Svetlana, y la primera ministra no llegaran a encontrarse. Y esbozó una sonrisa al pensar que sus esfuerzos habían resultado inútiles: Svetlana conoció a Indira, habló con ella y le pidió ayuda.

Por la mañana, antes de que Indira se marchara, Dinesh no pudo evitar que Prakashvati llevara a Svetlana a desayunar con la primera ministra. En la terraza más alta del palacio, inundada por los rayos dorados del primer sol matutino, que penetraban en la glorietta con columnas de mármol blanco cubiertas de ornamentos, Dinesh e Indira estaban sentados alrededor de una mesita baja y bebían zumo de naranja recién exprimido. Mientras Svetlana estuvo sentada con ellos, Dinesh la contemplaba con abierta hostilidad. Indira se acabó su bebida y se levantó para marcharse; empezaba la siguiente etapa de su campaña electoral. Mientras todos la saludaban juntando las palmas y repetían sus cortesés *namasté*, Indira de repente se dio la vuelta de manera impulsiva, alargó ambos brazos hacia Svetlana, apretó con firmeza sus manos y dijo, con sentimiento:

—¡Le deseo suerte, mucha, mucha suerte!

Svetlana, emocionada, le contestó con énfasis:

—¡Yo igualmente se la deseo a usted!

Indira le ofreció una prolongada sonrisa y se marchó.

La observaba partir y tuvo un escalofrío. Había descubierto al fondo de



los brillantes ojos alargados de Indira algo que le resultó familiar, y hasta íntimamente familiar. La fría ambición. La crueldad. «Sin ninguna duda esta mujer va a ganar las elecciones —pensó Svetlana—, pero es capaz de cualquier cosa para mantenerse en el poder. Y lo hará hasta su muerte, eso es evidente. ¿Cómo será su muerte?». Tenía el presentimiento de que no sería una muerte plácida como la de Brayesh.

Su impresión fue pasajera. Svetlana oyó que las mujeres del pueblo se despedían de la *premier* con gritos de «Indira Amma». Prakashvati le volvió a explicar que eso significaba «Madre Indira».

Se sentó con Prakashvati en la terraza de su casa, a la sombra de las amplias ramas de los ashokas, absorbía el calor y la paz de esa casa que para ella era un verdadero hogar, y se estiraba en su silla como un gato. Prakashvati observó indignada que Indira Gandhi no se comportaba como la madre de los indios y que no había quedado nada de la India de Mahatma Gandhi:

—Esta primera ministra se rodea solo de príncipes y aristócratas. En lugar de hablar con la gente hace que sus guardaespaldas la aíslen de los ciudadanos. Y no hace sino repetir su *garibi hatao*, como si realmente estuviera dispuesta a erradicar la pobreza. Palabras, palabras. Mahatma, en cambio, hablaba con todos, incluso con los intocables. Para él nadie era intocable. Ahora todo es jerarquía y miedo, los intocables vuelven a ser expulsados de la sociedad y se obedece a los maharajás.

Svetlana entendió que la campaña electoral no la favorecía. El gobierno de la India tenía miedo de meterse en problemas con la Unión Soviética, a la que estaba vinculado por más de un acuerdo ya desde la época de Jawaharlal Nehru; Indira ha continuado la política prosoviética de su padre hasta tal punto que la Unión Soviética se vio con el derecho de considerar a la India como uno de los territorios más importantes bajo su influencia.

Svetlana, arrellanada en su cómoda silla a la sombra y al olor de los ashokas, con la vista fija en el Ganges, poco a poco se dio cuenta de que ya no podría quedarse mucho tiempo más en la India. Y sabía perfectamente que le gustaría vivir aquí, en esta casa de Kalakankar, o en un piso de Nueva Delhi, si hacía falta, porque entre esta gente se sentía bien. Tenía el

presentimiento que durante el resto de su vida no dejaría de lamentarse por no haber conseguido el permiso de residencia. Y disfrutaba la brisa del Ganges y el perfume de los árboles sin pensar en nada, como si el futuro no existiera.

### III

## Delhi (1967)

#### 1

**T**ras dos meses y diez días en Kalakankar, llegó el momento de la despedida y el regreso a Moscú, por supuesto pasando por Nueva Delhi. Delante de la casa estaban Prakashvati y Suresh, Dadu y medio pueblo. Svetlana deseó abrazar a uno tras otro, apretarlos contra sí, besarlos, demostrarles lo muy cercanos que le resultaban: una verdadera familia, a la que aspiraba desde siempre. Pero no debía acercarse a nadie con los brazos abiertos. Todos se mantenían ante ella con las manos juntas: «¡*Namasté!*», «¡*namasté, Shveta!*». Y se esperaba de ella que se detuviera frente a cada uno de ellos, juntara las manos y dijera con el mayor sentimiento: «*Namasté*», «*namasté, Prakashvati*», «*namasté, Suresh*», «*namasté, Dadu*», «*namasté, familia, todos vosotros a los que he cogido tanto cariño*», «¡*namasté, río Ganges!*, *namasté, ¡en ti descansan las cenizas de mi Brayesh!*».

#### 2

En lugar de la urna, mientras el viaje de vuelta protegió un pequeño maletín donde llevaba el manuscrito de su libro de memorias *Veinte cartas a un amigo*. En el pequeño avión, que se dirigía de Lucknow a Delhi con escala en

Kanpur, Svetlana sujetaba el maletín en el regazo igual que la urna en el camino de ida y sonrió recordando cuántas veces aún, inesperadamente, había aparecido Surov y cuántas veces tuvo que reñir con él y regatear con la embajada soviética por cada semana más en la India. Pero venció ella, en lugar de un mes —o catorce días, como querían ellos— al fin pasó dos meses y medio en Kalakankar. Regresaba fortalecida, pero a disgusto. No podía quedarse aquí, se lo había confirmado incluso Indira Gandhi, cuando le deseó suerte de todo corazón y sin embargo no hizo nada por ella. La única razón de volver a Moscú eran sus hijos.

### 3

En el aeropuerto la esperaba Dinesh. No había avisado y para Svetlana fue una sorpresa. Al verlo se sintió invadida por la energía y el buen humor que emanaba el sobrino de Brayesh. Aunque iba vestido a la última moda occidental, según la costumbre india, le colgó a Svetlana en el cuello un fragante collar de flores de jazmín y de naranjo. Dinesh no paraba de charlar y se reía de cualquier tontería. Tras unos momentos a Svetlana se le ocurrió que quizá se reía demasiado y que su risa resultaba forzada. De hecho, Dinesh se había puesto una máscara de risa para ocultar su preocupación y sus nervios. «¡Tiene ganas de que me largue! —pensó Svetlana—. Teme perder por mi culpa el anhelado sillón de ministro de Asuntos Exteriores de la India, es decir si cometo alguna torpeza que no les guste a los rusos. La Unión Soviética, que tiene a la India en jaque, le puede estropear los planes».

—Sin duda ahora se alojará en nuestra casa, ¿verdad, Shveta? —dijo entusiasmado, y le hizo un guiño para que asintiera.

Svetlana percibió que su entusiasmo no era sincero.

«Dinesh quiere que viva en su casa —pensó—. Para tenerme bajo control, no hay otra alternativa».

—Tengo que quedarme en la residencia de la embajada soviética, Dinesh, por desgracia —dijo con tristeza fingida—. Me esperan allí, qué pena.

Alzó la mirada hacia él y se dio cuenta de que se sentía aliviado.

«Seguramente porque así no me tendrá bajo su responsabilidad. ¿Y si hiciera algo? ¿Alguna —como diría él— temeridad?».

Se sentó junto a Dinesh en el asiento de atrás de su Mercedes blanco. Al poco rato el chófer se abrió paso en el centro de Nueva Delhi. Svetlana absorbía con todos sus sentidos la jungla urbana india, donde en las calles se mezclaban los taxis y los *rikshaws*, mozos con la carga en la cabeza y vacas escuálidas, hermosas mujeres con saris de seda de colores llamativos, engalanadas con tintineantes pulseras en brazos y pies, y los *chatwala*, vendedores de *chai* y de *paratha*, tortas de pan sazonadas con pimienta y rellenas de queso y verduras. Deseó sentarse en la terraza de un café para contemplar ese abigarrado río humano igual que había disfrutado dos meses entregada al Ganges y sola consigo misma, aunque también haciéndole compañía al cielo, que durante el día se reflejaba verde en el río y por la noche lo inundaba con un infinito manto estrellado.

—Shveta, sea sensata, pues —le rugió Dinesh en el asiento de al lado mientras el chófer esquivaba a un anciano porteador con enormes sacos sobre su cabeza y a una robusta campesina con un sari blanco que dirigía a una cabra—. El año que viene en el ministerio le conseguiré un visado para usted y para sus hijos, vendrán todos juntos y serán mis invitados —la persuadía, y de vez en cuando soltaba algún chiste inocente para hacerla sonreír.

«Los asiáticos —pensó Svetlana— sienten debilidad por los chistes infantiles, y eso los hace muy simpáticos». Pero no se creyó el cuento de la invitación («¿cómo las autoridades soviéticas nos iban a dar el permiso a toda la familia, si no me dejaron venir ni con Brayesh?») y se mantuvo alerta.

Sin embargo, le dio a Dinesh las gracias muy educadamente:

—Es usted muy amable, se lo agradezco.

Dinesh sabía que no la había convencido, así que siguió esforzándose.

La llevó a casa de los Kaul y, aliviado por haberla dejado, se hizo llevar al ministerio.

Kaul la invitó a sentarse en un sillón y le ofreció un vaso de limonada acabada de exprimir y adornada con una ramita de menta. Encendió su pipa y preguntó por su estancia en Kalakankar. Pero escuchó su relato distraído, incluso nervioso. Luego dijo:

—El año que viene ha de venir con sus hijos, ¡le proporcionaremos el visado!

A Svetlana le pareció oír el eco de Dinesh.

Se sintió decepcionada, pero trató con todas sus fuerzas de dominar la voz:

—¿Acaso me darán el visado las autoridades soviéticas? Usted vivió mucho tiempo en Moscú y sabe que nunca dejan viajar a una familia entera. ¡Ni siquiera me permitieron viajar con mi marido!

—¡La ayudaremos como podamos! ¡Verá cómo lo conseguimos!

—Usted quizá me ayude, ¡pero dudo que ellos lo hagan!

Kaul aspiraba su pipa y continuaba con su canción, Svetlana decidió no seguir discutiendo. Para sí misma agitó la mano como si se despidiera de Kaul y de todo lo desagradable, gesto que solía hacer Brayesh cuando se producía algún malentendido. Descansó tranquilamente en el sillón, bebiendo su refresco con una pajita y sonriendo cortésmente. Llevaba un sari nuevo que había comprado en una excursión a Lucknow, Allahabad y Varanasi, que duró varios días y donde la acompañaron Prakashvati y Suresh. Su sari era de seda, de color gris perla, con ricos bordados verde turquesa, todo a mano. «Alguna muchacha habrá estado trabajando en estos bordados medio año y yo me lo compré por una menudencia», pensó con lástima. Se miró de reojo en el alto espejo con un marco de plata trabajada, que colgaba en la sala de estar de Kaul a su derecha: el cristal le devolvió la imagen de una joven elegante, una perfecta india si no fuera por el pelo castaño claro con reflejos naranjas y la piel sin duda bronceada, pero menos chocolateada que la de las indias.

Y de repente se sobresaltó al oír que Kaul le preguntaba:

—¿Y el manuscrito que le mandé a Kalakankar, lo lleva encima?

Intentó ocultar hasta qué punto la pregunta la había sobrecogido. ¿Qué

debía decir? No confiaba en Kaul: todos los políticos y diplomáticos indios estaban vinculados con la embajada soviética y él no era una excepción. Y se oyó a sí misma decir:

—No, claro que no, no lo tengo, lo envié a París.

Entonces Kaul se sobresaltó y dejó la pipa en un gran cenicero de cristal, con lo que confirmó a Svetlana que sus sospechas estaban justificadas. No pudo evitar reírse para sus adentros: Kaul había reaccionado de tal manera que parecía que se le iba a apagar su eterna pipa. Svetlana sabía que esa respuesta se la había dictado su instinto de conservación. Entre dos males escogió el menor: si hubiera dicho que llevaba consigo el manuscrito, es más, que lo llevaba en la pequeña maleta que tenía a sus pies, Kaul habría podido informar a la embajada soviética, que con toda probabilidad habría intentado confiscar el maletín.

Bebió el refresco a lentos sorbos para ganar tiempo. Kaul también guardaba silencio, probablemente por la misma razón. Cuando miró hacia él, vio que volvía a aspirar rápidamente su pipa y reflexionaba, envuelto en humo. Puesto que temía que Kaul pudiera leer algo de la expresión de su cara, llevó la conversación a las elecciones indias, para las que quedaban solo unas semanas. Kaul empezó a hablar de los distintos partidos mientras la observaba con perspicacia. Ella sintió que le leía los pensamientos, que para él se había vuelto transparente, que ese hombre lo sabía todo de ella. Se esforzó en no aflojar su autodomínio: un solo pensamiento sobre sus pocas ganas de volver a Moscú y Kaul se lo leería e informaría al respecto.

Sonó el teléfono:

—Sí, sí —Kaul asintió con la cabeza, aliviado—. Está aquí. Sí, claro.

Tras unos momentos se abrió la puerta y entró Surov.

Kaul le dio la mano a Svetlana:

—Hasta la noche. Preeti vendrá a buscarla y cenaremos todos juntos —se despidió, y le puso paternalmente la mano en el hombro.

Tan pronto se sentó en el coche negro y empezó a conversar en ruso con Surov, se apoderó de ella una sensación de hastío insuperable. Hubiera preferido mantener el silencio, de modo que contestaba con monosílabos; todo el interior del coche, una limusina de marca rusa, le parecía vulgar. Llegaron a la residencia soviética y de nuevo vio los típicos muebles que no se parecían a ningún otro en el mundo y a los que se había desacostumbrado durante su estancia en Kalakankar; además le desagradaba la recepcionista muy perfumada, gruesa, con su vestido ceñido. En todas las paredes habían colgados carteles que elogiaban a las trabajadoras e invitaban a celebrar el Día Internacional de la Mujer. Evidentemente, los diplomáticos rusos llevaban el estilo de vida soviético, estuvieran donde estuvieran. Svetlana se resistía a volver a este modo de vida y a participar en él: sus reuniones donde no se resolvía ni se solucionaba nada, las fiestas organizadas que servían para emborracharse. Svetlana atravesó el patio hacia el edificio donde debía alojarse: las mujeres estaban allí sentadas en bancos, vestidas con vulgares sudaderas, algunas con rulos en el pelo, preparándose para la celebración de la noche; en la arena chillaban los niños. Qué repugnante es todo, pensó Svetlana, y recordó a los niños de Kalakankar que, de pie, la observaban pensativos. «¿No seré injusta, además de poco objetiva?». Pero no pudo acabar de desarrollar esa idea.

Tampoco tuvo tiempo de cambiarse; Surov le hizo llegar una invitación a un almuerzo en su honor en casa del embajador; también asistían a la comida él, Suvórov, y su mujer. Ya eran pasadas las dos. Se lavó las manos y se dirigió hacia el almuerzo de honor con lo que había llevado puesto durante el viaje: el sari gris perla con bordados verdes y los brazaletes verdes en el brazo derecho. La muñeca izquierda estaba ceñida por el reloj que le regaló Brayesh, que seguía marcando las horas con su eterno tictac, tal como éste lo había deseado.

Entró en el vestíbulo de la embajada; todos estaban ya presentes y la esperaban. Svetlana no pudo dejar de percatarse de cómo esos rusos la repasaron con la mirada de pies a cabeza, y en sus rostros apareció una expresión de asombro y desdén mal disimulada.



—Así que se ha vuelto india, Svetlana Yósifovna —masculló lentamente, entre dientes, el embajador Benedíktov mientras le estrechaba la mano. Svetlana percibió que también su mujer la miraba con desprecio, altiva, con sus pequeños ojos hundidos en una cara grasienta que su sonrisa impersonal no era capaz de iluminar.

—Por favor, por aquí —Benedíktov le mostró su lugar en la mesa, cargada de alimentos y botellas de coñac y whisky y vodka. A Svetlana no la apetecía nada de la comida rusa. Tras diez semanas pasadas en la India, se había acostumbrado a los alimentos vegetarianos en pequeñas cantidades. Le había cogido gusto a las verduras al curry. Casi cada día ayudaba a Prakashvati a cortar cebollas y coliflores, pelar patatas y berenjenas, lavar el arroz y cocinar las lentejas. Le gustaba la costumbre de los indios de ayudar a la gente; por eso limpiaba el polvo, barría, planchaba. Las sirvientas entendían que quien hacía eso no podía pertenecer a la casta superior sino que era del pueblo y se dirigían a ella con cordialidad y amistosamente. Ahora picaba de platos rusos, bebía con los demás, pero cada vez solo se mojaba los labios en el vaso de whisky y luego lo dejaba a un lado.

—¿Se tomará con nosotros un vodka, Svetlana? —preguntó Suvórov, ya achispado.

—De momento no, gracias —contestó Svetlana suavemente, con una sonrisa, para que no sonara como una provocación.

—¡Ay, maaadre! Parece que se ha acostumbrado al estilo indio: un poco de verduritas, arroz, fruta y té. Aquí, póngale a Svetlana un arenque a la rusa, con salsa de nata, Ivan Alexándrovich —incitó Suvórov al embajador.

—Nosotros, en cambio, no podemos prescindir para naaada de la comida rusa, ¿eh, Ivan? —dijo con altivez la mujer del embajador, que hablaba como si cantara y Svetlana tuvo la sensación de que la miraba con aprensión.

—¿De verdad que no? —replicó Svetlana por cortesía, aunque las costumbres de la mujer del embajador no le importaban lo más mínimo. Se esforzó en concentrarse en alguna bonita experiencia del viaje que apenas había acabado y para sus adentros escuchó tocar la cítara. El hermano de Brayesh, Suresh, y su mujer, una noche en Allahabad, la llevaron a un concierto de improvisación del instrumento de cuerda. Cuando después de dos horas los espectadores se marcharon, el músico seguía tocando con los

ojos cerrados, sin notar siquiera la presencia de Svetlana, de tan abstraído que estaba con su peculiar forma de tocar, que para ella sonaba como el burbujeo melódico del Ganges a la salida del sol.

La mujer del embajador mientras tanto dijo cantando:

—¡Para naaada! ¡Nos gusta mucho la comida! Solo la rusa, de confianza, certificada, por supuesto. La nuestra. ¡Cómo disfrutaaamos aquí! —dijo riéndose.

Aún concentrada en sus propias imágenes e ideas, Svetlana intentaba mirar a la mujer del embajador a la cara y no deslizar su mirada por su figura redonda ni por el cuerpo voluminoso del embajador. Los dos revelaban la glotonería a la que se habían consagrado allí. Hasta el más delgado Surov y su mujer se servían de las fuentes como si llevaran una semana sin comer. Svetlana se felicitó por haber perdido en Kalakankar unos cuantos kilos de más. A los diplomáticos rusos más bien les parecía flaca, porque la mujer del embajador vitoreó con su voz cantarina, dirigiéndose a Svetlana:

—Pero coma, ¿por qué no come? Mírese, ¡es toda huesos y piel!

La esposa de Suvórov, muy atractiva, posó sobre ella sus ojos y cada vez que Svetlana la miraba, la morena apartaba rápidamente su mirada.

—Sírbase unos rollos de carne..., espere, le serviré yo. ¡Pues que sean dos! ¡Y otro más! Tendrá que recomponerse un poco con nosotros —gritó Suvórov, animado por el alcohol, y le puso a Svetlana en el plato unos rollos de carne rellenos con huevos e inundados en una salsa grasienta.

—Gracias, es suficiente. No, no, ya no comeré más, gracias —repetía Svetlana. No quería ofender a Suvórov, que le caía simpático, y se peleaba desesperada con la comida grasienta que no la apetecía en absoluto. Y para sí misma pensaba una y otra vez: «¡Fuera! ¡Cuándo podré alejarme de esta gente sin parecer maleducada!».

—Venga esta noche, Svetlana —Suvórov por fin dejó de hablar de comida—. Celebramos el Día Internacional de la Mujer. Hoy empezamos. Habrá un discurso y luego un acto organizado en el escenario.

—Lo organiza la señora Suvórov —dijo el embajador, señalando a la morena. Ésta descubrió los dientes:

—Sabe, planear pasatiempos para las veladas, ¡eso es lo mío!

La mujer, realmente, tenía el aspecto de una activista del Partido,

entendió Svetlana. «A las mujeres del Partido las distingue de las demás un aire de fría altivez y una actitud de tener siempre la razón; suelen ser personas mediocres y banales», pensó Svetlana. En el caso de la señora Suvórov, su marcada belleza lograba disimular ese aire. Svetlana se dio cuenta de que esos *homo sovieticus*, por regla general aburridos y vulgares, estaban convencidos de que no había otra verdad que la suya.

Los cuatro miraron a la joven señora.

—Siempre hay algo que hacer, que organizar —dijo iluminada la señora Suvórov—. ¿Verdad, Ivan Alexándrovich? —Miró al embajador deseando su elogio.

«Todo organización y obligaciones, la asistencia obligada a las veladas y la participación obligada en las reuniones —pensó Svetlana—. ¡Anda ya con estos hipócritas!».

Pensó en como en solo dos meses y dos semanas se había desapegado de todas esas costumbres. Como se había habituado a estar sola, libre, a decir lo primero que se le ocurría sin censurarse. Esas largas horas mirando diariamente el Ganges, como si fuera a leer en el río su nuevo rumbo vital, la habían cambiado.

Cuando volvió de sus reflexiones al presente, alrededor de la mesa reinaba un silencio abrumador. Nadie sabía qué decir. Todos miraban al plato para no encontrarse con los ojos de los demás. Y Svetlana se preguntó por qué en los buenos usos de la cultura occidental no se aceptaba el silencio en sociedad, como si no hablar fuera una falta grave. ¿Por qué no callar, gozar de la cercanía de los demás en silencio, como sabían hacer los indios?

—Me serviré otra vez esa delicia de carne —dijo la mujer del embajador, y todos se sintieron aliviados de que alguien hubiera roto el silencio. La señora señaló una de las esquinas de la mesa, donde había una fuente de porcelana—. Ivan, por favor, pásamela —le pidió con una voz severa a su marido, sentado junto a la fuente.

—Yo ya no puedo mááás. —La señora Suvórov se estiró como un gato.

—Ahora todos van a observar cómo me relamo —dijo la mujer del embajador, y se rio.

—¿Han conocido muchos lugares y costumbres en la India durante el tiempo que han estado aquí? —preguntó Svetlana por educación.

—Pues yo también tomaré el rosbif con salsa, para no dejarla sola —soltó la señora Suvórov, y se sirvió con avidez de la fuente que le pasaba la mujer del embajador—. Jesús, me voy a poner como una vaca —suspiró.

—Pero si tiene una figura perfecta —la animó la esposa del embajador, con los ojos siempre de acero.

—La India la conocemos y no la conocemos —dijo el embajador Benedíktov con disgusto—. ¿Cuándo traerán el pastel? Sí, el pastel es cosa mía. ¡Pero si las mujeres aún están comiendo carne! Pues nada, las cosas buenas se hacen esperar.

—Yo siempre estoy de viaje, me guste o no —lo interrumpió Suvórov—. Pero no me quejo. Como segundo secretario de la embajada ése es mi trabajo.

—¿Sabe qué? —dijo la esposa del embajador a la señora Suvórov guiñándole un ojo—. Me tomaré otro. Así yo también estaré gorda, seremos dos. Aunque usted no tiene de qué quejarse.

—La India la conocemos y no la conocemos —repitió con más énfasis Benedíktov, para mostrar que no deseaba ser interrumpido. Todos se quedaron en silencio y él continuó con gravedad—: Hemos recorrido toda clase de tugurios, hay que asistir a inauguraciones, reuniones y tal.

Se detuvo para beber un sorbo de coñac. Su esposa lo aprovechó para volver a meterse en la conversación:

—No sé ustedes, pero yo aquí en Delhi me siento como si estuviera en el destierro. Menos mal que solo un año más y todo esto habrá pasado. Al final de la estancia saldremos de compras y ya no nos volverán a ver por aquí nunca más.

—Pero ¿hay algo que comprar aquí? —preguntó incrédula la morena.

—Sobre todo electrodomésticos, y también queremos un televisor nuevo.

—Yo aquí busco la nueva moda inglesa: las faldas estrechas sobre las rodillas, vestidos de tonos pastel...

—Ya, eso no sería para mí.

—¿Y por qué no? Tienen todas las tallas.

—¿Dónde compra? ¿O se lo encarga a una modista?

—Las dos cosas. Las modistas aquí cuestan poco.

Mientras saboreaban el pastel —una tarta con sabor a frutos secos y nata —, Benedíktov explicó cómo había llegado allí.

—Jrushchov me sacó del Ministerio de Agricultura para que introdujera en la India tractores y segadoras soviéticas. ¡Pero sobre todo nuestros planes quinquenales!

Svetlana recordó que una vez Dinesh y Suresh discutieron sobre que en la India jamás podría funcionar esa planificación soviética.

—Igual que no funciona en nuestro país —se inmescuyó entonces ella, Svetlana. Y Prakashvati añadió:

—Aquí, en la India, en la agricultura lo único que funciona es la lluvia.

Y Benedíktov acabó:

—La India me molesta, hace demasiado calor.

—Pues nosotros nos aburrimos muchísimo —dijo tímida la señora Suvórov.

—Nos sentimos como unos decembristas desterrados a Siberia, solo que quemados por el sol —concluyó definitivamente Benedíktov. Arrugó una grasienta servilleta de tela, salpicada de salsas, la echó en la mesa y se puso de pie para llevarse al grupo a la sala de estar para tomar el café.

Svetlana se sentó en la butaca y se arregló su nuevo sari de seda. El embajador miraba su vestido con displicencia, como si a sus ojos se humillara, sin fijarse en absoluto en cómo la favorecía, en cómo subrayaba su hermosa y delicada figura y su feminidad. También las mujeres la observaban, como si su compañía estuviera por debajo de su nivel. Svetlana lo notaba y, para no tener que mirar esos ojos, azules y penetrantes, se dispuso a arreglarse largamente el borde del sari en el hombro izquierdo.

—Una mujer que conversa tiene más encanto que una mujer silenciosa —dijo Suvórov y se estiró.

—¿Qué dices, chalado? —le gritó la señora Suvórov, con su vestido azul claro, la falda justo por encima de las rodillas.

—Lo he leído en algún sitio, ¿qué pasa? —Suvórov se sonrojó—. Me interesa saber qué piensan sobre eso —dijo, y se volvió con aire de culpabilidad a la morena que a modo de respuesta movía la cabeza, indignada.

—La única persona en todo el mundo que se comporta con sensatez es mi modista —lo interrumpió la esposa del embajador.

—¿Y cómo es eso? —preguntó la morena.

—Porque me toma las medidas cada vez que voy a verla —dijo y soltó una risa ensordecedora.

La morena se quedó mirándola con la boca abierta como si fuera un animal nunca visto en el zoo. Suvórov soltó una carcajada.

—Según qué mujer —dijo Svetlana a Suvórov, que la miró en silencio, sin entender—. Según qué mujer sea tiene más encanto callada —repitió.

En ese momento se acordó de que primero Brayesh y luego toda su familia la llamaba Shveta y sonrió, mientras miraba a Suvórov. Él se lo tomó como una manifestación de afecto por su parte, de que lo defendía ante todos, y le devolvió una mirada cálida y llena de agradecimiento.

El embajador ocupó el sofá frente a Svetlana.

—Entonces, ¿está satisfecha con su excursión a la India, Svetlana Yósifovna? —dijo secamente.

—Sí, pero...

La interrumpió:

—Debería estar contenta. La complacimos y le alargamos la estancia. Debería estarnos muy agradecida.

—Solo quiero...

—Debe estar radiante.

—Sí, lo estoy, pero yo...

—¡No estarlo sería de ingratos!

Svetlana intentó inútilmente pedirle el pasaporte, que le habían quitado nada más llegar a Delhi, siguiendo el reglamento soviético. Sin el pasaporte no podía ir a ningún lugar. Pero también sabía que, según las leyes soviéticas, un ciudadano soviético solo tenía derecho a recuperar su pasaporte en el aeropuerto.

—No es que no esté contenta. Lo estoy sin duda. Solo quiero decir que...

—Pues eso. Como ve, le hicimos más de una concesión.

—Sí, pero yo...

El embajador la miró fijamente:

—Le hicimos concesiones y usted no tiene de qué quejarse.

—¿Vendrá a la fiesta que he organizado esta noche? —le preguntó a Svetlana la morena.

No era una pregunta, sino que le sonó a Svetlana como una amenaza. Se

esforzó en que sus pensamientos no se reflejaran en su rostro, pero tuvo la sensación de que los demás los leían como un libro abierto. Como antes Kaul.

—Me gustaría, me gustaría muchísimo, pero ya he quedado con el embajador Kaul que irá a cenar con su familia.

El embajador Benedíktov arrugó la nariz:

—Otra vez con su Kaul... Con ese espía para Inglaterra...

Svetlana pensó que, al contrario, había leído varias veces en la prensa india escrita en inglés que Kaul estaba de acuerdo con la embajada soviética.

—Conocí a la hija de Kaul en Moscú, hace un par de años. Ha sido ella la que me ha invitado y vendrá a buscarme —se defendió débilmente Svetlana, avergonzada. Se sentía como una colegiala cuyo maestro la regañaba, provocando el acuerdo de toda la clase.

Pero nadie la escuchaba. Cada uno estaba enfrascado en su conversación y la esposa del embajador levantó la copa de coñac y pronunció un brindis:

—¡Por el Día Internacional de la Mujer Trabajadora! ¡Lo empezamos a celebrar ya hoy, el 6 de marzo!

En la puerta, cuando Benedíktov y Svetlana se despedían, él le dijo:

—Mañana por la mañana enviaremos a sus hijos un telegrama con la hora de su llegada al aeropuerto de Moscú.

Ella no lo quería, y de nuevo le sonó como una amenaza. Pero tomó valor y dijo en tono de súplica:

—¿Y mi pasaporte?

Pero Benedíktov no la oyó: con evidente alivio, ya estaba cerrando la puerta tras ella.

## 6

Una vez en su cuarto tras la comida, de repente se sintió cansada y se sentó en una silla. Luego se tumbó sobre la manta de la cama hecha. Y ahora, ¿qué? En dos días regresaba a Moscú. Lo mejor era descansar y esperar a que viniera Preeti a buscarla para llevarla a cenar a casa de los Kaul. ¿O debía ir a la fiesta rusa? Se puso de pie. En el pequeño apartamento encontró una

plancha y empezó a planchar el fular de seda color turquesa con bordados plateados que le habían regalado el hermano de Prakashvati y Suresh.

Estuvo un buen rato planchando, aunque el fular ya estaba completamente liso. Luego se duchó, se puso unas medias de seda, unos botines y un vestido, todo de color negro, y se echó encima el fular turquesa planchado. «Por supuesto, me estoy arreglando para la recepción de la embajada soviética — pensó—. ¿O voy a casa de los Kaul?».

Repasó el maletín donde tenía cuidadosamente guardado el manuscrito de su libro. Colocó encima la ropa más necesaria —las mejores camisas europeas; la ropa india la dejó en el armario—, cerró el maletín con llave y se la metió en el bolso.

Abrió la otra maleta, la de la ropa y los regalos para sus hijos: pulseras de colores para Katia, zapatillas bordadas con plata para su nuera Yelena, para Yósif una pipa de agua que los indios llaman *hukka*. Por unos momentos se quedó de pie frente a la maleta abierta, mirando el brillo de los regalos. Y de repente supo que era incapaz de volver a Moscú. Acarició cada regalo, cerró la maleta y se puso de pie. Cogió el maletín, preparado junto a la puerta. Se echó el abrigo moscovita sobre el brazo. Bajó, dispuesta a pedir un taxi en la recepción. Pero temía que el recepcionista le preguntara adónde pensaba ir con la maleta. Así que volvió a su habitación y dejó la maleta de mano y el abrigo.

—Desde esa cabina puede llamar un taxi —señaló el recepcionista del turbante—. Llegará en cinco minutos. ¡Espérelo en la calle, que no se le escape!

Ese plan la disgustó. Marcó el número.

Tardaron algo en descolgar, luego tuvo que repetir varias veces que el taxi debía dirigirse no a la embajada soviética sino a la residencia del embajador, situada al lado.

Esperaba en la calle y de repente sabía que la decisión no la había tomado ella, sino que había venido sola. Ella solo obedeció dócilmente al ángel con grandes alas que, con el índice estirado y cara de pocos amigos, le ordenaba no volver a Moscú.

Una voz interior interrumpió su ensueño para decirle que ya era hora de que Svetlana dejara de engañarse a sí misma: su plan de quedarse en la India



había nacido tras su llegada a este país, justo después de haber descubierto su colorido. El plan iba madurando en ella en Kalakankar —¿por qué, si no, ese ardiente deseo suyo de entrevistarse con Indira Gandhi?— y acabó de madurar después del almuerzo con el embajador ruso. Y si había comprado regalos para sus hijos, fue para aplacar su conciencia.

Tan pronto reconoció su plan, empezó a temblar: ¿dónde estaba el taxi? ¿Y si éste llegaba después de que viniera Preeti a buscarla? Debería ir con ella, aunque eso habría estropeado totalmente sus planes. Estaba frente a la puerta de entrada, donde se detenían los coches de los que salían parejas elegantes; la gente se reunía y se dirigía a la fiesta de la embajada soviética. Svetlana creía que no llamaba la atención, esperar un taxi delante del portal era una cuestión cotidiana. ¡Pero el taxi no llegaba! ¿Y a qué hora debía estar allí Preeti? ¿A las siete o a las ocho? Miró el reloj por enésima vez. Las seis y veinticinco. Y el taxi, nada. Debía volver a llamar. ¿Y si Preeti llegaba a las seis y media?

Por teléfono le dijeron:

—Espere, el taxi llega dentro de cinco minutos.

Ya había oscurecido y en todos los coches que pasaban por allí, en todas las luces que se detenían, Svetlana veía el Mercedes deportivo rojo de la joven Preeti.

Y entonces llegó un coche con un conductor con turbante, a su lado otro *sij* con turbante: un taxi de Delhi.

—Un momento, ¡que voy corriendo a buscar mi maleta y vuelvo! —gritó nerviosa Svetlana.

—¡Tranquila, señora! —le dijo el conductor. El otro *sij* a modo de sonrisa le enseñó los dientes, que estaban rojos de mascar hojas de betel.

Svetlana volvió con su maletín y su bolso en una mano, el abrigo en el otro brazo, y en la otra mano el pasaporte que al embajador soviético tanto le había costado devolverle. Seguramente se alegraba de que por fin ella se marchara a Moscú y por eso había cedido. Svetlana había encontrado su pasaporte con la tarjeta de visita del embajador fijada en él con un clip en su habitación, sobre la cama.

El taxi mantenía el motor encendido. Svetlana entró con cuidado y colocó el maletín encima de las rodillas.

—¡A la embajada americana! ¿Sabe dónde está?

—¡Cómo no, queda bastante cerca!

Svetlana controlaba, angustiada, por dónde pasaban: el conductor se desvió de la avenida principal a un pequeño callejón a la derecha.

—¿Por dónde vamos? —dijo, temerosa.

—Es un atajo, señora.

De repente se dio cuenta de que era la misma calle por la que había pasado ella el día de su llegada a Delhi. «¡Excelente!», se dijo, aliviada. El conductor conocía bien el camino y en la pequeña calle oscura nadie la reconocería.

Se detuvieron frente al gran edificio con la amplia escalinata iluminada. Svetlana vertió del monedero varias monedas y se las entregó al taxista. Él le dio las gracias, ruidosa y grandilocuentemente, y luego añadió:

—*Good luck!*

—Gracias, ¡esta noche sin duda necesitaré suerte, y mucha!

## 7

Ya subía por las escaleras iluminadas por focos. Se sentía como si anduviera sobre un escenario, no había ningún lugar donde esconderse. Se le doblaban las piernas, a duras penas consiguió llegar arriba.

Entró en el vestíbulo. Había un joven marinero de ojos azules.

—¡Está cerrado, venga mañana, señora!

Svetlana agitó el pasaporte rojo soviético, que seguía teniendo en la mano derecha. El marinero entonces silbó:

—¡Aaaah! ¡Eso es otra cosa!

Dejó de mirarla perplejo y se le presentó:

—Roger Kirk, encantado.

La llevó a una pequeña habitación y la hizo sentar en una silla junto a una mesa de madera.

—Enseguida vuelvo —le aseguró.

Cuando se quedó sola, pensó que hacía tres años que esperaba con su hijo

Yósif en el aeropuerto a Brayesh Singh, que estaba llegando a Moscú, en la terraza del aeropuerto conoció a una tal Valentina, que acababa de despedirse de su primer amor, un americano que había conocido de marinero, un hombre alto de ojos azules. ¿No sería este Roger Kirk?, se preguntó, pero enseguida se contestó: «¡Qué tontería! Valentina debe de tener mi edad y Roger Kirk es un muchacho». Pero siguió imaginándose a Kirk como el amor perdido de la hermosa Valentina, que ella llamaba Valia, a quien dio un pañuelo en el aeropuerto para secarse los ojos húmedos del llanto.

Poco después, Roger Kirk trajo unos papeles y una pluma y le pidió a Svetlana que escribiera su currículum.

—Escríballo concisamente. Luego, el embajador, con sus ayudantes, decidirá si le dan el permiso de entrada en Estados Unidos o no. La dejaré aquí sola para que se concentre. Mientras esté escribiendo, yo me ocuparé de su equipaje. Entenderá que lo que escriba tendrá un impacto trascendental en su futuro.

Svetlana le dijo que tenía una migraña horrible. Al cabo de un rato, el marinero le trajo una taza de té y una aspirina.

Y salió.

Ni por un momento dudó Svetlana que quería escribir sobre lo que había vivido. Solo la verdad. Tras cuarenta años de vivir marcada por la presencia y la memoria de su padre, en un entorno donde el miedo era omnipresente y las máscaras eran imprescindibles para sobrevivir, quería decir lo único que la importaba, nada más.

Empezó a escribir:

*Nací en Moscú el 28 de febrero de 1926. Mi padre era Yósif Visariónovich Stalin, mi madre Nadezhda Allilúyeva. Mi madre murió en noviembre de 1932 y hasta mis dieciséis años no supe que se había suicidado.*

A medida que escribía y bebía té, se iba tranquilizando.

*En agosto de 1941, mi hermano Yákov fue hecho prisionero de guerra en Bielorrusia. Cuando mi padre estuvo en 1945 en Berlín, en la Conferencia de Potsdam, alguien le dijo que acababan de fusilar a Yákov unos momentos antes de que el ejército americano liberara el campo donde estaba cautivo. Contra toda lógica, sin embargo, la esposa de Yákov, su hija y yo misma creemos que está vivo en algún lugar, como ha pasado con muchos prisioneros de guerra rusos. Mi otro hermano, Vasili, era piloto; después de la Segunda Guerra Mundial ascendió a*

*general y comandante de la aviación moscovita. Pero después de la muerte de mi padre fue hecho prisionero, porque no dejaba de asegurar que los colaboradores de mi padre lo habían asesinado. Los nuevos dirigentes necesitaban deshacerse de Vasili y lo aislaron. Estuvo en la cárcel hasta 1961, cuando Jrushchov lo liberó, y poco después murió en parte a causa del alcoholismo y en parte porque tenía la salud quebrada tras ocho años en prisión.*

Svetlana escribió su currículum, que llegó a parecerse más a una biografía, de una sola tirada porque se trataba de hechos que tenía grabados en la cabeza y le resultó fácil ordenarlos. De repente, sintió una gran calma, una paz extraordinaria, inmensa, como la que había experimentado mirando el Ganges. Como si algo se estuviera alejando río abajo; Svetlana siguió escribiendo, aunque a causa de las lágrimas apenas veía el papel. Pasara lo que pasara, ella ya había tomado su decisión: la de empezar una nueva vida. Una vida en la que podría decir lo que pensaba, decir la verdad y vivir como una persona normal y no como la hija de un dictador.

Describió también su relación con Brayesh. Y prosiguió:

*Primero pensé en quedarme aquí, porque la India ha sido mi amor durante mucho tiempo, sobre todo por las enseñanzas de Mahatma Gandhi respecto a la vida basada en la verdad y la no violencia, y sobre la resistencia pasiva: ésta fue y todavía es mi filosofía, no el comunismo. En el comunismo todo es violencia. Pero no ha sido posible quedarme en la India: ni las autoridades soviéticas ni las indias tenían la intención de darme el permiso de residencia.*

Al final, tenía la sensación de haber dicho todo lo que quería, todo lo que era importante para ella. Resultaron cinco páginas densas. Suspiró aliviada y llamó al marinero. Éste se llevó las páginas escritas para entregárselas a su superior, que debería decidir el futuro inmediato de Svetlana.

Ella seguía felicitándose por la decisión tomada, sin darse cuenta de lo frágil que era su situación: pocos diplomáticos o políticos aceptarían complicar las ya de por sí difíciles y tensas relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética por una vida humana. Y Svetlana no era una ciudadana soviética corriente.

El marinero de ojos azules volvió a entrar y se quedó charlando con Svetlana mientras sus superiores deliberaban. Le preguntó qué pensaba de la India y ella le confió que en el futuro quería volver y hacer construir un hospital en la pequeña ciudad de Kalakankar, junto al río Ganges.

—¿Con qué dinero? —preguntó el joven de ojos azules con una sonrisa.

—He escrito un libro.

—¡Ah, un libro! —Volvió a silbar, como cuando hacía un par de horas había visto su pasaporte soviético.

—Espero poder publicarlo en Estados Unidos. ¿Cree que me lo publicarán?

—¿Un libro? ¡Claro, no lo dude!

—Y con el dinero que reciba, quiero hacer construir y poner en marcha el hospital.

Las sonrisas despreocupadas de Kirk tuvieron en Svetlana el efecto de un bálsamo. No se daba cuenta de que unos nubarrones negros se cernían sobre ella. Roger Kirk, que hacía unos momentos había oído lo que decían del asunto sus superiores, sentía lástima por Svetlana y por eso se esforzaba como podía en distraerla y convertir en agradables esos momentos en la embajada americana.

—Y cuando le publiquen el libro en Estados Unidos, ¿me enviará una copia firmada y dedicada? No se olvide, me llamo Roger Kirk.

## 8

Bob Rayle, segundo secretario de la embajada, acompañó a Svetlana al aeropuerto. Para no asustarla, optó por no revelar que su decisión de exiliarse a Estados Unidos había sido una bomba de relojería que ella había tirado no solo al territorio de la embajada estadounidense en la India, sino al territorio americano en general. Decenas de los más altos funcionarios del Departamento de Estado en ese momento preciso intentaban resolver el dilema que planteaba la petición de exilio, en plena guerra fría, de la hija de Stalin. Rayle le explicó brevemente que por el momento decidieron que antes de resolver la petición de Svetlana hacía falta sacar a la joven mujer de la India.

—¿Se da cuenta, Svetlana, de que está quemando los puentes detrás de sí? Piénseselo. ¿Está lista para dar ese paso?

—Lo he pensado todo.

—No le prometemos nada. Hay que estudiar el tema.

—Lo entiendo y asumo el riesgo.

Bob Rayle la miró con amabilidad.

Desde siempre, el mínimo gesto de comprensión o de buen humor era para Svetlana algo tan reconfortante y vivificador como un plato caliente de caldo de gallina para un enfermo con gripe. Y al igual que no entendía por qué los indios reían tanto y se lo explicaba como algo natural en los asiáticos, tampoco acababa de ver claro el motivo de las frecuentes sonrisas de los estadounidenses. Al final llegó a la conclusión de que era una tradición que procedía de la época de cuando los colonos poblaban el continente y tenían que transmitir optimismo en duras condiciones.

En el aeropuerto, la agente de aduanas, una india con sari, examinó su pasaporte. Tras cinco minutos, Svetlana recibió un visado de salida de la India. Nadie le preguntó nada y ella pasó tranquilamente a la sala de espera.

«Ahora todo es legal —pensó contenta—. ¡Fue una suerte que el embajador Benedíktov me devolviera el pasaporte! Sin pasaporte todo se habría complicado mucho más».

Bob Rayle la hizo sentar en una sala apartada con butacas, le trajo un bocadillo de queso y una copa de vino tinto:

—¡Esto le sentará bien!

Svetlana sintió que la fuerza del vino entraba dulcemente en su cuerpo y se vertía en sus venas, en sus músculos.

Rayle la observaba:

—¡Salta a la vista que se está animando! —dijo, y cuando estaba acabando de comer le trajo un café con leche muy dulce, preparado a la manera india, y unas galletas. Cada vez, cuando le llevaba a Svetlana un tentempié, esbozaba una sonrisa y ella empezaba a entender que los americanos sonreían por una necesidad interior, como los niños. No había una intención en ello, ni mucho menos un cálculo. Y ella les respondía con la misma alegría.

—¿No está nerviosa? —preguntó Rayle, que sabía perfectamente lo incierta que era la situación de Svetlana y que toda la vida de esa mujer rubia de ojos verdes dependía de la situación política mundial.

—¿Nerviosa? Después de esta copa de vino ya no.

—Cualquiera lo estaría en su lugar.

—Pero yo no —dijo contenta.

Luego anunciaron su vuelo. Avanzó con Rayle hacia el avión.

Otra mujer india con sari juntó las manos como despedida:

—*Namasté*.

Svetlana imitó su gesto, como si esa mujer fuera la encarnación de toda la India:

—¡*Namasté!*

Subió al avión y se sentó al lado de la ventanilla junto a Rayle. Cuando el avión despegó, pensó:

«¡India, *namasté, namasté!* Gracias, Brayesh. Esto es un regalo tuyo. Tú me enseñaste lo que es la libertad. Me enseñaste que tras las fronteras de Rusia existe otro mundo, ¡y qué mundo! Solo gracias a ti estoy aquí, en el otro lado de la frontera. ¿Cómo te podré devolver un regalo así? ¡*Namasté, Brayesh!*».

## IV

# Roma, Friburgo, Zúrich (1967)

### 1

9 de marzo de 1967

Querida Katia, querido Yósif, querida Yelena:  
Por el momento he llegado felizmente a Roma. En el aeropuerto me dio la bienvenida un funcionario menudo, calvo y sonriente de la embajada india y me pidió que volviera a la India, que el ministro de Asuntos Exteriores me proporcionaría inmediatamente un visado de residencia. Me imaginé que esta trama la debía haber inventado el embajador soviético Benedíktov, que ya se había dado cuenta de que me había escurrido de sus zarpas. En la India ya debía de ser por la tarde cuando llegué a Roma por la mañana. El funcionario era simpático y se ofreció a que si tenía una carta para mis hijos, que se la diera y que él se ocuparía de enviarla de Roma a la embajada de la India en Moscú para que no pasara por la censura. Ya tenía la carta preparada: en ella, os explicaba por qué me vi obligada a dar este paso. Quizá ya tengáis mi carta o la recibáis pronto. Bob Rayle, el segundo secretario de la embajada americana en Nueva Delhi, esbozó una mueca después de que el funcionario se llevara el sobre: aseguró que lo sorprendería mucho que os llegara la carta. Debía habérsela entregado a él, pero tenía miedo de molestarlo. Tal vez tenga razón y el hombre de la embajada india sea un mercenario de los rusos, que ya se han dado cuenta de que he huido; pero yo quería intentarlo para que conocierais cuanto antes los motivos por los que no volveré a Moscú, hijos míos queridos, aunque no deseo nada más que estar con vosotros y aunque en mis pensamientos estoy siempre con vosotros, ¡no lo dudéis!

Bob Rayle estaba convencido de que en la embajada americana de Roma me darían el visado de entrada a Estados Unidos, de que él, Bob, me compraría un billete, me acompañaría hasta la puerta del avión y que en ocho horas yo aterrizaría en Nueva York. Pero todo acabó de otra manera.

En Roma nos esperaba una sorpresa desagradable. La embajada americana recibió de Washington la orden de no apresurarse con emitir mi visado de entrada a Estados Unidos y, en cambio, estudiar atentamente los motivos de Svetlana Allilúyeva para emigrar y sus planes para el futuro. De momento que se quede en terreno neutral. Nunca me había dado cuenta de que debido a mi procedencia familiar, tanto en la Unión Soviética como en Occidente me consideran un símbolo del poder soviético. Me dicen que los espías rusos y prorrusos me siguen en todas partes y que Occidente teme que los soviéticos pudieran raptarme en cualquier momento; por eso siempre debe haber alguien a mi lado que



represente el país o los países en los que me he exiliado. Evidentemente, lo mejor, lo menos conflictivo para todos, sería que la señora Allilúyeva se lo pensara todo con calma y volviera a su casa, a Moscú.

Fue una gran decepción. Pero es verdad que en la embajada americana de Nueva Delhi nadie me había asegurado nada, solo me habían ayudado a marcharme del país y habían empezado a tramitar mi petición.

Estoy en Roma de incógnito. No puedo salir a la calle, no puedo desplazarme a ninguna parte. Me han asignado un pequeño piso con una sala de estar, una minúscula cocina y un cuarto de baño. Siempre me traen la comida. De Roma solo conozco lo que pude entrever durante el viaje desde el aeropuerto. Bob viene cada mañana y pasa días enteros intentando resolver mi caso por teléfono. A menudo también se va a la embajada americana.

En estos días en Roma Bob Rayle y yo nos hemos hecho amigos. Él me reveló que el gobierno soviético no ha perdido el tiempo e inmediatamente dio instrucciones a sus embajadas en todo el mundo de que informasen a los medios de comunicación del mundo entero sobre el hecho de que Svetlana Allilúyeva está medio perturbada, no sabe lo que hace, no sabe lo que dice, no se puede creer en ella, etc. Así que la mitad de las cosas que afirma son mentiras. La noticia ha recorrido todo el mundo occidental. Sin embargo Bob la desmintió: Allilúyeva es una persona normal, espera pacientemente ver qué será de ella, no llora ni se lamenta inútilmente, al contrario, se conforma con todo, y con sentido del humor, está animada y se dedica a leer en silencio durante días enteros.

Él tiene razón, hijos, me paso los días leyendo. Bob me trae periódicos y revistas y también me regaló *El doctor Zhivago*, que aún no había tenido la oportunidad de leer, porque en nuestro país nunca se ha publicado.

Además, ha pasado lo siguiente. Bob me explicó, mientras estábamos sentados a la mesa en la cocina aprendiendo a enrollar espaguetis con un tenedor y nos imaginábamos que estábamos cenando en una elegante *trattoria* del Trastevere, que George Kennan, exembajador americano en la Unión Soviética, que pasó nueve años en Moscú, se quedó sorprendido cuando lo llamaron de Washington para que les contara algo sobre Svetlana Allilúyeva, la refugiada política que pedía un visado de entrada en Estados Unidos. Y la respuesta de Kennan fue la siguiente: «No conozco a nadie con ese nombre».

Era verdad. El gobierno soviético me tuvo en aislamiento absoluto, así que no tuve la oportunidad de conocer a los diplomáticos extranjeros y nadie me conocía.

Al final, Suiza me ha ofrecido un visado por tres meses. Para obtenerlo, nos citaron en el aeropuerto, más concretamente en una rotonda poco frecuentada cerca del aeropuerto de Roma. Los dos coches primero giraron durante un largo rato alrededor de la rocalla con flores y palmeras. Cuando ambos estaban seguros de la identidad del otro, subí al coche de los suizos. El representante fue muy amable y su secretaria sostenía en la mano un sello para imprimirlo en mi pasaporte. Los tres nos reímos a carcajadas de aquella intriga, digna de una novela de espías.

Luego el coche debía llevarme directamente hasta las escaleras del avión. Al llegar, recibió la orden de volver conmigo al edificio del aeropuerto. El conductor me dejó en un rincón vacío. No había nadie por ningún lado, nadie para ayudar; estaba oscureciendo. No sabía qué hacer, así que me senté en unas escaleras y esperé. Unos tres cuartos de hora más tarde, apareció Bob Rayle y me explicó que el avión que iba a Ginebra estaba lleno de periodistas y reporteros de la televisión que de alguna manera habían dado con el avión que iba a coger Allilúyeva. Bob me llevó a casa de un policía italiano que nos ofreció pasar la noche en su piso. Le pedimos un trago de whisky y Bob se puso a hacer llamadas telefónicas. Debíamos salir en el primer chárter de la madrugada. Así que nos sentamos en sillas a dormir y esperamos que amaneciera.

Luego nos elevamos por los aires en dirección a los Alpes, cubiertos por una nieve rosada y bañados por el sol.

Besos a los tres de vuestra

## 2

12 de marzo de 1967

Queridos hijos:

Nada más bajar del avión en Ginebra, se me echaron encima los periodistas gritando: «¿Pedirá asilo en Suiza? ¿Volverá a la Unión Soviética? ¿Cuáles son sus motivos para emigrar?». Hui, me encerré en el baño del aeropuerto y salí un buen rato después.

Luego me despedí de Bob Rayle, que se iba a Washington para dar personalmente la noticia a las autoridades de su país, pero inmediatamente volverá a Nueva Delhi. La separación me dio pena. Bob, con su magnífico sentido del humor, fue para mí la mejor medicina contra la nostalgia; no permitió que me deprimiera ni un momento. Me he propuesto mantener esa capacidad de ver en todo el lado cómico de las cosas.

En el aeropuerto me esperaba Antonino Janner, del Ministerio de Asuntos Exteriores suizo. Me acompañó hacia su coche y por el camino me explicó que Suiza me había concedido un visado turístico por tres meses y con ello me daba también la posibilidad de descansar y de visitar el país. Además, me había asignado unos guardaespaldas, para que «nadie» (sabemos a quién se refería) me secuestrara o me hiciera daño. Solo debo evitar mantener cualquier actividad política. «Incluidas las entrevistas con periodistas y la publicación de libros», añadió. Asentí, eso me convenía. Luego me preguntó si deseaba ponerme en contacto con las autoridades soviéticas. «¡No, por Dios! ¡De ninguna manera!», grité.

Janner habló conmigo tranquilamente, yo me calmé y me di cuenta de que su pregunta no era ninguna coacción. Solo quería conocer mis deseos. En esto radica la diferencia entre los occidentales y nosotros: yo interpretaba la pregunta más inocente como una orden: debo presentarme en algún sitio, éste me obliga bajo amenazas a que hable con aquél; en cambio, los occidentales me preguntan solo para satisfacer mis deseos. Ellos están acostumbrados a tratar con personas libres, y yo con los que jamás conocieron la libertad.

Besos de vuestra MAMÁ

## 3

17 de marzo de 1967

Queridos hijos:

He pasado las primeras veinticuatro horas en un pequeño hotel de montaña en Beatenberg. Se llama Jungfraublick y desde la ventana de mi pequeño cuarto realmente tenía vistas espléndidas al Jungfrau; pero empezó a nevar, pronto oscureció y la montaña se perdió en la nevasca. No me encontraba bien, se iba apoderando de mí una sensación cada vez más implacable de angustia. Sobre todo por vosotros. Constantemente me decía: «¿Qué harán los pobrecitos sin mí? ¿No habrá represalias contra ellos? ¿Y mi pobre Katia? Por culpa del régimen que estableció mi padre no puedo llevar a mis hijos

conmigo...». Empezó a anochecer y la nieve seguía cayendo... y me hallaba en un lugar desconocido, sin amigos, sin familia, Estados Unidos no quería darme un visado... Luego bajé al restaurante para cenar.

Tenían puesta la radio y después de la música vinieron las noticias. De repente oí mi nombre y el de mi padre; dijeron que yo había llegado a Suiza. Tuve la sensación de que todos los presentes me observaban como un fantasma de mi padre y bajé la mirada hacia mi plato. Me avergonzaba de que siempre tuvieran que hablar de él como si yo no fuera nada, como si no fuera una persona, y que a causa de mi padre todos me odiaran. ¡Durante toda mi vida he estado rodeada de tanto odio, hijos míos! Me fui sobre todo por eso. Quiero ser yo misma, y si alguien me ha de odiar, que sea por mí, ¡no por alguien por quien no respondo! Así ha sido toda mi vida. Cada vez que me presentan a alguien, me imagino que empieza a buscar en mi cara los rasgos del dictador. Y seguramente la gente los encuentra, porque suelen apartar la mirada rápidamente, disgustados. Me quedé sentada hasta el final de la cena con la cabeza baja; había enrojecido y sudaba, incapaz de tragar un solo bocado, incapaz de levantar la cabeza y mirar a mi entorno, e incapaz de levantarme e irme, porque estaba a punto de desmayarme. Vosotros, hijos, ya me conocéis...

Al día siguiente Janner vino a buscarme para llevarme a un monasterio, mi casa durante los próximos días.

«¿Habrá electricidad?», le pregunté por el camino, inquieta. En Rusia había estado en varios monasterios que eran como sótanos fríos y oscuros.

«Tienen agua caliente, calefacción y luz», dijo Janner y me miró como a una criatura extraña de otro mundo. Era de noche cuando entramos en el monasterio. Mi nombre oficial desde entonces ha sido *Fräulein* Carlen, una irlandesa que había llegado de la India.

Al día siguiente, las monjas me llamaron para el desayuno. Como de niña aprendí alemán, pude hablar con la *Schwester* Florentine, y me sentó bien. Después del desayuno recogí mi taza y mi plato para llevarlos a la cocina y la *Schwester* Florentine me recompensó con una mirada llena de gentileza. Me volví a sentir bien. Estaba entre unas monjas amables y me esforzaba en no pensar en lo que pasaría después.

Por la noche me llamó Janner para aconsejarme que no me desesperara si oía en la radio que Estados Unidos, de momento, no consideraban conveniente concederme el visado. «Ya los ablandaremos», dijo. Y añadió que, para que los reporteros no me buscaran, el gobierno suizo había emitido una nota informando que Svetlana Allilúyeva no desea ofrecer entrevistas.

Casi no salgo del monasterio, tengo miedo. Aunque me han asignado guardaespaldas, temo que los soviéticos me secuestren. Así que paso muchas horas aquí, dentro de mi celda, escribiéndoo, hijos. Redacto estas cartas aunque hasta ahora no he encontrado a un mensajero seguro que las haga llegar, así que las sigo escribiendo pensando en vosotros, hijos míos; necesito tanto estar en vuestra compañía que esta es una actividad que me alivia en mi añoranza.

Besos de vuestra MAMÁ

21 de marzo de 1967

Queridos hijos:

Ayer me llamó Janner para preguntarme cómo me encontraba. «Bastante bien», contesté cuando oí su interés sincero. Aunque justo antes no estaba bien.

Janner tenía una noticia para mí: «La semana próxima, George Kennan vendrá a Suiza para verla. ¡Seguro que ya se conocen!». Y yo le respondí: «No, nunca nos hemos visto. Me habló de él el diplomático americano de Nueva Delhi que me acompañó de la India a Roma. Pero no lo conozco

personalmente». Y Janner añadió: «Fue durante muchos años el embajador americano en la Unión Soviética, es uno de los mejores especialistas mundiales sobre Rusia. Le traeré su libro». De nuevo me avergoncé: no sé nada de su libro, no lo conozco. Había vivido en reclusión alejada de toda la gente interesante.

Hoy estoy rodeada de incertidumbre: ¿qué será de mí si Estados Unidos no me concede el visado? Aquí no quiero quedarme porque tendría que mantener silencio sobre lo que vi y viví en la Unión Soviética: ésta ha sido la condición de Suiza, país neutral. ¿Qué sentido tendría haber abandonado la Unión Soviética si he de callar también en el exilio?

Sigo leyendo *El doctor Zhivago*. Y de repente tengo que dejarlo, lo veo todo negro ante mí: el pasado, el presente y el futuro de Rusia, pero también mi propio destino. Además, os he perdido a vosotros, hijos. No he podido ocultar la nostalgia. La *Schwester* Florentine se ha esforzado en consolarme, me ha prometido que rezaría por vosotros. Hemos vertido juntas algunas lágrimas.

Por la mañana me han llegado cartas. Nada de vosotros, mis hijos; es lo primero que busco. He abierto las demás: varios editores se ofrecen a ayudarme a escribir mis memorias. Algunos sugieren que me pagarían medio millón de dólares como adelanto. ¡Si supieran que ya traigo de Moscú un libro entero de memorias! Varias cartas son de personas que brindan ayuda a la «mujer sin patria». Tres hombres me proponen matrimonio para que consiga así la ciudadanía británica, alemana o americana.

Leo el brillante libro de George Kennan sobre Rusia. Pero mientras leo no dejo de preguntarme: ¿qué será de mí?, ¿y si no le caigo bien a George Kennan y no me da su recomendación?, ¿para sufrir así me alejé de vosotros?

Besos,

MAMÁ

## 4

El 24 de marzo los guardaespaldas condujeron a Svetlana al chalet de los Janner en el Thunersee, donde iba a tener lugar la reunión con éste y George Kennan. Era un día soleado de primavera, las últimas nieves se estaban derritiendo y todo brillaba. Los primeros narcisos nacían de la hierba amarilla, quemada por la helada. Desde el chalet se podían apreciar unas espléndidas vistas del lago Thun y de los picos de los Alpes. «Parece una postal», pensó Svetlana mientras se acercaba a la casa.

Janner ya la esperaba en la terraza de un humor excelente:

—He hablado con Kennan. Ha leído su manuscrito.

—¿Ha leído mi manuscrito? ¿Cómo ha podido leerlo si está en el fondo de mi maletín? —preguntó Svetlana en voz baja y pensó que seguramente Kaul hizo una fotocopia y la envió a Estados Unidos, o Rayle, o incluso el

*marine* de la embajada estadounidense de Nueva Delhi, que se había hecho cargo de su maletín mientras ella escribía su nota biográfica. Mientras Svetlana intentaba resolver el enigma, haciendo caso omiso de su pregunta, Janner continuó:

—Kennan ha leído su manuscrito y dice que debería publicarse. Le gusta.

Svetlana se sorprendió. Pensó que quizás efectivamente llegaría el día en el que se haría realidad la idea de construir un hospital en Kalakankar, aunque hacía solo unas semanas lo consideraba irrealizable.

Preguntó a Janner de modo directo y enfático cómo era posible que alguien hubiera leído ya su manuscrito, si lo tenía guardado dentro de su maletín. Janner se rio y le explicó que ella había dejado el maletín por unas horas en manos de los funcionarios en la embajada americana de Nueva Delhi. Ellos lo registraron inmediatamente, fotocopiaron todos los documentos y a los pocos días en Washington ya se rompían la cabeza con su manuscrito: ¿a quién dar a leer un texto en ruso? Lo llevaron a Kennan, un diplomático que conocía bien a fondo la realidad y la lengua rusa. En esos momentos estaba guardando cama por una fuerte gripe en su granja familiar en Pensilvania. Debía leer el texto y escribir un informe sobre el libro, acerca de su valor histórico y sobre lo que se desprendía del libro respecto al carácter de su autora. Kennan, por lo visto, incluso con fiebre se entregó a la tarea.

De la terraza entraron en la casa. Svetlana tendió la mano a George Kennan, un hombre distinguido y elegante. Tan deslumbrada quedó por ese diplomático que tenía las puertas abiertas en casi todos los despachos ministeriales de Washington que solo al cabo de unos instantes se fijó en los detalles de su apariencia: era un hombre alto, delgado, refinado, con ojos azules que le proporcionaban un halo de sinceridad. Ese hombre descansado, bien alimentado y sereno parecía un caballo de la mejor raza, pensó; en Rusia los hombres suelen estar desasosegados por las exigencias del régimen, si no directamente por el miedo. Como bienvenida, Kennan le dirigió a Svetlana unas pocas palabras en ruso y enseguida pasó al inglés para que también Janner y su mujer entendieran la conversación.

Mientras sorbía un café, Kennan resaltó que Svetlana necesitaría abogados para firmar el contrato con la editorial. Él, Kennan, había escogido

para su libro de memorias al editor más adecuado, Harper & Row.

—Perdone, pero no lo entiendo muy bien —protestó Svetlana de modo muy respetuoso pero firme—: ¿Por qué hacen falta abogados para editar mi libro? ¿Es que no seré capaz de entender yo sola un acuerdo con la editorial?

—La vida en Occidente es muy distinta a la de la Unión Soviética, Svetlana —se puso a explicar lentamente Kennan.

—Sí, estoy empezando a entenderlo. —Esbozó una leve sonrisa amalgamada con una dosis de ironía.

—Tendrá que acostumbrarse a ello.

—¡Con mucho gusto! —Sonrió ampliamente abandonando la ironía.

—No, en serio. Al principio muchas cosas le parecerán ajenas e incomprensibles.

—¿A qué tendré que acostumbrarme? —dijo—. Simplemente lo tomaré todo tal cual venga.

—¿No preferiría vivir en Francia o en Inglaterra? ¿O quedarse aquí en Suiza? —preguntó Kennan con solicitud y algo preocupado.

Svetlana lo miró sin entender.

—Sería más fácil para usted vivir en Europa. La gente y las costumbres son un poco más parecidas a las de su país, Svetlana. Y su libro aquí también podría ver la luz —dijo apesadumbrado.

—¡Pero yo realmente preferiría ir a vivir a Estados Unidos! —se le escapó a Svetlana. Enseguida se dio cuenta de que debía de parecer una niña caprichosa y se sonrojó de vergüenza; se daba cuenta de que a veces los demás juzgaban con dureza esos arranques infantiles suyos que le costaba reprimir.

—¿Tiene algún motivo para ello, Svetlana?

—¡Los americanos son tan amistosos! —soltó otra vez lo primero que se le ocurrió y otra vez reparó en que la suya no era una idea muy sofisticada, lo leyó inmediatamente en la expresión de Kennan: el diplomático esperaba una opinión más lúcida y refinada. Svetlana se dio cuenta con aturdimiento de que cuanto más importante era para ella su interlocutor, más desastrosamente se comportaba. La invadió una ola de bochorno y empezó a dolerle la cabeza.

—Solo las calamidades nos enseñan si tenemos amigos auténticos. Es entonces cuando los amigos se suelen convertir en enemigos —dijo Kennan

en voz baja, más bien para sí mismo.

—Espero que ya haya dejado atrás mis calamidades —replicó Svetlana, infundiéndose naturalidad.

Pero Kennan siguió inmerso en sus pensamientos.

—La palabra *amigo* es tan común, en cambio la fidelidad y la lealtad son raras virtudes.

Y ella entonces pensó que había dejado atrás a sus amigos más leales. Y a sus hijos. Perdió todo un tesoro... y ¿qué pedía a cambio? ¿Sonrisas? ¿Que la gente la tratara bien? ¿No era demasiado poco?

—Vaya con cuidado, Svetlana —continuó Kennan con sus reflexiones—, la mayoría de la gente hoy mide la amistad según el provecho que pueda sacarle.

—Esto ha pasado siempre, ¿no le parece?

—Sin duda es algo indigno.

Dignidad: esa virtud que había caído en el olvido. Había pensado tan a menudo en ella, la última vez en la India, donde la encontró en la gente más sencilla.

Kennan se enderezó y los envolvió a todos en su mirada azul. Luego insistió en cuestiones de pasaportes y visados y muchas otras cosas que Svetlana no entendió. Le daba vueltas la cabeza, que empezó a dolerle tanto como cuando hacía dos semanas había llegado a la embajada estadounidense de Nueva Delhi. Ya no tenía fuerzas para seguir concentrándose, así que contestaba solo: «Sí, muy bien», y: «Sí, estoy de acuerdo».

Kennan tenía ganas de salir a pasear e invitó a Svetlana a acompañarlo. Le parecía que si alguien la obligaba a decir una sola palabra más, le fallaría el sistema nervioso y se colapsaría. Le resultaba difícil incluso contestar; se limitó a decir:

—Gracias, lo esperaré sentada allí fuera, en la terraza.

Los rayos del último sol de la tarde le calentaban la cara; las vistas al lago de Thun, que refulgía al sol, a las montañas con sus gorras blancas y a los bosques azulados le proporcionaron fuerza. Se sentó en la terraza sin poder pensar siquiera; solo existía, escuchaba los primeros pájaros de la primavera y absorbía el calor.

Kennan, que aún no se había recuperado del todo de la gripe y durante la

conversación a veces tosía y se sonaba, volvió refrescado y fortalecido del paseo:

—Me siento de primera —anunció.

Luego cenaron con sus anfitriones y no hablaron más de cuestiones de trabajo. Después de cenar, tras haber bebido una botella de excelente vino tinto italiano, un Valpolicella de 1957, Kennan se ofreció a presentarle a Svetlana a su círculo de amigos en Estados Unidos. Sus dos hijas mayores estarían encantadas de invitarla a la granja familiar en Pensilvania, que era su lugar de vacaciones favorito.

—Algo así como su Zubalovo —le dijo a Svetlana esperando su reacción.

Tras oír esas palabras, ella se dio cuenta de que Kennan había leído su manuscrito con auténtica atención.

—Este vino proviene del otro lado de los Alpes, al pie de los Dolomitas —dijo Janner alzando su copa.

Svetlana brindó con todos, mirándolos a los ojos con agradecimiento, y tras tomar un sorbo de aquel vino con un gusto pronunciado y aterciopelado, pensó que aún ayer estaba al borde de la desesperación y se sentía como una desterrada. Y de repente había llegado ese hombre, desconocido pero que la conocía a ella tan bien que incluso estaba familiarizado con su querido Zubalovo, la invitaba a que pasara sus vacaciones en su granja, le buscaba editores y abogados... Como un personaje de cuento.

A causa de su resfriado, Kennan se marchó pronto después de la cena. Svetlana se quedó un rato más en compañía del matrimonio Janner con una copa de grapa en la mano junto a la chimenea.

—¿Qué música escuchamos?

Svetlana dijo que Bach, porque a pesar de los pasajes tristes y dramáticos, sus composiciones acababan siempre de forma armónica: él, mejor que ningún otro compositor, acompañaría su estado de ánimo.

A los Janner les encantó la idea de escuchar a Bach.



27 de marzo de 1967

Queridos hijos:

He tenido una hermosa experiencia y quisiera compartirla con vosotros. Ayer empezó la Pascua. Uno de mis guardaespaldas me llevó a San Nicolás, en Friburgo. Primero dimos una vuelta a la catedral; sobre el portal del oeste me fijé en unas figuras humanas con cabezas de cerdo: se trataba de unos diablos. Entonces recordé mi lucha contra ellos, la más reciente contra los que ayudaron a Brayesh a irse a la tumba. Me los imaginé con cabezas como las que veía en el portal. Pensé en la cuestión del mal: ¿un hombre nace malvado, o es la vida la que le conduce a ello?

Entré y me senté en un banco, cegada por el esplendor de la catedral gótica llena de flores sobre las que caían los rayos del sol primaveral, por los sonidos del órgano y la voz vibrante del coro. Desde el lado sur los rayos del sol penetraban a través de las ventanas multicolores, sobre todo el amarillo de las alas, las melenas y los vestidos de los ángeles; la catedral, su atmósfera e incluso la música quedaban impregnadas de oro viejo. Las vidrieras de arriba, azuladas, conducían a través del aire fresco primaveral directamente al cielo en el que se movían ágiles las nubecillas.

Solo entonces me di cuenta de que Kennan me había ayudado como pocos en mi vida. Había intercedido por mí en varias ocasiones, de modo que si obtengo el visado americano y puedo empezar una nueva vida será en gran parte gracias a él. Ese descubrimiento me llenó de una satisfacción duradera. Y ya tenía un solo deseo: ¡que mis hijos estén bien! ¡Que se consuelen y se reconcilien con la pérdida!

Observé a la gente en la iglesia, cómo se ponían en pie durante la misa y cómo se sentaban, cómo cantaban y cómo rezaban, y me sentí como en la India, cuando contemplaba las flores y las velas en las cáscaras de nuez que los indios lanzan al Ganges. La iglesia matutina tenía una atmósfera similar: digna, llena de esperanza, bondad y belleza. Dostoievski decía que la belleza puede salvar el mundo.

Besos de vuestra MAMÁ

28 de marzo de 1967

Queridos hijos:

El lunes tuve que bajar de la nube a la vida terrenal. En el chalet de Janner junto al lago, conocí a mis abogados, que me había adjudicado el gobierno americano: se trata de Edward Greenbaum y Alan Schwartz. Pensé que entendería para qué los iba a necesitar. Pero cuando empezaron a hablarme en términos jurídicos sobre contratos y cláusulas, el *copyright* y las complicaciones que se podrían derivar en mi caso, los *royalties* y la considerable venta que se espera de mi libro, y también acerca del fondo caritativo que habrá que preparar para evitar parte de los impuestos, me sentí como una campesina de un pueblo perdido en la montaña que llega a la capital por primera vez. Me pareció que me hablaban en un idioma extranjero que no había oído en mi vida, y si la conversación se hubiera desarrollado en mi lengua materna habría resultado igualmente difícil. Se habló de cosas que seguramente ningún ciudadano soviético habrá oído jamás. Para mí fue una auténtica tortura que duró dos días. Pero no había nada que hacer, tuve que aprender para que la pequeña aldeana se convirtiera en una moderna mujer de ciudad. Tuve la sensación de que querían quitarme el *copyright* y todos los derechos de autor. Para mis ingresos establecieron una sociedad, Copex Establishment, con sede en Liechtenstein, que estaba representada por uno de los abogados suizos. Empecé a entender que se esperaba de mí ingresar mi dinero en un paraíso fiscal para evitar impuestos. Evidentemente, los abogados mismos sacaban provecho de ello. No me gustó, pero ¿qué debía hacer?

Dos días después firmé varios documentos importantes —no tuve más opción que esforzarme en confiar en Greenbaum, por el que sentía de todo menos confianza— y, sencillamente, lo dejé todo en manos de mis abogados: el contrato con la editorial Harper & Row, la elección del traductor, las cuestiones del visado. Se me ocurrió esta metáfora: estoy navegando en un barco que maneja el capitán. ¿Por qué tendría que meterme en su trabajo? Lo dejo todo en sus manos y yo misma me dejaré mecer por las vistas del mar desde la cubierta.

Todo está decidido. Falta esperar a que la máquina estatal escupa de sus engranajes el documento que para mí es vital: el visado. De momento habrá que blindarse de paciencia.

Besos de vuestra MAMÁ

30 de marzo de 1967

Queridos hijos:

Me han trasladado a otro monasterio. Ahora estoy alojada en Friburgo, en la parte francesa de Suiza. En el monasterio también hay una residencia para gente mayor, y siempre que vuelvo «a casa» más tarde de las ocho —lo cual pasa cada día— y abro la puerta con la pesada llave de castillo, tengo miedo de despertar a las viejecitas. Y debo admitir que estoy muy bien entre esas ancianas, seres frágiles como yo. Casi me siento como una más. Ahora puedo salir libremente del monasterio y dar paseos, por supuesto con guardaespaldas. Friburgo es una antigua ciudad encima de un acantilado rocoso sobre el Sarine, un río de color esmeralda. En el bolso llevo documentos con el nombre de la señorita Carlen de Irlanda, que ha llegado aquí desde la India. Aparte de Rusia, la India es el único país sobre el que sé algo y del que puedo hablar.

He recibido de mi editor americano un adelanto por el libro. Lo primero que hice es pagar a la embajada americana lo que me prestaron para el viaje en avión de Nueva Delhi a Europa.

También os debo confesar que me llegan decenas de cartas a la dirección: «Svetlana Allilúyeva, Suiza». Todas las han reenviado a Janner, que me las ha entregado. Hombres jóvenes y no tan jóvenes me ofrecen matrimonio para que pueda obtener alguna nacionalidad. Muchos me desean unas felices Pascuas y me envían de toda Europa y de otros continentes postales con pollitos, conejitos y huevos pintados: esa buena gente que piensa en mí y se preocupa por mí me desea éxito, suerte y tranquilidad.

Besos de vuestra MAMÁ

## 6

Por fin llegó la carta que Svetlana tanto esperaba. La encontró entre la avalancha de sobres de personas que le felicitaban las fiestas y se esforzaban en ayudarla. En primer lugar, se alegró al ver una carta con sellos indios y el matasellos de Kalakankar.

Suresh, el hermano de Brayesh, la informaba de que él y toda su familia

estaban contentos de que Svetlana por fin pudiera vivir en libertad. Con humor explicaba un acontecimiento reciente: el 10 de marzo, es decir, cuatro días después de la partida de Svetlana de la India, Surov, el segundo secretario de la embajada soviética, apareció de repente en Kalakankar esperando encontrarla. Y justo cuando estaba en casa de los Singh anunciaron por la radio que Svetlana Allilúyeva ya llevaba varios días en Roma y se disponía a viajar a Suiza. Según contaba Suresh, la cara de Surov era todo un poema.

Además, decía que cada día los asediaban reporteros que fotografiaban cada rincón de la casa y que, probablemente, aún no los dejarían en paz durante cierto tiempo. Al final de la carta Suresh afirmaba que, a diferencia de su hermano, que había recorrido medio mundo, él nunca había salido de la India. Por ello no conocía Suiza, de modo que con su mujer Prakashvati viajó a Lucknow para ver *Sonrisas y lágrimas*.

Svetlana leyó su carta varias veces.

## 7

Dos días después, recibió otra carta escrita con letra familiar, sellos soviéticos y el matasellos de Moscú. Impaciente, desgarró el sobre.

Hola, querida mamá:

Fue una triste sorpresa cuando el 8 de marzo fui con Katia y Yelena al aeropuerto y tú no apareciste... ¡Habíamos preparado con tanta ilusión tu regreso! Katia había horneado un bizcocho muy especial... Al principio, simplemente no podíamos creer que no hubieras venido. Nos quedamos allí plantados, esperando unas tres horas. Luego durante días enteros no sabíamos qué pensar al respecto. Pero entonces la agencia Tass hizo pública la noticia de que habías obtenido el permiso para quedarte en el extranjero tanto tiempo como quisieras y dejamos de preocuparnos. Nuestra vida volvió al orden habitual, solo Katia no consigue recuperarse todavía. Y si he de serte sincero, a todos nosotros nos sorprendió, yo mismo no acabo de entenderlo...

Nos extraña que desde tu salida de la India no hayamos tenido ni una sola noticia tuya. Llamé a la embajada suiza para que me ayudaran a encontrarte. Hasta ahora no me han contestado. Nos sorprendió mucho que en tu última carta de la India (del 23 de febrero) nos escribieras diciendo que volverías el 8 de marzo.

Al fin hemos recibido una carta tuya donde dices que te escribamos a la dirección del gobierno suizo. ¿Puedes explicarnos qué ocurre? Nos gustaría mucho escribirte directamente a la dirección de tu

hotel y sería aún mejor si pudiéramos charlar contigo por teléfono. Queremos saber qué planes tienes para el futuro, cuánto tiempo estarás en el extranjero y sobre todo cuándo volverás a casa. Katia sin ti está perdida.

Mamá, todos tus amigos preguntan por ti. Estaría bien que nos escribieras indicándonos qué tenemos que decirles.

Saludos y besos,

YÓSIF Y KATIA

## 8

«Así que efectivamente no les llegó la larga carta que les envié a través del funcionario de la embajada india —pensó Svetlana—. Suerte he tenido con estas últimas cartas, escritas en Suiza, que de momento no he enviado por mediación de nadie».

Le confió todo a Janner. Enseguida entendió lo que le pasaba y propuso llamar juntos a Moscú.

En un pequeño hotel en Murten, cerca de Friburgo, alquilaron una habitación con teléfono y pidieron una conferencia con Moscú. Esperaron, pero la espera se les hizo eterna. En la habitación había una jaula con una urraca que aullaba como un loro: «*Comment ça va?*». Era insoportable. No sabía que las urracas hablan. Llevaron la jaula al pasillo, pero la voz ronca y chillona del pájaro, como un mal augurio, se oía incluso desde allí. Habían pasado veinte minutos y nadie llamaba.

¡Por fin! Una llamada de Moscú. Al teléfono, su hijo Yósif.

—¡Yósif, soy yo! ¡Mi Osia!

Apenas era capaz de articular palabra alguna.

—¡Por Dios, mamá!

Hablaron durante una media hora larga. Su hijo le aseguró que no habían recibido de ella ninguna carta explicativa. Svetlana estaba tan nerviosa que se expresaba con dificultad. En ese momento, no era capaz de reflexionar racionalmente y no sabía cómo explicarlo para que su hijo entendiera que ya no volvería. No podía hablar del asunto directamente, porque con toda seguridad los servicios secretos soviéticos escucharían la conversación.

—No estoy aquí como turista, ¿lo entiendes, Osia?

Yósif le preguntó algo, pero Svetlana no reaccionaba a sus preguntas. No hacía más que repetir:

—No soy una turista, ¿me entiendes? No puedo volver a casa, ¿está claro?

A Yósif se le trabó la voz cuando dijo:

—Sí, lo he oído.

Y Svetlana reconoció por su voz que su hijo lo había entendido todo.

No hacía más que repetir lo mismo una y otra vez. Quería preguntar cómo estaban, pero no se atrevía. ¿Cómo iban a estar, si su madre no había vuelto a casa ni volvería jamás? Estaba abandonando a sus hijos como su madre la había abandonado a ella, yéndose del mundo. Ella también huía y causaba a sus hijos el mismo desgarró. Tampoco podía contarle a Yósif que esperaba un visado para Estados Unidos. A él no podía interesarle adónde iba, si ya sabía que nunca volvería. Katia no estaba en casa, y quizá fuera mejor. Svetlana pensó que no podría aguantarlo, oír la voz de su niña y no poder abrazarla. Quizá ya nunca más. También tenía miedo de que se cortara la conferencia, y al final eso es lo que pasó.

Esa noche tuvo fiebre. No podía pensar en nada más que en la conversación con su hijo. Durante los días que siguieron no salió. Escribió un largo poema llamado «Lamento». Se lo envió a George Kennan para que lo hiciera publicar en algún lugar, con el fin de que lo pudieran leer también en Rusia.

## 9

Tras varios días, quiso volver a llamar a Moscú. Janner alquiló la misma habitación. De nuevo preguntaba el pájaro con su voz ronca su «*Comment ça va?*» y volvieron a ponerla en el pasillo. Ese día Yósif no estaba en casa y el operador preguntó si Svetlana quería contactar con alguien más. Decidió hablar con su amiga Berta, la más abierta y sensata de entre sus conocidos. Necesitaba ayuda, comprensión, palabras de apoyo.

—¿Así que no quieres volver? —Y Berta añadió con severidad, como una profesora—: Eso no está bien. ¿Sabes lo difícil que será para los niños?

—Lo sé. Pero ¿me entiendes tú a mí?

—Algunas de tus amigas lloran por tu culpa —dijo en lugar de responder.

Algo se rebeló dentro de ella:

—Tengo nuevos amigos aquí.

—¿Qué amigos? No lo dices en serio. ¿Qué amigos puedes tener *allá*?

—Los tengo. Son amables. Hay mucha gente amable aquí.

Insistía, pero Berta no se dejó convencer. Svetlana tenía la sensación de que se resistía a creerlo. A Svetlana la impresionó: Berta, una mujer abierta, no quiere creer que uno pueda tener amigos fuera de la Unión Soviética. Pensó que era mejor ya no volver a llamar, si no podía entenderse con nadie y además cada vez acababa desquiciada.

## 10

La última noche, Janner la invitó a cenar con su familia en su casa de Berna. La madre de Antonino Janner era italiana; su padre, alemán. En casa, hablaba en italiano con su mujer Adriana y su hijo de ocho años. Adriana era una italiana dulce y tranquila. Comieron espaguetis con tomate y albahaca («¿Cómo puede estar tan rica una comida tan sencilla?», pensó Svetlana) y escucharon a Bach. El hijo de Janner constantemente acariciaba a Svetlana, que no pudo dejar de pensar: «Esa edad tenía yo, incluso era más pequeña, cuando mi madre decidió irse del mundo y dejar a sus hijos a su suerte». Una y otra vez se veía a sí misma en el niño que la volvió a acariciar y le dijo:

—*Poverina...*

—¿Por qué soy una pobrecilla, Marco? —le preguntó Svetlana.

Y la familia le contó la historia por encima. Una vez Marco tenía mucha fiebre y no quería que su padre se fuera a trabajar. Para que Janner pudiera salir de casa, le dijo a Marco que iba a ver a «una desdichada a la que ningún país aceptaba y que no podía ver a sus hijos». Cuando escuchó esta historia tan triste, el pequeño Marco dejó a su padre que fuera a ver a la *poverina*.

Desde entonces, siempre preguntaba por la pobre a la que nadie quería. Antes de conocerla, Marco ya sentía aprecio por Svetlana. Cuando llegó, se le echó al cuello; Svetlana apenas pudo contener las lágrimas. Durante toda la velada en casa de los Janner, Marco estuvo dibujando algo para «la pobre señora» y al final le entregó una caja con sus tesoros: trozos de tiza y lápices de colores, pedazos de chocolate, dos pequeñas monedas y un elefante de mazapán. Svetlana le dijo: «*Grazie, piccolo mio*», y temió que se le saltaran las lágrimas.

Cuando estaba a punto de partir, también Janner entregó un regalo a Svetlana: *Les préludes de Bach*, ponía en la portada del disco.

—Un recuerdo —dijo Janner en voz baja.

## **SEGUNDA PARTE**



# I

## Nueva York, Princeton (1967)

### 1

**P**or el camino al aeropuerto de Zúrich, Svetlana admiraba sobre el fondo del cielo oscuro los manzanos y almendros en flor levemente rosáceos, los perales cubiertos de blanco y los cerezos de un rosa pálido; y pensó que toda esa belleza primaveral era un buen augurio y que su viaje hacia un nuevo futuro sería feliz. En Zúrich las nubes negras y pesadas se vaciaron como si fueran jarrones. Cuando el avión se elevó por encima de ellas, todo se iluminó con el resplandor del sol. Sobre el Atlántico las nubes se rompieron, Svetlana vio el océano azul y le pareció ver las crestas blancas de las olas. La superficie brillante no era solo espacio, también era tiempo que dividía su vida pasada de la que había de comenzar. Nada la hacía sufrir, ni siquiera esa angustia interior de la que a menudo no podía librarse. Tenía la sensación de haberla dejado en Moscú, en un rincón oscuro de su piso, como una pesada carga, y esperaba que la ansiedad jamás volviera a enseñarle sus garras. En el avión se sentía ligera, sabía que ahora nadie podía hacer nada contra ella, ni un telegrama que apelara alguna decisión burocrática, ni una carta de reproche de sus hijos, ni una desagradable llamada de teléfono. Solo el cegador resplandor del sol, que le recordaba la intensa luz de la India y la soleada paz interior de Brayesh que le impedía enfadarse y tomarse en serio los pequeños contratiempos de la vida. Svetlana se dio cuenta de que volaba de lo viejo hacia lo nuevo y se deleitó en ese lapso en el que el tiempo se

había ausentado.

Trajeron el menú. El joven y moreno abogado, Alan Schwartz, con su cara alargada de rasgos expresivos, pidió un martini de aperitivo, vino para la comida, coñac después de comer. De hecho, a Svetlana solo le parecía joven cuando miraba de cerca su cara infantil, con la que contrastaba el pelo canoso; tenía treinta y cuatro años. Alan lo saboreaba todo como si fuera la última vez. Pero Svetlana sentía que estaba muy nervioso por lo que los esperaba a los dos y que intentaba calmarse con la comida y la bebida. Ella se tomó una aspirina con dos vasos de té negro, porque después de semanas de incertidumbre le dolía con fuerza la cabeza, como en la embajada americana de Nueva Delhi. Luego decidió probar algo que jamás había comido en su vida: cangrejo. En Rusia no se vendían, estaban destinados a la exportación. Después de una buena comida y tras la aspirina, la migraña cedió un poco. Svetlana se reía:

—¿Cuántas cosas me esperan aún que haré por primera vez en mi vida?

Alan bebía coñac y entre los pequeños sorbos enumeraba esas nuevas cosas; se esforzaba para que su voz sonara despreocupada, pero arrugaba nerviosamente la frente y las manos le temblaban:

—Aterrizaje en una ciudad desconocida. Una conferencia de prensa en el aeropuerto donde esperarán cientos de periodistas de todo el mundo. Viaje por una amplia autopista como las que no hay en Suiza y mucho menos en Rusia.

—Alan, le leeré un pequeño fragmento de una carta que me ha escrito George Kennan, sin duda no le importará si comparto sus líneas precisamente con usted. Me cuenta: «La espera un desagradable examen: el encuentro con la prensa en el aeropuerto de Nueva York. Me gustaría ahorrárselo. Por desgracia no es posible. Deberá adaptarse a un país nuevo y no será fácil. La sombra de su padre se extiende detrás de usted, vaya a donde vaya. Para superar estos obstáculos, deberá tener más valor, más paciencia y más confianza que la mayoría de la gente».

Alan reflexionó en voz baja, pero Svetlana no lo escuchaba. Se quedó pensando en las palabras de Kennan, aunque estaba de buen humor y en su momentánea ligereza no se las tomaba demasiado en serio. «La sombra de su padre...». Se imaginó la sombra del padre de Hamlet, que aterrorizaba al

protagonista de Shakespeare; vio la obra por primera vez junto a Kapler y luego de nuevo con Brayesh en los teatros moscovitas. Entonces no se imaginaba que se pasaría toda su vida huyendo de un continente a otro de esa sombra eterna, transpirando de desasosiego y ansiedad, como Edipo tras haber conocido su culpa.

Pero en ese momento le parecía que el avión la había amputado para siempre del pasado, que volaba hacia lo desconocido, donde por fin llegaría a ser una ciudadana anónima, tal como lo había deseado toda la vida. El resplandeciente océano y el sol le confirmaban ese buen presentimiento.

—¡Mire, más islas, Alan! ¿Cuáles son?

Alan se acercó a la ventanilla:

—Ésas... no lo sé, pero está aquí abajo... Sí, es Nantucket, ¡mi Nantucket! En esa isla mi familia tiene una casa de veraneo. ¿Nos vendrá a visitar en agosto, Svetlana? Aquí en esta isla, ¿ve? —Le mostró una pequeña manchita marrón en el océano. Él también empezaba a sucumbir al encanto de la personalidad de Svetlana.

¡La segunda invitación para el verano! La primera había llegado de los Kennan, para que visitara su granja de Pensilvania y pasara el verano con sus hijos, aunque George y su mujer no estarían. Alan le enseñó a Svetlana la fotografía de su mujer y sus hijos.

—Yo de pequeña también era pelirroja, como su hijo. ¿Y sabe qué, Alan? Me apetece empezar a familiarizarme con Estados Unidos, sobretodo conocer a la gente, que es la que da carácter a un país, y solo luego dedicarme a descubrir sus monumentos.

Svetlana estaba resplandeciente.

El avión giró lentamente sobre la ciudad o mejor dicho sobre las islas y penínsulas, ríos, lagunas y archipiélagos entretejidos con el mar. Svetlana recibió con gritos de alegría la Estatua de la Libertad que crecía desde el agua y le parecía minúscula, luego los rascacielos de Manhattan y el rectángulo verde de Central Park.

Alan le explicó con nerviosismo creciente que los periodistas en el aeropuerto recibirían su discurso escrito, ella misma debería decirles solo unas palabras:

—Cuidado con esas palabras —le advirtió—, ¡la prensa lo puede

tergiversar todo!

Y se enfurruñó cada vez más.

—Alan, ¿por qué se preocupa tanto, amigo mío? ¿Qué tergiversaciones?; ¿acaso no voy al país de la libertad? Todo irá bien, ya verá.

Alan siguió hablando de forma entrecortada, repitiendo lo mismo una y otra vez. Estaba muy intranquilo, acalorado, y pensaba que por más encantadora que fuera, Svetlana no dejaba de ser una mujer insoportablemente infantil e ingenua. En voz alta habló de la guerra fría y de que podían utilizar a Svetlana como una arma de ese conflicto, y repetía constantemente las palabras «prudencia» y «problemas».

¡El aeropuerto John Fitzgerald Kennedy!, suspiró con admiración. Se acordó de lo tristes que se pusieron Brayesh Singh y su colega indio en Sochi cuando se enteraron de la muerte del presidente. El nombre de Kennedy ahora le parecía la mejor bienvenida que Estados Unidos podía brindarle. Y se repitió que no entendía cómo una conferencia de prensa podía poner a Alan tan nervioso.

Alan sabía que a causa de la llegada de la hija de Stalin el aeropuerto Kennedy estaría cerrado al tráfico habitual y que lo vigilarían decenas de coches de la policía y centenares de agentes uniformados y de paisano. Pero no se lo reveló a Svetlana, y a ella tal posibilidad ni siquiera le pasó por la cabeza. Se sentía libre y alegre como pocas veces.

Después de aterrizar en Nueva York, fue la última pasajera en salir. Se mantuvo un instante en la escalera del avión y la aturdió el tumulto de periodistas armados con micrófonos, cámaras fotográficas, trípodes y cámaras de televisión que la esperaban. Bajó corriendo, como si no tocara el suelo:

—Hola, ¡soy tan feliz de estar aquí! —dijo contenta al micrófono. «Como una niña que hubiera ganado en un juego», pensó Alan, que se mantenía al lado de ella, temiendo de qué manera interpretarían todos esos periodistas sus maneras infantiles e ingenuas—. Pronto volveremos a encontrarnos y les explicaré más cosas de mí. Pero ahora déjenme descansar, ¡me caigo del cansancio! —prosiguió Svetlana y su inglés estaba teñido por un acento ruso mucho más pronunciado que de costumbre. Por ello Alan comprendió que Svetlana sufría de miedo escénico, tal vez de pánico, y lo que hacía era

esconder su angustia bajo una fingida espontaneidad infantil.

—Pronto os contaré más cosas de mí. Pero ahora dejadme descansar, por favor, estoy rendida —dijo riendo. Alan veía que en ese momento Svetlana ponía todas sus fuerzas en su pequeño discurso, pero que no parecía cansada, al contrario, tenía un aspecto juvenil y fresco incluso después de las ocho horas de viaje; su pelo rubio rojizo volaba al viento, encendido como el sol, que ese día se había ocultado tras las nubes. Los periodistas quedaron deslumbrados y así lo escribieron en las páginas de los periódicos.

## 2

—Lo ve, ¡prueba superada! —se volvió hacia Alan Schwartz cuando ambos subieron al coche y salieron del aeropuerto JFK hacia la autopista. Él giró la cabeza y la miró a los ojos, pero solo durante una fracción de segundo; luego volvió a concentrarse en la conducción y en tratar de identificar los coches de protección que los seguían; esa tarde el tráfico en la autopista en dirección a Long Island era bastante denso.

—Alan, ¿se ha fijado en el aeropuerto en ese cartel publicitario con grandes letras BEFORE-AFTER? Debajo de la palabra «antes» había la foto de una mujer gorda y deformada, y debajo del «después», la misma mujer se había metamorfoseado en una sílfide con una cintura de avispa. Era un anuncio de un tratamiento estético. Sabe, a mí también me parece como si me anunciara un rótulo con la palabra «después»: la Svetlana anterior, esa mujer pesada, soviética, se quedó en la lejanía y la nueva acaba de nacer. Aún no sabemos cómo será.

Alan veía que Svetlana estaba radiante, satisfecha consigo misma y con su intervención ante los medios americanos y mundiales. Él mismo reconocía la subida de adrenalina, lo experimentaba a menudo en sus defensas ante el juez.

—¿No se siente como si estuviera en la Luna o en Marte? —le preguntó mientras dibujaba con la mano derecha un amplio gesto: por todas partes anchas autopistas de muchos carriles, toda una red de autopistas con niveles

superiores e inferiores.

—Me recuerda a Rusia —Svetlana miró a su alrededor.

—¿A Rusia? ¿De verdad? No puede ser —se sorprendió el abogado.

—No las autopistas, eso claro que no —dijo rápidamente, para deshacer el pequeño malentendido—. La planicie que se extiende hasta el horizonte se parece a Rusia. Y el cielo bajo y azul grisáceo. Además, en el aeropuerto me parecía que la gente tenía la cara redonda, eslava. ¿No se dio cuenta?

—Solo vi americanos, aparte de mexicanos y asiáticos, por supuesto.

Alan no salía de su asombro.

—Seguramente porque busco lo que se parece a Rusia.

—Busca lo que le es cercano y conocido. Eso la ayuda. No se siente tan perdida en lo que para usted es nuevo y extraño.

Svetlana se echó a reír:

—¿Así que hui de Moscú para no hacer nada más que buscar Rusia por el mundo entero?

El abogado notó en la voz de Svetlana cierta crispación y en su pregunta, algo casi trágico. Para dispersar los nubarrones, también esbozó una sonrisa.

### 3

Más tarde Svetlana ya solo veía diferencias. ¡Tantas mujeres conduciendo sus coches en la autopista! Jóvenes y guapas que charlaban al volante con una amiga, mujeres atractivas de mediana edad con trajes de hombre y un collar de perlas alrededor del cuello, señoras mayores con un cigarrillo y un sombrero: todas iban en coche con tanta ligereza y naturalidad como respiraban. Chicas jóvenes, casi niñas, blancas, negras y asiáticas, madres jóvenes y mujeres mayores con sombrero, pero también ancianas, para las que en la Unión Soviética había un solo medio de transporte posible: la silla de ruedas. Muchas de ellas iban acompañadas por hombres y mujeres que sorbían con pajita una limonada o una coca-cola, algunos fumaban; y todas conducían como si nada, con la mano izquierda. Los ojos curiosos de Svetlana se fijaron también en varias mujeres con el pelo corto y moderno

como Twiggy, otras con cabelleras largas sinuosas que ondulaban desde las ventanillas, con pendientes, pulseras y collares de todos los colores. Mientras que en Rusia se aconsejaba no diferenciarse de los demás, aquí cada mujer tenía su estilo, sabía lo que le quedaba bien, era ella misma. Cada una de esas mujeres americanas quería ser única.

Svetlana pensó en las mujeres rusas: había más que hombres, muchos de los cuales murieron en la Revolución o en el frente durante la Segunda Guerra Mundial. Por eso en Rusia la mayoría de maestros, dentistas, vendedores y médicos eran mujeres. Asimismo, las mujeres se ocupaban de los trabajos más pesados; en la imaginación de Svetlana desfiló una hilera de todas esas conductoras de tractores, de metro y de camiones, barrenderas y basureras a las que en casa, después del trabajo, les esperaba dar de comer a los hijos y hacer las tareas del hogar. Y cuando miró a su alrededor, percibió sonrisas, expresiones de alegría, aunque también bastantes personas con caras malhumoradas y de preocupación, deprimidas y coléricas; pero no tenía ganas de fijarse en ellas. En los coches descapotables las largas melenas al viento descubrían tersas y bronceadas nuca, las gafas de sol de todas las formas añadían a las mujeres a veces elegancia, otras una originalidad excéntrica, y siempre subrayaban la singularidad y la personalidad de la que lo llevaba.

Una mujer al volante: eso para Svetlana había significado siempre que la conductora era independiente de los hombres. Aparte de raras excepciones, en la Rusia de la posguerra las mujeres no conducían turismos, solo las camioneras sus camiones o tractores. Svetlana era muy joven cuando aprendió a conducir. Y su padre fue el primero al que llevó de paseo en su coche nuevo. Él la miraba con ojos incrédulos; ¡cómo valoró entonces la admiración de ese hombre que exigía que todos lo admiraran a él! Él mismo no sabía conducir y durante toda la vida lo llevó un chófer. Mentalmente comparaba los coches viejos, gastados y cubiertos de lodo de Moscú con los automóviles cómodos, de colores, brillantes en ese día claro en que llegó a Estados Unidos. ¿Día claro?, se corrigió: no, más bien nublado, y sin embargo el día parecía lleno de luz. Y al volante solo mujeres. Para Svetlana significaba que las americanas estaban emancipadas, sabían lo que querían, se esforzaban para conseguirlo y nadie las hacía cambiar de opinión. ¡Ella

también quería ser así! Una de las primeras cosas que haría en suelo americano sería apuntarse a una autoescuela, porque su permiso ruso aquí no era válido. Muy pronto ya podría saludar a sus nuevos amigos, blandiendo en la mano el permiso de conducir recién estrenado.

—¿En qué piensa? —preguntó Alan después de un largo silencio.

—En que todas las mujeres que vemos a nuestro alrededor conducen sus propios coches.

Al abogado esa respuesta lo desconcertó. ¿A qué se refería Svetlana?

—Sí..., sí, claro. La mayoría sí. Aunque algunos de los coches pueden ser de alquiler.

—En Rusia ninguna mujer tiene coche. Como no sea una actriz famosa, pero hasta eso es raro.

—Hum... pues en eso... hay cierta diferencia.

—La salud de las mujeres es la salud de la nación —dijo pensativa.

Alan no supo muy bien cómo reaccionar. Al fin se le ocurrió algo, y se alegró de que fuera positivo para Rusia:

—En su país la salud es gratuita, ¿verdad? Aquí no.

Pero Svetlana negó con la cabeza:

—Me refiero a otra salud. Y la frase no es mía, la formuló un sociólogo en el siglo pasado.

Ya se acercaban a la casa blanca de madera con contraventanas rojas donde Svetlana debía pasar las primeras semanas. Era la casa de Priscilla Johnson McMillan, cuya tarea era traducir al inglés el libro de Svetlana, *Veinte cartas a un amigo*. Delante de la casa los esperaba un hombre cano y atlético de mejillas sonrosadas, una gran sonrisa y unos ojos celestes.

—Stewart Johnson —se presentó—. El padre de Priscilla. Bienvenida. Siéntase como en casa.

#### 4

Estaba tumbada en una cama de madera que crujía a cada movimiento; eso le proporcionó una sensación de seguridad, de que todo estaba en orden y nada



malo le podía pasar. Es curioso que los objetos y muebles antiguos en una casa tengan en las personas un efecto tranquilizador, pensó. Como la mayoría de los rusos, hasta entonces creía que en Estados Unidos solo encontraría cemento y plástico. Ahora descansaba en la cama, en esa casa de madera donde el suelo y las escaleras crujían a cada paso, donde las personas se sentaban sobre unas antiguas sillas acolchadas junto a una mesa de caoba cubierta por un mantel de ganchillo hecho a mano; en las vitrinas se exponían antiguos juegos de té y figuras de porcelana; en el parqué, alfombras persas rojas y blancas. Por la noche las lámparas iluminaban las salas con su tenue luz que se filtraba a través de unas pantallas amarillas y rosas y se encendía la chimenea. «¿Esto es América?». Abrió los ojos en la oscuridad. «Este ambiente es mucho más acogedor de lo que me imaginaba», pensó, se estiró con placer y cerró los ojos. Ni se le pasó por la cabeza preocuparse por la gran conferencia de prensa internacional que la esperaba en las espaciosas salas del neoyorquino Hotel Plaza.

Sí, los interiores antiguos tienen un efecto tranquilizador, se repetía con los ojos cerrados. ¿Por qué su padre no decoró al menos una de sus muchas casas de una manera más acogedora? Después de la muerte de la madre de Svetlana, Stalin, una vez al año como mínimo, hacía obras en la dacha de Kúntsevo, y la redecoraba completamente. El resultado era siempre el mismo: unos interiores fríos, impersonales y de mal gusto. En esta casa, en cambio, Svetlana se sentía como en una novela de Henry James...

Svetlana sonreía y, feliz, fue entrando en el sueño, pero de repente algo la despertó. Fue un pensamiento sobre su padre. Supuso que en la gran rueda de prensa debería denunciar todo el mal que él había cometido: millones de muertos, decenas de millones de vidas destruidas. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué motivo?, se preguntó ya por enésima vez. Cuando se encontraron a su madre muerta, algo cambió en su padre. Efectivamente, siguió siendo igual de colérico, violento hasta la brutalidad, pero entonces, además, empezó a ser rencoroso con la gente, empezó a odiar visceralmente. Hizo encerrar y envió al gulag a todos sus familiares cercanos; algunos murieron allá, a otros los hizo fusilar por orden personal. ¿Y ella? Ella ahora tenía que denunciar todo eso para que se supiera. Su decisión la tranquilizaba y lentamente se deslizaba de la conciencia hacia el sueño.

—Mi padre no fue el único culpable. De hecho esos millones de muertos y ejecutados, todo ese derramamiento de sangre no fue tanto culpa de mi padre como del Partido Comunista, del régimen comunista, todo ese engranaje que movía nuestro país —se oyó aclarando con ahínco a los cientos de periodistas en la conferencia de prensa en el Hotel Plaza de Nueva York.

«¿Pero qué digo?», pensó para sus adentros, y se horrorizó, pero no podía parar. Cuando hacía un momento los periodistas le habían preguntado por su padre, de repente empezó a evocar sus cartas y su juego: ella ordenaba, él obedecía.

Mi querida, pequeña Svetlana:

Gracias por los regalos. Y gracias también por el mensaje. Veo que no te has olvidado de tu papá. Espérame en Sochi, ¿de acuerdo?

Besos de tu PAPÁ

Pero también se acordó de que una vez, siendo pequeña, ella, Svetlana, le preguntó a la niñera, cuando su madre todavía vivía: «¿Por qué quiero más a mamá que a papá, nana?». La niñera se horrorizó y le explicó que debía querer por igual a ambos padres.

Entonces narró a la multitud de periodistas congregados, la vida gris y aburrida que en la Unión Soviética estaban obligados a llevar, y tampoco ocultó que el Partido Comunista le había prohibido casarse con un ciudadano de la India, un traductor, así que se vio obligada a vivir con él sin casarse, lo cual no se toleraba en la sociedad soviética. Contó ante todos que el gobierno soviético había perseguido a Brayesh Singh hasta llevarlo a la tumba. Se acordó de que la gente en Kalakankar le había dicho que Brayesh se había ido a Moscú en buena forma de salud y que su muerte los había sorprendido: «¿Qué le ha pasado? ¿Qué le han hecho?».

Los periodistas miraban a esa mujer expresiva, bella y vigorosa con unos llamativos ojos azul verdosos y el pelo corto de color encendido, las uñas

cuidadosamente pintadas y las cejas perfiladas, con un comportamiento tan espontáneo, como si estuviera sentada con una amiga en una cafetería y no hablando ante cientos de periodistas en una rueda de prensa, donde cada palabra suya podía ser mal interpretada y traerle consecuencias graves e imprevisibles. ¿Ésta era la hija de uno de los mayores tiranos del siglo XX?, se preguntaban y rebuscaban en su mente un título jugoso que encabezara el artículo que debía aparecer en el periódico al día siguiente.

El moderador, una conocida personalidad televisiva, con un peinado perfecto en su informalidad y con un traje que tenía cierto aire deportivo, concedió la palabra a un periodista bronceado con aspecto de deportista y con expresión inteligente:

—¿Cómo fue su infancia? ¿Cómo la trataban su padre y su madre y qué relación tenían entre ellos?

Svetlana habló de su madre, joven y delicada, de su melancolía, de la tosquedad de su marido, que le resultaba insoportable; de cómo, en los años veinte, se fue a tomar las aguas en el balneario de Mariánské Lázně, un episodio de trágicas consecuencias:

—Una persona de confianza me contó que justo después de que mi madre se fuera del balneario, su médico y amigo fue asesinado en su coche.

En la sala se hizo el silencio. Acto seguido, el moderador preguntó con una voz algo más débil:

—¿Cómo? ¿Estaba detrás la policía secreta?

Svetlana no pudo reprimir una sonrisa de tan inocente que le parecía la pregunta respecto a las circunstancias en los regímenes totalitarios.

—A mi madre, cuando todavía era universitaria, la policía secreta la seguía continuamente, tanto en Moscú como en el extranjero; igual que a mí.

—¿Nos puede poner un ejemplo? —preguntó vivamente una mujer morena y no muy alta con la nariz aguileña algo picassiana.

—¿Un ejemplo? Bien, le daré uno... Desde adolescente, siempre éramos tres en mis citas amorosas. A mis novios y a mí siempre nos seguía al menos un miembro del KGB.

Se quedó en silencio. No estaba segura de si debía continuar. Luego dijo con firmeza:

—Y entonces sucedió algo que jamás le he perdonado a mi padre, ni se lo

perdonaré.

Volvió a detenerse. ¿Realmente debía contárselo a esa gente a la que veía por primera vez en su vida?

La joven periodista de ojos vivos y la cara picassiana dijo implorante:

—No tiene por qué aclararlo, es un asunto privado suyo. Pero si decidiera compartir su vida con nosotros, realmente sabremos apreciarlo.

Tras esas palabras amistosas, Svetlana tuvo ganas de confiar su historia a esa gente sonriente y bien educada del país que hasta aquel momento tan bien la había acogido y del que pensaba ingenuamente que todos y cada uno de sus habitantes eran sus nuevos amigos. Tomó aire:

—Conocí a Alekséi Kapler, un famoso director de cine ruso, durante la guerra, cuando tenía casi diecisiete años y él cuarenta. Fuimos un par de veces juntos al cine y al teatro. En las celebraciones de la Revolución rusa, del 7 de noviembre, él me invitó a bailar un foxtrot. Me sentí cómoda bailando con él. Me preguntó por qué estaba triste y yo le contesté que hacía diez años había muerto mi madre. Le conté todo nuestro drama familiar. Kapler me traía libros: recuerdo uno de Hemingway y una enorme antología de poesía rusa. Aún hoy tengo grabados en la memoria los versos de Anna Ajmátova, Pasternak y Jodasévich, hasta el punto de que podría recitarlos aquí ante ustedes. Alekséi Kapler y yo salíamos a dar largos paseos por la nevada Moscú y nos encantaba estar juntos. Como ya he dicho, yo llevaba detrás a un espía, Mijaíl Klimov. Kapler siempre lo saludaba educadamente y a veces le ofrecía un cigarrillo; eso a Klimov lo sacaba de quicio. Nadie trataba así a los espías, ¿saben? He contado todo eso para contestar su pregunta.

—¿Y no podría decirnos qué pasó con usted y su amigo Alekséi Kapler durante la guerra? —preguntó una mujer menuda con el pelo largo y castaño y de rasgos suaves. Muchos en la sala asintieron, dando a entender que la respuesta también los interesaba.

—Lo que les acabo de contar pasó antes de la batalla de Stalingrado, ¿saben? Durante la batalla, Kapler tuvo que desplazarse a Stalingrado como corresponsal de guerra. Entonces, un día, yo estaba hojeando el periódico y encontré un artículo titulado «Cartas del teniente L. Desde Stalingrado: Carta primera», firmado por Kapler. En forma de carta de amor, mi amigo describía

lo que pasaba en el frente. Me asusté, y con razón, de que mi padre se enterara de algo. Por mi espía Klimov, por supuesto, recibía noticias de cada uno de mis movimientos, igual que de mis conversaciones telefónicas diarias con Kapler, que duraban una hora o más. En más de una ocasión, mi padre ya me había mostrado su disgusto con respecto a mi comportamiento.

—¿Y volvió Kapler de Stalingrado? ¡Hubo tantos muertos! —preguntó un joven con gafas.

—Sí, volvió de Stalingrado, él sí —contestó Svetlana.

—¿Y no nos puede decir qué pasó luego? —suplicó la periodista picassiana como una niña pequeña, sin pedir la palabra siquiera.

—¿Luego? —Svetlana se quedó pensando y calló. No quería descubrir demasiadas cosas de su intimidad ante unos extraños, pero por otro lado esos periodistas le resultaban cercanos y su interés la animó:

—A pesar del peligro que nos amenazaba, Kapler y yo volvimos a ir al cine, a la Galería Tretyakov, dábamos largos paseos. El 28 de febrero, día de mi cumpleaños, quedamos para despedirnos: Kapler tenía que marcharse a Tashkent para rodar una película. El 2 de marzo de 1943, cuando Kapler estaba a punto de partir, dos hombres lo detuvieron y se lo llevaron a la cárcel de Lubianka. Después de un juicio breve, cuyo veredicto fue el de considerarlo «espía de una potencia extranjera», lo condenaron a trabajos forzados en Vorkutá, más allá del Círculo Polar. Yo no lo supe.

—¿Y qué le ocurrió a usted? —preguntó el joven de gafas en voz muy alta y seria, para demostrar que no preguntaba por curiosidad sino para indagar en la verdad objetiva.

—El 3 de marzo, cuando me disponía por la mañana a ir al instituto, apareció de repente mi padre en mi habitación y, sin llamar a la puerta, entró en mi dormitorio. Tan pronto mi preceptora vio su actitud, salió volando y se quedó escondida en un rincón todo el rato que duró la bronca. Habitualmente mi padre no era de muchas palabras y escondía sus emociones, pero esa vez se ahogaba de la furia, con la cara violácea. «¿Dónde están? ¿Dónde están todas las cartas de ese... escritor?». Escupió esa palabra con el mayor desprecio posible. «¡Lo sé todo! Aquí tengo transcritas vuestras conversaciones telefónicas». Dio unos golpes en su bolsillo. «¡Dame las cartas! Tu Kapler es un espía británico. Pero no se ha salido con la suya, ¡ya

está entre rejas!». No había nada que hacer; tuve que abrir el cajón donde guardaba las cartas de Kapler y entregárselas a mi padre. Aparte de las cartas que me había escrito, había fotografías suyas dedicadas, cuadernos con notas, el guion de una película sobre Shostakóvich y, sobre todo, la larga carta de despedida que me dio el día de mi cumpleaños para que me acordara de él.

—¿Y cómo reaccionó usted? —preguntó la morena con rasgos suaves desde la primera fila cuando Svetlana se quedó en silencio.

—Cuando recuperé el habla, dije: «Lo quiero, papá». Y mi padre: «¡Lo quieres! ¡Uf! Mire, preceptora, qué bajo ha caído: estamos en guerra y ella se lo monta...», y utilizó palabras tan vulgares que no se pueden repetir. «¡No, no, no!», repetía mi preceptora, mi nana, asustada, protegiéndose la cabeza. «¿Cómo que no? ¿Cómo que no, si lo sé todo?». Luego me miró con aversión: «¿Has visto el aspecto que tienes? ¿Crees que alguien te puede querer? ¿A una chica tan fea? ¡Te has debido de volver loca! ¿Y además, él? ¡A los hombres como él, las mujeres se les enganchan como pulpos!». La frase «¿Crees que alguien te puede querer?» me hizo más daño que las dos bofetadas que luego me propinó, rabioso.

»Al volver del instituto, aún trastornada, me llamaron para que fuera a ver a mi padre: “Está en la sala de estar”. Sentado en su escritorio, desgarraba las cartas de Kapler, sus fotografías, sus cuadernos, tirándolo todo a la papelera. “Escritor —escupió de nuevo—: ¡Si ni sabe bien el ruso! ¡Como mínimo podrías buscarte a un ruso!”. Entendí que lo que más le molestaba a mi padre era que Kapler fuera judío.

—¿Y qué pasó luego? —quiso saber la morena—. Antes ha dicho que había algo que no le podía perdonar a su padre.

De nuevo tuvo la sensación de estar con amigos que se interesaban por ella porque la querían ayudar. Continuó en voz baja:

—Nunca perdonaré a mi padre que enviara a mi amado a trabajos forzados, más allá del Círculo Polar. ¿Me pregunta qué ocurrió más tarde? No le dije ni una palabra más. Sin despedirme, me fui a mi cuarto. Desde entonces nos distanciamos. Durante meses no nos hablamos. Solo en verano nos dijimos un par de palabras. Pero nuestra relación ya no volvió a ser la que había sido. Ya no volví a ser su querida hija.

—¿Y qué fue del señor Kapler? —preguntó en voz alta alguien que la

apuntaba con una cámara y por tanto no se veía. Tenía acento extranjero. «Un acento ruso», pensó Svetlana en una fracción de segundo.

—Sabe —empezó Svetlana en voz baja—, Kapler permaneció cinco años en Vorkutá. Es cierto que trabajaba allí en el teatro, pero seguía siendo un preso. Luego lo obligaron a que fuera a Kiev, a casa de sus padres, porque tenía prohibido poner los pies en Moscú. A pesar de la prohibición, y con gran riesgo, llegó sin embargo a Moscú. Eso fue en 1948. Lo pillaron y lo juzgaron. Esta vez lo volvieron a enviar a trabajos forzados al Círculo Polar, pero a un campo de concentración donde trabajó durante cinco años como minero. Lo soltaron solo después de la muerte de Stalin.

—¿Y se lo perdonó a su padre? ¿Fue capaz de hacerlo? —preguntó de nuevo la morena de la primera fila, completamente inmersa en la historia de Svetlana.

«Pero si hace un momento ha dicho que no lo perdonó», «¡Escuche bien!», «¡Más vale que pregunte otra cosa!», protestaron desde todos los lados las voces de los periodistas contra la pregunta de la morena, hasta el punto que el moderador, a desgana, tuvo que amonestarlos. Luego, durante largo rato, se arregló nervioso el cuello de la camisa naranja.

—¿Si se lo perdoné? —dijo pensativa Svetlana, que no tuvo en cuenta las protestas—. Mire: el 3 de marzo de 1953 estaba sentada junto a la cama de mi padre viendo cómo le costaba respirar; se estaba muriendo. Me acordé de Kapler. Habían pasado justo diez años desde que lo encerraron. Y diez años desde el día en que mi padre me dio dos fuertes bofetadas y luego me humilló y me ridiculizó.

—¿Y qué pasó con Kapler? ¿Lo volvió a ver? ¿Se reunieron otra vez después de tantos años? —suspiró de nuevo la morena, completamente arrastrada por la historia, como si ella misma la estuviera viviendo.

—Un año después de la muerte de mi padre, en un congreso de escritores en Moscú, nos encontramos en la recepción. Llevábamos once años sin vernos. Y parecía como si nos hubiéramos visto un día antes. Nos hallamos tan cercanos como antes. Eso nos resultó evidente a ambos, desde el primer instante. Pero nuestras vidas mientras tanto habían cambiado.

En la sala se produjo un silencio absoluto. Tras unos momentos, un joven rubio y tímido con gafas de grandes monturas se atrevió a preguntar en voz

baja qué le pasó a la madre de Svetlana.

Svetlana primero se quedó en silencio. Se volvió a hacer la misma pregunta: ¿debía compartir confidencias con unos extraños que podían entender mal su relato y escribir estupideces en sus periódicos? Pero al fin decidió que no se detendría a medio camino. Narró cómo su madre, Nadezhda Allilúyeva, primero quiso divorciarse, pero Stalin no se lo permitió; luego intentó alejarse de su marido y vivir en Leningrado con sus hijos en casa de unos parientes. El padre de Svetlana, sin embargo, estuvo a punto de ir a buscarla para traerla a casa, así que ella misma se le adelantó y volvió.

—¿En qué era tan malo su padre para la familia? —quiso saber la mujer con rasgos picassianos.

—A mi padre le gustaba humillar a todo el mundo. A sus colaboradores, a su familia. A mi hermano Yákov, hijo de su primer matrimonio, nunca le tuvo demasiado cariño y lo denigró tanto que mi hermano intentó suicidarse. Tras esa historia mi padre lo ultrajaba aún más: «No sabes nada, ni siquiera pegarte un tiro, idiota, inútil», le decía. Y entonces llegó esa noche, cuando... —empezó una frase. Pero se detuvo.

En la sala había tal silencio que si alguien hubiera dejado caer un imperdible se habría oído. Todos los presentes estaban pendientes de sus labios. Svetlana reflexionaba sobre cómo se había enterado aquella vez... Tenía dieciséis años. Estaba en casa leyendo periódicos ingleses y americanos a los que tenía acceso como chica de familia privilegiada. Leía *Life*, *Fortune* e *Illustrated London News*, por las noticias políticas y culturales y para practicar inglés. Dio con un artículo sobre su padre y su sorpresa se convirtió en horror: allá citaban como hecho que, en la noche del 7 al 8 de noviembre de 1932, la esposa de Stalin, Nadezhda, se había suicidado. Svetlana quedó conmocionada. Se fue corriendo tras su niñera y ésta le contó lo que había pasado en aquel entonces, cuando Svetlana tenía seis años. Durante una cena de gala, Stalin se volvió hacia su mujer y le dijo: «¡Oye, tú!», y ella protestó al respecto. Ninguno de los presentes supo reaccionar. Según las memorias de Jrushchov, Stalin se llevó a su mujer hacia la sala de baile tirándola del pelo. Pero ni la preceptora ni Svetlana se creyeron la versión de Jrushchov, que siempre exageraba. La brutalidad reiterada de su



padre, día tras día y año tras año, llevaron a la madre... a eso. Miró hacia la sala y dijo:

—Luego llegó la noche en que mi madre murió. —Y sintió que todos los presentes, los cientos de personas, sabían que habían encontrado a su madre con un revólver en la mano y una bala en la cabeza—. Cuando me enteré de cómo había sido, empecé a tener las primeras dudas sobre la bondad de mi padre y su sentido de la justicia. Tienen que darse cuenta de que mis dudas me parecían una blasfemia. Por una parte se trataba de mi padre, que, además, era el jefe del Estado, había una guerra y él era uno de sus grandes protagonistas. Pero no podía volver atrás. Entonces me di cuenta por primera vez de que Stalin era un gobernante cruel y despiadado, y en el entorno familiar era...

Ahora Svetlana vio claramente la compasión en algunos de los rostros. Pero solo en algunos. En ese instante se dio cuenta de que no estaba en una cafetería con unos viejos amigos y que no debía dejarse seducir por el deseo de tener nuevas amistades para combatir la soledad del nuevo país. Se esforzó en ser lo más objetiva y ponderó cada palabra que decía:

—Mi madre solía protestar contra la política de mi padre. Le mostraba tajantemente su desacuerdo con sus métodos. Cuando apareció en escena Beria, el animal más sanguinario que jamás ha vivido, según se demostró más tarde, mi madre desde el principio se revolvía contra él ante su marido. «Muéstrame hechos», le dijo Stalin. Pero mi madre solo sabía que Beria era un desalmado capaz de todo, se lo había leído en la cara. Beria se quedó, y mi madre se fue.

Se quedó quieta. Los periodistas respetaron su silencio. Al cabo de un instante añadió:

—Después de la muerte de mi madre, mi padre parecía haberse vuelto loco. Nunca más lo vi alegre como antes. Y quizá por eso se convirtió en un dictador sangriento que, durante las ejecuciones, se reía del miedo a la muerte inscrito en las caras de los condenados. Reía a mandíbula batiente y con ello los humilló en el último instante de su vida —dijo Svetlana casi susurrando e hizo una pausa—. Se endureció contra la gente, que odiaba porque ellos vivían, mientras que su mujer, a quien amaba a pesar de todo, estaba muerta. Varios años después de la muerte de mi madre hizo encerrar a todos los

parientes de ella y los envió a campos de concentración; la mayoría de ellos murieron allí, algunos fueron ejecutados.

Un periodista enérgico con una espesa melena blanca preguntó cómo era Stalin como padre: ¿educó correctamente a su hija y la preparó bien para la vida?

—Después de la muerte de mi madre, mi padre me necesitaba —explicaba Svetlana—. Nos escribíamos a menudo mensajes breves y pequeñas cartas; mi padre se había inventado el juego de la regenta (o sea yo) y su secretario (él). Consistía en que yo le daba órdenes y él las debía cumplir. Pero todo empezó a cambiar cuando crecí, aunque seguía siendo una niña. «¿Qué significa esto, dónde vas desnuda?», me soltó una vez cuando en la primavera me vio con calcetines blancos y una falda justo por encima de las rodillas, como llevaban entonces las niñas de mi edad.

—¿Cómo reaccionó usted? Yo no sé qué haría —dijo una periodista con un mikado gris y una gran serpiente dorada en la solapa de su chaqueta negra.

—Me alegro de que lo diga, porque yo tampoco supe qué decir. Mi padre ordenó a mi preceptora que con las viejas camisetas de él, me confeccionara unos calzones tan largos que me cubrieran las rodillas y que, además, me alargara la falda hasta la mitad de las pantorrillas. Objeté inútilmente que todas las chicas llevaban la falda igual de larga que yo. Mi padre se enfureció y su ira crecía minuto a minuto. «Papá, ¡pareceré un bufón! ¡Todos se reirán de mí! ¡No puedo salir con esos calzones puestos!», dije llorando, yo, que parecía grande y adulta para mi edad. «¡Mi hija no saldrá desnuda a la calle!», gritó, y cerró la puerta tras de sí dando un portazo. Desde entonces fue él quien controlaba todo mi vestuario: si era un vestido ceñido en la cintura, me arrancaba el cinturón; si se veían un poco las rodillas, debía ponerme una falda larga como de señora mayor. Una vez me arrancó la boina de la cabeza: «¿Qué es esta mierda? ¡Llevarás sombrero, y no esta porquería!», aunque las jóvenes de la ciudad llevaban solo boina.

Svetlana sonrió brevemente, para que su historia sonara menos trágica.

—Luego me enteré por una mujer georgiana que los viejos en Georgia no toleran las faldas por encima de las rodillas, las mangas cortas ni los calcetines ni medias, ni mucho menos una camiseta sin mangas.

—¿Y su padre iba con cuidado al menos delante de los demás? —

preguntó la chica picassiana de ojos vivos.

A Svetlana le volvió a parecer que charlaba con una amiga sentada en un banco de un parque y continuó narrando:

—En las cenas solemnes, a las que tenía que acudir vestida de largo y llevar las rosas que mi padre me hacía enviar, delante de todos los presentes, mi padre solía soltarme: «No puedes imaginarte la pinta ridícula que tienes», o «Tú, asquerosa», o «Espantapájaros». Para una adolescente como yo, eso significaba un golpe y mi autoestima caía cada vez más bajo. Me daba cuenta de que a mi padre no le gustaba mi aspecto: debía desear que dejara de ser una adolescente desgarbada y que me pareciera a su esposa difunta, una mujer delicada, hermosa y atractiva. Desde que me fui de su casa me gusta llevar faldas cortas: ésta es mi rebeldía contra mi padre. Poco después, empezaron a disgustarle también mis opiniones. A cada oportunidad me demostraba sin tapujos que no solo no era atractiva, sino también tonta. Yo estudiaba sobre todo idiomas, como mi madre había querido que hiciese: aprendí a hablar con fluidez inglés, alemán y francés, pero pocas veces tenía la oportunidad de usarlos.

—¡Pero si recibían visitas del extranjero! —se oyó al hombre oculto tras la cámara, que hablaba con un marcado acento extranjero.

—Sí. Pero la mayor parte de las veces yo no entraba en contacto con los visitantes. Una vez mi padre me invitó a estar presente, cuando tenía a Winston Churchill de visita; entonces también me puse de largo y me arreglé con esmero. En esa recepción mi padre me dio un par de rosas ante su invitado; recuerdo que Churchill canturreó: *My love is like a red, red rose*. Pero mi audiencia solo duró unos momentos y ni siquiera me animaron a hablar; mi padre debió invitarme para mostrarse ante Churchill como un ser humano que tiene familia.

El periodista simpático de melena blanca volvió a levantar la mano:

—Puedo confirmarle que su padre consiguió darle una buena impresión al primer ministro británico. Es sabido que Churchill lo apreciaba, escribió sobre él con afecto y admiración en su diario y en su correspondencia. Y díganos también, por favor, ¿qué pasó con su hermano Yákov, prisionero de guerra en Alemania, a quien los alemanes estaban dispuestos liberar junto con otros prisioneros soviéticos? Ofrecieron a Yósif Stalin un intercambio

por los prisioneros de guerra alemanes que cayeron presos en la batalla de Stalingrado. ¿Por qué su padre no aceptó la propuesta y permitió que su hijo muriera junto con otros soldados soviéticos?

Svetlana reflexionó. Luego dijo muy seriamente:

—He pensado muchas veces en ello. Ahora lo veo así: mi padre era consciente de que su hijo era prisionero de guerra, pero simulaba no saberlo. Tenía la sensación de que si fingía que no sabía nada, la cuestión ni siquiera existiría. Tenía la costumbre de esconder la cabeza en la arena como un avestruz. Nunca quiso saber nada de su familia, como si no existiera. Se lavaba las manos, y con eso nos borraba a todos de su memoria. Tiene razón, rechazando el intercambio de los alemanes envió a Yákov a la muerte. Y, así, no solo lo traicionó a él, sino también a muchos soldados soviéticos.

—¿Le dijo algo alguna vez?

—Solo una vez. En el verano de 1945, cuando ya había terminado la guerra, me dijo con un tono de disgusto, asqueado: «Los alemanes han fusilado a Yasha (así llamábamos en casa a Yákov). He recibido las condolencias de un oficial belga, testigo ocular. Y poco después los americanos han liberado a todos los prisioneros rusos». Y ya no volvió a tocar el asunto. Nunca le tuvo cariño a la hija de Yákov, porque la madre de la niña era judía.

Los periodistas estaban quietos, ni respiraban.

El moderador se acarició la barbilla y anunció que había pasado el tiempo asignado; intentó añadir una broma:

—A esta hora ya es difícil que nos den de comer en ninguna parte. ¡Pero hemos de intentarlo, todos estos horrores nos han matado el hambre!

Los presentes se rieron aliviados, Svetlana con ellos. Se oyeron decenas de clics al apagarse los magnetófonos, grabadoras y cámaras de televisión, chirriaron las sillas.

Luego, durante largo rato, los periodistas, entusiasmados, aplaudieron de pie a Svetlana.

Antes de la cena, el señor Johnson preparó tres martinis y encendió la chimenea; éste era su ritual diario. Había fotografías enmarcadas de la recientemente fallecida señora Johnson que adornaban la chimenea. Cenaban con velas cuyas pequeñas llamas conferían a la cena un carácter festivo y a Svetlana después de ese día agotador, la calmaban. El señor Johnson prometió que cenarían así todos los días; de hecho, su difunta esposa también encendía las velas antes de cenar, y los candelabros de plata los había dispuesto ella encima de la mesa. Priscilla, una joven taciturna, se ofreció a comprar velas largas aromáticas.

Después de cenar, Svetlana, acompañada por los Johnson, miró en la televisión su intervención en la conferencia de prensa. Vio su vestido con minifalda según la última moda, pero le costó reconocer su voz y sus gestos, que le parecieron teatrales aunque atractivos. «Ésa no soy yo —pensó—. No, no soy yo, esa joven tan apuesta, tan segura de sí misma y al mismo tiempo discreta y elegante; no puedo ser yo».

—Ésa no soy yo —suspiró en voz alta.

—Sí, ésta eres tú, tan guapa —dijo Priscilla. Y enseguida se levantó y se marchó.

A Svetlana le pareció que Priscilla había pronunciado esas palabras con demasiada frialdad para ser sincera.

## 7

Por la noche Svetlana no pudo dormir. Soñaba que su padre la amenazaba y le gritaba y justo después le regalaba rosas, la acariciaba tiernamente y le susurraba: «¡Cielito, pequeño ruiseñor!». Se despertó, pero volvió a caer en un sueño profundo lleno de pesadillas. Por la mañana no se levantó hasta tarde. Cuando por fin lo hizo, estaba tan débil que para caminar tenía que apoyarse en la pared.

Para desayunar se preparó una tostada, acompañó el primer mordisco con té y no pudo seguir comiendo. Tenía la cabeza espesa y se sentía igual que un convaleciente tras una larga enfermedad.

Priscilla, con la que solía encontrarse solo durante la cena, entró en la cocina y le preguntó qué le pasaba, pero Svetlana no fue capaz de contestarle en inglés. Se lo dijo en ruso, ya que, de hecho, estaba hablando con su traductora. Pero Priscilla hizo ver que no la había oído y acto seguido volvió a subir a su despacho, seguramente para dedicarse a la traducción del libro de memorias. Svetlana tenía muchas ganas de echarle un vistazo a la traducción de su manuscrito, de leer sus frases traducidas al inglés, pero después de esa escena no se hubiera atrevido a pedirselo a Priscilla. Además, tenía miedo de molestar a sus anfitriones.

Después del desayuno, Svetlana entró en la sala de estar; esperaba que la calma y la penumbra la tranquilizaran y mitigaran su dolor de cabeza. Se sentó en un mullido sillón, sin pensar en nada, tan solo mirando las flores de la magnolia que llenaban el alféizar de la ventana. La asistenta lavaba la vajilla en la cocina, y esos ruidos del agua corriendo despertaron en Svetlana la sensación de calma doméstica. Solo dos veces en su vida se le concedió una atmósfera familiar como aquella, pensó: primero, durante la vida de su madre; luego, con Brayesh Singh. Él preparaba la cena todos los días, entonces se esparcía por la casa un agradable olor a especias indias. Luego sus hijos lavaban los platos; Katia tarareaba y Brayesh le enseñaba a cantar con voz aguda las canciones de las películas indias; siempre se morían de risa. Svetlana suspiró tan profundamente que el tapete de encaje de la mesita de café se agitó un poco.

Alguien llamó al timbre.

—¡El cartero! —exclamó Priscilla desde arriba.

Svetlana fue a abrir.

Dos carteros colocaron sobre la alfombra de la sala de estar una gran caja llena de cartas, postales y telegramas; luego volvieron al coche y trajeron tres cestas llenas de flores.

—Para la señora Allilúyeva —anunciaron, deformando el apellido de Svetlana.

Cada media hora entraban en la sala de estar cajas llenas de cartas y cestas de flores. Svetlana decoró con ellas todas las habitaciones.

—Así acostumbraba a hacerlo todas las mañanas en la India, en Kalakankar, ¿saben? —les explicó a Priscilla y a su padre durante el almuerzo.

Más y más ramos y ramilletes aromáticos de rosas y narcisos, geranios y muguetes, violetas y lirios, lilas y crisantemos de diversos colores llegaban a casa para Svetlana. Ya no había dónde ponerlos. Svetlana obsequió con ellos a la asistente, al jardinero, a los dos hombres de la escolta que la había asignado el gobierno americano, y hasta a los carteros. Pero iban llegando todavía más ramos. Propuso riendo abrir una floristería y pidió el puesto de vendedora. Decidieron colocar las flores en el garaje, donde el ambiente era fresco. Svetlana se dirigió allí con varios ramos de rosas, cuando delante de ella apareció de un salto, como una figura de una caja sorpresa, un joven moreno de pelo rizado con una cámara de fotos, se inclinó delante de ella, se reclinó, fotografiando a Svetlana sin parar de apretar el disparador. Ella tuvo que huir hacia la casa tapándose la cara y no pudo volver a salir.

Empezó a leer las cartas.

«¡Bienvenida a Estados Unidos!»

«Espero que en nuestro país por fin encuentre paz y felicidad»

«¡Que Dios la bendiga!»

«Vinimos hace cuarenta años y ahora es nuestro país. Aquí hará muchos amigos. Sus hijos lo entenderán. ¡Feliz estancia!»

Pero también había cartas muy distintas:

«¡Lárgate a tu país, perra roja!»

«¡Estados Unidos no es para la peste roja ni para la familia de Stalin!»

«Nuestra perra es mejor que tú, ¡ella al menos cuida de sus hijos!»

«Ni siquiera has aprendido a hablar inglés sin acento, ¡lárgate de vuelta a Rusia!»

Sin embargo, hubo pocos mensajes malintencionados.

Al principio la emocionaba cada una de las líneas amables, pero luego se puso a reflexionar sobre las otras: ¿y si tenían razón? ¿No era realmente como madre peor que una perra callejera? Se obligó a concentrarse en las cartas benevolentes.

Aunque no dejaba de dolerle la cabeza, se llevó una caja de cartas a su habitación y empezó a contestarlas. En cuatro horas vio que había contestado una parte tan pequeña de la correspondencia que ni se notaba entre toda esa cantidad. Eso la desesperó. No podía permitirse pagar a una secretaria y ella misma, ni trabajando dieciséis horas al día, llegaría a despachar toda la correspondencia.

Aparte de desearle todo lo bueno y todo lo malo, le caían decenas de invitaciones de las más diversas universidades de todo el país, de organizaciones religiosas y filosóficas —entre ellas el Ashram Vedanta, especializado en la interpretación de los antiguos tratados hindúes, en la costa californiana, que le llamó la atención de una manera especial—, de muchas emisoras de radio y canales de televisión posibles pidiéndole una entrevista, una conferencia, una participación en un debate sobre la Unión Soviética, sobre las mujeres soviéticas, sobre la sociedad soviética.

Como consecuencia de la muerte de su madre, Svetlana había sufrido durante muchos años ataques de angustia y ansiedad. Ante la mera idea de mantenerse de pie frente a una enorme sala llena de gente empezó a temblar. Eso sucedía solo a veces. En otras ocasiones, se encontraba tranquila. Nunca podía predecir qué le ocurriría. Por un lado, era capaz de imaginarse los nervios que pasaría; por otro, le parecía poco ético construirse una carrera gracias al hecho de proceder de un determinado país y de ser hija de su padre. Le daba pena decepcionar a todas esas personas e instituciones a las que su intervención televisiva les había parecido destacable y querían aprender algo de ella.

Bajó a la sala de estar, se acercó a la ventana y fijó la mirada en la magnolia en flor. Pero ni siquiera la vio, tan concentrada estaba en sus pensamientos. En ese momento, se arrepentía de haber asumido una carga tal vez demasiado pesada. Se sentía como si hubiera salido al escenario de una ópera frente a un auditorio lleno y de repente no encontrara la voz. Presentía un ataque de ansiedad. Empezó a sudar, aunque el día era frío, de abril, y en



la casa no tenían puesta la calefacción. Pequeños ríos de sudor corrían por su espalda. Sintió vértigo, le pareció que iba a caerse. Se sentó en un sillón, pero tenía la sensación de que el techo caía sobre ella. ¡Fuera, a la calle!, pensó, y corrió hacia la puerta. Pero entonces recordó al fotógrafo que la había asaltado por la mañana y se quedó en casa. Durante la cena se esforzó en comer, pero no pudo tragar ni un bocado. Su anfitrión, el señor Johnson, la miró con compasión; Priscilla no paraba de preguntarle cómo estaba, pero se mantuvo distante, sin mostrar ningún atisbo de comprensión. Cuando Svetlana se excusó por su jaqueca y se levantó de la mesa, lo consideraron una falta de educación. El señor Johnson la despidió con frialdad y reserva, y Priscilla dijo «Buenas noches, querida», sin dirigirle una mirada.

En su habitación estuvo muy inquieta, andaba de un sitio a otro. Susurraba algo para sí misma. Al final se dio cuenta de que era el poema «Hamlet», de Borís Pasternak, que había descubierto en el apéndice a *El doctor Zhivago* como uno de los poemas de Yuri Zhivago. Desde que estuvo en Roma y en Suiza, Svetlana había releído muchas veces este poema cuyo sentido nunca había comprendido tan bien como hoy:

Se aquieta el ruido. Salgo a escena.  
Reclinado en el quicio de la puerta  
intento captar en el eco distante  
lo que en mi tiempo ha de ocurrir.

Me apunta la oscuridad nocturna  
y soy el eje de mis anteojos.  
Si es posible, *Abba*, Padre mío,  
concédeme no tomar de este cáliz.

Amo tu designio obstinado  
y acepto interpretar este papel,  
pero ahora se representa otro drama,  
prescinde de mí esta vez.

Mas fijado está el orden de los actos,  
y el fin del trayecto es ineludible.  
Estoy solo, se ahoga todo en falsedad.  
*No es la vida un camino de rosas*<sup>[1]</sup>.

Unos días después, Priscilla tenía una reunión a primera hora de la mañana en una editorial de Manhattan para hablar sobre el libro de Svetlana, en cuya traducción trabajaba diariamente durante largas horas. Fue en coche y Svetlana la acompañó con gusto. Cuando pasaban delante de una tienda de zapatos italianos, Svetlana bajó; se encontraba en la calle Setenta Este con la avenida Madison. Se despidió de Priscilla indicándole que la volvería a encontrar delante del Museo Metropolitano, que quedaba en el barrio y era un punto de referencia fácil de encontrar. «A las cuatro», dijo Priscilla, cerró la ventanilla del coche y arrancó.

Después de probarse toda clase de calzado durante largo rato, escogió unos pequeños zapatos negros como de bailarina; eran impermeables y además le hacían el pie fino y ligero. Salió con sus bailarinas puestas a pasear sin rumbo por las calles de ese barrio, donde admiró los tulipanes de todos los colores, plantados en grandes macetas cuadradas.

Aparte de las flores, algo en la calle le llamó la atención. No podía entender de qué se trataba, qué le parecía tan inhabitual. ¡La gente, sí! La gente allí era diferente. Tenía otra postura corporal que la que Svetlana se había acostumbrado a ver desde pequeña en Moscú. Aquí la gente caminaba recta por la calle, con la cabeza erguida, segura de sí misma, feliz, satisfecha y bien alimentada.

Con sus zapatos nuevos Svetlana se elevaba por las calles que se habían convertido en un jardín primaveral. Se dio cuenta de que exiliarse le había proporcionado ligereza; podía hacer lo que quisiera, ir adonde le apeteciera, vivir a su aire, mientras que en Rusia se sentía pesada porque todo, desde un sello oficial hasta la ropa moderna, era difícil de conseguir y nadie podía cambiar la vida que le habían organizado. Aparte de sus hijos, no estaba apegada a nadie ni nadie estaba apegado a ella. Tenía una libertad ilimitada. Se detuvo frente a un flautista callejero y escuchó durante unos momentos la suave y mágica melodía de su instrumento. Entró en un pequeño café en la

calle Sesenta y seis Este, de donde, si uno se asomaba, se podía apreciar el Queensboro Bridge por el que Svetlana quería atravesar luego el East River para llegar a Roosevelt Island. Si entró en el café fue sobre todo por su nombre, Java Girls. En la barra pidió un capuchino, a los que se había aficionado en Roma y luego en Suiza, espolvoreado con chocolate rallado. Se lo llevó a una pequeña mesa de madera en un rincón junto a la ventana, donde tenía una vista privilegiada de toda la cafetería y de la calle, incluido un árbol repleto de flores blancas.

Tras unos momentos, en la mesa de al lado se sentaron tres chicas que llevaban vestidos ligeros, de verano. Svetlana saboreó tanto el café con espuma como la visión de las chicas llenas de frescura, sin escucharlas especialmente. Solo cuando una de ellas, vestida con una graciosa minifalda que contrastaba con la expresión seria de su rostro, dijo: «He dejado de tratar con mi padre», Svetlana empezó a interesarse por el tema de conversación. Para disfrazar su interés, sacó de su bolso un cuaderno, en el que apuntó las impresiones de la mañana.

—¿Por qué, Anaïs? —preguntó la chica que estaba más cerca de Svetlana. Tenía el pelo ondulado y largo, y en su nariz, parecida al pico de un ave de presa, mientras hablaba le bailaban las gafas.

—No me entiendo con él.

—¿Y nada más?

—No lo soporto.

—Ejem...

—Mis padres se divorciaron cuando tenía quince años, ¿sabes?

—¿Y tu madre?

—Mi madre es mejor. Pero a mi padre no quiero ni verlo —dijo Anaïs. Mientras hablaba, con una expresión inflexible dibujaba con una uña una imagen en la mesa de madera.

—¿Por qué no os entendéis? Mis padres también se separaron y no fue nada divertido, pero al menos me esfuerzo, ya que ellos no lo hacen.

—Me fui de París para interponer el océano entre mis padres y yo —dijo entonces Anaïs, la de la minifalda bien doblada debajo de la mesa—. Me casé con un americano y tenemos dos hijos. Voy a París solo excepcionalmente, por Navidad. Mi padre siempre repite lo que yo digo, pero deformándolo para

que parezca tonta: para los demás, pero también para él mismo. Estoy decidida a no verlo más.

La chica del perfil de pájaro dijo algo, pero Svetlana no captó su comentario. Anaïs le contestó:

—Sí, más o menos así es, sí, Becky. Seguramente eso ayuda a mi padre, tienes razón. Tengo miedo de acabar divorciándome yo también y que lo paguen mis hijos. Que la historia se repita.

Becky empujó las gafas hacia arriba de la nariz y se acarició el pelo tras las orejas; luego tomó aire y empezó a contar su historia:

—Cuando mis padres se divorciaron, mi madre me llevó al nuevo piso con ella. Yo estaba contenta pensando que seríamos amigas. Pero ella no encontraba tiempo para mí. Simplemente nunca estaba en casa. Era peor que vivir sola. Así que me fui a vivir con una amiga y ahora mi madre lo intenta todo para volver a ganarse mi confianza. Pero yo ya no me hago ilusiones sobre su amistad. De vez en cuando salimos a comer, otras veces vamos al cine o a tomar un aperitivo antes de cenar. Pero vivo mi propia vida y no la comparto con ella.

Svetlana volvió a guardar el cuaderno en su bolso, y se levantó para salir. Mientras caminaba entre las mesas hacia la puerta, se dio cuenta de que las tres chicas, que le parecían despreocupadas con sus vestidos ligeros y soleados, estaban pensativas y con la mirada perdida. Nada es lo que parece. Svetlana hubiera preferido unirse a las tres chicas y confiarles sus preocupaciones: que ella también había tenido problemas con su padre, que apenas había conocido a su madre, que no sabía nada de sus hijos, y que quizá sus hijos estaban tan enfadados con ella como esas chicas con sus padres. Apesadumbrada, salió a la calle para dirigirse a Roosevelt Island.

## 10

Más tarde volvió y entró en la librería Shakespeare & Company en la avenida Lexington. Por los alrededores iban y venían melencólicos estudiantes universitarios del Hunter College con sus ondulantes camisetas indias, en las

que Svetlana reconoció la sílaba sánscrita *Om*, y alumnas con sandalias planas, faldas ligeras de colores que llegaban al suelo y larguísimos collares que se balanceaban por debajo de sus cinturas. En la librería vio tal cantidad de libros que sintió que iba a marearse. Le parecía que debería estar hasta la noche clasificando esos libros para escoger los que quería leer, como Cenicienta cuando separaba los guisantes de las lentejas. Luego se tranquilizó y se propuso comprobar si la librería era realmente buena. Buscó a Dostoievski: tenían todas sus novelas más importantes. Lo mismo con Tolstói, con Turguénev. Se fijó en la cantidad de clásicos y contemporáneos americanos y europeos, en los estantes dedicados a la literatura asiática. Allí compraría los libros que le había aconsejado Brayesh, los encontraría sin ninguna duda. Escogió *El maestro y Margarita*, de Bulgákov, en inglés, una novela que estaba prohibida en la Unión Soviética. Fue a pagar, no había una de esas colas como aquellas a las que estaba acostumbrada en las librerías moscovitas. Solo entonces se dio cuenta de que la librería estaba vacía. Los estudiantes paseaban por las calles, pero no entraban en la librería. ¿Cómo era posible? Debía preguntárselo a Priscilla, o aún mejor al señor Johnson. Priscilla se pasaba la vida encerrada en su despacho, tan ocupada estaba con la traducción de su manuscrito; el editor tenía prisa y ella estaba inquieta. En cambio, el señor Johnson siempre tenía tiempo para ella.

## 11

A las cuatro en punto Svetlana, luciendo sus bailarinas nuevas bajó corriendo la amplia escalera delante de la entrada principal del Museo Metropolitano y, tal como habían quedado, subió al coche de Priscilla. La traductora estaba nerviosa porque el editor le reclamaba la traducción en un tiempo récord. Svetlana la escuchó y le supo mal por ella. Para distraerla, le enseñó sus nuevos zapatos.

—Preciosas, como para una muñeca, ¿o tal vez para una niña? —dijo Priscilla con dulzura. Pero Svetlana vio que los ojos le ardían.

Estaba segura de que no iba vestida de forma excéntrica. Sin embargo,

titubeó. Se sentía como cuando era pequeña, se situaba delante de su padre y él la reprendía por una ropa demasiado moderna. Notó un pinchazo en el estómago. Priscilla siguió hablando, pero Svetlana no escuchaba.

Llegaron a casa. Svetlana se moría de ganas de que Priscilla le enseñara la traducción de los primeros capítulos, que le pidiera consejo y le preguntara por los pasajes de los que no estaba segura. Como tantas otras veces, deseó con todas sus fuerzas poder leer sus frases en inglés. Pero Priscilla se encerró rápidamente en su despacho.

Encima de la mesa del comedor, a Svetlana la esperaba una carta de su hijo. Abrió el sobre y leyó:

Mamá:

Cuando me llamaste desde Suiza y oí lo que tenías que decirme no supe encontrar las palabras adecuadas para explicarte lo que pensaba. Tardé varios días en pensarlo todo. Nada es tan fácil como parece.

Desde el día en que te fuiste, Katia ha sufrido lo indecible.

Puedes estar segura de que entendí lo que dijiste sobre aquello de que no eres una turista y después de todo lo que ha pasado no me apetece lo más mínimo convencerte de que vuelvas.

Deberías saber que tus consejos —que tengamos valor, nos mantengamos los tres unidos y sobre todo cuidemos de Katia— me parecen extraños, por usar una palabra suave. Tenemos buenos amigos que pueden aconsejarnos y ayudarnos. Al contrario, tú con tu acción te separaste de nosotros y por eso permítenos que vivamos a nuestra manera y no según tus consejos.

De nuevo quiero enfatizar que no juzgo lo que hiciste. Pero, a causa de ello hemos tenido que soportar todo tipo de cosas, espero que nos permitas que a partir de ahora vivamos nuestra vida como nosotros consideremos oportuno.

Piensa en todo esto y sobre todo intenta entendernos a nosotros.

YÓSIF

## 12

Se imaginó a sus hijos en el apartamento, obligados a enfrentarse a llamadas de teléfono, peticiones de entrevistas, fotógrafos molestando en cada esquina, las autoridades comunistas dándoles instrucciones exactas de qué decir en entrevistas cuidadosamente escogidas, funcionarios comunistas que los amenazan, amigos maliciosos, la policía secreta rebuscando en cada cajón y debajo de los colchones los cuerpos del delito.

«Desde el día en que te fuiste, Katia ha sufrido lo indecible».

Era como si su hijo hubiera escrito esa frase con tinta roja. Katia sufría como había sufrido ella, Svetlana, cuando perdió a su madre. Se echó a llorar. ¿Lloraba por Katia o por sentirse víctima de su propia madre que la había abandonado? No lo sabía. Quería irse, lejos. Pero ¿adónde? A un monasterio, se dio cuenta de repente. A un monasterio en el bosque, repetía mentalmente, donde no podría recibir cartas, lejos de todas las autoridades. Lejos del mundo en el que no quería vivir. Lejos de la curiosidad disfrazada de amabilidad. Lejos de los que escudriñaban en su rostro los rasgos de un dictador.

## 13

La mañana siguiente, en el periódico encontró sus fotografías. Aunque cuando paseaba por Manhattan el día anterior no vio a ningún fotógrafo, el periódico estaba lleno de imágenes en las que Svetlana se probaba unos zapatos, bebía café y tomaba notas, mordía un bocadillo en la terraza de una cafetería. Subió a su cuarto, cerró las contraventanas y bajó las persianas, se encerró con llave. Priscilla llamó a su puerta varias veces y le preguntó si estaba bien.

—Sí —contestó Svetlana lacónica, también en voz baja. Su voz, sin embargo, revelaba lo contrario. Al no presentarse a comer ni cenar, Priscilla cada vez puso delante de la puerta de Svetlana una taza de té y un plato con una tarta de manzana o de cereza.

Así pasaron dos días.

Al tercer día, el señor Johnson llamó a su puerta enérgicamente. Cuando Svetlana le abrió con los ojos enrojecidos e hinchados, él le guiñó un ojo conspirativamente:

—¡Venga, nos largaremos juntos!

Durante el desayuno, el señor Johnson bromeó acerca del coche de policía aparcado frente a la puerta y se rio de los guardaespaldas de Svetlana y de los periodistas escondidos detrás de un arbusto de su jardín. Después del

desayuno frugal fueron al garaje, subieron como un relámpago en el Chevrolet blanco del señor Johnson y salieron a la calle a toda velocidad.

—¡Que se diviertan persiguiéndonos!

Le hizo un guiño pícaro como un niño a la salida del colegio.

Pasaron por lugares encantadores de Long Island con nombres sonoros como Oyster Bay, Locust Valley o Mill Neck. Almorzaron en un pequeño restaurante con vistas a un jardín, donde florecían manzanos, y luego se pasaron la tarde entera caminando junto al océano.

Svetlana dejó de lado sus preocupaciones. Le contó al señor Johnson que este año había vivido tres veces la primavera. La primera vez fue en la India: aunque allí florecían rosas y gladiolos durante todo el invierno, a finales de febrero, entre las hojas oscuras de los mangos, habían aparecido unas flores con forma de cepillos; desde ese momento, floreció todo lo que podía hacerlo; cada pequeño arbusto, cada rama, cada brizna de hierba se cubrió de flores de colores maravillosos. En Suiza la primavera llegó a finales de marzo, con forsitias amarillas y jacintos violetas, con negros nubarrones, viento y heladas por las noches y mañanas azules y soleadas. En Estados Unidos, la primavera no llegó hasta mayo: de repente todo se envolvió de colores blancos y rosas y las lilas desprendían su fragancia, y con el calor la gente revivió: en los bancos de los parques empezaron a tocar la guitarra, en los prados jugaban a *frisbee*, se vestían de pleno verano.

—¡Tres primaveras en un año! —gritó feliz Svetlana, mientras hacía correr al señor Johnson por la playa hasta que el deportivo y atlético setentañero se quedó sin aliento.

## 14

En esa época, a Svetlana la perseguía el mismo sueño recurrente: estaba en Moscú y quería marcharse a Estados Unidos, a casa de los Johnson, a su nuevo hogar. Pero apenas llegaba al control de pasaportes, la retenían y no la dejaban pasar. Ella se daba cuenta de que tenía que entrar en el avión, de que ya no quería vivir en Moscú. Sabía que eso para ella era vital. Pero varios



policías armados le obstruían el paso y no la dejaban embarcar. Ya anunciaban su vuelo por megafonía y ella no podía pasar.

Se despertaba empapada en sudor.

Quería contárselo a alguien, o escribirselo. Pero ¿a quién? Su amiga Marina estaba en Moscú, la carta no le llegaría nunca. Igual que a Berta; pero a ella, después de la última llamada, ya no le escribiría más.

## 15

20 de julio de 1967

Querida Marina:

Te envío esta carta por medio de George Kennan, que pasará una breve temporada en Moscú. Me fui de casa de los Johnson y por desgracia no pude hablar con Priscilla sobre la traducción; por lo visto, aún no estaba lista para enseñarla. Lo lamenté mucho. Se ha ido de vacaciones con su marido. Yo ahora estoy en la casa de veraneo: en la granja de la hija de los Kennan, Joan, su marido Larry y sus dos hijos. Paseo por los campos, ayudo en las tareas de la casa, cocino y contesto las cartas que me llegan por kilos. Me voy acostumbrando a Estados Unidos, todo es agradable y aunque con mucha frecuencia me asalta la soledad y me pesa mi vida sin hijos, sin marido y en el fondo sin verdaderos amigos, estoy contenta.

Mejor dicho, estaba entusiasmada. Ahora tengo la cabeza llena de preocupaciones. Porque al fin, Marina, Moscú ha reaccionado.

Acabábamos de sentarnos a cenar, encendimos unas velas, cuando por la radio se oyeron las noticias: «Hoy en una rueda de prensa en las Naciones Unidas el presidente del gobierno soviético Kosyguin ha anunciado: “Svetlana Allilúyeva es moralmente inestable y está mentalmente enferma. Lo siento por los que quieren utilizarla para su propaganda política”».

Joan y Larry soltaron una carcajada. Marina, te costará creerlo, pero ni siquiera me sorprendió lo que dijo Kosyguin, no me cogió desprevenida, sobre todo no dejé que me estropeara una cena agradable. Con Joan y Larry aún nos reímos durante un buen rato, charlamos y nos bebimos la botella de vino. Para que te hagas una imagen de esta familia: Joan es una mujer joven y fina, habla y se ríe como si fuera de otro mundo, pero es práctica y sabe lo que quiere; su marido hace lo que lee en sus ojos y parece como si viviera solo para ella.

Pero esto, Marina, solo fue el principio de una enorme campaña. Leyendo la prensa al día siguiente, me enteré de que he pasado toda mi vida en manos de psiquiatras, que tengo elevadas exigencias sexuales, que me engalano con diamantes de la familia imperial de los Romanov y que como de sus platos de oro, que en 1939 estuve personalmente presente en la firma del pacto Molotov-Ribbentrop (y según ellos era milagrosamente adulta: ¡en esa época solo tenía trece años!), que mi padre me pedía consejo sobre todos los temas, que llevaba regularmente el dinero familiar a Suiza. Ahora los periódicos americanos y europeos se especializan en escribir sobre mí mentiras e inventos como éstos. Los lectores me envían recortes, a veces con su propia respuesta polémica.

Ha aparecido un tal Victor Louis, ciudadano soviético, corresponsal del londinense *Daily Express*. El KGB le dio permiso para hacer una entrevista a mis hijos en Moscú con el objetivo de presentarme

como una mala madre. Los agentes moscovitas del KGB saquearon los cajones de mi escritorio y se llevaron no solo todas las fotografías sino también una copia de mi manuscrito, que guardaba en un cajón cerrado con llave. No me lo había llevado porque me fui de Moscú con la idea de regresar pronto. (Los niños no sabían nada de él).

Y ahora por toda Europa han empezado a salir fragmentos del libro *Veinte cartas a un amigo*, solo que completamente deformados: los ha reescrito Victor Louis, que anunció en una conferencia de prensa en Hamburgo que había recibido mi manuscrito y las fotografías de «la familia Allilúyeva». El *New York Times*, el *Washington Post* y el *London Times* llaman a Victor Louis abiertamente el «conocido agente del KGB».

Victor Louis ha convertido mi amor inocente y casi infantil por el director Kapler en una salvaje orgía y el título que uno de los periódicos le puso a este capítulo era: «La ninfómana loca y los colaboradores cercanos de su padre». El pasaje donde escribí que los besos de mi padre olían a tabaco fue titulado por Louis como: «Mi padre era un buen hombre».

A mediados de julio, vino a verme a la granja mi abogado y amigo, Alan Schwartz. No podía reconocerlo: tanto había adelgazado en solo dos meses ese apuesto joven; además, estaba más pálido y su pelo había encanecido. Es cierto que siempre ha sido más bien nervioso, pero esto pasaba de castaño a oscuro. Por lo visto, había ido a la mayoría de las capitales europeas presentando una serie de querellas en los juzgados para proteger el *copyright* de mi manuscrito. Por otra parte, fue necesario publicar inmediatamente unas doscientas copias del texto ruso original para que el *copyright* no se viera afectado. Ante la nueva situación, la editorial Harper & Row ha decidido publicar el libro antes de lo planeado: a principios de octubre. Moscú, sin embargo, presiona al embajador americano en la Unión Soviética para que el libro salga más tarde, porque, según afirman, su edición trastornaría el 50 aniversario de la Revolución de Octubre, que se celebrará en noviembre. El editor se ha negado a supeditarse a esa exigencia. El libro saldrá en octubre. ¡Tengo tantas ganas de verlo publicado!

Tuya,

SVETLANA

P. D. Después de haber escrito tu dirección en el sobre, me ha llamado Alan Schwartz. Por lo visto acaba de recibir una carta de Suresh Singh de la India que ha leído en el periódico que estoy en el hospital con un fuerte ataque de nervios y está preocupado por mí. Pobre Suresh (es el hermano de Brayesh, ya lo sabes, ¿verdad?), debo escribirle inmediatamente para tranquilizarlo.

## 16

Por la noche tuvo un sueño: se encontraba en Moscú; a su alrededor había varias personas de confianza —entre ellas Berta, Yósif, Yelena y Katia— y unos hombres y mujeres desconocidos. Svetlana se defendía. Algunos no escuchaban lo que les estaba explicando, otros la oían pero no la entendían. Todos la miraban sin un ápice de comprensión, muchos directamente con cara de pocos amigos. Luego, una de las mujeres desconocidas la señalaba

con el dedo y chillaba: «¡Traidora!». Paulatinamente, cada uno de ellos cogía una piedra, primero los desconocidos, pero al final, despacio, titubeando, incluso sus hijos, y le tiraban piedras. Svetlana empezaba a sangrar, y a causa de los golpes le dolía la cabeza como si se la hubieran partido por la mitad.

Cuando se despertó, durante mucho rato no pudo creer que hubiera sido un sueño.

Al día siguiente, por la tarde, salió al umbral de la granja. Llevaba unas cerillas y encendió el carbón en la parrilla del patio. Luego cogió con repugnancia entre dos dedos su pasaporte soviético y lo lanzó a las llamas.

Los niños de la granja de los Kennan y del vecindario corrieron hasta el fuego y observaron con curiosidad cómo las llamas lamían el pequeño cuaderno de tapas rojas.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó sin entender Christopher Kennan, el pequeño pelirrojo de nariz grande.

—Es mi respuesta a las mentiras y las calumnias, ¿sabes?

Ella devoraba con los ojos las llamas. Esperaba que, al desaparecer su pasaporte, el camino a la Unión Soviética se cerraría y dejaría de tener pesadillas. Cuando esa noche apagó la lámpara en la mesilla de noche, estaba convencida de que dormiría bien.

Pero esa noche volvió a soñar: caminaba por una cuerda fina sobre un precipicio y tenía muchísimo miedo de resbalar. Al final resbalaba y se precipitaba hacia lo desconocido. Cuando su pánico alcanzó la intensidad máxima, se despertó. El sueño era tan vivo que también entonces, durante mucho rato, no pudo creer que hubiera sido una vulgar pesadilla.

Luego se acordó de que el día anterior había quemado su pasaporte soviético. En ese momento empezó a percibir el aroma de los campos maduros que penetraba por la ventana abierta, y rápidamente volvió a deslizarse hacia el sueño, plácido esta vez.

El hombre, siempre elegante y sereno, estaba demacrado, intranquilo. Se sentó a la mesa de la cocina.

—Me amenazan por todas partes —dijo irritado. Ni siquiera le preguntó a Svetlana cómo estaba.

—¿Lo amenazan? ¿Quién? ¿Por qué? —preguntó Svetlana en voz baja, a disgusto, porque se imaginaba alguna calamidad, algo que tenía que ver con ella y con su libro, que debía publicarse en un mes.

—Me exigen que se aplace la publicación del libro —explicó y, alterado, partió varios palillos de los que estaban en un tazón, junto al salero y la pimentera.

—No debería haberse dejado arrastrar por mis problemas —lo aconsejó Svetlana. La molestaba mucho ser un lastre para los demás.

—Estoy preocupado por usted.

Fueron a pasear por los rastrojos. El olor de los haces de mieses y la brisa del atardecer los tranquilizaron lentamente.

—¿Qué dice de todas esas mentiras que no paran de insinuar sobre usted en la prensa?

—Me gustaría reaccionar, hacer algo, ¡mostrarles mi verdad a todos ellos, a todo el mundo!

—No puede, sería autodestructivo. Debe distanciarse del asunto.

—¿Cómo?, ¡si es un invento! ¿No se puede aclarar que es mentira?

—No puede demostrarlo, es su palabra contra la del colaborador del KBG, Victor Louis. En nuestro país hay libertad de expresión y cada uno puede escribir lo que quiera, si los periódicos se lo publican.

—Pues la libertad de expresión también tiene sus partes muy negativas, según veo. Yo solamente anhelo que me dejen vivir en paz. ¡Solo vivir! Y preferiblemente apartada, lejos de todo ese ruido.

—Puede hacerlo, pero seguirán hablando y escribiendo sobre usted. Se ha convertido en un instrumento para dos poderosos rivales en plena guerra fría.

—Entonces ¿qué debo hacer para desmentir todas esas falsedades que se extienden a mi entorno? ¡No puedo quedarme sentada con los brazos cruzados!

—Tiene que distanciarse interiormente de todo eso.

—¿Cómo?

—No puede pasar el resto de su vida intentando demostrar algo a un mentiroso, sería malgastar su vida y su energía. Tendrá que acostumbrarse a que eso seguirá ocurriendo, como un mal inevitable que no se puede quitar de encima. Cuanto más reaccione, más se extenderá ese mal.

—Quiero escribir otro libro.

—Puede hacerlo. Y en las páginas de ese libro demuestre la verdad de su vida.

—¡Lo que está pasando para mí es desconcertante, me siento engañada! Me había acostumbrado al silencio total y nunca se me ocurrió que la prensa libre tuviera esta doble cara.

—Es el precio de la libertad —dijo suspirando Kennan.

—La libertad es cara, ¡muy cara!

Avanzaban, cada uno inmerso en sus pensamientos. Svetlana escuchó cómo bajo sus pies crujían los rastrojos. De nuevo se entregaba al abrazo de la naturaleza.

## 18

—¡Por tu libro! —exclamó Cass Canfield, el editor de Svetlana, con una copa de vino tinto en la mano. Su mujer, la escultora Jane White, se le sumó.

—¡Por nuestro libro! —contestó Svetlana, y pensó que Cass aparentaba menos edad de los setenta que tenía, por otra parte como muchos americanos que había conocido.

Los tres bebieron.

—Y se irán publicando traducciones a muchos más idiomas —dijo Cass, un hombre alto y animado, cuyas bromas Svetlana a menudo no entendía.

Cass, en presencia de Svetlana, se esforzaba en bromear menos o con más claridad. Tenía el pelo parecido a un cepillo, corto y gris, y la piel bronceada. Para celebrar la publicación de *Veinte cartas a un amigo*, se vistió con traje negro y pajarita roja; incluso a veces también llevaba pajarita para ir a la editorial.

—¿Qué libro es el que te hace más feliz? —preguntó Jane, mirando

fijamente a Svetlana en espera de una respuesta.

—¿Cómo?, ¿qué libro?

—En Harper & Row se ha publicado en inglés y en ruso, y también te han enviado ejemplares de la traducción al alemán, publicada en la editorial Franz Molden de Viena.

Svetlana no tenía preferencias; en aquel momento estaba en el séptimo cielo por el hecho de que su manuscrito, de repente, se hubiera convertido en un libro. Miraba su ejemplar y repetía: «¡Es un milagro!». Luego se dio cuenta de que sus acompañantes esperaban una respuesta y dijo:

—Es mi hijo, y no es importante qué ropa le ponga. Y tú, como editor, Cass, ¿quieres más a unos libros que a otros?

—Si ahora dices que al que mejor se vende, hago las maletas y me voy —dijo Jane.

Cass hizo ver que no había oído el reproche:

—Sí, siempre tengo una preferencia —respondió a la pregunta de Svetlana—. Por el libro que acabo de traer al mundo.

—¿Como un médico en la maternidad o como una comadrona?

—Un editor es una criatura híbrida: en parte es soñador, en parte jugador en un casino, en parte comerciante, en parte, como tú dices, comadrona y en tres de las partes debe esforzarse por ser un optimista.

—Un optimista con pajarita —dijo Svetlana.

—Hace poco me la halagó un policía. Yo salía del metro y por error me metí en una manifestación que pasaba por allí. Un policía, un gigante afroamericano, que echaba a los manifestantes de la calzada, me examinó con la mirada y dijo: «Bonita pajarita, señor», y siguió empujando a los manifestantes.

Svetlana se rio con ganas. Luego, ella y Cass charlaron sobre Asia, donde él había viajado como estudiante siguiendo la ruta de Marco Polo.

Jane, mucho más joven que Cass, se metió en la conversación:

—Svetlana, has dicho que es un milagro. ¿Y cuál es el milagro?

—Hace seis meses, aún en la India, miraba el Ganges y pensaba que volvería a Moscú. Estaba convencida de que había escrito un libro que se quedaría en un cajón de mi escritorio. En Moscú nunca habría podido ver la luz. Y si lo hubiera enviado a Occidente, ¡habría sido mi fin en Rusia!

—Así que en lugar de pudrirte en una prisión soviética, hoy, 1 de octubre de 1967, estás en Bedford Village, en uno de los elegantes barrios de las afueras de Nueva York, celebrando con tus editores la publicación de tu libro en varios idiomas —sonrió Jane.

Volvieron a brindar. Svetlana llevaba ya una semana viviendo en casa de sus editores y debía pasar en Bedford Village aún un mes o dos, mientras no se aclarara su situación, no dejaran de perseguirla los periodistas y no pudiera encontrar una residencia adecuada.

—*Veinte cartas a un amigo...* hum, es un título interesante —continuó Jane—. ¿Y quién es este amigo?

—En realidad nadie, o todos mis amigos, como prefiera.

Svetlana sabía que no había convencido a Jane. Y cómo podría haberla convencido si ella misma no se creía lo que decía y cada vez que miraba la cubierta del libro, tras la palabra «amigo» veía el rostro fino y masculino de Alekséi Kapler.

—Jane, estoy muy nerviosa por los periodistas, me siento como un animal acorralado. Por eso a veces mi discreción raya la mentira. El amigo al que se dirige mi libro es mi primer amor, ¿sabes?

—Eso no se olvida —dijo Jane conspirativamente, halagada de que Svetlana se le hubiera confiado.

Luego Jane y Cass le preguntaron por la entrevista que le habían hecho ese día en la televisión. Jane volvió a fijar su mirada insistente en ella, como si el destino del mundo dependiera de la respuesta de Svetlana.

—Estaba sudada a causa de los nervios, ¡tuve suerte que antes me pusieran una gruesa capa de maquillaje! —Svetlana se estremeció al recordarlo.

—En la televisión parecías joven y elegante, y al mismo tiempo alegre y moderna —dijo Jane. Cuando Jane hablaba con alguien, miraba hacia un lado. Y cuando acababa de hablar, volvía a poner sobre el oyente su mirada concentrada.

—Paul Niven, el entrevistador, también sudaba. Estaba alterado y me contagió sus nervios. Dirigían hacia nosotros unas luces intensas que emanaban calor. No me preguntaron por el libro: únicamente sobre mi padre. Como si no supiera nada más, como si no fuera la autora de unas memorias.

El editor y su mujer habían visto la entrevista y no tenían nada que reprochar: Svetlana había hablado a muchos espectadores y así el libro se vendería mejor. De este modo se lo dijeron a ella. Svetlana se sintió desconcertada, no estaba acostumbrada a ese enfoque y le pareció puro mercantilismo. Pero no replicó.

## 19

Un mes más tarde, el 31 de octubre, estaba desayunando como cada día en la mesa de la amplia cocina de último diseño con Jane y Cass. Mientras comían huevos fritos y tostadas con mantequilla y mermelada, hablaban de cómo en la Unión Soviética estaban celebrando el 50 aniversario de la Revolución y que parte de la propaganda soviética había llegado hasta América.

—El comentarista satírico Art Buchwald ha dicho en el *Washington Post*: «En Estados Unidos han fundado un Consejo para la Protección de la Revolución de Octubre» —dijo Cass.

Las dos mujeres se rieron, asintiendo con vehemencia.

Cuando se acabaron el desayuno y sorbían el café, Svetlana mencionó a sus anfitriones que hacía exactamente un año que había muerto Brayesh Singh:

—Mi marido.

Jane la miró largamente y le acarició el pelo.

Unas horas más tarde, Svetlana recibió un largo telegrama de agradecimiento de Suresh Singh, en representación de los ciudadanos de Kalakankar. En la India, ese día había salido en las primeras páginas de todos los periódicos principales la siguiente noticia: «Svetlana Allilúyeva ha dedicado una parte del dinero de su libro a construir un hospital en el municipio de Kalakankar».

Svetlana escribió dedicatorias en varios ejemplares de su libro: a Prakashvati y Suresh, a Kaul y Preeti, a Antonino Janner... Pero sobre todo al marinero de la embajada americana de Delhi; se acordó y escribió con tinta verde: «A Roger Kirk, con agradecimiento por su ayuda, Svetlana». En lugar



de la fecha, bajo su firma dibujó la hoja de un arce: una hoja caída de un árbol otoñal.

Esa noche, Svetlana y varios estudiantes vecinos de Joan y Cass fueron a una cena-baile de celebración de Halloween, la alegre fiesta de las velas y los disfraces espectrales. Ella se vistió de bruja y pensó en que en Kalakankar, en ese momento, la gente también estaría de celebración. Y pensó que tanto Halloween como la fiesta en la India eran la manera más pertinente de rendir homenaje al recuerdo del alegre Brayesh Singh.

## 20

Faltaba poco para Navidad. Svetlana, con un elegante traje pantalón con escote y un collar de perlas alrededor del cuello y de la muñeca, estaba sentada entre Annelise y George Kennan en torno a una pequeña mesa para cuatro. Estaban cenando en el Princeton Inn, un restaurante acogedor revestido de madera, en el campus de la Universidad de Princeton. Frente a ella se sentó el profesor Louis Fischer, también escritor e historiador, que había pasado largos años no solo en la Unión Soviética sino también en la India, cuya cultura conocía bien y a la que amaba. En parte fue por eso que Svetlana se entendió enseguida con él. Louis trajo a Svetlana ejemplares de su biografía de Mahatma Gandhi con una dedicatoria.

—Imaginaos —exclamó—, los estudios de cine están planeando una película sobre Gandhi basada en mi libro.

Svetlana entregó a Louis Fischer un ejemplar de *Veinte cartas a un amigo*; el otro, que estaba encima de la mesa, sería para los Kennan.

—Felicidades, Louis. De mi libro nadie hará una película, porque encontrar a un actor que desempeñe el papel de mi padre de manera convincente seguramente no sería nada fácil.

Louis se rio y levantó ligeramente una ceja, solo una; Svetlana no estaba segura de cuál de las dos era. Louis la había cautivado. En su presencia, estaba brillante, resplandeciente.

Ofreció otro libro a Annelise. Ella buscó durante un buen rato un

bolígrafo en su amplio bolso para que Svetlana se lo firmara.

—Tienes buen aspecto, se te ve tranquila, Svetlana —dijo George Kennan, y se dirigió a los demás—. ¿No les parece? —Tomó de Annelise el libro de Svetlana para leer la dedicatoria—. ¡Nos lo has escrito en ruso, me encanta! ¿Y a ti, Louis, te lo ha firmado en hindi? Últimamente nuestra amiga habrá tenido que superar tantas cosas que no bastarían dos vidas humanas. ¿Qué es lo que te ha parecido peor, Svetlana? ¿Los incesantes ataques de la Unión Soviética? ¿O algunas reseñas que te reprochan que defiendes a tu padre? ¿El asedio de los fotógrafos y los *paparazzis*?

—Svetlana nunca ha defendido a su padre —se puso de su parte Annelise que, un mes antes, había leído ansiosamente el libro en una biblioteca—. La admiro por cómo ha logrado desprenderse mentalmente de sus sentimientos filiales y hablar de su propio padre con tanta objetividad, como si fuese una historiadora.

La noruega Annelise era tranquila y elegante en cualquier circunstancia, aunque a veces, excepcionalmente, se veía superada por los sentimientos. Svetlana solía proyectar en ella a su mejor amiga Marina: como ella, Annelise era de pequeña estatura, menuda, aunque firme y segura de sí misma. Los marcados rasgos del norte de Europa la hacían parecer mayor, pero sus ojos celestes suavizaban el conjunto del rostro. Era una mujer llena de contrastes. No se podía decir que fuera guapa, sin embargo era muy animada e interesante, lo que a Svetlana le parecía lo más importante. Cada vez, Svetlana la veía con el color del vestido en consonancia con la estación del año: en primavera había sido amarillo claro, hoy, a finales de otoño, gris como las ardillas de Central Park. La ropa la complementaban un pequeño collar de oro y pendientes a juego.

La camarera trajo unos aperitivos de varios colores vertidos en copas altas y bajas, redondas y triangulares.

—La mayoría de las reseñas que se han publicado elogiaban a la autora, a nuestra Svetlana, como si fuera un nuevo Tolstói o Chéjov, no lo olvidemos —dijo Louis Fischer volviendo a levantar una ceja, con ironía sutil y juguetona. La derecha; esta vez Svetlana se fijó en ello con claridad. Mientras tanto, Fischer la miraba atentamente.

Ella se rio. Estaba satisfecha.

—Han salido un montón de reseñas sobre mis *Veinte cartas* y casi todas han sido positivas, algunas llenas de entusiasmo. Me parecía que todos habían caído en una especie de locura colectiva: ¡tantos artículos, programas y reseñas dedicados a mí y a mi libro! ¿Y qué me pareció lo peor? Siempre he soportado mal las celebraciones de la Revolución rusa. No tanto por la propia revolución, sino porque esa noche murió mi madre. Se quitó la vida cuando yo tenía seis años. Algo así uno lo lleva dentro durante toda la vida. Lo digo solo por ser precisa, puesto que me habéis preguntado por lo peor.

La escucharon con un profundo respeto, como el que suele mostrar la gente ante aquel que en la vida ha sufrido más que ellos. Hasta Louis Fischer, en general ligeramente sarcástico y con un sentido del humor negro, se puso serio. Svetlana, una generación más joven que los demás en la mesa, bebió un sorbo del aperitivo de la copa triangular, que sostenía despreocupada entre los dedos con las uñas pintadas, y continuó:

—Solo me inquieta la traducción del libro. Escogí mal a la traductora. Esperaba mi visado en Suiza, estaba nerviosa por la incertidumbre de mi situación y asentí demasiado deprisa cuando mi abogado Greenbaum casi me impuso a Priscilla Johnson McMillan.

—¿No hubo otra opción?

—También me presentó la posibilidad de encargar la traducción a Max Hayward, que estaba dispuesto a venir inmediatamente de Londres a Nueva York para ponerse a trabajar. Pero Greenbaum me empujó para que eligiera a Priscilla porque, por lo visto, era una joven con la que me entendería, etcétera... Más adelante me enteré de que Hayward había estudiado en Oxford, había traducido *El doctor Zhivago* y es el mejor traductor del ruso al inglés.

—¿Habéis leído lo que ha escrito Wilson sobre la traducción de Priscilla? —preguntó George Kennan.

Svetlana asintió, Fischer dijo que aún no del todo y se sacó del bolsillo de su americana la revista *The New Yorker*.

—¿Te refieres a Edmund Wilson, el conocido crítico? Léenoslo, Louis —rogó Annelise.

—Sí, el famoso escritor y crítico ha escrito un largo artículo, un análisis completo sobre el libro y la traducción. Está aquí, en el *New Yorker* del 9 de

diciembre. No lo voy a leer entero, pero esperad... —Fischer se colocó las gafas—, buscaré donde habla de la traducción...

—Lo más importante —dijo Kennan, cuando vio que Fischer no podía encontrar el pasaje— que Wilson comenta es que la traducción es vulgar; en cambio, el original es muy digno. Y carga contra la traductora diciendo que le falta sentido para los matices, para el ritmo y la melodía del idioma, que tiene una sensibilidad lingüística bajo cero. Si yo fuera la traductora, después de una crítica así me colgaría en el primer árbol. Pero permíteme una pregunta, Svetlana, ¿acaso Wilson conocía el original ruso?

—Sí, lo leyó hace unos meses. Edmund Wilson es capaz de leer el ruso perfectamente, y hasta creo que lo escribe, aunque me parece que con Nabokov se fue carteando en inglés. Y sabes, cuando yo vivía con los Johnson, Priscilla nunca me enseñó ni un fragmento de la traducción ni jamás me preguntó nada. Yo misma soy traductora y sé lo importante que es tener al autor a mano y conocer el significado preciso de tal o cual palabra, frase o párrafo. Siempre lo eché en falta cuando traducía novelas del inglés. Y Priscilla ni siquiera tiene experiencia como traductora literaria, y en esta especialidad la experiencia es algo fundamental. Aparte, nunca ha querido hablar conmigo en ruso, tal vez solo sabe el ruso básico; si es así, ¿cómo podía entender correctamente la sutileza de las descripciones, los matices de los sentimientos?

—George, ahora explícanos, por favor, quién escogió a esa traductora. ¿Cómo es que una persona sin experiencia pudo acceder a la traducción de un libro tan importante, que tiene casi quinientas páginas y arroja una luz completamente nueva, una mirada desde dentro, sobre Stalin, su época y sus círculos? No la habría podido elegir el abogado de Svetlana, Greenbaum, eso sería absurdo —preguntó Annelise, y cuando acabó meneó la cabeza, indignada e incrédula.

—Te diré solo esto, Annelise, también a ti, Svetlana y quizá ni siquiera nuestro cínico amigo Fischer lo haya entendido —dijo George. Cuando vio que todos fijaban su mirada en él, hizo una pausa y tomó un largo sorbo; luego colocó con cuidado la copa sobre el mantel y se frotó los labios con la servilleta—. Priscilla Johnson McMillan hace ya varios años que trabaja para la CIA.

Svetlana recordó en voz alta:

—Me dijo que estaba escribiendo un libro sobre Lee Harvey Oswald, el asesino de Kennedy, y que estaba colaborando con su mujer, Marina Oswald Porter.

—Sí, sin duda está escribiendo el libro bajo la batuta de la CIA.

Annelise intervino:

—¿Y tú y los demás sabíais que Svetlana estaba viviendo en casa de los Johnson, en un nido de la CIA, y no dijiste nada?

—No lo sabía con absoluta certeza —dijo Kennan, pensativo—. Aunque estaba seguro de que fue el Departamento de Estado el que escogió ese lugar para la primera estancia de Svetlana en Estados Unidos. No hay dudas al respecto, tenía que ser ese Departamento el que determinara los domicilios de nuestra amiga.

—¿Habéis visto a Priscilla en televisión, en aquella entrevista en que calumnió a Svetlana y la atacó con dureza? ¿Por qué lo habrá hecho? —preguntó Fischer.

—¿No hubo manera de impedir esa entrevista? —lo interrumpió Annelise indignada.

—Priscilla es una persona especial, está desquiciada —dijo Svetlana susurrando porque le daba vergüenza hablar mal de alguien que le había ofrecido su hospitalidad. Mientas lo estaba diciendo, se dio cuenta de que tampoco ella misma había sido un ejemplo de serenidad y equilibrio mental.

—No, no pude impedir la entrevista televisiva con Priscilla —dijo Kennan lentamente, contestando la pregunta de su mujer—. Hice lo que pude, a través de conocidos en las más altas esferas políticas, para evitarla. Pero cuando alguien está bajo la protección de la CIA y del Departamento de Estado, ¿qué puedes hacer?

—Pero ¿por qué lo habrá hecho? Me refiero a esos ataques en contra de nuestra amiga —insistió Fischer.

Svetlana pensó en la zalamería de Priscilla y esbozó una amarga sonrisa, pero antes de que pudiera comentar nada, Kennan volvió a intervenir. Evidentemente, quería apartar la conversación del penoso tema en el que involuntariamente se había metido:

—*Homo homini lupus, femina feminae lupisima*. El odio de una mujer

contra otra, que ya existía en la época de los romanos. O tal vez Priscilla odiaba a Svetlana por no ser capaz de traducir bien su libro; esos mecanismos psicológicos existen: el desvío de la culpa. Pero lo que sí se pudo evitar era otra cosa. Svetlana, ¿te acuerdas de que durante tu estancia en Suiza se creó en ese país una sociedad, Copex Establishment, representada por uno de los abogados suizos? Greenbaum y los demás lo organizaron para evitar declarar el dinero que te debía ser pagado por tu libro aún por editar y cuya parte, casi la mitad, te dieron durante esos días.

—Me acuerdo bien. Me resultó sospechoso.

—Con razón. Hace poco descubrieron esa sociedad. Todos hicimos lo que estuvo a nuestro alcance para que no denigraran a nuestra pequeña e idealista refugiada. Por eso nadie te preguntó nada y tu dinero sigue a buen recaudo en un banco, en manos de sus corredores de bolsa.

Svetlana miró con admiración a Kennan, pero la sonrisa amarga seguía retorciendo sus labios:

—Nada de eso está lejos de los métodos soviéticos.

Los Kennan se sintieron visiblemente aliviados por poder alejar la conversación de cuestiones tan delicadas, que no resultaban halagüeñas para con su país ni para el mismo Kennan, evidentemente vinculado a todo ese asunto. Solo Fischer sonrió irónicamente. Sabía bien que Kennan y Greenbaum estaban asociados, que ellos, de todos los candidatos a la traducción, habían otorgado el «libro del siglo» precisamente a Harper & Row, que era cliente del bufete de abogados de Greenbaum. Y quién sabe qué habría pasado con la sociedad en el paraíso fiscal suizo...

Svetlana parecía angustiada y repitió, pensativa, que todo eso le recordaba los métodos soviéticos.

—¿Qué hay de nuevo en tus relaciones con el gobierno soviético? ¿Qué hacen tus amigos soviéticos, Svetlana? —preguntaron, solícitos, ambos Kennan al mismo tiempo.

—Este año, en noviembre, durante las celebraciones de la Revolución, el gobierno soviético cambió su táctica conmigo —contó Svetlana, también ella contenta de poder dejar de lado esos temas tan candentes. Tomó un rápido sorbo de su Manhattan—. Recibí la carta de una mujer a la que había conocido superficialmente cuando aún estaba en Moscú. Ahora trabaja en la

embajada soviética en Washington. Me escribió que por las noches piensa en mí y que le da pena lo sola y perdida que debo encontrarme en este país, porque los americanos son egoístas y no se preocupan de nadie más que de sí mismos. Me ofreció ayuda y sobre todo me instó a que nos viéramos y habláramos con franqueza.

—Pero es muy agradable que pensara así de ti —dijo Annelise, y se iluminó el azul de sus ojos.

—Pero es curioso que me escribiera medio año más tarde, aun sabiendo que llevaba en América desde abril. ¿Sabes?, inmediatamente entendí sus intenciones.

Annelise quiso seguir defendiendo a la mujer de la carta, pero llegó el camarero y apuntó el pedido: cangrejo para las señoras —Svetlana lo pidió como recuerdo de su primer cangrejo, en aquel vuelo histórico de Zúrich a Nueva York—, *New York steak* para los caballeros. Ensalada y arroz *pilaf* para todos. Luego queso de cabra con uvas y nueces. Una botella de Chablis y otra más, Zinfandel de California. Louis Fischer confirmó la opinión de Svetlana:

—Lo urdió la embajada soviética. En eso no tiene que ver nadie más que el gobierno de Moscú, en colaboración con el KGB.

—¿Y tú qué hiciste, Svetlana, cariño? —quiso saber Annelise.

—Fui a la cocina a preparar la cena de Thanksgiving —se rio Svetlana—. Vivía entonces en casa de mi editor y su mujer.

—¿Qué preparaste? ¿Una tarta de calabaza?

—No, nada de *pumpkin pie*. Un pavo.

—¡Un plato típico americano!

—Pero no lo preparé a la americana, sino con muchas especias, picante, al estilo georgiano, con mucho ajo y hojas de cilantro, aunque en Georgia esa receta la usan para asar el pollo. Se llama pollo *tabaka*.

Los hombres se rieron.

—¿Y los americanos se lo comieron? —preguntó interesado George Kennan, con la duda en los labios.

—¡Lo devoraron! Jane White y yo (Jane es la mujer de mi editor) cocinamos también puré de patatas con calabaza y ensalada con manzana sin pelar, apio, pasas y nueces; y Cass Canfield decoró la mesa con frutas y

calabazas. Los invitados eran todos americanos: un profesor de la Universidad de Brown con su mujer, dos profesoras de la Universidad de Cornell y una de Bard College. ¡Se chuparon los dedos y no quedó ni un trozo!

Annelise seguía perpleja y volvió a mencionar a la empleada de la embajada soviética.

—¿Sabes? —le dijo Svetlana—, le contesté a la mujer de la embajada, no te preocupes, querida Annelise. Le escribí que no necesitaba ninguna ayuda y que para charlar con franqueza tenía muchos amigos americanos.

—¡Bien! —Louis Fischer dio un ligero golpe en la mesa con el puño, contento como un niño.

—Me afectó más cuando las autoridades soviéticas quisieron seducirme para que volviera a mi país, y para eso grabaron una entrevista televisiva con mi hijo. Osia, es decir, Yósif, dijo en ella: «Si mamá ahora quisiera volver con nosotros, nadie la castigaría». Fue una manera indirecta de informarme por parte de los soviéticos.

—Para una madre debe de ser horrible —Annelise expresó su opinión—. Yo me iría enseguida para allí.

—Pero yo jamás en mi vida había estado tan segura como ahora de que estoy haciendo lo correcto. Mi padre, desde pequeña, sistemáticamente me daba a entender que era tonta y que sin él no podía existir; eso destruyó completamente mi amor propio. Ahora, lentamente, vuelvo a creer en mis propias capacidades. Sé firmemente que emigrar fue lo mejor que pude hacer. Mis hijos se espabilarán y se acostumbrarán a mi ausencia, al igual que yo tuve que habituarme a la desaparición de mi madre. Ahora no temo a nada y confío en que todo irá bien.

—¡Por la nueva vida de Svetlana! —Annelise alzó la copa.

—¿Y cómo será? ¿Cómo te la imaginas? ¿Qué harás, Svetlana? Tantas posibilidades y solo puedes elegir un camino, tú sola —le iban preguntando uno tras otro.

—Svetlana es la encarnación de la libertad absoluta: no tiene familia, no tiene compromisos laborales, ni de ningún tipo, no tiene ni país, es joven y sana, y dispone de medios para hacer lo que le apetezca —dijo Louis Fischer.

—A principios de diciembre me mudé a Princeton. A través de unos



conocidos alquilé una casa completamente equipada por un precio muy asequible.

Notó que todos la miraban con atención y se dio cuenta de que sus palabras sobre un alquiler por un precio asequible les habían parecido extrañas. Ella, en ese momento, por la venta de su libro había obtenido unos ingresos que jamás hubiera soñado, y aunque malgastara tanto como pudiera, el dinero le alcanzaría hasta el final de su vida. Con su primer libro había ganado tres millones de dólares. Se estremeció cuando se dio cuenta de lo absurdas que debían sonar sus palabras sobre el precio. Sin duda pensarían que era una tacaña. «¡Os equivocáis!», tuvo ganas de gritar. En la vida nunca había tenido su propio dinero ni nada de propiedad —el piso en el que vivía en Moscú se lo asignó el Estado, igual que la dacha para los fines de semana — y no estaba acostumbrada al papel de mujer rica. Prefería seguir viviendo como hasta ahora, con modestia, sin grandes gastos.

—He traído a mi nueva casa, aquí, en Princeton, solo un poco de ropa y libros. Muchos lectores me envían libros, algunos escritos por ellos mismos y otros no, así que tengo una biblioteca bastante completa.

Sus amigos seguían mirándola y esperando. Svetlana se echó a reír:

—¡Qué tonta! Si me he olvidado de contestar a la pregunta de cómo me imagino mi nueva vida. Así: tengo una oferta de la Universidad de Princeton para dar clases. Lo he hecho muy pocas veces, me da miedo. De momento daré un seminario sobre lengua rusa. También esto será una nueva experiencia. Me gustan los jóvenes, me recordarán a mis hijos. Tengo ganas de poder llevar una tranquila vida universitaria, leer mucho y escuchar música, pasear por las calles de Princeton, que parecen caminitos de un parque. Sobre todo quiero abandonar el papel de hija de dictador: ¡ya estoy harta de eso! Quiero ser yo misma. A veces pienso al respecto: ¿qué es ser yo misma y no ser la hija de Stalin? Todo viene de tus padres, ¿cómo puedo renunciar a ello? Pero debo hacerlo. También aquí, en Princeton, en mi casa silenciosa, empezaré a escribir un nuevo libro. He hablado de él, con Cass, mi editor: será un libro sobre el año que acaba de terminar, que me ha cambiado completamente la vida y me ha transformado interiormente.

—¿También vas a escribir sobre nosotros en tu libro? ¡Por Dios, eso no!  
—Louis Fischer fingió horrorizarse y volvió a levantar una sola ceja. A

Svetlana ya había dejado de parecerle ridículo. Más bien le resultaba atractivo.

—No sé si lo mereces, Louis —dijo e intentó imitar su gesto, pero levantó ambas cejas y abrió desmesuradamente los ojos. Todos soltaron la risa—. Annelise y George sin duda aparecerán como protagonistas principales. También nuestro paseo del mes pasado, George, cuando me enseñaste el campus de Princeton. Los árboles estaban teñidos de rojo y amarillo —se dirigió a los demás—. Toda la universidad estaba inundada por una sinfonía de colores. Fuimos de un edificio neogótico de piedra a otro, entramos en la capilla, en el rectorado, fuimos hasta la sección de ruso y a la gran biblioteca, paseamos por la avenida principal llena de pequeñas tiendas y almorzamos en un café; luego entramos en la librería y comprobamos que había varios montones de mi libro. ¿Y sabéis qué fue lo mejor? Durante el largo paseo, la comida y la visita a la biblioteca y la librería, ¡nadie se fijó en mí! Ningún periodista, nadie me llamó, nadie me siguió.

Al oír estas palabras, George Kennan iluminó su entorno en el restaurante con su mirada azul para cerciorarse de si había alguien acechándoles con un micrófono o sacando fotos. Se había acostumbrado a estar en alerta cada vez que acompañaba a Svetlana.

—Empieza rápidamente el nuevo libro, Svetlana, tengo ganas de leer sobre tu cambio —dijo.

—Escribe sobre la transformación de la identidad en el exilio, ¡es un tema excelente! —aconsejó Annelise, mientras saboreaba una tarta de chocolate.

—Tú sabes algo de ello, como noruega en Estados Unidos, ¿verdad?

—No soy exiliada como tú, solo vine cuando me casé. Pero yo también cambié sustancialmente en el extranjero.

—¿Para ti la lengua es un signo fundamental de identidad?

—Para mí no. En casa hablo solo inglés, incluso con mis hijos, como ya has observado. En cambio, en Nueva York hay barrios chinos y comunidades rusas donde la gente no se esfuerza en aprender a hablar inglés, y no les importa porque están entre los suyos como en una pequeña China o una pequeña Rusia.

—Yo de momento escribo en ruso porque es la lengua que mejor domino. Pero creo que para mí la lengua tampoco es un signo de identidad. Me

gustaría aprender inglés tan a fondo como para poder escribir también en esa lengua. He pedido la ciudadanía estadounidense y no me importaría modificar mi identidad. Durante estos últimos años, sin duda, me he transformado bastante: primero en Moscú con mi marido indio, con el que hablaba solo inglés, luego en la India y al fin aquí.

—Un inmigrante, y al fin y al cabo un exiliado es un inmigrante, a veces se siente perdido, tiene la sensación de que nadie lo entiende y por eso se enfrenta a la nueva cultura y suele ser agresivo —dijo Louis Fischer.

—Sí, si he de ser sincera, yo también he experimentado esto, exactamente esta misma sensación: mi nuevo entorno no me entiende. Por eso a veces me enfado con la gente, aunque sé que no es por su culpa. Es mi problema.

—Y seguramente aún lo sentirás con más fuerza cuando te instales tranquilamente en un lugar y tengas tiempo de fijarte en las diferencias culturales. Sin duda te enfadarás con nosotros, los americanos, más de una vez, Svetlana; por eso cuando aún estabas en Suiza te avisé y te pregunté si no preferías asentarte en algún país europeo donde la diferencia cultural con respecto a Rusia no es tan abismal —dijo Kennan, circunspecto.

—Escogí bien, créeme. Veo alrededor mucha solicitud y bondad.

Vino el camarero y ofreció café, pero siguiendo el ejemplo de Svetlana todos se quedaron con el vino.

—Y quiero seguir sincerándome con lo siguiente: ayer me llamó mi amiga Marina desde Moscú. Hasta ahora, desde Rusia solo me habían llegado muestras de incompreensión: de mi amiga Berta, de los niños (aunque a ellos los disculpo, todo eso no es fácil para mis hijos: siento muchos remordimientos por lo que les he hecho). Marina me dijo solo unas pocas palabras, evidentemente no quería tener problemas con la censura, y aparte, como bien saben, una llamada internacional de Moscú a Estados Unidos es terriblemente cara. Me dijo esto: «Me acuerdo de ti con amor y lo entiendo todo. También tus hijos lo entenderán con el tiempo».

Annelise dejó a un lado la cucharilla con un trozo de tarta de chocolate y sacó un pañuelo. Su práctico marido rápidamente cambió de tema:

—¿Qué harás por Navidad, Svetlana? ¿Nos podremos ver?

—¡Vaya, por poco me olvido! Tengo un regalo de Navidad para vosotros. Repartió los libros, dos ejemplares de *Recuerdos sobre Dostoievski*,

escrito por la mujer del escritor.

Annelise leyó en voz alta la dedicatoria: «Para mis queridos amigos, esta historia de un amor grande y verdadero. Con cariño, para siempre, Svetlana».

—Eres una romántica, ¿verdad, Svetlana? —le preguntó Annelise con una amable ironía.

Durante todo ese tiempo Louis Fischer estuvo mirándola fijamente. Ella sintió su mirada, que tuvo el efecto de una copa de champán.

—Dostoievski es mi escritor favorito —contestó Svetlana—, es el que me resulta más cercano. Pero me habéis preguntado qué haré en Navidad. Me quedaré en casa. En mi casa. Por primera vez después de un año tendré mi propio hogar. ¿Conocen la historia de Thor Heyerdahl, el etnógrafo noruego, y su mono? Heyerdahl describe en uno de sus libros que llevó a su mono en una balsa por el mar. El mono estaba muy intranquilo, corría de una punta de la balsa a otra. El viajero encontró unos trozos de madera y construyó con ellos una pequeña garita para el mono. Desde ese momento, el mono se tranquilizó como de milagro: cuando le apetecía, entraba en la casa donde estaba solo, nadie lo veía ni podía entrar; era únicamente su territorio. A mí me pasa lo mismo: ya llevo un año sin intimidación. Y sobre todo desde que llegué a Estados Unidos, es decir, desde hace ocho meses, como si viviera en un escenario sin telón y estuviera forzada a escuchar los comentarios de la platea. ¡Y ahora por fin tendré un hogar! ¡Por primera vez en mi vida podré decorar mi árbol de Navidad!

—¡Es verdad, en Rusia solo se celebra el Año Nuevo! Ahora me he dado cuenta, porque en la embajada americana de Moscú celebrábamos la Navidad: recuerdo que con los niños hacíamos pastas navideñas. Pero es cierto que nunca vinieron rusos a las celebraciones, aunque estuvieran invitados.

—En Rusia las fiestas religiosas están prohibidas, ¿sabes? Mañana compraré el árbol y lo decoraré. Ya tengo los adornos y las velas, me las envió la mujer de mi editor vienés. En casa escucharé canciones navideñas de diferentes países, un lector me las envió en un disco. Y según he oído, los niños van por las casas cantando. ¡Tengo tantas ganas de escuchar sus canciones! He recibido unas trescientas tarjetas navideñas, sobre todo de americanos, pero también de Europa, de Canadá, de Sudáfrica y de Australia.

Las tengo distribuidas por los muebles de la sala de estar y cuando las leo me enternecen, hay tantos buenos deseos de personas que ni siquiera me conocen.

—Ya que has mencionado Sudáfrica, George y yo estuvimos allí hace exactamente un año. ¿Qué estabas haciendo tú hace un año? —preguntó Annelise.

—¿Qué día es hoy? ¿19 de diciembre? Imaginaos, hace un año salía de Moscú hacia Nueva Delhi. Había tal ventisca que parecía que el avión no despegaría. Yo custodiaba la urna con las cenizas de mi marido. Mi hijo me acompañó y nos despedimos en el aeropuerto. ¿A quién se le habría ocurrido que un año después estaría sentada con mis amigos americanos en un restaurante de Princeton, con mi libro publicado en el bolso?

—Venga, brindemos por este año de libertad —sugirió Louis Fischer.  
Los cuatro levantaron sus copas.

## II

### Scottsdale, Arizona (1970-1972)

#### 1

**E**l avión sobrevolaba el desierto. La llanura de arena se extendía hasta el horizonte, donde topaba con un cielo tan azul que parecía pintado por un pintor *amateur*. Siempre cuando viajaba, a Svetlana le gustaba sentarse junto a la ventanilla del avión y reflexionar sobre lo que le traería el viaje. Ahora sopesaba en las manos dos libros iguales, regalos para las mujeres que la habían invitado: *Recuerdos sobre Dostoievski*; un ejemplar para la madre, otro para la hija. ¡Qué repetitiva!, suspiró. En ambos libros escribió la misma dedicatoria que a los Kennan y a Louis Fischer. Se esforzó por ahuyentar su recuerdo persistente.

Louis Fischer, aunque mucho mayor que ella, supo comprenderla como pocos: había vivido en Moscú, era capaz de ironizar sobre su padre más que odiarlo, y también había conocido a fondo la India. Svetlana observaba las olas del desierto que tenían el color de los brazos de Brayesh, y recordaba cómo había ido acercándose lentamente a Louis. Primero fueron colegas y cuando salían, siempre encontraban temas apasionantes durante sus largas cenas con una botella de vino. ¡Y cómo se reían juntos! Desde que había vivido con Brayesh, nadie la había hecho reír tanto como Louis. Svetlana no había dejado de pensar en Brayesh pero se convencía de que, dos años y medio después de su muerte, debía empezar a vivir su vida independientemente de esos recuerdos. Al final abandonó esa fortaleza

infranqueable que se había construido y se adentró en una relación con Louis. Un día, recuerda que de eso hace un año —su jardín de Princeton aún estaba cubierto de nieve pero los tulipanes ya daban señales de vida y en los capullos se adivinaba el color que en breve tendría la flor— le escribió a Marina: «Y además Louis es un artista en cosas que no se ven». Marina lo entendió a la primera. Solo que ella, Svetlana, tanto tiempo después de la muerte de su marido, deseaba una relación de pareja y no solo un amante, mientras que él... él ansiaba conquistar a todas las mujeres y por nada en el mundo hubiera abandonado ni un ápice de su libertad. Svetlana provocaba escenas, se peleaban. Louis conocía el gusto de ella por Dostoievski y le decía: «Tú crees ser la reencarnación de Nastasia Filippovna, de *El idiota*: fue víctima de su padrino y creía que eso le daba derecho a comportarse como una histérica a su antojo. Al igual que ella, tú también crees que el hecho de haber sido la víctima de tu padre te legitima para comportarte como la hermosa heroína de Dostoievski. Te proyectas en los gestos teatrales de Nastasia Filippovna con los que, sin pestañear, lanza a la chimenea ardiente el dinero que representa toda una fortuna; te encanta imitar ese papel. Pero yo estoy enamorado de Svetlana, no de Nastasia, ¡a ella no la aguantaría ni siquiera una hora!».

Una noche, la última, ella quiso sorprenderlo y fue a su casa sin avisar. ¿O no fue así? ¿No tuvo el presentimiento de que Louis estaba esperando a Deirdre Randall, su joven y guapa asistente de investigación en la universidad? ¿No quería poner a Louis a prueba? Una voz interior la había prevenido: «Este comportamiento impulsivo jamás te ha dado buenos resultados. Recuerda el escándalo que armaste en el teatro, cuando te propusiste sorprender a la mujer de Alekséi Kapler, años después de su regreso del gulag, diciéndole a la esposa que amabas a su marido, y ella lo sabía todo y te trató con desprecio, con una compasión irónica. Alekséi entonces se quedó atónito por tu comportamiento alocado y no quiso verte más. ¡Anda con cuidado!»), pero el impulso fue más fuerte. El sentido común no puede vencer el sentimiento. Sabía que sola en casa caería en la angustia. «¡Si lo hago es en nombre del *gran amor*!», se aseguraba a sí misma. Louis no contestó a su llamada, no le abrió la puerta, no la invitó a entrar. Y delante de la casa estaban aparcados los dos coches, el de él y el de Deirdre,

anunciando al mundo que sus dueños estaban dentro. Llamó a Louis a gritos desde la calle para que la dejara entrar, repitiendo que sabía que estaba allí, y al final se enfureció tanto que ya no sabía lo que hacía y rompió el cristal de una ventana de un puñetazo. El cobarde de Louis llamó a la policía. ¡Con qué cara miraban los agentes cómo le sangraban las manos! Llamaron a urgencias, luego pasó una semana con las manos vendadas y perdió a Louis.

A la solitaria exiliada, entonces, la vida le pareció vacía y desprovista de sentido. Tras la separación de Louis Fischer, en el verano de 1969, ahora hacía menos de un año, sufrió de falta de apetito y a consecuencia adelgazó. Ella misma no podía comprender cómo podía haber actuado de esa manera, ella que tanto admiraba la moderación y el buen gusto.

En aquella época se dejó el pelo largo, y en la *rentrée*, a la vuelta a la universidad, cuando paseaba por las calles céntricas del campus universitario y observaba los árboles que comenzaban a volverse rojos y amarillos, todos sus amigos y colegas le aseguraron que estaba muy guapa y femenina y que había rejuvenecido diez años. Poco a poco regresó a la vida, ese mismo otoño conoció a nueva gente.

Ahora observaba desde su ventanilla del avión un pueblo de color tostado en medio de las dunas del desierto y recordaba que los que la habían atraído especialmente, no solo a raíz de su obra sino como personas, fueron el filósofo de origen ruso Isaiah Berlin y el director de cine ruso Nikita Mijalkov. Con el escritor Edmund Wilson afianzó su amistad. Ahora perdía de vista el oasis verde y ocre y pensaba en sus frecuentes viajes, en el otoño y el invierno de 1969, en coche, autobús o tren a Nueva York, donde pasaba unos días con sus amigos y acudía a conciertos en el Carnegie Hall, que tuvieron sobre ella el efecto de un elixir de la vida. «No podría vivir sin música», pensaba ahora en el avión con los ojos fijos sobre la arena tostada. «La música traspasa todas las fronteras, es accesible a todos, su belleza tiene la fuerza de devolver a los suicidas a la vida». Pensó que en el Carnegie Hall había escuchado a Mstislav Rostropóvich en el concierto para violonchelo de Dvořák, a Vladímir Ashkenazy interpretando el concierto para piano de Beethoven, y varias veces a Sviatoslav Richter; Richter, residente en Moscú, no hubiera podido conocerla personalmente, en cambio Svetlana sí que hizo amistad con los expatriados Ashkenazy y Rostropóvich.



Mientras contemplaba la llanura arenosa de color anaranjado que se extendía hasta el horizonte, recordó el cartel BEFORE-AFTER, una de las primeras cosas que había visto al tocar el suelo americano, justo al llegar al aeropuerto J. F. Kennedy de Nueva York; desde entonces había visto decenas de anuncios parecidos que ofrecían toda clase de servicios estéticos para mejorar la imagen. Pero ¿quién era aquella mujer enfadada con una piedra en la mano? ¿Y esa otra, la criatura desganada que miraba por la ventana con el pelador de berenjenas eléctrico en la mano? ¿Ésa fue una mujer «después»? ¿Para eso había dejado su ciudad, donde todo resultaba familiar y donde podía hablar en su lengua materna? ¿Para eso había abandonado a sus hijos? Tenía que rehacer su vida para convertirse por fin en una mujer AFTER, digna de ser fotografiada para un anuncio publicitario, si no, su huida habría sido absurda, se dijo. Pero ¿es posible convertirse en una mujer AFTER?, le susurraba una voz interior. ¿No somos lo que somos, independientemente de nuestro entorno? ¿No permanecerá en Svetlana esa criatura angustiada aunque siga huyendo? Svetlana intentó acallar esa voz mirando desde la ventanilla hacia el horizonte rocoso.

## 2

El avión sobrevolaba el desierto. A Svetlana le parecía que aterrizaría en medio de las dunas de arena.

«Phoenix, Arizona», vio escrito por todas partes al llegar, en el aeropuerto.

«Éste es el viaje más loco de mi vida», pensó y esbozó una mueca traviesa para tranquilizarse. La visión del desierto infinito la alarmaba. «En el desierto uno es prisionero, en él ni siquiera crecen árboles; es una naturaleza muerta», le susurró su voz interior, y en Svetlana empezó a resonar un viejo huésped ingrato: la angustia.

Buscó a la señora que tenía que esperarla en el aeropuerto. Su mirada se posó en una mujer atractiva que debía tener su edad, con una melena exuberante que le caía sobre los hombros. Llevaba unos pantalones de

colores estridentes y una blusa aún más chillona. La mujer la miró con unos ojos profusamente pintados:

—¡Svetlana! —gritó de tal manera que la gente se dio la vuelta; enseguida tenía a la visitante dándole un fuerte abrazo.

Svetlana se sintió como en una escena de algún teatro de provincias, de tan histriónica y de mal gusto que le resultaba aquella mujer. Los colores salvajes y el fuerte abrazo le parecieron exagerados y falsos.

Luego fueron juntas a través del desierto por una carretera completamente recta. Iovanna pisaba el acelerador y el coche se precipitaba hacia el infinito. Svetlana tenía la sensación de que algo había empezado mal y que por tanto no podía acabar bien. Pero intentó apartar estas sensaciones irracionales que le transmitía la ansiedad. Admiró el paisaje: las dunas de arena se pintaron de color violeta. El agradable calor de esa primavera prematura inundó todo su cuerpo, aunque solo fuera marzo. Se obligó a relajarse.

Mientras conducía, Iovanna cantaba en voz alta. Su comportamiento no resultaba natural y despreocupado, como sin duda deseaba, y a Svetlana la puso de mal humor. Necesitaba hablar para deshacerse de su agobio.

—Recibí de ti varios libros sobre la vida en una sociedad que fundó la señora Olgivanna Wright.

—Mi madre.

—¿La mujer del arquitecto?

—Sí, de Frank Lloyd Wright, mi padre. Mi madre era su tercera mujer.

—¿Y cómo es la sociedad que fundaron?

—La llamamos hermandad. La Hermandad Taliesin. La verás dentro de poco, es hacia donde nos dirigimos, a la comuna en el desierto.

—¿A la comuna en el desierto?

—Sí. Vivimos en una comuna. ¿No lo sabías? Ya te acostumbrarás.

«¿Y por qué he de acostumbrarme si solo voy a hacer una breve visita?», pensó Svetlana, y movió la cabeza, mientras Iovanna continuaba:

—Dependemos los unos de los otros, porque tenemos prohibido relacionarnos con extraños, únicamente en ocasiones especiales y bajo la estricta vigilancia de mi madre. Ni siquiera se nos permite alejarnos del recinto, solo excepcionalmente y con su permiso. Pero de todos modos, ¿adónde puede ir una en el desierto?

Svetlana se rio porque lo consideró una broma. Pensó que desde que había llegado a Estados Unidos se había desacostumbrado a palabras semejantes. Se esforzó para que su voz no sonara preocupada cuando dijo:

—¿Bajo su estricta vigilancia? Exageras, ¿verdad?

—No hay nada malo, es por nuestro bien, como dice mi madre. Todos estamos muy satisfechos, vivimos según unas severas y estrictas normas y regulaciones, cada uno sabe lo que se le permite, y sobre todo lo que no se le permite hacer; mamá nos dirige con mano dura. ¡Es mucho más sencillo vivir así que hacerlo sin normas!

—¿Y tu hermana?

—Ya no vive —dijo Iovanna con firmeza.

—Me lo contó tu madre en una de sus cartas. Me escribió tantas cartas invitándome aquí que al final no me pude resistir —rio Svetlana antes de preguntar, otra vez algo angustiada—: ¿Qué le pasó a tu hermana?

—Murió en un accidente de coche —contestó Iovanna con una voz gélida. Luego se quedó en silencio. Al cabo de unos instantes añadió lentamente—: Hará veinticinco años que se estrelló con su coche. Fue en Wisconsin. Con ella se mató también su hijo menor. Estaba casada con uno de los arquitectos de nuestra comuna, William Wesley Peters. Hoy lo conocerás.

—¿En un accidente de coche? —repitió Svetlana. Estaba estremecida—. ¿Y cómo sucedió?

—Nunca logramos una explicación satisfactoria. Parece que la culpa fue de mi hermana. Era tocaya tuya, se llamaba Svetlana. Mi madre es de origen serbio, ¿sabes?

Lo dijo con una voz más irritada que triste, como si la molestara hablar de ello. Svetlana vio por el camino indicadores que señalizaban carreteras hacia Encanto Park y Camelback East Village, Hilaria Rodríguez Park y Desert Botanical Garden. Esos nombres, que le parecían a la vez exóticos y poéticos, la tranquilizaron un poco. «Hay belleza en esas denominaciones, y en las situaciones difíciles la belleza trae alivio», pensó.

—¿Y qué dice tu madre, la señora Olgivanna Wright?

—No podemos hablar de eso. Es tabú —replicó Iovanna, ahora ya con una irritación manifiesta—. Para todos —añadió con énfasis y rápidamente

giró la cabeza para echar un vistazo a Svetlana. Luego se rio ruidosamente, sin alegría, y se puso a cantar. De vez en cuando seguía girando la cabeza para cerciorarse de la reacción de Svetlana, y de si seguía pensando en ese tema prohibido que era la muerte de su hermana.

A Svetlana todo eso le parecía muy extraño.

Al cabo de un rato, Iovanna declaró con claridad, en voz alta y significativa:

—Y espero que ahora tú seas mi hermana.

Sonó como una orden, incluso como una amenaza. Svetlana no salía de su asombro. ¿Su hermana? ¿Por qué tenía que ser la hermana de esa mujer a quien apenas conocía? ¿Por qué debía ser la hermana de alguien? Y, sobre todo, ¿por qué la han invitado aquí, y con tanta insistencia? Rápidamente pensó: «En cuanto le eche un vistazo a la comuna del desierto, enseguida continuaré mi viaje, por suerte ya tengo el billete».

### III

## Moscú, Tbilisi (1984-1986)

### 1

Londres, 9 de septiembre de 1984

Querida Marina:

Según lo que me cuentas en tus cartas, ahora en Roma eres una persona libre que haces con tu tiempo y dinero lo que quieres. Yo lo intento, aunque tengo la sensación de estar haciendo siempre algo mal. Una hija de trece años (de hecho, ahora tiene ya trece y medio): eso a una le ata las manos. Y si quieres proporcionarle una buena educación, eso te quita todo tu tiempo y mucho dinero. Busqué para ella el mejor colegio, y por eso temporalmente nos mudamos primero de la costa Este a la Oeste de Estados Unidos y de ahí a Inglaterra, o sea de Princeton a California, donde residí temporalmente, y luego a Cambridge, ¿sabes? Desde que Olya nació, he vivido entregada a ella. Mi vida ahora es solo ella, aunque me gustaría dedicarme otra vez a escribir. Ni siquiera sé cómo pude acabar el pequeño libro sobre Taliesin. Me doy cuenta de que no está tan trabajado como mis primeros dos libros de memorias. Lo escribí en inglés, pero no encontré editor. Solo en la India hallé uno que estuvo dispuesto a publicarlo. Estoy despachando este tema deprisa porque me resulta doloroso y prefiero pensar en otras cosas. Ya sé que sabrás entenderme.

Sí, vivo solo para Olga. Ya en California la llevaba y la traía del colegio, a clases de música y a nadar. Tiene amigas, claro, pero a menudo me da besos por toda la cara, sobre todo en los ojos, es su lugar favorito. Y dice: «Mamá, mamita, ¡no hay nadie como tú!». Otras veces me aparta bruscamente y me mira con malicia, como un gato.

Ahora las dos vivimos entre Estados Unidos e Inglaterra, aunque nos sentimos americanas. Mi hija es más americana que el *apple pie*. Yo me siento bien tanto entre los gringos como entre los británicos. Mis amigos y conocidos son amables, atentos y cosmopolitas, lo cual es muy importante para mí: aquí las personas de todas las nacionalidades tienen el mismo valor. Pero como si a uno le faltara algo: una especie de lazo. Tengo la sensación de que puedo vivir en cualquier punto de Occidente y que estaré bien en todas partes, aunque el país, su política, y en el fondo los sufrimientos de sus habitantes, me sean indiferentes. Esto es el desarraigo.

Al huir de Arizona, suponía que Wes me perseguiría sobre todo para que su hija volviera a su lado:

siempre se había imaginado que Olga se convertiría en un miembro silencioso y obediente más de la comuna. Pero por lo visto, Wes aceptó quedarse sin hija; la niña nunca lo había interesado demasiado. Y supongo que la señora Wright se habrá quedado aliviada al perder a la oveja negra, a una persona tan insumisa como yo. Y como ya disponía de mi dinero... El dinero, Marina... Desde que me divorcié de Wes Peters y corté todas mis relaciones con la señora Wright, en una palabra, desde el momento en que me independicé de ellos, mi poder adquisitivo ha caído en picado. La historia con Wes y con la señora Wright casi me arruinó: perdí dos tercios de mi fortuna anterior.

En la primera época después de mi huida, pasé mucho tiempo recuperándome de la aventura en la comuna. Me sentí desengañada, caí en profundas depresiones y tuve que tratarme.

Con mucha frecuencia llamo a mi hijo Yósif, a Moscú. Mi hija Katia vive y trabaja en Kamchatka, en un instituto científico donde investigan los volcanes. Pero por desgracia hasta ahora no he conseguido reanudar el contacto con ella. Eso me entristece mucho, ella me amó, más que nadie. Y Yósif, mi Osia, antes de Navidad lloró al teléfono. «Mamá, mamá, ¿de verdad no volveré a verte?». Un par de meses más tarde, me enteré de que estaba en el hospital.

Por todo eso he decidido volver a Rusia. Quiero pasar tiempo con Yósif, que se ha separado, aunque pronto ha encontrado una nueva pareja; Yelena, su exmujer, se ha llevado a su hijo. Me gustaría conocer a su nueva esposa, intentar acercarme a Katia y encontrarme con ella. Y deseo volver a ver los viejos lugares, mi antiguo piso, donde fui feliz con mis hijos y con Brayesh Singh, la dacha en Zubalovo, donde de pequeña corría con un ramo de dientes de león y mi madre me cogía en sus brazos.

En Londres fui a la embajada soviética y presenté una petición para obtener un permiso de estancia en Moscú. La situación es la siguiente: la única posibilidad de ver a mis hijos es recuperar mi pasaporte soviético, porque desde el punto de vista de las autoridades soviéticas nunca perdí la nacionalidad. Eso significa que Olga y yo perdemos la ciudadanía estadounidense. Estoy decidida a ir, Marina, así que acepté todas las condiciones de las autoridades soviéticas y al cabo de unos días me llevé de la embajada un pasaporte soviético completamente nuevo.

Faltaba explicárselo a Olga. No me hacía ilusiones sobre su comprensión. Y con razón: Olga me armó un escándalo. Se pasó la noche gritando que no iría a la Unión Soviética ni en broma, que fuera yo sola si quería, ella volvería a Cambridge con sus compañeros de clase. Por mi parte era cruel, Marina, arrancarla, así, de su medio. Olga me dijo entre otras cosas: «Me tienes a mí. ¿Por qué quieres tener también a los demás? ¿Por qué te empeñas en tener no solo Estados Unidos e Inglaterra sino también Rusia? Tú misma siempre me dices que uno no puede tenerlo todo, que debe decidirse por una cosa u otra».

La pelea duró veinticuatro horas; ninguna de las dos quiso ceder, durante veinticuatro horas no probamos bocado, no dormimos. Y finalmente, en un estado de absoluto agotamiento, Olga aceptó: «De acuerdo, mamá, iré contigo a Rusia, conoceré a mis hermanos y me familiarizaré con el paisaje de tu infancia. Pero no me quedaré más de un año. Bajo ningún concepto. En un año como mucho volveré a Cambridge y acabaré mis estudios».

Se lo prometí, aunque no tenía —ni tengo— la más mínima idea de qué haré en un año con el pasaporte y el visado, y si las autoridades soviéticas me permitirán volver a Occidente. No creo que vuelva a emigrar a través de la India...

Mañana partimos, querida Marina. No sé si tengo ganas de ir. Más bien me lo tomo como un deber. El deber de estar junto a mi hijo, que lloró amargamente hablando conmigo por teléfono.

Tuya,

SVETA

P. D.: Marina, tengo que confesarte algo más. Como sabes, me he hecho católica y no puedo vivir en la mentira. Le hice creer a Olga que la tía Marge, la hermana de su padre, la única persona que la

quiere de verdad en Estados Unidos, se había enfadado con ella y ya no deseaba volver a verla. Y envié a Marge una carta escrita a máquina que firmé con el nombre de Olga. Lo he hecho con el objetivo de enemistarlas, y para que Olga tenga la sensación de que yo soy la única persona que tiene en el mundo. Necesito que mi hija sea absolutamente obediente. Me es imprescindible tenerla totalmente bajo mi control. Ahora, tras esa confesión, me siento aliviada. Que Dios me perdone.

## 2

Durante el vuelo a Moscú, Svetlana ocupó el asiento derecho, junto a la ventana. Tenía a Olga a su izquierda. Cuando el avión se elevó por encima de las nubes, a veces el sol le entraba en los ojos. En un momento dado, notó el cálido rayo del sol en su cara mientras en el cristal veía el reflejo de su perfil. Lo de tener el cristal como espejo le hizo evocar algo que no era capaz de definir. El vago recuerdo despertó en ella un impreciso sentimiento de melancolía. Fue en su casa de Princeton. Le gustaba sentarse en la cocina y, por las puertas de cristal que daban al jardín, dejaba que la tocara el sol de invierno. Una vez estaba allí sentada con los ojos cerrados; cuando los abrió, vio a una mujer en el cristal. La expresión que se dibujaba en el rostro de la mujer parecía desgraciada, triste, asustada. La mujer se veía abatida mientras sujetaba con fuerza en una mano el pelador eléctrico de berenjenas. Era una figura patética. «¡Pero si soy yo, es mi reflejo en el cristal de la ventanilla!», se dio cuenta. Había comprado el pelador el día anterior porque había visto un anuncio en televisión y le parecía que si tenía en la cocina muchos electrodomésticos se convertiría en una auténtica americana. La sobrecogió lo infeliz que era la mujer reflejada en el cristal frente a ella. Quedó aterrada. Ese rostro femenino tenía la expresión de un animal perseguido. En ese momento, en el avión, Svetlana tomó una decisión: si no cambiaba su vida, su Gran Huida no estaría justificada.

## 3

Por el camino desde el aeropuerto de Sheremétievo hacia el centro de Moscú, Svetlana casi no reconocía nada. En lugar de los bosques de abedules, que tanto había deseado ver como símbolo de su país, encontró enormes barrios de bloques prefabricados, aceras sin asfaltar, llenas de charcos. Todo había cambiado, todo le parecía extraño, extranjero, nada familiar. Solo en el centro reconoció algunos lugares: «Esto es la estación de Bielorrusia, aunque muy deteriorada, aquí está la calle Gorki...». Todo era diferente a como lo tenía grabado en la memoria: más pequeño, más viejo, sucio, feo. La emoción que se imaginaba en el avión, que tendría —e incluso se había preparado un pañuelo blanco, bien planchado—, a la hora de la verdad no se produjo.

«Aquí está el hotel donde nos han alojado —pensó—. Un amplio y pulido vestíbulo de mármol, desierto, vacío, frío... Y ese caballero con abrigo es... Sí, es Yósif, mi hijo, ¡mi Osia! ¡Viene hacia mí con los brazos abiertos!».

Durante largo rato se abrazaron en silencio. Luego se acercó a ella el padre de Yósif, el primer marido de Svetlana, Grisha, un hombre aún guapo y bien vestido. Svetlana no esperaba verlo allí. Esa señora bastante mayor debía de ser la nueva esposa de Yósif. Yósif se la presentó a su madre:

—Mamá, ella es Lyuda.

Svetlana la abrazó, esforzándose en ocultar su turbación: Lyuda parecía mucho mayor que Yósif, pero incluso mayor que ella, que Svetlana; le hubiera echado unos cincuenta años mal llevados. Lyuda era una mujer corpulenta, casi deforme de cintura para abajo, coronada con el pelo revuelto y canoso. Svetlana recordó a la primera esposa de Yósif, Yelena, una chica guapa y refinada. «¡No es asunto tuyo!», se dijo a sí misma rápidamente, pero estaba claro que Lyuda no le gustaba en absoluto, y menos para ser la compañera de su hijo. Intuía algo malo en su mirada. «¡Gracias a Dios que ha venido Grisha! Con sus habilidades sociales, salvará nuestro encuentro», pensó.

Grisha los llevó a todos a la *suite* que las autoridades soviéticas habían asignado a Svetlana y su hija.

Durante unos instantes, Olga y su madre se quedaron a solas en el cuarto de baño. Olga parecía a punto de llorar.



—¿Qué pasa, Olya? ¿Tu hermano?

—Me ha mirado de arriba abajo y de abajo arriba y no me ha dicho ni una palabra.

—¿Te ha abrazado, bonita?

—No.

—No te preocupes, cariño. Todos estamos un poco perdidos con este encuentro, incluso yo. ¡Intenta entenderlo!

Olga no contestó, se limitó a mirar con tristeza hacia delante.

«No puedo estar desorientada —pensó Svetlana—. ¡De ninguna manera! El encuentro ahora continuará, debo esforzarme para que sea agradable. ¡Nadie ni nada debe fallar!».

—Bajamos al restaurante, he reservado una mesa para todos —dijo Grisha—. ¿Te acuerdas, Sveta? Allí antes estaba el Yar, un restaurante donde los gitanos cantaban y tocaban la guitarra.

Pero Svetlana no se acordaba. Ni lo intentó.

—¿De verdad que no te acuerdas? ¡Cuántas veces cenamos allí juntos!

¿Cómo explicarle a alguien que no se ha movido de su país que el exiliado ha olvidado muchos pequeños detalles de su antigua vida? Svetlana intentó aclararlo, pero pronto vio que no tenía sentido. A los demás les parecía que si no se acordaba de algunas cosas era porque menospreciaba su vida anterior y la de los que seguían viviendo allí. Svetlana percibió que el primer gran malentendido se cernía sobre su entorno y no supo cómo impedirlo.

#### 4

En el restaurante los esperaba una mesa alargada cubierta con platos llenos de pescado ahumado, pasteles de carne, pepinos, ensaladas, ensaladillas y, sobre todo, encima de ella se elevaban, como soldados en alerta, toda una serie de botellas de vodka y coñac; solo faltaba vino, que Svetlana se había acostumbrado a saborear a pequeños sorbos. Yósif se sentó a la izquierda de Svetlana y bajo la mesa madre e hijo se cogieron de la mano. La madre pensó

que su hijo había cambiado mucho, pero al menos en ese apretón tierno era él, tal como había sido antes. Svetlana comprobó que Yósif ya no tenía veintidós años; ahora estaba calvo y había engordado, sobre todo de cintura, y aparentaba más edad que sus treinta y nueve años. No, no quedaba nada de aquel muchacho joven y ágil con los ojos alegres que ella había criado y educado. La madre no le preguntó nada a su hijo. «En otra ocasión saldremos juntos y charlaremos durante largo rato los dos solos», se prometía mientras lo observaba y escuchaba. Él tampoco le preguntó nada a ella. De hecho, nadie podía hablar, porque de repente empezó a sonar una música a todo volumen, con guitarras y un coro gitano. Svetlana miró desconcertada a Grisha, que se encogió de hombros:

—¡Ya lo sabes, qué le vamos a hacer! ¡En este país el ruido no se puede evitar!

Y le colocó a Olga los alimentos más diversos en el plato.

Luego sirvió a cada uno un chupito de vodka:

—¡Así es como hay que celebrar el encuentro con un hijo después de diecisiete años!

Svetlana nunca tomaba vodka, pero ahora sabía que hacía falta someterse a las normas del juego y beber. Esa noche tenía que salir bien y por tanto, no se podía prescindir de una bebida fuerte.

Svetlana seguía apretando la mano de Yósif en la suya y tenía la sensación de que hasta la mano había cambiado, era más flácida, los dedos más cortos. Se sentía extranjera, todos le resultaban extraños. Y seguramente ella también les resultaba ajena: nadie le hablaba, charlaban entre ellos de algún nuevo restaurante moscovita, de una película soviética, de que el invierno se alargaría aunque los días fueran soleados. A nadie le interesaba la vida de Svetlana en Occidente, todos vivían pendientes únicamente de lo que sucedía en Moscú, como si ella nunca se hubiera ido de allí. Puso los ojos en su hijo, su hijo en ella. «Es mi Yósif, mi Osia, ¡aunque haya cambiado! —se decía una y otra vez—. ¡Mi Osia! ¡Tengo su mano en la mía!».

Grisha se sentía bien en el papel de organizador y moderador: servía refrescos continuamente a Olga y en todo momento dirigía la conversación de la mesa. Traducía todo lo que se decía a Olga, que esparció la ensaladilla por el plato; pero como Grisha estaba pendiente de todo, le ofreció carne asada

rebozada con puré de patatas. Olga permanecía en silencio. También ella se sentía allí como una intrusa. No entendía nada. Su hermano continuaba sin dirigirse a ella en ningún momento.

## 5

Moscú, 13 de octubre de 1984

Querida Marina:

Hoy solo será una postal. Olga ha empezado a ir a clase. Para llevar solo un mes en Moscú ya entiende bastante ruso, le gusta estudiar lenguas extranjeras. Pero si te he de ser sincera, nunca me imaginé que treinta años después de la muerte de Stalin las pasiones en torno a su persona aún fueran tan ardientes, y que mi Olga, en la escuela, se encontraría en medio de debates interminables sobre la figura de su abuelo.

A veces tengo la sensación de ser injusta con todo el mundo, de esperar de los míos algo que no pueden darme. En esos momentos, cada vez más frecuentes, me parece que esa «felicidad familiar» por la que emprendí toda esta aventura ha sido una ilusión y que todo este viaje es un error.

Tuya,

SVETA

## 6

Durante el viaje de ida, de Londres a Moscú, en el trasbordo en Atenas, en una tienda del aeropuerto, Olga compró para Iliá, el hijo de Yósif, unas zapatillas deportivas y una bolsa de la marca Adidas. Pero el tiempo pasaba y el chico no se presentó en su casa. Finalmente, un día vino a verlas. Tenía dieciocho años, recordó Svetlana. Indiferente, el chico desenvolvió los regalos y no dijo nada ni demostró la menor alegría. A Olga la dejó impresionada, había sido su idea regalárselo. Recordó cómo en América a los niños y los adultos les encantaban los regalos y daban las gracias sinceras por ellos. Pero aquí la norma era no demostrar ningún tipo de emoción. Olga intentó conversar con Iliá; en cambio, el chico permaneció fiel a su mutismo, aunque sabía inglés.

Afortunadamente, pronto apareció Grisha, elegante y social, juvenil y alegre, e intentó ahuyentar la tensión. Poco después, llegaron Yósif y Lyuda. De nuevo se lanzaron sobre el vodka y unas tapas. Esa vez, Yósif tampoco le preguntó nada a Svetlana. Nadie formulaba preguntas, ni a ella ni a Olga.

Svetlana, influida por la vida en otro lugar, por otras costumbres y otras maneras de hacer, se dio cuenta de que para la gente que había vivido allí todo el tiempo, ella debía de causar la impresión de ser un elemento desconocido, extraño, ajeno. Los rusos, sencillamente, no sabían qué preguntarle y por eso se dirigían a ella como a la que habían conocido hacía diecinueve años. Como si esos diecinueve años en que no la habían visto no hubieran pasado.

Yósif informó lacónicamente a su madre que tenía gastritis y la tensión alta.

—¿Y por qué no te pones a dieta? —preguntó Svetlana a su hijo médico que se acababa de servir un chupito de vodka—. Deberías comer requesón, que es de régimen, Yósif.

—Es que no nos gusta el requesón —espetó Lyuda, con burla.

El hijo callaba. Estaba claro que en casa Lyuda era quien lo decidía todo.

Svetlana le pidió a su hijo en voz baja:

—Osia, ven a verme un día. Olga pasa la mayor parte del día en la escuela y con sus compañeros. Tomaremos un té y charlaremos, ¿de acuerdo? Y luego podrás conversar con tu hermanita Olya que tiene tantas ganas de conocerte más, puedes hacerle de padre.

Yósif asintió, como ya tantas veces. Pero nunca fue. Cuando su madre se lo recordaba, cuando lo llamaba por teléfono, se disculpaba diciendo que Lyuda no podía y que sin ella no iba a ninguna parte.

## 7

En esa época le llegó a Svetlana una respuesta a la carta que había enviado a su hija Katia, en la que la informaba que se encontraba en Moscú y deseaba mucho verla. Abrió febrilmente el sobre. Katia escribía:

No te perdoné, no te perdono y nunca te perdonaré.  
Dixit.

Svetlana no le dijo a Olga ni una palabra al respecto. Fingió que Katia estaba muy ocupada y que por eso no podía ir a verlas.

## 8

Tras varios días y noches desasosegados, llenos de recuerdos de Katia, Svetlana decidió alejarse de Moscú y llevar a Olga a Zubalovo, para que su hija conociera la casa y la luz que la inundaba. Esperaba encontrar allí los recuerdos de su madre, enamorada de la dacha y de su jardín, donde jugaba con sus hijos a la pelota, al corre que te pilla, a quién arranca más flores y confecciona la corona más bonita. Ya antes de emprender el viaje de Londres a Moscú Svetlana soñaba con visitar esa dacha a las afueras de la ciudad donde había pasado parte de su infancia y de su juventud. Su hijo y otros familiares se unieron a ellas.

A medida que se acercaban a la casa, Svetlana vislumbró los colores otoñales: los árboles se habían vestido de un amarillo, ocre, naranja y rojo encendido. Pero nada más entrar en el jardín se apoderó de ella un recuerdo completamente distinto que el de su madre con una corona de flores del campo en la cabeza. En el centro del jardín distinguió al alegre, festivo y gracioso Brayesh Singh. Estaba allí mirándola con unos ojos tiernos y llenos de un humor sutil. A su lado, vislumbró al embajador indio Tikki Kaul, y un poco más lejos, a Katia y Osia. En ese ensueño, Svetlana recordó que aquel día prepararon comida india y por toda la zona resonaba la incontenible y ruidosa risa de los indios y todo olía fabulosamente a curry. Una vez Kaul la fotografió allí con Brayesh; entonces ella se ocultó detrás de su novio; ¡cuánto se rieron! En esa época llevaba el pelo largo y se acordó hasta de su ropa: un vestido azul claro a cuadros pequeños, con volantes... sí, con volantes, naturalmente por encima de las rodillas; tras la muerte de su padre llevaba exclusivamente faldas por encima de las rodillas. Ese día en que se hicieron la foto se sentía tan bien, se rio tanto que se olvidó de sí misma, de

quién era, y se dejó llevar por las bromas, las historias, las canciones, las risas de sus amigos indios. Y ahora, de repente, tantos años después, volvía a ver aquí a Brayesh, que llevaba ya diecinueve años muerto. «¡Dios, cuánto tiempo! ¿Es posible que pasaran tantos años? ¿Y cómo es que seguía viéndolo aquí como si estuviera vivo?». Y entonces, entre los indios, descubrió también a Yósif, a Yelena y a Katia, tres adolescentes, sus queridos hijos solícitos y obedientes.

La tos de Yósif la despertó de ese ensueño; su hijo estaba a su lado. Por obligación, a desgana, Svetlana volvió al presente. Cogió del brazo a Yósif y se alejó con él de los demás.

—¿Dónde conociste a Lyuda?

Le contestó con evasivas, pero Svetlana entendió que habían coincidido en una juerga.

—¿Sabes, mamá?, mi exmujer Yelena se fue y se llevó al niño, a Iliá. De la pena me di a la bebida y en una fiesta apareció Lyuda. Papá me dijo: haz lo que quieras, pero no te cases. Pero Lyuda exigió matrimonio y yo, la verdad, no tenía nada en contra. Lyuda es una mujer fuerte, ¿verdad que sí?

—Sí, cariño, lo sé, lo sé. Sobre todo quiero que seas feliz, hijo mío.

—No nos va mal. Y Lyuda cocina de primera —dijo Yósif.

No le preguntó nada a su madre. No sentía curiosidad en absoluto. Ni a Grisha, Lyuda o a los demás parientes, amigos y conocidos les interesaba nada en absoluto de la vida de Svetlana en Estados Unidos y en Inglaterra.

A Svetlana tal desinterés la entristecía cada vez más y, para evadirse, caminaba por el jardín buscando las alegres sombras de antaño.

—¿Por qué suspiras tanto, Sveta? —preguntó Grisha, y se puso a pasear a su lado.

—Tonta de mí, ¿por qué he vuelto, puedes decírmelo?

—Pero ¿qué te pasa? ¡Si todo está en orden, todo va como la seda!

—¿Qué es lo que va tan bien? ¿No ves que a nadie le interesa nada? ¿Ni yo ni Olga? ¿Que para todos solo somos una carga? ¿Que nuestro hijo se ha convertido en un alcohólico? ¿Y que se ha casado con una loca? ¿Que solo me sacan dinero aunque no les haga falta? Al contrario, ¡han heredado esta lujosa dacha con jardín e incluso les alcanza para mantener a una cocinera!

—Tienes razón, Sveta. Toda la razón, a mí tampoco me gusta Lyuda.

Pero que eso no te altere los nervios ni el corazón. ¿Quieres una pastilla? ¡Coge! —Le ofreció tranquilizantes como si fueran bombones de chocolate, y él mismo tomó uno.

Svetlana se colocó una pequeña pastilla en la lengua y pensó: «¡Vaya! ¡Así que a esto se debe la calma de Grisha!».

Luego entraron todos en la casa para tomar un refresco. Lyuda reía a carcajada limpia, ya estaba bastante ebria y les servía vodka a todos. Durante unos minutos Grisha charló con Olga en inglés; luego, la niña encendió la televisión y se aisló completamente de lo que pasaba en la sala. Svetlana se dio cuenta de que era por culpa de las dosis ininterrumpidas de alcohol que su hijo había cambiado tanto. A su hermano Vasili le había sucedido algo parecido al empezar a beber: su figura cambió completamente.

Siguiendo el ejemplo de Olga, Svetlana se esforzó en alejarse mentalmente de la compañía de su hijo y su mujer y en pasar un rato más con Brayesh y Kaul. Lo consiguió. «Dios, Dios, ¡cuántos años habían pasado desde entonces!». Sin embargo, entre las caras nobles y las voces agradables de sus cultivados amigos indios que Svetlana proyectaba alrededor de la mesa donde antaño tanto les gustaba sentarse, ahora se escuchaban las ebrias carcajadas de su nueva nuera.

## 9

Tbilisi, 3 de febrero de 1985

Querida Marina:

Olga y yo llevamos ya varios meses en Georgia. Tiré la toalla con respecto a Moscú y mis hijos: cuando escribí desde aquí a mi hijo para que me enviara mi biblioteca de libros rusos, me contestó: «Prefiero quemarla a enviártela». He dejado de entenderlo.

Ahora que he perdido el contacto con mis hijos, el resto de mi estancia en la Unión Soviética ha dejado de tener sentido. He decidido intentar lo que sea para poder regresar a Estados Unidos y que Olga vuelva a Inglaterra. Escribí una carta al nuevo secretario general del Partido Comunista, Mijaíl Gorbachov, solicitando un permiso para salir de la Unión Soviética. Mi petición quedó sin respuesta. Así pues, escribí a Gromyko y le pedí audiencia, aunque por otro motivo: pienso solicitarle el permiso para exhumar el cadáver de mi hermano Vasili, a quien el KGB hizo envenenar en 1962 y la causa de cuya muerte la familia ignora hasta la fecha. La carta a Gromyko tampoco tuvo respuesta. El único que me recibió fue el líder comunista georgiano Sheverdnadze, un hombre que me pareció brillante. «Toda decisión respecto a su caso está en manos de Moscú», dijo él, sin embargo.

Y Moscú sigue callado.

¿Sabes, Marina? Ya no estoy acostumbrada a estas prácticas soviéticas de no contestar a las preguntas del ciudadano. En Estados Unidos el gobierno tiene a su disposición una organización para responderlas. Hay demasiadas cosas a las que me había desacostumbrado y no me gustaría volver a adaptarme a ellas. ¡Quiero irme de aquí!

Olga y yo hemos pasado el verano en las pequeñas ciudades marítimas de Georgia junto al mar Negro, pero vivimos en la capital, Tbilisi. Olga se adapta a todo rápidamente: ha aprendido a hablar ruso y georgiano y la juventud local la admira, la toma como una enviada de Occidente, del mundo libre; a Olga ese papel la divierte mucho. Sin embargo, a mí no me agrada el que me han adjudicado: el papel de hija de Yósif Stalin. Está a la orden del día que alguien me pare por la calle (también aquí me han hecho entrevistas para la televisión) para mostrarme su admiración: «¡Su padre era un gran hombre!», dicen, orgullosos de su famoso georgiano. Me cuesta contestar, me molesta y me pone nerviosa, y esa gente no entiende mi repentino mal humor.

Cada vez añoro más mi vida en Estados Unidos e Inglaterra. Antes de venir aquí creía que no era de ningún lugar. ¡Pero ahora sé que soy de allí! Que esto ya no es mío. Pero las semanas y los meses pasan y la respuesta de Gorbachov no llega. Esto me provoca estados de profunda melancolía y tristeza, nada me gusta, todo me parece absurdo. Al fin he decidido viajar a Moscú e intentar resolver allí la cuestión de nuestro regreso. Iremos en tren, igual que cuando, de pequeña, iba y volvía en tren de Moscú a Georgia cada año, para pasar aquí mis vacaciones de verano. Este viaje dura dos días y dos noches.

Deséame suerte, querida Marina, para que resuelva algo en Moscú.

Tuya,

SVETA

## 10

En la estación de Tbilisi, Svetlana y Olga se preparaban para subir al tren. Algunos parientes y los jóvenes amigos de Olga habían acudido allí a despedirse de ellas:

—¡Volveremos en nada! —les gritaba Svetlana desde la ventanilla, saludándolos, cuando el tren se puso en marcha—. ¡En Moscú no se podrá resolver nada y volveremos!

En el momento en que se puso el tren en movimiento, los georgianos de su compartimento empezaron a ofrecer a las dos mujeres el pollo asado, la fruta fresca, el pan y el vino.

—Así viajaban nuestras abuelas, Olya —explicaba Svetlana, en inglés, a su hija, nacida en la era de los aviones. Madre e hija se sentían cómodas y protegidas en un compartimento de primera clase, almohadillado y con



calefacción.

—Aquí me siento segura, mamá.

—Este tren nos ha trasladado al siglo XIX. Tienes razón, todo lo antiguo, lo que pertenece a otra época, especialmente a siglos pasados, transmite seguridad.

Por la noche dormían en sábanas limpias y durante dos días y dos noches Svetlana olvidó lo que hacía ya un año que la torturaba: el hecho de querer irse y no poder hacerlo. De día, por la ventana, iba contemplando el paisaje cubierto de un edredón de nieve, del que se alzaban altos pinos, pero no como los del sur, de la Georgia estadounidense y de Arizona; éstos eran gigantes que llegaban hasta más allá de las nubes, hasta allí donde nadie ni nada fuera de los pájaros tenía acceso. A cada momento la sorprendían los recuerdos que el viaje le evocaba. Tula, Kursk, Oriol, Járkov, Rostov... Cada nombre de ciudad le traía sensaciones de la infancia, cada estación estaba llena de colores y luz, que le hacían evocar la emoción que sentía cuando era niña y pasaba por aquí; incluso ahora la estación parecía estar llena de aquellos colores y aquella luz por la ilusión que le producían las vacaciones junto al mar y el regreso a Moscú tras el descanso estival.

De repente, se le pasó por la cabeza el recuerdo de un viaje en tren con su padre, también desde el mar Negro hasta Moscú. ¿Cómo fue entonces? Su padre quería pasar el mes de agosto junto al mar con ella y su hijo Yósif. Era el año 1948. Él le escribió:

Ven el día 10 e iremos juntos hacia el sur.

Un beso. Tu PAPÁ

Stalin tenía ganas de pasar sus vacaciones en su casa de veraneo con los más cercanos: Svetlana y su nieto de dos años, Yósif, que era su preferido. Svetlana observaba los altos pinos con las copas enterradas en las nubes y pensaba que incluso ahora, de mayor, Yósif no soportaba que nadie hablara mal de su abuelo; no porque idealizara a un dictador sino porque su abuelo siempre lo había tratado bien. ¡Es tan común no saber separar las emociones personales de una mirada objetiva!, pensó. Aquel verano Svetlana no tenía ganas de estar con su padre, deseaba pasar con Osia un agosto tranquilo en

Zubalovo. Nunca conseguía estar tranquila en la compañía de su padre: cuando uno menos se lo esperaba, empezaba a ponerse furioso, a gritar y a denigrarla públicamente. Pero también era consciente de que su padre vivía completamente solo, que no tenía a nadie a su lado justamente porque no permitía a nadie que se le acercara: todo el mundo le daba miedo y él daba miedo a todos. Decidió, pues, pasar el verano en Zubalovo e ir a ver a su padre a Crimea con Yósif a principios de otoño. Volvieron los tres juntos en tren. Evidentemente se trataba de un tren especial, vacío, preparado solo para ellos tres. El pequeño dormía en el cochecito, mientras Svetlana estaba sentada en su compartimento, hojeando la revista *Arte*. En ese momento apareció su padre y miró lo que leía. «¿Qué es eso?», preguntó. «Cuadros de Repin», contestó Svetlana. «Nunca los había visto, no he visto jamás ningún Repin», dijo. Le pareció que sus palabras habían sonado tan patéticas que Svetlana se quedó perpleja. Pensó que podría llevar a su padre algún domingo a la galería Tretyakov, hacerle de guía. Pero cuando iba a proponerlo, se dio cuenta de lo que ese plan supondría: cerrar la galería al público, preparar todo tipo de equipos de seguridad, guardaespaldas de refuerzo... No, mejor no. Y calló. Tenía los ojos fijos en las páginas de la revista para no tener que mirar a su padre: uno no sabía nunca cómo podía reaccionar en el momento menos pensado. Cuando llegaban a las ciudades donde se detenía el tren paseaba con su padre por la estación a lo largo del andén; su padre no conversaba con ella, ni siquiera la miraba: su modo de caminar por el andén parecía una marcha militar; de vez en cuando saludaba secamente al maquinista y al jefe de estación; todos se descubrían con cortesía y temblaban de miedo. Todo lo que rodeaba a su padre estaba fuera de la realidad, era frío, severo y vacío como el tren en el que viajaban; todo desprendía soledad y tristeza como en un desierto helado. Svetlana se juró a sí misma que su vida debería ser distinta, y no dejaba de sentir pena por su padre.

En un momento dado, su padre, encolerizado, sin venir a cuento, como le solía pasar a menudo, de repente y sin motivo alguno se irguió frente a ella que se agachaba como para evitar los golpes del enemigo y, hecho una fiera, le echó una bronca delante de todos aquellos a los que hacía solo unos instantes había saludado: «Eres una inútil, ¡no eres más que un parásito! ¡Nunca ha salido ni saldrá nada bueno de ti! ¡Eres una mala hija y me

avergüenzo de ti!». Todos alrededor bajaron la cabeza en silencio. El padre, con la cara roja y las piernas abiertas, se mantenía firme como una estatua de hierro. Sus puños no auguraban nada bueno. Sus ojos relampagueaban mientras miraba a su hija y esperaba una respuesta. Pero ella no sabía qué decir, de modo que se limitó a acurrucarse un poco más como si en cualquier momento fuera a recibir un puñetazo. En tales arrebatos, que se repetían una y otra vez, se le encogía el corazón.

Cuando volvieron a subir al tren, su padre se sentó frente a ella en el compartimento. Se acercaba el 7 de noviembre, fiesta de la Revolución rusa y aniversario de la muerte de la madre de Svetlana, Nadezhda Allilúyeva. El padre, que aún no se había calmado, empezó a hablar de ello. Svetlana calló; su padre la aterrorizaba cada vez con mayor intensidad. Pero al principio no pasó nada: les trajeron el almuerzo, como siempre, acompañado de una botella de buen vino y mucha fruta fresca. «Una pistola tan miserable, tan poca cosa», gritó el padre, encendido de ira, y con los dedos mostró lo pequeña que era el arma. «Parecía una pistolita de juguete. ¡Fue una estupidez por parte del tío Pável traer del extranjero un regalo así a tu madre! ¡Qué digo, estupidez, fue un crimen!». Mientras Svetlana mantenía silencio e intentaba pasar desapercibida en su rinconcito al lado de la ventana, Stalin empezó a buscar a otros posibles culpables: «También es culpa de esa mujer asquerosa que siempre incordiaba a tu madre, la mujer de Molotov, Polina Zhemchuzhina; era una mala influencia para Nadezhda»; mientras lo decía, Stalin echaba chispas. Svetlana sabía que su padre ya hacía mucho había mandado fusilar al tío Pável y había condenado a cadena perpetua a la esposa de Molotov. Había visto que, a medida que envejecía, él se sentía cada vez más culpable y cada vez pensaba con más frecuencia en su mujer fallecida. Y cuanto más pensaba en ella, más rabioso se ponía y se iba convirtiendo en una persona cada vez más despiadada y cruel.

Entonces dijo, de nuevo sin venir a cuento, en voz baja, amenazadora: «Al mierdoso de tu primer marido te lo enviaron los sionistas. Lo sé perfectamente». Se refería a Grisha. A Svetlana le dio un vuelco el corazón; se le ocurrió que quizá su padre enviaría también a Grisha al gulag, o si no a alguien de su círculo. (Ciertamente, poco después hizo encerrar al padre de Grisha). «Papá, eso es absurdo», dijo. De inmediato, al acabar de decirlo, se

acordó de que su padre no soportaba que le llevaran la contraria. Antaño solo su madre se atrevía a oponérsele. Ella era la única persona de la que su padre aceptaba críticas, pese a que lo hiciera a disgusto. Svetlana pensó que también a ella podía enviarla a un gulag. O algo peor. Como hizo hace tiempo con su hermano Yákov... Y nunca le perdonaría que, hacía unos años, interrumpiera brutalmente su primera relación amorosa y enviara a Alekséi, la única persona que hasta entonces le había brindado comprensión y ternura, a diez años de trabajos forzados. «Lo sé —dijo con amenaza creciente—, ¡a Grisha te lo buscaron los sionistas! No lo niegues, es inútil. ¡Tú también eres una enemiga del pueblo soviético!». Ahora no gritaba. La miraba fríamente y burlándose de ella. Svetlana intentó acabar su idea con calma, aunque tan alterada y tensa que le entraban sofocos: «Papá, entre los jóvenes no hay nadie a quien le interese la idea del sionismo. Nosotros ni sabemos lo que es y nos da igual». «¡Calla de una vez, imbécil rematada! ¡Deja esas expresiones antisoviéticas!», le gritó clavando puñetazos en el respaldo de su asiento: «¡No entiendes nada! ¡Toda la generación de los mayores está marcada por el sionismo y ahora se lo inculcan también a los más jóvenes!». Ella se limitó a contestarle muy bajito diciendo que lo veía de una manera completamente distinta; pero sabía que no lo convencería, al contrario: sus réplicas despertaban en Stalin nuevos ataques de furia. Así que se calló, esperando que su padre no se vengara contra Grisha. Stalin bebía una copa de vino tras otra y se agitaba rabiosamente en su asiento. Para hacerle olvidar a su exmarido, Svetlana se atrevió preguntarle por qué había mandado a la cárcel a sus tías, las viudas de los tíos Pável y Redens. «Sabían demasiado —dijo él — y hablaban mucho. Y con ello ayudaban a mis enemigos», dijo con frialdad y autosuficiencia mientras observaba su copa de vino; a ella no le dedicó ni una mirada. Svetlana sabía que Stalin veía enemigos en todo el mundo y por todas partes y se calló. Empezaba una nueva ola de represión, se arrestaba sin criterio alguno. Se encerraba a los parientes y conocidos de todos los que habían muerto en las represiones de los años 1936 y 1937. Ella tenía claro que su padre intuía a un enemigo incluso en ella. Estaba solo y amargado, y eso lo había llevado a un estado de paranoia. Svetlana prometió que se casaría con Yuri Zhdánov, que le hacía la corte, un joven que le resultaba indiferente. ¡Pero debía apartarse de su padre y del Kremlin!

¡Cualquier cosa era preferible a estar con él!

Cuando llegaron a Moscú, el padre se despidió de su hija de manera distante e impaciente. Svetlana regresó a su triste piso del Kremlin, con su atmósfera irrespirable, y en la que ella, una joven de veintidós años, se sentía prisionera. Su padre se marchó a su dacha cerca de Moscú. Como cada vez después de estar en su compañía, Svetlana tardó varios días en volver a ser ella misma. Pasar ni que fuera un pequeño instante con su padre resultaba agotador. Ambos sabían que se habían alejado el uno del otro. Cada uno anhelaba estar solo, la presencia del otro lo enervaba. Y ambos estaban convencidos que la culpa era del otro.

Svetlana logró apartar con fuerza de voluntad el recuerdo de su padre. Cogió a Olga de la mano e intentó concentrarse en el blanco paisaje invernal, con los bosques cubiertos de una espesa capa de nieve, que brillaba al otro lado del cristal de la ventanilla, donde la helada había pintado de blanco una vegetación fantástica y exuberante.

## 11

Delante de la estación de tren, en la nevada plaza Kursk de Moscú, a ambas mujeres las esperaba el primo de Svetlana, el atlético Vasili de ojos negros, para llevarlas a través de las calles heladas hasta su casa en la calle Gorki. Allí la esperaba una carta de Yuri Zhdánov. «Qué casualidad —pensó—, justo cuando me ha venido al recuerdo este hombre con el que acabé casándome para salir de esa atmósfera asfixiante del Kremlin». Yuri le escribía para hablar de la hija que tenían en común; Katia trabajaba en Kamchatka, investigaba el funcionamiento de los volcanes y todo daba que pensar que se convertiría en una científica de renombre. En una fotografía adjunta, Katia montaba en un poni, en otra, jugaba con su hija Ania.

Svetlana desvió la mirada hacia su segunda hija. Olga, de quince años, ya hacía tiempo que no estaba triste ni se sentía herida: ahora todo la divertía, le gustaba conocer a gente nueva, ella misma a menudo empezaba las conversaciones y se deslizaba sin problemas de una cultura a otra, de un

idioma a otro. Se había apegado a Sasha, el hijo de Vasili, y por las noches escuchaba con él discos de canciones tristes y de protesta de Vladímir Vysotski y Bulat Okudzhava. Luego Sasha cogía la guitarra y tocaba para todos en la sala de estar; Olga pronto aprendió las letras de las canciones y las cantaba mientras Sasha la acompañaba con la guitarra.

Una vez, durante ese idilio nocturno, sonó el teléfono. Vasili cogió el auricular y contestó alegre, pero tras unos momentos a la escucha le cambió la expresión del rostro. Al poco rato colgó sin palabras. Svetlana sabía que había llamado su nuera Lyuda.

—En mi vida he oído muchas palabras groseras, pero comparado con lo que me acaban de decir, todo se queda corto.

Lyuda, evidentemente, había llamado en estado de embriaguez para reprochar a Vasili que hubiera brindado a Svetlana y a su hija la posibilidad de hospedarse en su casa.

—Pero ¿cuál es el problema? —Svetlana sacudió la cabeza—. Ya hace meses que no tengo noticias de mi hijo y si, de vez en cuando, no llamara yo misma, él no daría señales de vida. ¿Qué quieren ahora, pues?

—Seguramente intenta descubrir información, Sveta —dijo Vasili, rascándose la cabeza—. No quería decírtelo, pero seguramente será mejor que lo sepas. Lyuda es una delatora.

—¿Cómo?

—Sí. No lo digo a la ligera, por desgracia no hay duda sobre ello. Trabaja para el KGB, delata a la gente de su profesión y de todo su círculo. Y el KGB le paga por este servicio. ¿No te has dado cuenta de lo ávida de dinero que está?

—Y mi hijo está completamente bajo la influencia de esta mujer —dijo Svetlana en voz baja, amargamente.

Vasili calló y miró al suelo.

—Escucha —dijo Svetlana pensativa—, en Georgia conocí a un cura católico. Hace tiempo que me interesan y me atraen las diversas religiones, ¿sabes? Creo que cada uno debería creer en algo que está por encima de él. No por obligación, sino porque le aliviaría la búsqueda de su equilibrio vital. Le hablé al cura de mis dos hijos mayores, de que estábamos alejados, le pedí consejo. Él no paraba de repetir: «El amor vencerá. Sea paciente, ya verá. El amor vendrá solo». Y yo espero, espero, pero el amor de mis hijos no viene

nunca. Así que ya he perdido la paciencia. Me rindo.

## 12

Unos momentos después llegó Grisha. Bien vestido, impecable, tranquilo y sonriente como siempre.

—He venido a preguntar cómo va tu asunto del pasaporte y del viaje de regreso, Sveta. ¿Ya has recibido una respuesta de Gorbachov?

—Ni una línea.

Grisha sugirió a Svetlana que consultara a un buen conocido suyo:

—Es un pez gordo del KGB y con él sabrás dónde estás.

Cuando se hubo ido, Svetlana miró a su primo con una interrogación. Vasili se encogió de hombros:

—Si el conocido de Grisha es un pez gordo del KGB, eso significa que tu exmarido también tiene un cargo importante en la policía secreta.

—Y que seguramente lo han contratado para hacer de puente entre el KGB y yo.

Vasili, melancólico, hizo que sí con la cabeza.

—Aquí todo funciona de esta manera —dijo al cabo de unos momentos—. ¿Ya lo habías olvidado, Sveta? En mis momentos libres me dedico al deporte. Es una de las pocas cosas por las que no me pueden castigar.

Al día siguiente Svetlana llamó al «pez gordo». El camarada le asignó inmediatamente una hora a la que podía ir a verlo.

—Fui yo quien le dio permiso para que pudiera volver a la Unión Soviética. Muchos estaban en contra, como puede imaginarse, pero yo me mantuve firmemente a favor de su asunto.

El funcionario llevaba un traje a la última moda, guardaba las normas de cortesía y conocía el mundo, había viajado por Inglaterra, América y otros países occidentales. Pero Svetlana temblaba de miedo y de disgusto de que la hubieran llamado del KGB. «¿Qué he de decirle a este camarada? —pensaba—. ¿Debo darle las gracias?». Estaba alterada y en la oficina del KGB se sentía miserable. Al final dijo:

—¿Por qué se mostró favorable a mi asunto?

El funcionario se quedó en silencio como si no considerara necesario darle una respuesta y su cara expresaba desagrado. La tensión iba en aumento. Svetlana intentó romperla:

—He venido para preguntar si el señor Gorbachov recibió mi carta.

—El camarada Gorbachov está al corriente del contenido de su carta — dijo fría y misteriosamente el hombre del KGB.

Svetlana calló.

El funcionario del KGB la observó atentamente, luego añadió:

—Y hemos tomado una decisión. Su hija puede volver cuando quiera a su colegio de Inglaterra, no es ningún problema. Por supuesto iría como ciudadana soviética y puede volver a verla en vacaciones. Lo organizaremos todo con facilidad.

«Así que ésa era su idea... Y, en cambio, yo que me pudra en Rusia», se dijo. Pero, por si acaso, preguntó:

—¿Y qué pasará conmigo?

—Usted tendrá que mudarse de Georgia a Moscú y quedarse a vivir aquí. Es moscovita y no tiene por qué residir en una provincia de mala muerte como Georgia. Todos sus amigos están aquí.

De repente se le pasó por la cabeza que estaba sentada frente a Olgivanna Wright, a la que le estaba pidiendo permiso para abandonar la comuna de Taliesin. La señora Wright no solo no la dejaría salir, sino que la haría sufrir un poco más por su insolente osadía de pedir su salida. Svetlana se daba cuenta de que la última frase del funcionario del KGB era la decisión oficial sobre su caso.

Respondió con brusquedad que continuaría esforzándose para poder salir del país. Otra vez, el camarada no consideró necesario darle una respuesta. Svetlana se lo imaginó como a un hombre con cabeza de cerdo, una de esas figuras que había visto, hacía casi veinte años, en la catedral de San Nicolás de Friburgo. Mentalmente esbozó una sonrisa gracias a la cual a partir de entonces fue capaz de dominar su ansiedad.

Acompañó a Svetlana en su coche a la calle Gorki. El conductor tenía una expresión inmóvil y no dijo ni hola ni adiós.

En casa, Svetlana se tomó un tranquilizante de la caja que le había dejado



Grisha. Le habló a su primo de la audiencia en el KGB.

—Me parece que realmente están usando al pobre Grisha —sentenció.

—Claro. Y él está de acuerdo.

—¡No hay dónde esconderse, Vasili! Todo es transparente, translúcido, ¡te vigilan en todas partes!

—Así vivimos aquí, Sveta, a la vista de todo el mundo. Y por lo que respecta a Grisha, el KGB encargó a tu primer marido ganarse tu confianza y luego informarlos de cada paso tuyo, no lo dudes.

## 13

Cuando aún estaba en Georgia, echaba tanto de menos las fiestas de Navidad que celebraba cada año en Estados Unidos y en Inglaterra, y que no se celebraban en la Unión Soviética, que no solo adornó la casa con un pequeño árbol de Navidad y el 25 de diciembre invitó a las amigas de Olga a comer, sino que también envió a todos sus amigos en el extranjero una felicitación con el remitente de Tbilisi. Con enorme retraso, una parte de respuestas a su correspondencia, reenviada de Tbilisi, empezó a llegarle a Moscú. Entre muchas cartas, encontró una por la que inmediatamente mostró interés. Era del cónsul estadounidense en Moscú, del que no conocía su dirección moscovita pero había conseguido la de Georgia por medio de Alan Schwartz, el abogado americano de Svetlana.

En la carta, el cónsul le aseguraba que mientras no renunciaran pública y oficialmente a la nacionalidad americana, ella, Svetlana, y su hija Olga seguirían siendo ciudadanas estadounidenses.

Svetlana decidió actuar sin dilación. Sabía que la embajada americana en Moscú estaba rigurosamente vigilada por la policía soviética. Puesto que ya no sabía cómo arreglárselas para promover el asunto de su regreso a Estados Unidos, decidió enviar a los del consulado americano una señal de su deseo.

Una mañana, ella y Olga cogieron el metro y bajaron en la estación del Jardín Zoológico; de allí caminaron por la amplia calle Sadovaya, llena de ruidos de coches y camiones. Svetlana que, de tan frustrada y nerviosa,

últimamente comía más de la cuenta, no disfrutó del gélido día soleado que normalmente tanto le hubiera gustado; sentía cómo el corazón le latía con fuerza.

—Ojalá consiguiera corregir ahora el gran error que cometí al volver a Rusia, ratita —se repetía más a sí misma que a Olga.

La chica callaba, y pese a ello, su madre continuaba compartiendo sus pensamientos con su hija:

—Mira a tu alrededor, por si detectas a algún americano, querida. Quizá sea un funcionario de la embajada. ¡Si tuviéramos la suerte y pudiéramos cruzar la puerta con él sin que nos molestara la policía soviética!

—Quizá los americanos tengan telecámaras en la puerta. Una chica de mi colegio dijo que los rusos, a veces, acuden a la embajada americana a quejarse y expresar lo que desean.

Svetlana conocía perfectamente esa fe ciega que muchos rusos profesaban en la capacidad de los norteamericanos de ayudarlos. Pero se limitó a esbozar una leve sonrisa amarga:

—Pero no logran entrar siquiera. Nada más llegar hasta la puerta ya los atrapa la policía secreta soviética.

Entonces ambas se quedaron en silencio, la embajada estaba a un tiro de piedra. Llegaron y por un momento se detuvieron frente a la puerta. En un instante las rodearon varios policías soviéticos uniformados y otras personas de civil y pidieron a las dos mujeres que las siguieran.

Svetlana miró a Olga: la muchacha estaba perpleja. Nunca había visto nada parecido, salvo en las películas. Los policías se llevaron a madre e hija a una garita de madera que estaba enfrente de la embajada. Evidentemente, la habían colocado allí para interrogar a las personas que intentaban entrar en la embajada americana.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó a Svetlana uno de los policías.

—Somos ciudadanas americanas —declaró ésta en su ruso limpio con acento de Moscú.

El policía arqueó las cejas. Svetlana continuó:

—Necesitamos hablar con el cónsul americano. Hemos recibido una carta suya en la que nos informa de que quiere reunirse con nosotras.

El policía cogió la carta con los dedos, como si fuera una bomba. La

reparó superficialmente y salió con ella a la calle. No dijo nada más. La madre y la hija esperaban en la garita, donde hacía frío, mientras intentaban calentarse la una a la otra. Olga estaba desolada; Svetlana le aseguró que todo iría bien, aunque ella misma no estaba en absoluto segura de ello.

Tras un largo rato el policía volvió.

—Enséñenme sus pasaportes americanos.

—Precisamente están en el edificio de la embajada americana, los tiene el cónsul —dijo Svetlana con decisión—. Necesitamos verlo.

El policía volvió a salir y tras otro largo rato volvió con un funcionario de grado superior.

—Enséñenme algún documento de identidad.

Svetlana le dio su nuevo pasaporte soviético, donde aparecía también su hija como ciudadana soviética menor de edad con el nombre adaptado al sistema ruso: Olga Williamovna Peters. El policía las miró y agitó imperceptiblemente la cabeza:

—Si ustedes son americanas, yo soy el papa de Roma.

—¿Dónde está la carta del cónsul? —preguntó Svetlana algo nerviosa—. ¿Pueden llamarlo para decirle que necesitamos reunirnos con él?

—Calma. Espérese —contestó, y volvió a salir—. Pero sepa que los ciudadanos soviéticos no tienen nada que hacer en la embajada americana.

## 14

Tbilisi, 28 de febrero de 1986

Querida Marina:

Volvemos a estar en Tbilisi. En Moscú no nos dejaron entrar en la embajada americana y me quitaron la carta del cónsul. Ya no teníamos adónde ir ni con quién hablar. Mi hijo no vino a verme ni una sola vez, cada vez que quería verlo tenía que suplicárselo, y entonces se presentaba en compañía de su mujer; no hace falta que diga que tampoco mi hija vino de Kamchatka ni contestó mis cartas.

Olga ahora está sentada ante su escritorio haciendo sus deberes de ruso y georgiano; domina ambas lenguas, sobre todo el ruso, que habla con fluidez. Además, va a clases de canto en casa de Leila, la pianista, y aprende a montar a caballo.

¿Y yo? Marina, me siento fatal, físicamente me encuentro repugnante. He envejecido y engordado porque vivo con mucha tensión y eternamente preocupada por nuestro futuro.

Hace un rato he llamado a Cambridge, al director de la escuela de Olga. Por eso también me

trasladé de Moscú a Tbilisi: desde allí no solo no puedes escribir según qué cosas y según a quién, sino que tampoco te dejan llamar por teléfono sin que te escuchen. Pregunté al director si la volvería a aceptar. Me dijo que si Olga aparece durante este año académico, la introduciría en la misma clase donde estudiaba antes de salir para que se encontrara entre sus compañeros, a los que ya conoce. ¿No es una noticia excelente? Hace poco, en Moscú, un alto funcionario del KGB me dijo que Olga podía salir de la Unión Soviética en cualquier momento, estudiar en Inglaterra y venir de visita a Moscú. Pero a mí no me dejarán salir. ¡Menudo panorama, Marina! ¡Prefiero morirme!

Marina, te lo cuento porque estoy casi segura de que las cartas enviadas desde Georgia no están sujetas a censura, aquí todo está más relajado. Como ya he dicho, estoy profundamente descontenta conmigo misma: ¿cómo pude permitir volver a caer en esta situación humillante, en esta trampa? Gracias a toda esta insatisfacción me he puesto entrada en carnes, mucho, y ahora no puedo bajar de peso. Cada movimiento es más difícil que antes y tengo incluso problemas: la presión alta y arritmia cardíaca. Siento rechazo por mí misma y no me reconozco, es como si me hubiera convertido en otra persona. Me doy cuenta de que la Svetlana moderna, juvenil y occidental ha desaparecido, y una señora soviética gorda y envejecida ha ocupado su lugar. Como si hubiera cambiado de identidad. Ya no me puedo poner ni esa ropa interior de encaje que tanto me gusta. Intento ir con Olga al mercado de fruta y verdura y comer más sano, pero siempre tenemos alguna invitación para cenar en casa de conocidos y parientes y allí nos ceban como a unas ocas y todo viene acompañado con hectolitros de vino, que entra solo. No puedes negarte, porque todos comen como si no existiera nada más en la vida y no es recomendable diferenciarse de ellos. Aquí y en Moscú, por toda la Unión Soviética, la gente se esfuerza en ser mediocre, en hacer lo mismo que los demás y parecer como los demás. Y así ha acabado también tu Sveta, que te envía abrazos.

## 15

Acabó la carta, cerró el sobre y se dispuso a escribir la dirección. En ese momento, la pequeña pequinuesa que hacía poco le había regalado a Olga una amiga le arrancó con los dientes el cuaderno de notas y empezó a jugar con él. «¡Maka, no marees!», le gritó Svetlana y le quitó a la perra el cuaderno de la boca. El cuaderno se abrió por la página de la letra H, donde solo había una dirección y un número de teléfono. Svetlana miró durante unos momentos ese nombre, luego tomó el cuaderno y se sentó junto al teléfono. Primero marcó el prefijo internacional, luego el uno: Estados Unidos. Y aguantando la respiración siguió marcando el número. ¿Habría alguien en casa? ¿Estaría en casa Sam Hayakawa, uno de los tíos de Olga, profesor y político, ahora senador por el estado de California? Sería una casualidad demasiado grande.

—*Hello!* —se oyó al teléfono una voz de hombre.

—*Hello!* ¿Está Sam Hayakawa?

—¡Soy yo! Hola, Svetlana, ¿cómo estás y desde dónde llamas?

—Don, ¡qué suerte que tengo! —dijo riendo y atragantándose de felicidad

—. Llamo desde la Unión Soviética, ¡imagínate, me quedé atrapada!

Sam se rio y dijo:

—No pasa nada, todo se pondrá en orden. ¿Puedo hacer algo por ti y por Olga?

Le expuso que Olga tenía preparado el viaje de vuelta a Cambridge.

—Es una noticia excelente, Svetlana —se alegró su tío.

—Pero con respecto a mí, Don, las autoridades soviéticas no quieren dejarme salir del país porque no reconocen mi ciudadanía americana.

—Pero, Svetlana, eso no es nada, un pequeño enredo diplomático y nada más. Es un asunto sin importancia que se resolverá con una llamada de teléfono. Ahora mismo llamaré al Departamento de Estado de Washington D. C. y les comunicaré que el cónsul americano en Moscú te busque lo antes posible y te ayude al máximo. Un ciudadano americano tiene derecho a volver a su país y nadie le puede negar este derecho fundamental. ¿Eso es todo, querida Svetlana?

Svetlana le dio a Sam-Don sus números de teléfono y sus direcciones.

—Primero llamaré a D. C. y les daré todos tus datos; luego enviaré a la prensa la noticia de que Olga vuelve a sus clases en Cambridge y Svetlana, a Estados Unidos. Las autoridades soviéticas ya no podrán hacer nada si en el escenario internacional no quieren parecer unos malvados y unos mentirosos. Y el nuevo gobierno de Gorbachov no puede permitírselo a ningún precio. Así que ahora, Svetlana, ¡ponte ropa bonita y llévate a Olga a celebrar la libertad recuperada!

Svetlana siguió al pie de la letra la recomendación de su cuñado. Ese día ella cumplía sesenta años. En principio, no tenía la más mínima intención de celebrar su cumpleaños, pero tras la conversación con Don se había animado. Se puso un vestido negro que la hacía parecer más estilizada y se fue con Olga a casa de unos amigos. Ataron a *Maka* a la valla. En Georgia, la mesa siempre está llena y así fue también esta vez. Los anfitriones, hermano y hermana, trabajaban en el teatro. Apresuradamente reunieron a varios invitados, actores y cantantes, los profesores de georgiano de Olga y su maestra de ruso y de canto. La comida fue deliciosa y selecta y Svetlana, en

su estado de ánimo alegre, solo picó un poco de cada plato. Se daba cuenta de que si a veces comía de más era a causa de la tensión en la que vivía. Lo acompañaron todo con un sabroso vino dorado; en Georgia nadie tocaría el vodka: «Eso solo es bueno para los bárbaros del norte», solían decir. Luego el anfitrión cogió la guitarra, la profesora de Olga tocó el piano y cantaron melancólicas canciones tradicionales georgianas sobre el amor, la despedida, la muerte, la nostalgia, los hermosos ojos tristes. Temas eternos, belleza eterna, pensó Svetlana. Olga también acompañó algunas canciones al piano, en otras ocasiones cantó. Todos desearon a Svetlana, de todo corazón, salud y suerte. «¿Qué podía ser más hermoso en la vida que una velada como ésta?», pensó antes de dormir.

## 16

Ésa fue también la despedida de Georgia. Al día siguiente, madre e hija hicieron las maletas y se fueron al aeropuerto para tomar el avión a Moscú. Olga, con *Maka* atada con la correa, sonreía y lloraba al mismo tiempo por tener que abandonar a sus amigos georgianos, mientras que Svetlana tenía muchas esperanzas de que pronto podría salir definitivamente de Rusia.

Llegaron a Moscú y se alojaron con la perrita en el mismo hotel en el que vivieron a su llegada. Les dio la bienvenida una llamada de teléfono: la cónsul americana le explicó a Svetlana qué tenía que hacer a partir de ese momento. Svetlana entonces envió a Gorbachov un telegrama en el que solicitaba el permiso para abandonar el país. Luego, en el Sóviet Supremo cerca del Kremlin, rellenó una petición. Al día siguiente, le llegó la confirmación de que la oficina de Gorbachov había recibido el telegrama. Se sintió aliviada. Ese mismo día volvió a llamarla la cónsul americana: quería ir a verla al hotel, pero en la recepción no la dejaron subir a la habitación. Por lo visto, los extranjeros ni siquiera tenían derecho a entrar en el vestíbulo. Svetlana entonces salió a la calle y subió al coche de la cónsul, y allí por fin pudieron hablar.

—¿Por qué nos ponen tantas trabas? —preguntó la cónsul con una

sonrisa.

—La respuesta es sencilla: para que nada resulte fácil. Hay que fastidiar a la gente, atacarles los nervios. Éste es el deporte nacional soviético —dijo Svetlana, le entregó a la cónsul varias fotografías para el pasaporte y se despidió.

Al cabo de unos días le comunicaron desde el Sóviet Supremo que no reconocían su nacionalidad americana, la consideraban ciudadana soviética y por ello no le concederían el visado de salida. ¿Cómo iba a comprarse el billete de avión en esta situación? Llamó a la cónsul para informarla de los nuevos acontecimientos.

La cónsul le explicó que no necesitaba visado de salida, porque viajaría con un pasaporte americano. La ayudó con la compra de los billetes. Svetlana volaría con la compañía Swiss Air. «¡Como hace diecinueve años, cuando me exilié a Estados Unidos!», pensó alegremente, y lo consideró una buena señal.

Olga viajaría a Londres, Svetlana, al día siguiente, a Chicago a través de Zúrich. Luego, alquilaría un coche y conduciría de Chicago hasta Wisconsin, que ya conocía. Allí descansaría en medio de la naturaleza, se restablecería. Entonces se iría a ver a sus amigos, a su editor ruso a Princeton y a Nueva York.

—Mamá, tú llevarás a *Maka*. En Inglaterra no dejan entrar perros —le dijo Olga.

—¿A *Maka*? No, ratita, mejor la dejamos aquí en Moscú con nuestros amigos, o la enviamos a Georgia.

—No, mamá, quiero que *Maka* esté contigo.

—Vale, Olga, pequeña tirana. Siempre te sales con la tuya. Yo ahora solo sueño con llegar al otro lado de la frontera. Así que en el avión llevaré a *Maka* en el regazo. ¡Viajaría aunque fuera con un nido de víboras en el bolso con tal de salir de aquí!

10 de marzo de 1986

Querida Marina:

Estoy volando en el avión de Swiss Air a Zúrich y, aunque mi perrita *Maka* está nerviosa y no para de ladrar y molestar a las azafatas, en el mundo entero no hay nadie más feliz que yo. En todos los periódicos de hoy he visto entrevistas a Olga: cuando ayer llegó a Londres, como se podía esperar, la rodearon centenares de reporteros de periódicos y revistas, de las emisoras de radio y de las cadenas de televisión. «No me arrepiento ni de un solo momento pasado en Moscú y en Georgia, he conocido un país culturalmente rico y he descubierto mis propias raíces», acabo de leer en el *New York Times*.

Quiero compartir contigo lo que pienso, Marina. Durante el vuelo me pregunto, una y otra vez, por qué fui a Rusia. Ahora por fin lo sé. Fui porque me comportaba como una persona libre que se sube en un avión de Londres a Moscú para ver a sus hijos. También fui a ver a otros amigos y miembros de mi familia. Ahora sé que realicé este viaje por mis hijos. Si no hubiera ido a Moscú, durante el resto de mi vida me habría echado en cara haber sucumbido al miedo. Marina, desde el momento en que hace diecinueve años abandoné a mis hijos en Moscú y me fui a Estados Unidos, pasando por la India, he tenido mala conciencia, me sentía culpable hasta lo más profundo del alma con respecto a mis hijos. Sí, desde el momento en que emigré a Norteamérica sentí dentro de mí la culpa: por mis hijos, sobre todo; por mi país, también; pero también por mi padre, del que en tantas entrevistas tuve que renegar; me forzaron a ello, aunque yo intentaba expresarme de forma impersonal. Sin duda no estaba del todo equivocada: Stalin fue un dictador sanguinario, un monstruo. Pero por otro lado se trataba de mi padre; de mi papá, que ¡me llamaba mi pequeño ruiseñor! Por esa contradicción sufrí durante años ataques de ansiedad. Ahora, Marina, me he deshecho de ellos, porque he vuelto a comprobar que todo lo que dije era cierto. ¡En Rusia todos son delatores! Y ya se sabe quién estableció este sistema. También sé que ya no quiero hablar más de mi padre. He comprobado que en Rusia no puedo ni quiero vivir. Este viaje a Moscú ha representado una especie de purificación interior para mí, me he dado cuenta de muchas cosas. He limpiado mi conciencia de toda la culpa que sentía ante mis hijos. Después de tantos años, no han encontrado una relación conmigo ni yo con ellos. Pero lo importante es que yo he cumplido con mi obligación, he pagado la deuda que tenía con mis hijos.

¡Si supieras lo ligera que me siento ahora! Como si me hubiera sacado de encima el peso de diez grandes piedras. Por supuesto, así ha sido en el sentido más literal: en las últimas semanas, cuando ya no tenía que preocuparme por la salida de Rusia, adelgacé de modo drástico, así que vuelvo a tener el mismo aspecto que antes. De nuevo me gusta vestirme bien, pintarme, mirarme en el espejo porque vuelvo a ser yo, porque he recuperado mi estilo, otra vez soy una mujer moderna y juvenil, con mi elegante traje que compré hace años en Nueva York. Como si me hubiera quitado la identidad soviética, igual que una serpiente se muda la piel, y me hubiera metido en otra recién adquirida. Además, en Rusia dejé atrás una especie de carga mental. Ahora me siento ligera como una pluma: si abro la ventana, saldré volando alto por encima del avión y no pararé. Ahora sonrío como cuando viajé por primera vez a Estados Unidos, sentada junto al joven y guapo Alan Schwartz.

Estamos a punto de aterrizar en Zúrich. Acabaré la carta dentro de un rato.

Marina, vuelvo a estar contigo, ahora en el vuelo Zúrich-Chicago. Hasta *Maka* se ha tranquilizado y duerme.

Ahora que vuelo por encima del océano, ya solo pienso en el futuro. Quiero instalarme en Wisconsin. Necesito estar rodeada de naturaleza, mirar cómo brotan las violetas en la hierba, cómo los árboles se cubren de flores paulatinamente, luego de frutos y finalmente de hojas. Ahora no podría quedarme en una capital, en una ciudad donde otra vez me perseguirían los periodistas. Prefiero no hablar de mi padre ni del comunismo. Deseo la paz en medio del bosque. Despertarme temprano, hacer



algo de ejercicio delante de la casa, desayunar mirando los árboles. Luego escribir hasta el mediodía y después de comer dar un largo paseo. Más tarde leer tanto rato como me venga en gana. Durante la cena me gustaría escuchar a los pájaros; en Wisconsin hay un pájaro que canta con dulzura y algo de misterio, llamado *whip-poor-mill* o chotacabras; en ruso se llama *kozodoy zhalobni*, y si estuviera aquí Brayesh Singh sin duda nos lo diría también en sánscrito, en hindi y en urdu. Él, Brayesh, una vez me habló de Krishna, que después de una gran batalla se retiró al bosque y allí se quedó meditando durante el resto de su vida. Me pasa algo parecido; después de todas mis batallas, anhele la paz del bosque. El canto de los pájaros, mañana y noche, será mi música y mi meditación.

Después de la cena ponerme otra vez a leer —tengo ganas de repasar la Biblia, esa fuente de sabiduría; un tal padre Giovanni Garbolino me dirige desde Roma cartas muy convincentes sobre la fe católica—, y sobre todo escribir cartas a mis seres queridos me llevará suavemente al sueño. Porque, Marina, no me entiendas mal: no quiero renunciar a mis amigos y conocidos, ¡no, en absoluto! Quiero seguir relacionándome con ellos, cenar con ellos y organizar picnics, asistir a conciertos e ir al teatro..., pero solo cuando yo lo desee. Viajaré a Nueva York, a Princeton y a California, pero únicamente de vez en cuando, para que la compañía de mis amigos nunca se convierta para mí en algo cotidiano, ni mucho menos en una obligación, sino de manera que sea una fiesta en la que hay que ofrecer lo mejor de uno mismo. ¿Vendrás a verme a mi cabaña del bosque, Marina? Allí podrás entrar solo tú, la única, naturalmente aparte de mi Olga.

Ya estamos sobrevolando el continente americano y pronto aterrizaremos en Chicago.

Tuya,

SVETA

## IV Chicago (2006)

### 1

**S**vetlana conduce su coche. Durante unos momentos se pierde, como le suele pasar en las pequeñas ciudades americanas. Todas las calles le parecen iguales. Tras varios cruces y semáforos, sin embargo, consigue salir de la ciudad. Suspira. Está sola y en movimiento. Ha estado toda la vida huyendo de algo. No piensa en ello, corre por la carretera, el coche la lleva hacia donde ella le ordena.

Sale de la ciudad de Urbana por una calle entre pequeñas casas de madera con porche y jardines sin valla, entre restaurantes y tiendas, todo flanqueado por árboles que empiezan a teñirse de amarillo, y de rosas. Rosas rojas, como las que solía regalarle su padre.

Había aceptado la invitación para asistir a un seminario sobre Rusia en la Universidad de Illinois, en Champaign-Urbana. En la conferencia participó en las discusiones y una mesa redonda. Asimismo, los participantes en el seminario volvieron a preguntarle por su padre, aunque con mucho tacto y al margen de los demás asuntos. Fue para encontrarse, años después, con buenos amigos: rusos, polacos, americanos. Y para ver mundo y decidir qué más hacer. Vendió su casa en los bosques de Wisconsin donde estaba tranquila. «La paz es un tipo de felicidad», pensaba en repetidas ocasiones. Metió en una maleta sus libros preferidos, en otra varias faldas, pantalones y jerséis, pulseras y pendientes, entregó las llaves de la casa a sus nuevos

propietarios y se fue del bosque de Wisconsin a buscar suerte en otro lugar. Recorrió todo el país, con el que ya hacía tiempo que se había reconciliado y que se había convertido en su hogar. Ya no deseaba volver a Europa; ése era para ella un capítulo acabado. A Portland, en el estado de Oregón, donde vivía su Olga, que hoy se hace llamar Chrese, no podía ir: a su hija le gustaba visitarla pero prefería vivir sola, ser independiente. ¡Quién lo iba a entender mejor que Svetlana! Aunque era verdad que había ahuyentado a su hija porque había dependido demasiado de ella.

## 2

En la carretera se encuentra bien. También en el tren y en el avión. Allí nadie puede alcanzarla, nadie le pregunta por su padre y por su emigración, por sus huidas y exilios. Lentamente atraviesa un paisaje llano: no hay ni una pequeña colina, solo campos de maíz, entre ellos hierbas, de vez en cuando en el horizonte se perfila una casa, una granja, un tractor, un árbol. Como fantasmas en la distancia.

Un campo de hierba veraniega. Recuerda a su padre, una vez, en un prado como éste, como si estuviera en un campo de batalla soñando sus sueños de gloria; sus inútiles sueños de gloria.

De su padre durante toda la vida huía, y no solo de él sino sobre todo de las preguntas sobre él. Ya no quiere pensar en Stalin. Periodistas, reporteros, la televisión, la radio: es de ellos que se escapa. Por eso pasó años viviendo en el bosque, lejos de la civilización. Allí era simplemente una mujer, la americana Lana Peters, una señora corriente que vivía su vida en la paz de un lugar solitario, sin preguntas innecesarias ni peticiones de entrevistas.

«Un monstruo», dijo ayer en el seminario, cuando le preguntaron por su padre. «Un monstruo moral y mental», repitió. Y en toda su vida lo ha dicho ya en las más diversas variantes cien veces, mil veces. Ahora susurra para sí misma: «Pequeño rruiseñor», como la llamaba cuando era pequeña, y también: «Mi princesita». La abrazaba con un brazo y con la otra mano le despeinaba el pelo y le acariciaba la cara: «¡Eres mi pequeño rruiseñor!».

Tiene que volver a buscar un lugar apartado en el que nadie le pregunte por su padre, donde nadie sepa quién es Lana Peters. Se siente mal por todo lo que ha dicho sobre él, aunque sabe que debía decirlo porque era así. Pero hay tres cosas que nunca le perdonará: que acabara cruelmente con su primer amor, enviando a Alekséi Kapler al gulag; que no le permitiera estudiar literatura, y que detuviera y ejecutara a miembros de su propia familia. También aquí, en Urbana, le preguntaron por su madre. Siempre sintió pena por ella, compasión. Y ayer dijo —y se sorprendió a sí misma, nunca se había percatado de ese sentimiento— que estaba enfadada con ella por haberse suicidado y haber dejado a sus hijos solos. Y ahora piensa que ella misma, Svetlana, en el fondo hizo lo mismo al no volver a Moscú y emigrar a Estados Unidos.

Calma, se dice a sí misma en voz alta, en inglés. *Calm down*. Pasa por la pequeña ciudad de Rantoul. Casas bajas de ladrillo, marcos de ventanas de diversos colores. Rantoul, Illinois. ¿Quién la buscaría en un lugar así? Detiene el coche en la plaza delante de la cafetería Tea Cup Café y pide un café y un *scone*. Mira por la ventana: allí está la oficina de correos, la gente entra con paquetes, aquí hay una floristería y ahí el barbero del pueblo. Una pequeña ciudad como de los años veinte. Algo así es lo que busca Svetlana, una ciudad o un pueblo perdido en los campos de maíz.

Paga. «*Have a nice day, Lana!*», la saluda la camarera. «¿Cómo sabe mi nombre?», pregunta Svetlana. «¡Lana Peters!», pronuncia la camarera, admirada de que la haya visitado una personalidad tan importante, y le enseña una doble página abierta en un diario local con su fotografía en grande y una imagen más pequeña de su padre. Svetlana mira con tristeza el periódico, saluda a la camarera, que se muestra entusiasmada y feliz de haberla reconocido, y gira la llave del coche. Su voz interior la advierte: «No, este lugar está muy cerca de la gran Universidad de Champaign-Urbana, aquí me reconocerían con facilidad, como hoy. Pues aquí no nos instalaremos, ¡seguiremos!».

Conduce el coche con soltura entre los campos de maíz; el cielo está alto, parece estar lejos en el paisaje plano el horizonte, casi más allá del campo visual, y a Svetlana el mundo le parece gigantesco. Ya no puede vivir sola en el bosque, piensa, a su edad ya no. Últimamente había pasado miedo. Aunque

en el bosque se sentía bien. Se fija en una inscripción: Kickapoo State Park, y una flecha a la derecha. Gira rápidamente. Pasea bajo unos altos arcos que ya empiezan a teñirse de rojo y amarillo; rodea el lago. ¡Esto estaría bien! Paseos por la naturaleza, pero moderados, y que la naturaleza no le entrara en casa, como pasaba en Wisconsin, donde en las largas noches de invierno oía a los lobos, o al menos le parecía escuchar sus aullidos, donde los mapaches habían entrado en repetidas ocasiones y le habían quitado comida de la nevera, donde las raíces de los árboles levantaban el suelo de la casa y en las paredes aparecían grietas y en verano las hormigas corrían por el suelo y llegaron a hacer un hormiguero debajo de su cama.

Acaricia la corteza de los enormes troncos, y piensa en Krishna. Pero ella no quiere esperar a que la alcance la flecha de un cazador o una enfermedad incurable. La vejez, esa vejez en la que uno ya no puede depender de sí mismo, se le está acercando lentamente, de puntillas. Svetlana siente que ya está tras la puerta y en nada llamará y hará acto de presencia. Reforzada por el paseo, sale del parque de vuelta a la autopista.

Contempla la llanura que se extiende hasta el horizonte y piensa que antaño la gente estaba convencida de que en el horizonte se acababa la tierra. Siempre había sentido curiosidad por descubrir qué se ocultaba más allá de la curva de un camino: una curva también es un pequeño horizonte, y nunca dejaba de intentar llegar más allá de su propio horizonte, de lo que le resultaba familiar. Cuando violó una de las prohibiciones más importantes de su país y sobrepasó las fronteras del Estado, el castigo no se dejó esperar: hoy está condenada a vivir en un mundo sin horizonte. En un mundo en el que puede ir a donde quiera y puede hacer lo que le da la gana pero en ninguna parte está en casa.

«Chicago 98 millas», dice el indicador. ¿Y retirarse a la poblada soledad de la gran ciudad, donde podría acudir a conciertos, a la ópera, al teatro, a los cafés? La idea la atrae tanto que incluso debe controlarse para no pisar el pedal del acelerador. Continúa a la velocidad autorizada. En el horizonte, por todas partes hay árboles y granjas, ¡qué hermoso!

*Welcome to the University of Chicago.* Conduce a través del recinto universitario: edificios neogóticos, una iglesia, arbustos verdes por todas partes, árboles con un matiz rojizo... Y allá está la University Inn, una casa al

estilo inglés. ¿Y si se alojara allí y se dedicara a buscar piso por los alrededores? Aparca frente al edificio. Enseguida piensa que en esta idílica universidad pronto correría la voz de quién es Lana Peters y diariamente vendrían reporteros de periódicos y revistas de Chicago, de emisoras de radio y canales de televisión.

En un kiosco se compra un perrito caliente con mostaza y un zumo de arándanos rojos en una pequeña botella, y para almorzar con calma se sienta en un banco entre los estudiantes. Esto solía encantarle, vivir entre estudiantes, entre jóvenes llenos de energía e ilusión. Ahora siente una fuerte nostalgia por Princeton, donde escribió su segundo y tercer libro, donde preparaba sus clases y antes de empezar a hablar se ponía nerviosa y a pesar de eso los estudiantes varias veces se pusieron de pie para aplaudirla y no quisieron dejarla irse a casa. En Princeton tuvo, entre los profesores, excelentes amigos que comprendieron su aventura en Arizona y la volvieron a acoger bajo sus alas protectoras, acogieron a esa hija perdida que aún no dominaba las trampas y los peligros que tramaba su cultura. Aunque era verdad que no todos la trataron con comprensión tras su escapada al desierto. Algunos de sus amigos consideraban que era una sonámbula que iba de un lado a otro y que nunca hallaba la paz interior. Y que por la quimera de un gran amor era capaz de romper más de un matrimonio. «¿Y acaso no tenían razón?», le susurra una voz interior. «¿Cómo fue con George Kennan? No fue solo admiración... ¿y esas cartas donde criticaba a la amable, a la maravillosa Annelise, en una tentativa de alejar a Kennan de su esposa y hacer que se quedara con ella?».

Se relame la mostaza de los labios y piensa en que al principio le costó acostumbrarse a la vida en medio de la naturaleza de Wisconsin. La atraía Europa, así que volvió durante largo tiempo a Inglaterra; en esa época se adhirió con fuerza a la fe católica. Estuvo a punto de hacerse monja en un convento cerca de la pequeña ciudad de Rugby, en el condado de Warwickshire, al norte de Londres; desde allí escribió al padre Giovanni Garbolino, cura italiano del Istituto Italiano dell'Immacolata, que durante una década había sido su guía espiritual: «Siempre he tenido necesidad de disciplina y me encontraba mal cuando, en unos periodos de libertad total, carecía de ella. En este convento disfruto del estrictísimo orden: oración,

silencio, algunas tareas caseras, ayudar a las hermanas en la jardinería y la cocina; todo eso me llena: cuando vivía en total libertad me ponía enferma».

Durante su estancia en el antiguo convento del Saint Joseph, se puso a reflexionar: en el convento tenía permiso de ver a su hija Olga solamente una vez al año, y la echaba de menos. «Me persigue la idea de haber abandonado a mi hija», le decía en una carta al padre Garbolino. Mientras lo escribía pensó en su madre que, al suicidarse, la había abandonado a ella y a sí misma, que había abandonado a su vez a sus hijos Katia y Yósif. No soportaba más abandonos y traiciones. Vivir enclaustrada entre mujeres empezó a pesarle. «Experimento algunas dificultades al habitar con todas esas mujeres. Disfrutamos de poca soledad, mejor dicho de ninguna. Aunque todas esas hermanas se muestran amables conmigo, desearía disponer de más tiempo para la contemplación y la reflexión», le confesó en otra carta a su guía espiritual.

Con su perrito caliente en la mano, sonríe cuando piensa en otra de sus huidas: un buen día hizo las maletas y se largó del convento para establecerse en Londres. «¿Y el consuelo de la fe?», le preguntó su guía espiritual desde Roma. «Odio la religión», contestó ella. «Dios está conmigo si lo preciso, pero ya no necesito ni la Iglesia ni un padre». El padre Garbolino se vio engañado y se sintió libre de traicionar, a su vez, a Svetlana y romper el secreto de la confesión que le pedía la Iglesia. Giovanni Garbolino decidió vender la correspondencia de Svetlana a la prensa italiana. El 9 de febrero de 1996 la revista de corazón *Chi*, con sede en Roma, inició la primera de las cuatro entregas en las que se publicaron las cartas que, a lo largo de una década, la hija de Stalin había dirigido, confiada, a su guía espiritual.

Tras ese desengaño, Svetlana se alejó de la fe católica para enfrascarse de nuevo en la lectura de la filosofía hindú moderna, especialmente Krishnamurti, que le acercaba el sueño indio perdido. Fue al volver a Estados Unidos cuando realmente se entregó a la pintoresca y dura naturaleza de Wisconsin, en la casa del bosque, esa cartuja en la que se refugió igual que Fabrizio del Dongo en la cartuja de Parma, cuando se hartó del mundo, como escribió su amado Stendhal. Allí vivió con su Olga, que se dedicaba a la pintura y la escultura, y casi ahogó a su hija con sus obsesivas necesidades; un día, Olga desapareció, y solo al cabo de algún tiempo llamó a su madre

desde el distante estado de Oregón, donde se había afincado, casado y donde con éxito desempeña un trabajo interesante.

Con la servilleta de papel se limpia la mostaza de los labios y los dedos, mientras observa a dos indias vestidas con saris flotando como cisnes de colores rojo y turquesa por el campus de la universidad de Chicago. ¿Por qué, hace tres décadas, Indira Gandhi no le otorgó el permiso de residencia en la India? Está convencida de que la India habría sido lo mejor para ella. Ahora observa la diversidad de culturas en ese campus universitario y siente el deseo de volver a la actividad, el frenesí y la variedad de una ciudad universitaria americana donde se mezclan todas las culturas, todos los trajes y tejidos y colores, todas las lenguas del mundo. De nuevo se da cuenta de que el precio sería demasiado alto. Sube al coche.

### 3

Conduce junto al lago Michigan, disfrutando de la visión de la superficie que parece el mar. Parques y playas, barrios populares y otros de chalets y jardines que se entremezclan y el brillo de los colores anaranjados sobre el fondo azul del lago. Evanston. Un cruce. Svetlana puede escoger entre tres caminos:

«Milwaukee, Wisconsin – Madison, Wisconsin – Minneapolis, Minnesota», reza el cartel.

El coche la lleva en dirección a Madison. El paisaje se metamorfosea, la llanura se llena de colinas y se cubre de bosques, arbustos, pequeños lagos y riachuelos. Sin prestar atención, Svetlana pasa junto a los carteles y se precipita por la autopista hacia Madison, que también atraviesa sin interés. Luego la asalta el cansancio, se desvía de la carretera y vuelve en dirección a Madison. Ya entrevé la blanca cúpula que caracteriza a las capitales de estado americanas.

En las afueras de la ciudad, se aloja en un hotel con vistas al lago, donde también cena: «Un *New York steak* con patatas asadas y ensalada, aliño italiano y una copa de vino tinto de California, de Sonoma Valley, sí, *shiraz*».



Pide esto para recordar una de sus cenas con tres amigos al principio de su estancia en Princeton. Esa noche pidió cangrejo, pero durante toda la cena observaba con envidia a ambos hombres en su mesa, que comían un sangriento *New York steak*. Ya hace tanto tiempo y sigue recordando esa cena. Entonces empezaba su nueva vida. «¡Y desde ese momento han pasado varias décadas! —se dice—. Unos pocos años más y la vida se habrá acabado».

Por la mañana temprano sale del hotel a pasear junto al lago. Decenas de veleros de colores se preparan para las regatas. Justo a la orilla del lago ve un gran edificio en cuyos balcones hay gente sentada, algunos de su edad, otros mayores o mucho mayores. Entra para preguntar si podría alquilar un estudio con balcón. Al cabo de media hora aparca su coche frente al edificio y entra con sus dos maletas.

## V

### La dama de la cáscara de nuez Madison, Wisconsin (2009-2010)

#### 1

**T**ras la puesta de sol estival oscurece deprisa. Pronto será otoño. La anciana se dirige por la hierba hacia el lago. Se sienta en un banco y saca algo del bolsillo. Enciende una pequeña vela y con las gotas de cera la sujeta al fondo de una cáscara de nuez. Se descalza, deja los zapatos sobre el banco. Toma la cáscara con la vela ardiente, con cuidado, entre los dedos y con los pies descalzos pisa el fondo arenoso del lago. El agua le llega hasta las rodillas. Coloca la nuez sobre la superficie y la suelta: la nuez iluminada baila alegre sobre las olas.

#### 2

Svetlana se lleva el desayuno al balcón; hoy calienta el sol, aunque sea marzo, y el lago brilla. Por eso no ha bajado al restaurante comunitario: para poder admirar desde su atalaya el principio de la primavera. Advierte que la magnolia frente a la casa ha florecido en una sola noche y que su color es de un rosa pálido. Se sienta en el balcón; el lago hoy se ha teñido de un verde

profundo, el cielo, de un azul violáceo, mientras que las ramas de los árboles siguen desnudas; los capullos apenas han empezado a despuntar. ¿Cuánto tiempo lleva ya en esta residencia? Ya son años, pero no recuerda exactamente cuántos. Una vez alguien le dijo que tenía los ojos azul verdosos, recuerda. Svetlana aguanta horas enteras contemplando el agua, mientras piensa y no piensa, sueña y no sueña, recuerda y no recuerda. De vez en cuando vuelve a su mente alguna imagen del pasado, como entonces, hace años, en Kalakankar, donde pasaba las horas observando el Ganges. La India se había grabado en su memoria como un paraíso perdido. Allí nadie le preguntaba insistentemente por su padre, como aquí en Estados Unidos, como en Inglaterra, como en Moscú y en Georgia. ¿Por qué nunca volvió a la India? Porque sabe que el recuerdo no pierde su aroma si uno jamás vuelve al paraíso de antaño.

Se acaba las tostadas y se toma el café con leche, recoge las migajas de la mesa y las esparce en la hierba para que las picoteen los pájaros. Coge su bastón y sale afuera.

¡Cómo le gustan estas calles bordeadas de árboles! Pasa lentamente hacia la otra acera y advierte que, delante de la casa de ladrillo a la derecha, por la noche, habían florecido unos narcisos. ¡Allá a su lado se erigen unos tulipanes amarillos y rojos! Ella misma alguna vez los plantó alrededor de su casa, cuando aún vivía en medio del bosque. A veces venían a verla aquí sus amigos y su hija. También Olga se cambió de nombre: ahora se llama Chrese Evans, y después de estudiar contabilidad, tras haber sido masajista y modelo, escultora y pintora, se convirtió en mánager de una tienda de moda; está muy contenta y la tienda tiene éxito. Ha ido por otro camino. Ella siempre ha tendido a lo intelectual para poner un orden en su vida.

### 3

—Buenos días, Lana, ¿también de paseo? —la saluda Bill, uno de sus amigos, un anciano alto con una larga melena blanca lisa, que reside en el primer piso del edificio en cuya segunda planta vive ella. Luego Bill se fija

en su bastón—. Así que usted también ha entrado en el club de los que vamos con bastón, veo.

—Desde el invierno que me sirve para no resbalar en las calles cubiertas de hielo, Bill.

—El verano pasado aún se bañaba en el lago sin bastón y envió un mensaje en una cáscara de nuez, ¿verdad?

—Tiene razón. No, no la tiene. En verano creo que fui al lago con bastón. Envié por el agua una vela encendida. Es un ritual religioso hindú, ¿sabe? Al atardecer envían así velas por el Ganges. Por sus muertos y por sus seres vivos.

—¡Ah, un hermoso ritual hindú! *Namaskar, kya hal chal hae?*

—*Namasté! Kya hal chal hae?* He olvidado muchas cosas, no sé lo que sigue.

—La he saludado y le he preguntado cómo está. Ahora tiene que decir: *Thik hae*. Significa que está bien.

—¡Ya me acuerdo! *Thik hae, dzhi ha*. Bill, ¿habla hindi? ¡Es increíble!

—*Kya halchal hae?*

—*Thik hae, dhanyavád. Namasté. Ullu ka patta.*

Bill no captó las últimas palabras porque había empezado a sonarse ruidosamente. Se limitó a contestar:

—Ya ve qué bien charlamos en hindi. Ha dicho *dhanyavád*, o sea que se movía entre las castas superiores. A mí me enseñaron a decir gracias de otra manera: *shukriyá*.

—*Shukriyá*, sí, también lo conozco. Pero mi profesor era especialista en sánscrito y me enseñó hindi con palabras derivadas del sánscrito más que del árabe y del persa.

—¿No se lo habría imaginado, eh, que en Madison, donde se produce queso para todo Estados Unidos, conocería a un americano que charlaría con usted en hindi?

Y Bill le cuenta la historia de sus negocios en la India, adonde viajó regularmente durante veinte años. Svetlana le confiesa que en la India experimentó el periodo más tranquilo de su vida. Cuando vivía con una familia india a la orilla del río Ganges.

—¿Y su bastón? —quiere saber Bill—. Aún no me ha contestado del

todo. ¿Enviaré este año velas hacia los ríos sagrados Ganges y Yamuna e irá al agua con el bastón?

—¿Sabe, Bill?, el mes pasado cumplí ochenta y cuatro años, así que pensé que ya tengo derecho al bastón. Y me he acostumbrado tanto que ya no doy ni un paso sin él. Cuando estoy fuera del edificio, me refiero. Voy a desayunar y a cenar sin bastón; me sujeto a la barandilla. Me gusta llevar faldas y vestidos y el bastón no queda muy bien con la ropa femenina, ¿no le parece?

—Su falda blanca es muy bonita, la plisada. Y cuando se recoge el pelo y se ven sus pendientes blancos, está usted irresistible.

Svetlana se apoya en el bastón y piensa que Bill siempre se esfuerza en hacerla reír. Y él mismo se ríe de lo que dice. Suelta carcajadas hasta que le viene la tos. Y ella sonrío entonces. ¡Dios, qué agradable es todo! ¡Qué maravilloso es vivir entre personas a las que les gusta sonreír y que son de la misma generación! ¡Y ser libre, anónima, ser Lana Peters! Al principio, en este edificio todos le parecían ancianos; eso le resultaba desagradable y pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación. Al fin se ha acostumbrado y sus compañeros ya no le parecen viejos, sobre todo las mujeres: están vivas, todo les interesa, charlan, organizan coros y conferencias sobre arte. Los hombres, generalmente, se sientan solos, están tristes o amargados, repitiendo los nombres de sus mujeres fallecidas y de las calles donde vivían. Bill es una excepción entre los hombres.

—Ayer usted no asistió a la cena comunitaria, ¿verdad, Lana?

—No, Bill. Vino a verme mi Chrese, mi hija, en una visita relámpago, y me llevó a cenar a la ciudad, ¿sabe?

—¿Es la morena de ojos negros que viene a verla regularmente?

—Sí. Es mi hija y mi mejor amiga.

—¿No tiene una amiga de su edad?

—La tuve, se llamaba Marina. Pero ya murió.

—Ya sé quién es su hija: una vez usted me pidió que le hiciera varias fotocopias de periódicos donde la entrevistaban. Me acuerdo de ella. ¡Y yo le traje cincuenta copias! ¡Y usted no sabía qué hacer con ellas!

Svetlana también se acuerda: no del número de fotocopias, ni de que se las hubiera pedido a Bill. Su recuerdo es distinto: cuando Olga acabó sus

estudios en Inglaterra y volvió a Estados Unidos para empezar la universidad, los principales periódicos americanos le pidieron una entrevista. Ella, Svetlana, lo planeó del modo siguiente: Olga daría una sola entrevista que los demás periódicos comprarían. Escogió un diario de Indiana que había fundado el abuelo americano de Olga, Frederick Peters, el padre de Wesley Peters. De esta manera la entrevista remitiría a sus raíces norteamericanas, a personas loables que estaban entre sus antepasados americanos, y con ello desviaría la atención de sus antepasados soviéticos. El pequeño periódico se sintió complacido, la entrevista se grabó. Pero, en las últimas semanas antes de publicarse la entrevista, el periódico cambió de dueño. El caso es que el día en que salía la entrevista Svetlana y Olga compraron el diario, pero en lugar de una fotografía del loable abuelo americano encontraron, junto al retrato de Olga, una imagen de su otro abuelo, el soviético, con un gran bigote. Se miraron: «¡Vaya!», suspiraron al unísono las dos, fastidiadas.

—Sí, mi Olga es la joven morena —contestó Svetlana sin pensar.

—¿Olga? ¿No dijo que se llama Chrissy o algo así?

—Perdón, sí, se llama Chrese.

El anciano mira con curiosidad a Svetlana como si quisiera decir: ¿esta mujer tiene un Alzheimer incipiente o se burla de mí? Al final lo deja correr.

—¿Y dónde fueron a cenar? ¿Al italiano Olive Garden? ¿O al francés Bistro 22? Ahora está de moda.

—No, fuimos al Red Lobster. A las dos nos gusta el pescado. Yo tomé trucha con almendras, ¡estaba exquisita! Ol..., quiero decir Chrese pidió gambas al estilo tailandés. Picantes. Yo probé una: ¡qué delicia! Le aconsejo mucho el Red Lobster, Bill, supongo que no podrá comer mucha carne por el colesterol, ¿verdad? Solo los pequeños trozos que nos sirven aquí en nuestras cenas en la residencia, tan sanas y aburridas...

—Yo como carne, ¡y en cantidad! —Bill sacó pecho—. En el restaurante indio Maharani, en West Washington Avenue, preparan un magnífico carnero en salsa masala, una especie de curry, con espinacas, es una especialidad del Himalaya. ¿No quiere probarlo alguna vez?

Svetlana se ríe: ¡los hombres son incorregibles, tienen que mostrarse a la mejor luz! ¡Y ellos no tienen colesterol aunque hayan cumplido los noventa, qué va! Ellos pueden comer aunque sea dos libras de carne de cordero en una

sola cena. Se quedó pensando un rato y al final recordó lo que buscaba en la memoria:

—*Achcha khana khana chahiye*. No sé si lo digo bien.

—Lo dice correctamente: Hay que comer bien. Así que... ¿qué le parece si vamos juntos a comer algo sabroso? Este sábado la invito a cenar al Maharani.

Bill vuelve a sonarse ruidosamente y continúa:

—Pero ayer por la noche, Lana, se perdió algo que ni le cuento. Y tuvo suerte de perderselo. Usted es amiga de Margot, ¿verdad? ¡*Kamal hae!* ¡Qué horror! Pues sabrá que tiene un hijo que es alcohólico, o drogadicto, y que Margot sufre por él, le da dinero aunque a ella misma no le sobra. Pues ayer, durante la cena, cuando el comedor estaba completamente lleno, el hijo irrumpió en el edificio, se lanzó sobre su madre y gritó: «¡Dame dinero o ya verás!». No creo que tuviera arma. Se montó un escándalo y echaron al hijo. Pero sé a ciencia cierta que a Margot la expulsarán de la residencia, pase lo que pase. Yo ya llevo aquí quince años y una vez ya vi algo parecido. Antes de dos semanas nuestra amiga ya estaba fuera, nada la salvó.

—Si la dirección de la residencia efectivamente busca echar a Margot, escribiremos una petición y la firmaremos todos. Luego la entregaremos a la dirección. Además, podemos llevarla al director del periódico local.

—La dirección de la residencia ya se ha blindado contra los periódicos locales. Hoy ha salido un artículo de una página entera en la sección de sucesos; hemos hablado de ello durante el desayuno y es muy exagerado. El autor del artículo afirma que el hijo de Margot ya ha amenazado varias veces a su madre con matarla. Margot lo niega con vehemencia. Se encuentra muy mal.

—¡Pobrecita! Daré un paseo junto a esas magnolias en flor e iré a verla.

—Esta noche hay baile, ¿vendrá, Lana?

Svetlana sonríe y piensa: ¡que el pobre viejo no me saque a bailar! Ya le conozco, bailando el vals salta sobre su pierna sana como una cabra y arrastra la otra como un trapo mojado. ¡Y mientras tanto se sonará y toserá!

—Supongo que me pasaré un rato, Bill. ¿Tocará aquella pequeña orquesta como la última vez? Me encantaría escucharla.

—La orquesta tocará, claro. ¿Bailará conmigo el primer vals? ¿Y se

pondrá la falda blanca?

4

—¡Lana, Lana!

¿Quién la llama desde la distancia, desde el ascensor? ¡Margot! Pobre, ¿cómo estará tras la catástrofe? Svetlana aún no ha ido a verla.

—¡Gracias, Lana! Nunca me olvidaré de lo que has hecho por mí, querida.

—¿Por qué me das las gracias, Margot? Si no he hecho nada.

—¿Que no has hecho nada? Firmaste la petición para que pudiera quedarme. Y parece que incluso la redactaste, y lo organizaste todo, según me han dicho.

—Todos te quieren, Margot. Debes quedarte, no has hecho nada.

—Creo que no podrá ser. Ya no me quieren aquí. Esto es muy estricto. Es duro para mí —suspiró—. Pero sabes, Lana, te diré algo. Por cierto, ¿vas al baile? Podemos ir juntas y te lo cuento de camino.

—No, no voy al baile, vengo del baile, a respirar un poco de aire fresco. Me he cansado.

—¿Has bailado?

—Bill no me ha dejado otra opción, así que hemos dado unas cuantas vueltas mientras tocaban el primer vals.

—Sí, ayer durante la cena Bill habló de ello. Yo estaba sentada a su mesa y aunque se le notaba un poco resfriado, tenía mucha ilusión por bailar el vals contigo.

—¿Y qué querías decirme?

—Llevas unos pendientes muy bonitos, hacen juego con tu falda blanca. Estás muy guapa, querida —añade Margot, y se acuerda de su sorpresa cuando hace poco entró en la habitación de su amiga y sobre la cama hecha con esmero vio unas lujosas piezas de ropa interior de encaje: un sujetador y unas braguitas. Pero la mente de Margot se desvió deprisa hacia algo que para ella era más importante—. Y quería decirte esto: hoy ha sido uno de los



días más felices de mi vida.

—¿Cómo, Margot? ¡Pero si has tenido un gran disgusto!

—Eso fue ayer. Pero hoy soy dichosa por la petición a mi favor. Más de la mitad de los habitantes de la casa, y creo que aquí hay trescientos o cuatrocientos, la ha firmado. Es el mayor regalo que jamás hubiera podido desear. Me he sentido muy acompañada.

Margot saca un pañuelo del bolso. Luego pregunta:

—¿Te encuentras a gusto aquí, Lana?

—Mucho. Me llevo bien con la gente. ¡Y la vista al lago y los montes es preciosa!

—Te he contado cuál ha sido un día muy feliz en mi vida. ¿Y el tuyo, Lana? ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo muy bien. Fue en mi ciudad natal, en Moscú. Tenía cuarenta años. Salimos con mi marido, mis hijos y varios amigos a nuestra casa de campo. Mi marido era indio y me preparó con sus amigos una comida de su tierra. ¡Cuánto nos reímos ese día! Por la noche, ya en casa, mi esposo me leyó unos antiguos cuentos: yo estaba sentada a su lado, en el suelo, él sujetaba el libro con una mano, la otra la tenía puesta sobre mi cabeza. Nunca nadie me había resultado tan cercano. Fue el día más hermoso de mi vida. Creo que viví solo para ese momento. La mañana siguiente mi marido murió.

—¡Qué terrible!

—No lo es. Antes de morir, me dijo que disfrutara aún un poco más del mundo y luego me reuniera con él. Y ya he disfrutado de este mundo. Incluso mi hijo murió, de tanto beber, supongo; ni siquiera me avisaron a tiempo para que pudiera desplazarme a su entierro. Ya me basta.

Margot se despide, pensativa.

Svetlana sale de la casa y baja a la orilla del lago oscuro. Se inclina hacia el agua, aunque el movimiento le causa dolor en la zona lumbar. Llena el cuenco de su mano con agua cristalina y bebe un sorbo. Está helada.

## Epílogo

*Svetlana Allilúyeva murió a los ochenta y cinco años en la residencia de ancianos Pine Valley Nursing Home, en la ciudad de Richland Center, estado de Wisconsin, en la mañana del martes 22 de noviembre de 2011. Su hija Olga esparció las cenizas de su madre en el océano Pacífico.*



MONIKA ZGUSTOVÁ, aunque nacida en Praga reside desde los años ochenta en España. Traductora, escritora y periodista (colabora con *El País-Opinión*, entre otros periódicos, nacionales e internacionales), tiene en su haber sesenta traducciones, del checo y del ruso, de Bohumil Hrabal, Jaroslav Hašek, Václav Havel, Milan Kundera, Anna Ajmátova y Marina Tsvetáieva, entre otros, por las que ha recibido el premio Ciudad de Barcelona y el premio Ángel Crespo. Es autora de seis novelas entre las que destaca *La mujer silenciosa*, aclamada entre las cinco mejores novelas del 2005, *Jardín de invierno*, muy elogiada por la crítica y *La noche de Valia*, premio Amat-Piniella 2014 a la mejor novela del año. Su obra se ha traducido a nueve idiomas, entre ellos inglés y alemán, con cuatro de sus novelas publicadas en Estados Unidos. Ha estrenado dos obras de teatro.

# Notas

[1] Traducción de Marta Rebón y Ferran Mateo, publicada en Borís Pasternak:  
*El doctor Zhivago*, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2010. <<